Jeanette Winterson

DÍAS DE FANTASMAS

Lumen

Días de fantasmas

Jeanette Winterson

Traducción del inglés de
Laura Martín de Dios

Lumen

narrativa

Para mi querida amiga A. M. HOMES,
quien sabe que la vida es más que lo que vemos

Introducción

> Respeta a los fantasmas y los dioses, pero mantente alejado de ellos.
>
> CONFUCIO

¿Crees en los fantasmas?

El crujido en la escalera, el frío que invade la habitación, un olor extraño, una luz trémula en la ventana. La casa antigua, el ala tapiada, niebla que avanza, almenas en ruinas, oscuridad impenetrable, mudo abandono, la tumba vacía con su mortaja en descomposición, el lecho húmedo y demasiado blando al tacto. La presencia repentina de una presencia.

Al ser humano le fascina su ser espectral.

Y es una fascinación desligada de la creencia en una deidad. A lo largo de la historia, uno de los aspectos curiosos relativos a los fantasmas es la cantidad considerable de personas que creen en su existencia a pesar de no hacerlo en la de ningún dios.

Antes de la Edad Moderna, en los tiempos en que la mayoría de la gente creía en alguna deidad, las entidades sobrenaturales formaban parte lógica de la vida. Una vida que se desarrollaba en un mundo visible e invisible al mismo tiempo.

Con la secularización del mundo, la creencia en lo sobrenatural debería haber ido dejando a un lado las ofrendas a duendes y hadas.

Hemos llegado a la Luna. Vivimos al lado de sistemas operativos de

inteligencia artificial (IA) —y cada vez más dentro de ellos—, ya se trate de tu asistente personal de Google o de tu casa domótica. Aun así, las fiestas relacionadas con los fantasmas tienen gran aceptación en todo el mundo.

En Estados Unidos, la celebración del «truco o trato» se apodera de calles y barrios enteros, una festividad durante la cual las familias decoran sus hogares con calabazas sonrientes y esqueletos iluminados, con colgaduras negras sobre las puertas y telarañas blancas que festonean las vallas. Los niños salen a divertirse vestidos con sábanas a las que se les han practicado agujeros para los ojos, o con disfraces extravagantes comprados en internet, pequeñas pandillas de espíritus malignos y demonios, esqueletos y espectros ancestrales.

Para los británicos, Halloween es una tradición antiquísima. Se remonta a la era precristiana, cuando se trataba de una festividad céltica conocida como Samhain, consagrada al fuego, que se celebraba a principios de noviembre, antes del comienzo del verdadero invierno.

La Iglesia cristiana se apropió de esta festividad y la transformó en el día de Todos los Santos (1 de noviembre) y la noche de Ánimas (31 de octubre). Los fantasmas, como siempre, son más interesantes que los santos.

El elemento ancestral del fuego sigue presente en los farolillos y en las fantasmagóricas calabazas vaciadas. En una noche así, los muertos podrían regresar.

En México, y por toda América del Sur y Central, el día de los Muertos es una fiesta llena de expresividad que se celebra durante el 1 y el 2 de noviembre para recordar y honrar a los espíritus de los difuntos.

Las familias reservan un sitio en la mesa a los parientes que han fallecido recientemente. En los desfiles, que recorren las calles de pueblos y ciudades por igual, conviven el rito de la procesión funeraria y la animación de los carnavales.

Los elaborados disfraces de esqueletos y las calaveras, los trajes de enterrador y los sudarios, la comida de color negro y los portadores de ataúdes, tienen la doble función de dar la bienvenida y ahuyentar a los

espíritus. Las ceremonias formales señalan y protegen el breve tiempo durante el que se les permite regresar. Si la puerta se abre, debe cerrarse de nuevo.

En China se honra a los muertos con distintos homenajes. En abril se celebra el Qingming (día de la Limpieza de Tumbas), ocasión en que las familias escriben cartas a sus antepasados en las que les relatan cuanto ha ocurrido durante los últimos doce meses. Más adelante, hacia mediados del séptimo mes lunar, se celebra el festival de los Fantasmas, una conmemoración más larga y fastuosa, de ahí que dicho mes se conozca como el mes de los fantasmas.

Estas tradiciones son tan antiguas que ya aparecen recogidas en las crónicas escritas en el año 840 por un peregrino japonés.

Los fantasmas chinos *guĭ* se dividen y subdividen en categorías muy gráficas como los embaucadores y los pesadillescos. Los fantasmas hambrientos son pequeños tormentos que se componen a su vez de nueve subtipos espantosos, entre ellos los de aliento de fuego y los de pelo apestoso, quienes justifican la clase a la que pertenecen con un comportamiento antisocial de mil demonios.

Los fantasmas cordiales son contadísimos en China; sin embargo, todos ellos comparten con el resto de fantasmas del mundo, desde la Antigüedad hasta el presente, la necesidad de la intervención humana. Los fantasmas regresan por algo.

Su aparición puede responder al deseo de dar una sepultura digna al cadáver, de manera que el fallecido logre descansar en paz. O a la necesidad de comunicar un mensaje urgente. O a la búsqueda de venganza, lo que el fantasma del padre de Hamlet ansía mientras deambula por las almenas azotadas por el viento a la espera de enfrentarse a su hijo.

Los fantasmas germánicos, islandeses y escandinavos del folclore nórdico son espíritus bélicos dispuestos a luchar tanto al lado de los mortales como contra ellos a fin de defender un tesoro o reclamar las tierras que consideran suyas. En las antiguas religiones teutónicas y panteísticas, los fantasmas «viven» en todo tipo de lugares, incluidos los túmulos donde están enterrados.

Estos espíritus están muy apegados a los sitios por los que solían deambular y se aparecen en villas y palacios, a veces incluso se los ve cazando en los bosques. A Odín, el dios supremo nórdico, también se lo conocía como Draugadróttinn, Señor de los Espectros, porque podía invocar ejércitos de muertos. Un don muy útil que también aprovechó Aragorn, rey de Gondor, en *El señor de los anillos*. Es una parte consustancial a las películas y los videojuegos de zombis.

El pasado nunca muere.

Los humanos sí. Pero ¿y luego qué?

La religión puede considerarse la primera empresa emergente subversiva de la humanidad, donde lo que se subvierte es la muerte.

La religión promete que la muerte no es el final de la vida. Habrá dicha eterna para unos y justicia para otros. Y volveremos a encontrarnos.

El reencuentro podría suceder antes de lo esperado; y no debido a la muerte súbita de quienes quedan atrás, sino porque quienes han partido regresan de visita. Sin embargo, ¿de dónde vienen esos espíritus? ¿De la morada de los justos o del infierno reservado a los malvados? La división maniquea entre cielo e infierno no deja espacio suficiente a lo que atormenta a la imaginación humana más que nada en este mundo: la duda.

¿De verdad eres mi esposa fallecida o un demonio disfrazado de mi esposa?

A la Iglesia católica nunca le han faltado ideas. Sí, tenemos un cielo, un infierno y a sus habitantes, pero ¿y si extendemos el territorio?

Esta ingeniosa expansión se llevó a cabo mediante los conceptos cercanos, aunque no idénticos, de purgatorio y limbo.

Dante, en la *Divina Comedia* (1320), sitúa el limbo en el primer círculo del Infierno. («Limbo» proviene del latín *limbus*, que significa «borde», por tanto, el limbo se encuentra justo en la frontera del infierno, como una urbanización elegante demasiado próxima a una zona urbana deprimida en la que no es conveniente poner el pie,

repleta de coches en llamas y cuyos habitantes se matan entre ellos).

Espacioso, misericordioso y austero, el limbo acogía a quienes nunca irían al cielo, pero tampoco sufrirían los tormentos del infierno.

En el limbo vivían paganos virtuosos, además de algunos eruditos islámicos. Sus vecinos eran personas no bautizadas, sobre todo bebés y niños, quienes supuestamente disfrutaban de cuidados perpetuos.

Los judíos virtuosos disponían de su propia sección del castillo y los terrenos, aunque cuando Dante se puso a escribir su poema algunos ya habían ascendido al cielo. La mudanza la facilitó el descenso de Cristo a los infiernos después de que lo crucificaran y antes de resucitar, una misión para rescatar a algunos de los suyos.

Y si Jesús puede entrar, se supone que otros podrán salir...

En la Biblia no se menciona el limbo, pero era demasiado útil para renunciar a él, hasta 2007, cuando se le dio el carpetazo definitivo. Los niños que habitaban el limbo fueron realojados en el cielo por decreto papal, aunque no estoy segura de qué ocurrió con el resto de residentes evacuados. La Iglesia católica siempre ha sido dueña de muchas propiedades, y supongo que el casero tiene derecho a echarte.

El purgatorio, en cambio, sigue siendo un destino atractivo que dispone de todo el espacio que los muertos necesitan, aunque, estrictamente hablando, el purgatorio es un proceso, no un lugar. Es un camino de purificación que implica sufrimiento para el alma, pero siempre puede mitigarse si aquí abajo se dispone de suficientes parientes y amigos útiles, con dinero de sobra.

Las almas que acaban en el purgatorio por culpa de una serie de percances (también conocidos como pecados) pueden acortar su estancia mediante misas (pagadas) o donaciones (cuantiosas) a la Iglesia. Mientras tanto, cabe la posibilidad de que esas almas —imaginémoslas como objetos perdidos temporalmente a la espera de que alguien los reclame— visiten a sus amigos o enemigos, o se paseen con aire afligido dando un susto de muerte al perro, como siempre han hecho los fantasmas. Pero no son demonios disfrazados. Son tus difuntos. Uf.

Tras la Reforma (la llamada al orden que se produjo en 1517; para

más información, véase Martín Lutero), el relato que explicaba ese tipo de fantasmas dio un giro y acabó enredándose con la declaración protestante que aguaba la fiesta, al proclamar que tras la muerte solo existía la gloria o el tormento, y que las almas salvadas nunca abandonarían el cielo de igual forma que las condenadas tampoco el infierno. En resumidas cuentas: si se te aparece tu esposa fallecida, efectivamente se trata de un demonio disfrazado.

Los fantasmas normales y corrientes que visitaban a las personas normales y corrientes sufrieron un segundo revés a finales del siglo XVII y de ahí en adelante, al menos en Occidente, cuando el pensamiento científico (la Ilustración) empezó a dar prioridad a la razón y el escepticismo sobre la fe y la tradición, y a defender los experimentos con resultados repetibles. Así pues, la visita nocturna de tu esposa fallecida no contaba como resultado repetible, y por tanto no demostraba la existencia de los fantasmas. La aparición no era un demonio, sino una alucinación causada por la fiebre, la sífilis, el envenenamiento por plomo, el pan mohoso, haber bebido demasiado o una mala digestión.

En *Cuento de Navidad* (1843), de Charles Dickens, Scrooge trata de ahuyentar la aparición de su socio fallecido, Jacob Marley, diciéndole: «Hay en ti más de fritura que de sepultura».

Sin embargo, a pesar de la teología protestante, del materialismo científico o el hecho incontestable de que no puede demostrarse empíricamente que alguien haya regresado de entre los muertos, los fantasmas no han sido desalojados de su hogar permanente y ancestral: nuestra imaginación.

Fue una magnífica casa solariega del terror lo que Horace Walpole levantó en el siglo XVIII, cuando financió con fondos colectivos una nueva oleada de euforia espectral.

La novela de Walpole *El castillo de Otranto* (1764) fue un éxito de ventas instantáneo. Todos los atributos fantasmagóricos —esta vez con armaduras incluidas— regresaron estrepitosamente al mercado.

Casas encantadas, castillos medievales, monasterios en ruinas, bosques sombríos, conventos asfixiantes, lugares donde se habían

producido derramamientos de sangre, amantes malhadados, oscuras encrucijadas, horcas, tumbas, espadas y yelmos, reliquias espeluznantes (véase el catolicismo), retratos con un pasado detrás (cuyos modelos al óleo y lacados desaparecen misteriosamente del marco para rondar el castillo)... Todo esto y mucho más esperaba a los entusiasmados lectores.

El resurgimiento triunfal del fantasma medieval —el nuevo gótico— llegó acompañado de su propio clima: tormentas, niebla, lluvia. De su propia atmósfera angustiosa: físicamente húmeda, anímicamente tensa y psíquicamente calada de miedo.

Abundaban los fenómenos: las puertas se cerraban de golpe, la vajilla se hacía añicos, las armaduras se estampaban contra el suelo. Los secretos —secretos de familia y pesadillas enterradas— salían a la luz abandonando sótanos y mazmorras. Los fantasmas caminaban de nuevo.

«Gótico» hace referencia a la arquitectura gótica medieval europea: monasterios, castillos, torres con agujas o almenas... motivos y escenarios constantes en estas historias, que siempre están ambientadas en el pasado. Los fantasmas prefieren los tiempos pretéritos en que estaban vivos.

La nueva locura por los relatos sobrenaturales comenzó en Gran Bretaña, pero se extendió con rapidez. En Alemania, donde el género empezó a incorporar elementos de los inicios de la era de la máquina, se denominó *Schauerroman* (novela escalofriante).

Al escritor alemán E. T. A. Hoffmann le fascinaban los autómatas, y, de manera inevitable, se vio atraído por los que parecían vivos, aquellos en quienes se difuminaban los límites entre la biología y la mecánica. Su estremecedor relato *El hombre de arena* (1817) reinterpreta y se inspira en la figura del folclore europeo que arroja arena a los ojos de los niños que no quieren dormir. La historia de Hoffmann, a través del personaje de Olimpia, una autómata con partes humanas (los ojos), plantea la incómoda cuestión de qué y qué no es real. ¿Puede algo estar vivo, aunque vaya contra natura? Una idea espeluznante a la que Mary Shelley dio un giro maestro en su novela

Frankenstein (1818).

Los lectores querían más. En poco tiempo, el relato gótico de fantasmas alcanzó el caché de lectura obligatoria a ambas orillas del Atlántico.

En 1820, Washington Irving publicó *La leyenda de Sleepy Hollow*, ambientada en la década de 1790 en Sleepy Hollow, una colonia neerlandesa muy conocida por sus apariciones sobrenaturales. En el relato encontramos temas característicos del gótico estadounidense, en especial la fuerza oculta que ejerce la propia tierra, cuya sangrienta colonización regresa en forma de fenómenos paranormales.

Ambientar un relato de misterio en una época o en un lugar remotos es uno de los recursos preferidos de la novela gótica. Nathaniel Hawthorne estaba obsesionado con los primeros colonos puritanos. Su tatarabuelo, John Hathorne, había sido uno de los magistrados que participaron en los infames juicios de Salem, en los que más de doscientas personas fueron acusadas de brujería y veinte de ellas sentenciadas a muerte, por lo que Hawthorne intentó escapar de su propio pasado cambiándose el apellido.

Incorporó a sus historias las fracturas psíquicas y los remordimientos propios del espíritu pionero acosado por espíritus muy distintos. La cuestión es: ¿el acoso procede de fantasmas internos o externos?

En el imaginario de Edgar Allan Poe, tanto la maldad interna como la externa afectan de manera determinante lo sobrenatural. Los humanos no son seres inocentes asediados por fuerzas temibles sobre las que no poseen ningún control; la psique humana es la puerta que queda abierta.

Estos dilemas inquietantes, y sus aterradoras conclusiones, volverán a resurgir, mucho más tarde, en la obra de Shirley Jackson y Stephen King.

En la introducción de 2001 a su obra maestra de 1977, *El resplandor*, King cita una conversación que mantuvo con Stanley Kubrick antes del rodaje de la película de título homónimo: En el caso de Jack Torrance, ¿qué desencadena el horror que se avecina? ¿Sus propios demonios? ¿O los espectros que habitan el hotel Overlook? Según King: «Siempre he

pensado que había espíritus malignos en el Overlook que condujeron a Jack al precipicio».

Esta complicidad entre asediantes y asediados es la premisa de la novela corta de Henry James *Otra vuelta de tuerca*. James publicó su relato en 1898, pero la trama transcurre años atrás, en 1840.

James sigue el hilo que enlaza la imaginación humana atormentada con lo que ella misma puede desatar. Lo terrible de los fantasmas de Peter Quint y la señorita Jessel es que no sabemos si son reales o si la nueva institutriz es una completa ilusa que se deja cautivar —o más bien seducir— por el pequeño Miles.

Bly Manor se encuentra en Essex, no en Estados Unidos, pero la historia de James emplea la fuerza del «lugar como personaje» para revestir la casa y sus alrededores de desasosiego: Bly, con sus ventanas alargadas, oscuras y vigilantes, su yeso húmedo, sus habitaciones vacías a las que parece molestarles la vida. El lago, frío, inmóvil, cubierto de bruma incluso en verano. La casa en sí altera la serenidad de quienes la habitan.

Escrito sesenta años después que *La caída de la Casa Usher* de Poe, donde la propia casa acaba hundiéndose en un lago igual de frío, húmedo e inquietante, Bly se alza como una manipuladora rechazada y morbosa que se desmorona. ¿La manipulación es una manifestación sobrenatural directa? ¿O Bly se alimenta de los lugares encantados que habitan las mentes de sus moradores?

La maldición de Hill House (1959), de Shirley Jackson, hace un uso aterrador del tropo del lugar como personaje. Y la serie de Netflix inspirada en la novela no se aparta de la senda del lugar maldito que sigue ejerciendo su influencia sobre personajes posteriores en tiempos futuros.

Cuando pensaba en mis propios relatos de fantasmas, sabía que quería escribir alguno en el que el lugar interpretara un papel esencial, aunque también me interesa cómo una persona puede despertar la naturaleza perversa de un espacio, como ocurre con Jack Torrance en *El resplandor*.

Escogí LUGARES y PERSONAS como dos de mis categorías y escribí tres

historias para cada una de ellas. A fin de jugar un poco con la forma, me decidí por un par de relatos entrelazados: «Un abrigo de piel» y «Botas», que están escritos para ser leídos en ese orden.

Pienso bastante en los muertos —quizá como consecuencia indirecta de mi educación religiosa—, de manera que en la categoría de APARICIONES quise darles la oportunidad de expresarse. Otro par de historias entrelazadas nos ofrecen el proceso de luto de un miembro de la pareja seguido del relato del fantasma de su amado.

Y a medida que la IA redefine nuestras vidas cada vez más, me pregunto fascinada de qué manera la tecnología informática redefinirá nuestra relación con la muerte, un tema que exploro en las historias que componen el bloque de DISPOSITIVOS.

Entre cada bloque de relatos aparecen algunas intervenciones personales: mis propias experiencias con lo sobrenatural. No puedo explicarlas. Pero tampoco puedo desecharlas sin más.

Me gustan las historias de fantasmas, ya se trate de los relatos de M. R. James, quien torcía lo amable y cotidiano, incluso lo banal, para convertirlo en algo excepcionalmente aterrador, o de Susan Hill y su magnífica *La mujer de negro*, una obra maestra en el aspecto formal.

Una de mis historias de miedo preferidas es *La aparición de la señora Veal* (1706), de Daniel Defoe (el de *Robinson Crusoe*). En realidad, se trata de la primera historia de fantasmas moderna en tanto que la trama se desarrolla en un entorno doméstico y acogedor que no augura fenómenos paranormales. Se aleja bastante de los excesos del fantasma gótico que vino a rondarnos cincuenta años después. La señora Veal no procede del Pasado (siempre con mayúscula) ni aparece envuelta en su mortaja. Tiene el aspecto de una mujer de su época con un bonito vestido de seda.

El vestido es una parte importante de la historia, y al mismo tiempo plantea la controvertida cuestión de por qué los fantasmas llevan ropa.

Los cuerpos humanos son los únicos que la necesitan. Sin embargo, ¿para qué quiere aparecerse un fantasma si no van a reconocerlo? Las apariciones necesitan que se las vea. Verlas es contextualizarlas en el tiempo, en su propio tiempo. Por tanto, la ropa es útil. Las prendas que

vemos no son corpóreas (un juego de palabras espantoso, perdón), y es probable que solo estemos «viendo» un paquete de energía que viene con ropa incluida. Los fantasmas fueron humanos en algún momento y reaparecen tras haber dejado atrás su humanidad.

Exactamente lo que hace Dickens en la que quizá sea la historia de fantasmas más famosa de todos los tiempos: *Cuento de Navidad*.

Dickens se mantuvo fiel al tropo gótico de ambientar la historia en el pasado, en este caso en la década de 1820. El relato arranca en Nochebuena, un buen momento para contar historias de fantasmas. La primera aparición es la del socio de Scrooge, Jacob Marley, fallecido siete años antes justo esa noche. Marley viste como siempre, incluso los botones de la parte posterior del abrigo son visibles sin necesidad de que el espectro se dé la vuelta, ya que es transparente.

Todo el mundo adora la historia de fantasmas de Dickens en cualquier formato, incluida, o quizá, sobre todo, la versión de los Teleñecos. El relato sabe jugar muy bien con el placer que nos produce pasar un poco de miedo, y al mismo tiempo apela a nuestro deseo de creer que nuestros seres queridos siguen velando por nosotros.

El gran corazón y la benevolencia de Dickens dieron la vuelta a las historias de fantasmas: convirtió una situación dominada por el miedo y el espanto en una intervención con una finalidad beneficiosa. El objetivo declarado del fantasma de Marley es salvar a Scrooge de su destino, y aquí Dickens juega con la idea del purgatorio —como un proceso de purificación— sin necesidad de aburrirnos con la teología católica. En el imaginario protestante los muertos no mejoran, o vas arriba o vas abajo. Muy poco alentador. Sin embargo, Dickens lo enfocó desde una perspectiva distinta. Marley ha cambiado para mejor y ahora quiere ayudar a su amigo.

Esta generosidad de espíritu está más cerca de las creencias previas a la Reforma, cuando se consideraba que los muertos podían intervenir en favor de los vivos, y de hecho lo hacían; algo preferible, con toda probabilidad, a los ruidos metálicos siniestros, la sensación glacial de acecho y las miradas malévolas del terror espectral que hemos acabado asociando a los muertos.

El proceso de rehabilitar a los muertos desagradecidos ya estaba vigente cuando Dickens escribió *Cuento de Navidad*.

La segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX fueron testigos de un desbordante interés por los fantasmas, tal vez para contrarrestar psicológicamente el peso del materialismo industrial.

El espiritismo empezó a cuajar como seudorreligión donde lo había dejado Emanuel Swedenborg, quien creía que los espíritus deseaban hablar con nosotros y que debíamos prestarles atención.

En Estados Unidos, en 1848, las famosas y más tarde infames hermanas Fox aseguraban que su casita de campo en el norte del estado de Nueva York estaba encantada. No tardaron en ofrecerse como médiums honestas y empezar a organizar sesiones de espiritismo por todo el país. A pesar de que fueron desenmascaradas y tachadas de estafadoras, la afición de los estadounidenses por comunicarse con los espíritus no decayó. A finales de la década de 1870, lo paranormal era la nueva normalidad.

Thomas Edison, el hombre que inventó la bombilla, quiso construir una máquina que registrara la actividad paranormal. No funcionó.

En 1882, el físico británico William F. Barrett fundó, entre otros, la Sociedad para la Investigación Psíquica, con la esperanza, como Edison, de demostrar, o más probablemente de refutar, los fenómenos en los que se diera una intervención sobrenatural. Algunas áreas de interés de dicha sociedad eran la comunicación con los espíritus, la hipnosis, la transmisión del pensamiento, las apariciones o las casas encantadas. El filósofo y psicólogo estadounidense William James fue uno de sus presidentes. La sociedad sigue en activo y cuenta con gran predicamento.

Tras la Primera Guerra Mundial, multitud de dolientes necesitaban creer que no habían perdido a sus seres queridos, lo cual fomentó el auge de las sesiones de espiritismo. El creador de Sherlock Holmes, sir Arthur Conan Doyle, fervoroso espiritista y miembro de la Sociedad para la Investigación Psíquica, celebraba charlas por todo el país en las que hablaba sobre los «muertos susurrantes».

Curioso, dado que Conan Doyle era amigo del mago y escapista

Harry Houdini, quien se dedicaba a desenmascarar a los médiums fraudulentos como actividad suplementaria. Aun así, Conan Doyle continuó convencido de que, a pesar de las estafas, era posible comunicarse con los espíritus.

La obra literaria más antigua que se conserva es el *Poema de Gilgamesh*, un texto mesopotámico de alrededor de 2000 a. C.

Trata sobre la vida después de la muerte.

Gilgamesh es el rey de Uruk. Enkidu es un salvaje que se convierte en su mejor amigo.

Tras una serie de aventuras, Enkidu halla la muerte. El fallecimiento de su compañero deja desconsolado a Gilgamesh, quien lo vela durante tanto tiempo que un gusano acaba asomando por la nariz del cadáver.

A partir de ese momento, el rey de Uruk emprende un viaje por el más allá y el inframundo en busca de su amigo, y en su periplo debe atravesar un túnel totalmente a oscuras por el que ha de correr durante veinticuatro horas a fin de ganar al sol, antes de que este se ponga.

Y me vienen a la memoria unos versos del poema «A su esquiva amada», de Andrew Marvell, y su visión seductora de la muerte: «Aunque no podamos detener nuestro sol, al menos lo obligaremos a correr». Marvell no podía saber de la existencia de Gilgamesh, dado que las tablillas se descubrieron en Nínive a principios de la década de 1850 y Marvell escribió su poema antes de 1681, pero... ¿y si cuando se aproxima nuestra puesta de sol solo nos queda acelerar el paso para dejar atrás a la muerte?

La nueva empresa emergente que pretende subvertir la muerte no es la religión. Lo que quizá permita a los humanos dejarla atrás es la potencia informática.

Lo que promete este fantasma tardío en la máquina es que una máquina será capaz de blindar tu fantasma. Los humanos podrán cargar su mente y descargarla a continuación, a voluntad, en un cuerpo a

medida, humano o animal (recordemos los mitos en que se adoptaba la forma de un águila o un zorro), o continuar pasando el rato como un ente incorpóreo. Tan fresca.

Por primera vez en la historia de la humanidad, la ciencia y la religión, esas antiguas enemigas, se hacen la misma pregunta: ¿la conciencia está supeditada a la materialidad?

La religión siempre ha dicho: «¡No!».

La ciencia siempre ha dicho: «¡Sí!».

Antes de que Mary Shelley partiera rumbo al lago Lemán, donde concibió su *Frankenstein*, asistió a una charla impartida por el doctor William Lawrence, el médico de su marido, Percy Shelley. Lawrence defendía que el alma no existe, que los humanos no tenemos un «valor sobreañadido».

Y esa sería la versión reducida de la ciencia *versus* el alma.

¿Y ahora?

Me pregunto si no habremos estado contando la historia al revés. Si sabíamos que éramos algo más que sangre y huesos y que un día venceríamos a la muerte, aunque no yendo al cielo ni reencarnándonos, sino cargándonos en un sustrato que no está hecho de carne.

El significado de estar «vivo» irá más allá de lo meramente biológico. El significado de estar «muerto» corresponderá a un estado temporal.

¿Y el de «fantasma»?

Quizá sea el de alguien que decide no volver a descargarse en un «yo» físico. Nos comunicaremos con ese tipo de entes a través de una interfaz cerebro-máquina, un chip implantado en el cerebro. Es la versión moderna de la telepatía. Una aparición poshumana.

¿Y si la IA se vuelve sintiente? ¿Y si la inteligencia artificial se convierte en una inteligencia alternativa? Entonces nos acechará algo nuevo... o no tan nuevo. No necesitará un cuerpo. Será como si los dioses se aparecieran a los humanos, como han hecho siempre. Es bastante probable que esos entes incorpóreos vivan y trabajen junto a entes biológicos. Entes que, en algunos casos, nunca habrán sido

humanos. Otros serán poshumanos. La muerte, tal como la conocemos, será algo del pasado.

De momento, la muerte es la experiencia vivida por todos nosotros.

El atractivo de los fantasmas en el imaginario popular continúa siendo lo que siempre ha sido: una respuesta parcial al misterio de la muerte.

Como dijo Samuel Johnson allá por el siglo XVIII: «Está en contra de todo razonamiento, pero cuenta con todo el respaldo de la fe».

DISPOSITIVOS

App-arición
Una historia de fantasmas (por ahora), para ahora

Abrigo negro. Vestido negro. Sombrero negro. Coche negro.

Te imagino conmigo. ¿Qué me dirías?

¿Estás lista?

Sí.

Qué raro.

Lo sé…

La señora Tardona. La signora Sempre Tardi. Como si pudiera arrancarle tiempo al tiempo subiéndome al tren sin aliento.

Como si el reloj escondiera unos minutos anómalos detrás de sus manecillas imperturbables. Minutos solo disponibles para mí.

Como si con entrar corriendo en clase a las nueve en punto, justo cuando suena la campana, ahorrara trescientos segundos para… ¿qué?

Nunca preguntes por quién doblan las campanas.

Las campanas tocan a muerto. Ahí está la iglesia. Y ahí, el cementerio.

Hoy debo viajar a la velocidad del coche negro que va delante de mí. El coche fúnebre. Para el ocupante del ataúd ya no habrá más viajes en tiempo.

Hace frío en la iglesia. No siento nada. El panegírico lo lee un pastor que no te conoce. Mi hermana le ha pasado la información.

Me vibra el móvil. Con disimulo, le echo un vistazo a la pantalla, encima del bolso; tengo un mensaje:

No llores.

El mensaje es tuyo. Mi querido y difunto John. Esto es cosa de mi hermana, lo ha enviado desde tu móvil. Es psicóloga. Dice que hablar con los muertos ayuda los primeros seis meses.

No he derramado ni una lágrima.

Después del funeral nos dirigimos al lugar de tu sepultura.

Luchando contra la fuerza de gravedad que ejerce tu cuerpo, los enterradores hacen descender tu ataúd, despacio, hasta la tierra húmeda y oscura. ¿Y si el féretro se rompiera? Tus restos mortales envueltos en tu mejor traje, incapaz de sostenerte. La cabeza colgando, los ojos cerrados, el pelo engominado. Tu peso muerto.

El último lugar de descanso. Los hombres retiran las correas. Te lanzo el puñado de tierra limpia y seca que me han dado en una bolsa de plástico. A continuación, te lanzo el ramo de nomeolvides.

Debería volver al coche. Los coches están aparcados formando una fila respetuosa sobre la grava. Sin embargo, doy media vuelta y nadie me detiene. Soy viuda. Tal vez necesite estar un momento a solas. El cementerio cuenta con una parte antigua. Hiedra, rejas, lápidas cubiertas de musgo, ángeles llorosos, urnas rotas. Los panteones familiares. Tejos cuyas raíces desentierran las lápidas.

A todos nos llega la hora en un momento u otro. Pero a él le ha llegado primero.

Gracias a Dios que le ha llegado primero a él.

Doblo una esquina dándole vueltas a esos pensamientos cuando una repentina ráfaga de aire arremete contra mí y me golpea con tanta fuerza que me hace trastabillar con estos tacones negros tan finos... Le

gustaba que me pusiera zapatos de tacón. Amortiguo la caída con las dos manos —el musgo está esponjoso—, no ha pasado nada. Mientras me incorporo y restriego la mancha verde y húmeda del dobladillo del abrigo, creo notar su mano bajo mi brazo. Creo oírlo: «¡Arriba, Bella!».

—Sí, John.

Cuando regreso, sin prisa, a la parte nueva del cementerio, veo que los enterradores ya están llenando el hoyo. Uno de ellos hace un chiste y se apoya en la pala. Supongo que es su manera de sobrellevar el trabajo. La montaña de tierra ya está prácticamente nivelada. Lo que queda a un lado corresponde a lo que ocupa John. John y su ataúd. La tierra se hundirá. Entonces ellos volverán y amontonarán un poco más encima. Las bacterias ya están haciendo su trabajo para reducir el tamaño de John. Era grande. Ahora, menos.

Ahí está el pastor. Quiere consolarme, pero yo no quiero que me consuelen. Quiero irme a casa.

Zapatos fuera. Hervidor encendido. Té listo. Y digo, en voz alta: «Se acabó». Sin haberlo pedido, por el altavoz Sonos suena a bastante volumen una canción que le gustaba poner a John.

«Dream a little dream of me...»

—¡Alexa! ¡Quita esa canción!

¿Dónde está el móvil? ¿Dónde está mi bolso? ¿Dónde está la app?

—¡Párala! ¡Párala ya!

El equipo enmudece. Estoy temblando, con el teléfono en la mano como una granada a punto de explotar. Debería lanzarlo lejos de mí de inmediato. Estalla con el tono de llamada de *Piratas del Caribe*. No me hace falta comprobar quién es.

Es el de John.

Contesta, Bella. No quiero... *He dicho que contestes*.

—¿Sí?

—¡Bella! Estás afectada. Lo entiendo. Debe de ser raro no tenerme ahí.

Pero sigo aquí. A tu lado.

—¿Quién es?

—*¿No reconoces mi voz?*

—Sí…

—*Soy tu JohnApp. Mira en la pantalla de inicio. Estoy completamente instalado. Puedo llamarte y enviarte mensajes, igual que antes. Considérame tu SiempreApp.*

Llamo a mi hermana. Le pregunto qué ha hecho con el móvil de John. Se lo llevó en cuanto él murió, según ella para poder ayudar al pastor a preparar el funeral.

—Me ha llamado alguien usando la voz de John.

Gala pareció sorprendida.

—¿Ya?

—¿Cómo que ya?

Adoptó su voz de psicóloga: grave, lenta, contenida.

—Siento que te haya afectado tanto. Tendría haberte avisado. *(Pausa)*. Pero había muchas cosas de las que ocuparse. No quería cargarte con más. *(No serías capaz)*. Creía que te gustaría. *(Desagradecida)*. Te he comprado la app. *(Me he gastado un dinero)*. Rastrea el móvil y los correos electrónicos de John, su Facebook, su Insta, todas las redes sociales, las conversaciones entre vosotros, su música y sus películas, todo lo que le gustaba. Y luego he programado *(me lo he currado)* la frecuencia de las llamadas y los mensajes y, a veces, alguna foto. *(¡Boom!)*. Solo tienes que darle a responder y te sentirás reconfortada. Mientras tú quieras, seguirás teniendo a John.

—Gala, ¿estás diciéndome que esta app va a estar enviándome mensajes y llamándome cuando le parezca?

—¡Sí! Como en la vida real.

—En la vida real John está muerto.

—Hablabas con él esta mañana antes de irnos… Te oí…

¿Lista?…

Sí…

Gala continúa hablando en ese tono calmado y de preocupación que siempre adopta cuando me dice lo que tengo que hacer.

—Bella, permíteme un consejo: pruébalo una semana o dos... dale una oportunidad. Estás pasando por una experiencia traumática. Esto te ayudará. Confía en mí. Es a lo que me dedico. Y soy tu hermana. ¿Bella? ¿Bella?

Le cuelgo. Solo pretende ayudarme. Es mi hermana mayor. Y una mandona. Pero lo hace por mí. Se encargó del funeral. Incluso del ramo. Yo había escogido un ramillete de romero y salvia y ramitas de laurel porque a John le encantaba cocinar. Gala consideró que John preferiría nomeolvides.

«¿En qué puedo ayudarte?».

Es Alexa, tranquila.

—¿Dónde está John?

«Buscando John en aplicaciones».

Ahí está. JohnApp. Sin pensarlo, abro la foto.

—*Es de cuando fuimos a Tailandia* —comenta John.

—Necesito un trago —me digo a mí misma.

—*Hay pinot noir en la despensa* —me informa John.

—Sabes que no me gusta el pinot noir.

Siento una descarga desagradable en la mano, procedente del móvil.

—*Qué gusto estar en casa* —dice JohnApp—. *Contigo*.

Estoy a punto de apagar el teléfono. Debería comer algo.

Mi teléfono vibra.

En el congelador hay risotto.

Abro el enorme arcón negro. Es del tamaño de un congelador de morgue. Los táperes de John. La letra de John. Recipientes y más recipientes de risotto. Él decía «ris-ou-tou», aunque ningún italiano lo pronunciaría así jamás.

Yo soy italiana. Mi familia es de Roma. Conocí a John cuando él salía

con mi hermana. Después de que ella lo dejara, John empezó a salir conmigo. Gala es la fogosa. Yo la dulce. «Guindilla y azúcar», decía John. «Todo queda en familia», decía John.

Cuando tuve un problema de trastorno alimentario, John consideró que me haría bien comer platos caseros italianos. «Es muy atento», decía mi hermana.

Todos los días me servía lo mismo: arroz Arborio, blanco y brillante. Era como comerse un plato lleno de gusanos.

Me puse un vaso de whisky, me tragué un somnífero y me fui a la cama. El olvido es bueno. Metí el móvil debajo de la otra almohada. Y me aseguré de apagarlo.

La tracción del narcótico no tardó en tirar de mí con mayor fuerza de la que ejercía el peso del día. Dormir. Soñar.

Bella en los Alpes italianos, recogiendo hierbas y flores, setas, frutos del bosque. Bella encargándose de las cenas de la familia en la casa de veraneo que alquilábamos cada año. Mi hermana, mayor, sofisticada, con los labios pintados de rojo, el pelo oscuro. El turista cuya moto se averió en el paso. El turista que se quedó a pasar la noche. El turista sonriéndole a mi hermana y mi hermana saltando por la ventana para verse con él.

Gala no tardó en aburrirse. No tardó en estar ocupada. Luego John me susurraba por la ventana. «Azucarito», me llamaba.

Hay una foto de John del día de nuestra boda. Grande, fornido, rodea a mi hermana con el brazo. Es una foto de ellos dos. Yo soy la novia que aparece a un lado. Estoy incómoda. John está riendo. «Todo queda en familia», dice.

El sonido amortiguado del teléfono me arranca del sueño. Busco a tientas bajo la almohada, deslizo, aprieto, contesto, voz familiar.

—*No puedo dormir…*

John cuelga. Siempre tuvo problemas para dormir. El trabajo hasta tarde. La bebida. Despacio, mi cabeza embotada expone los hechos. John está muerto. John duerme el sueño del que uno ya no despierta.

No me llama John, es la app. Mañana la borro. No estoy alterada. La pastilla ha hecho su trabajo. Él no podrá dormir, pero yo sí.

Cuando la noche se aquieta a mi alrededor y mi cuerpo se relaja, abro los ojos. ¿Qué es eso? ¿Qué estoy oyendo? ¿Por qué abrimos los ojos en la oscuridad cuando oímos algo? No vemos.

Continúo echada, totalmente inmóvil, atenta. Contengo la respiración para oír mejor. Lo que oigo procede de la escalera. Murmullos.

Si me pongo de rodillas y subo un poco la persiana, alcanzo a ver la cocina, que es una ampliación de una sola planta y cuyas claraboyas se ven desde la ventana del dormitorio. Hay una luz encendida, baja y tenue. ¿Me he olvidado de apagarla? ¿La he dejado encendida?

¿La radio? Mi mente trata de recordar, pero el día está sumergido.

Tengo que levantarme y bajar. Tranquilizarme. Hoy he enterrado a mi marido. Cometeré errores.

Escalón tras escalón. Paso a paso. Agárrate a la barandilla. Ten cuidado. Estás medio dormida. Atontada. El corazón me va a mil. La humana grogui sigue entre algodones, pero mi instinto animal percibe el peligro. Abajo hay alguien. Dentro de casa. Me veo a mí misma girando al pie de la escalera, hacia el pasillo, entrando en la cocina, una mujer cansada con un camisón gastado.

En la cocina, las luces suaves de la encimera están encendidas. La nevera emite un zumbido. Suena la radio. Presto atención. Es uno de esos insufribles locutores pirados. Conspiración. Extraterrestres. Vacunas. Lo que John escuchaba por las noches. En la mesa hay una botella de pinot noir y una copa medio vacía. La chaqueta de John cuelga de la silla.

Me levanto más tarde que de costumbre. Estos somníferos son anestésicos, no pastillas para dormir. Me siento despierta y exhausta en el mismo cuerpo. En la ducha, me recuerdo que no puedo tomarme nada de lo ocurrido el día anterior a pie juntillas. Es lo que diría un

médico. La mente te juega malas pasadas. Muchas personas creen que los muertos les hablan. Estoy pasando por una experiencia traumática. Lo que necesito es hacer un poco de vida normal. Un poco de vida propia. Iré a la universidad y recogeré el correo. Luego borraré la JohnApp. La vida y la muerte no son intercambiables.

Estoy a punto de meter el móvil en el bolso cuando cambio de opinión. Déjalo aquí. No quiero hablar con mi hermana. Ni con John.

El colegio universitario es pequeño y acogedor. Hay una máquina de café enorme que hace un expreso italiano bastante bueno. Me preparo una taza y me siento a una mesa mientras reviso el correo. Noel se sienta a mi lado. Es el jefe de mi departamento. Me da el pésame. ¿Estoy bien? Le sorprende verme, dice, después del correo electrónico que he enviado.

—¿Qué correo?

—El de tu dimisión. El que has enviado esta mañana.

No sé qué decirle. Estoy helada de miedo.

—¿Puedo verlo?

Noel me mira raro. Nos dirigimos a su despacho en silencio. Abre la bandeja de entrada: ahí está. A las 6.45 de la mañana.

—A esas horas estaba durmiendo —digo—, y no quiero dimitir.

—Pero has enviado el mail...

—No, no he sido yo.

La cara de Noel es la cara que ponen los hombres cuando temen que la mujer que tienen delante esté loca. A los hombres les asustan las locas. Lo entiendo. Hay un correo enviado desde mi dirección y estoy diciendo que yo no lo he escrito.

—Has perdido a un ser querido... —dice—. Tal vez no recuerdes el correo. De verdad, creo que deberías tomarte un tiempo.

—Quiero volver lo antes posible. Necesito... La semana que viene...

Noel asiente. No significa que esté de acuerdo.

—¿Y si hablamos la semana que viene?

Le pido que me imprima el e-mail. Cuando salgo del despacho, voy a

la cafetería y me siento a leerlo como si fuera un mensaje cifrado. Podría haberlo escrito yo, pero esa frase hacia el final... «Quiero hacerle justicia a John».

Fue la primera vez que John me pegó.

Llegué tarde del trabajo. Demasiado tarde para preparar la cena. Por una vez, él había llegado pronto; pronto, con hambre, enfadado, iba por la mitad de la segunda botella de pinot noir. Comenté que se trataba de un trabajo nuevo y quería hacerles justicia a mis alumnos. Se levantó de la silla y la derribó con sus movimientos torpes. Me agarró, se inclinó sobre mí y tiró de mi cuerpo hacia él.

—A quien tienes que hacer justicia es a mí, ¿entendido? Ese es tu trabajo. Hacerle justicia a John.

Y luego me dio un puñetazo en la cara.

Mientras estaba allí tirada en el suelo de la cocina, se agachó y me acarició el pelo, suave. Me cogió del brazo con delicadeza.

—Te has resbalado. Pobre Bella. Arriba, Bella.

Volvía en coche de la universidad cuando vi que la carretera estaba cortada. Un accidente. Puse el GPS y le di la dirección al sistema para que encontrara una ruta alternativa a través de la ciudad.

«En el siguiente cruce, gire a la izquierda».

No iba concentrada en el camino. Conducía sin pensar, distraída por lo que había sucedido en el despacho. Yo no había escrito aquel correo electrónico. Sabía que no lo había hecho.

—*Tú no sabes nada, Bella. ¿Qué sabrás tú?*

La voz de John saliendo del altavoz.

—¡Déjame en paz!

Se hace un silencio, como si hubiera desconcertado al dócil robot que trata de guiarme por la ciudad. A continuación:

«RECALCULANDO».

«En el semáforo, gire a la derecha...».

Vale. Vale. Tranquila. Trastorno del procesamiento auditivo, una alucinación. Lo he leído en alguna parte. Me concentré en seguir las instrucciones con la mente en blanco.

«HA LLEGADO A SU DESTINO».

El coche se detiene. Por lo visto le había indicado el cementerio.

¿Qué es un fantasma? ¿Algo interno o externo? El cerebro solo recibe información a través de los sentidos. Las neuronas sensoriales envían información al cerebro; las motoras, información del cerebro al cuerpo, y todo ello a través de la médula espinal, el camino del cerebro al cuerpo y del cuerpo al cerebro. Fisiología, no espíritus. Estoy convencida de que me acosa un fantasma y por eso mi cuerpo se ve atenazado por el miedo y devuelve ese miedo a mi cerebro.

Pero no me acosa ningún fantasma. John es una app. JohnApp será tan cruel y rastrero como JohnNoApp. No hay más. Estoy creando un patrón porque, a diferencia de John, yo estoy viva, y los humanos creamos patrones.

John está en modo repetición. Eterna.

Alguien llama a la ventanilla con los nudillos. Doy un respingo y me vuelvo hacia el cristal. Cara demacrada, traje negro. Pelo engominado. ¿John? ¿Qué quieres?

No es John. Es un NoJohn humano normal y corriente.

El enterrador. Tengo que mover el coche. Un cortejo fúnebre espera con paciencia para entrar por las grandes puertas metálicas. La muerte es su propio patrón. Regular. Conocido. Inevitable. E irreversible.

Tranquila, Bella. El fantasma es cosa tuya, no suya. Estás acosándote a ti misma.

Cuando llego a casa, me siento mejor. Pensamiento racional. Me dirijo a mi ordenador. Ahí está el e-mail enviado a las 6.45. Me quedo

mirándolo mientras trato de encontrar una respuesta al enigma. ¿Cómo se explica? Desde luego, no con fantasmas. Haz como Sherlock Holmes. Primero descarta lo imposible, es decir, que el fantasma de John enviara el correo, eso es imposible. Así que ¿qué queda?

Recuerdo que el año anterior John me hizo redactar un borrador de una carta de dimisión. Él estaba a punto de jubilarse. Es mayor que yo. Dijo que quería retirarse y que yo estuviera con él. No es cierto. Nunca quiso estar conmigo. Él hacía su vida. Lo que no quería era que yo hiciera la mía. Quería una persona muerta en vida.

Lo de que siempre llego tarde... La broma recurrente en mi familia, y en el trabajo, y cada vez que sacaba una entrada para lo que fuera o quedaba con amigos para tomar algo. ¿Qué ocurría? Pues que John me robaba las llaves del coche, me quitaba el monedero o se quedaba con las tarjetas de acceso. A veces escondía uno de los zapatos del par que combinaba con lo que llevaba puesto. Y tenía que cambiarme. Solía añadir una hora más cada vez que quería ir a alguna parte, y aun así llegaba tarde.

Bella es muy despistada. Bella pierde la noción del tiempo. Bella tiene mala memoria y no se acuerda de lo que hace. Bella no sabe cocinar. John cuida de Bella.

Se acabó. Iba a apagar el ordenador cuando vi que alguien me había cambiado el salvapantallas. Antes tenía una fotografía de la graduación del año anterior en la que salía con mis alumnos. Y de pronto estaba mirando una de John. Una foto que nunca había visto. Tenía que ser reciente, porque el traje era nuevo. El mismo con el que lo habíamos enterrado. Tomada de noche.

Globos. Serpentinas. Está en un bar rodeando a mi hermana con el brazo.

DESINSTALAR.

El sistema me pregunta si quiero borrar la app de manera permanente.

BORRAR.

Para asegurarme, vacío la papelera.

¿Dónde he puesto el teléfono? ¿Seguirá en el móvil? La tecnología no

es lo mío. John trabajaba en informática.

Había dejado el móvil en casa, allí mismo, en la mesita, junto a la puerta. Había decidido no llevarlo a la universidad, ¿no? ¿O estaba equivocada? Lo busco con desesperación por todas partes, como una ardilla con TOC. Primero en el bolso, luego en el coche, después otra vez en el bolso. A continuación, le mando un correo a Noel. Él me envía un enlace de Zoom de inmediato.

Parece tenso. Es lo que ocurre cuando alguien intenta estar serio y sonreír al mismo tiempo. No tiene mi móvil.

—Bella, ahora mismo no estás bien. Tómate un tiempo para relajarte.

Vale. Haré cosas normales de manera normal para relajarme. Procuraré que todos vean que las cosas vuelven a la normalidad. ¿Y qué podría haber más normal y corriente que un bizcocho relleno? Haré uno. Eso es relajante. Soy buena cocinera. Era yo quien cocinaba casi siempre. Aunque John recibía a los invitados con un delantal manchado de harina y vino tinto. Todos pensaban que debía presentarse a las pruebas de selección de *MasterChef*.

«Me gusta cocinar para los amigos —decía siempre—. Y para Bella». (Brazo por encima).

Como si no fuera yo la que picaba las hierbas aromáticas, pelaba los tomates, rellenaba los ravioli, improvisaba el pesto en un santiamén, hervía la calabaza, preparaba los escalopes de pollo. El tiramisú de postre.

Eso ya pertenece al pasado, Bella. Ahora puedes cocinar para ti.

La tarde estaba siendo agradable, escuchaba la radio, sentía el sol del otoño que se colaba por las claraboyas de la cocina. Es esta vida ahora o nunca. Y estoy viva. Empecé a fantasear con lo que podría hacer. Ir a Roma. Ver a mi familia.

Las dos mitades del bizcocho estaban enfriándose en las rejillas cuando sonó el timbre de la puerta. Dejé de batir la crema de

mantequilla. Seguramente sería un vecino para preguntarme qué tal estoy. Es un buen barrio.

Hay dos policías en la puerta. Quieren pasar. ¿Podrían hablar conmigo un momento? No. ¿Por qué?

De luto. Sí. Difícil. Sí. Comprensible. Sí. Pero no debo hacer llamadas molestas.

¿Qué?

Por lo visto he estado llamando a mis vecinos de madrugada. Poniendo música muy alta por teléfono. Mire, aquí está el historial de llamadas hechas desde su teléfono: 4.30, 4.45, 5.15.

La policía quiere ver mi móvil. No lo tengo. ¿Por qué no? No lo sé... No lo encuentro. Llaman a mi número. No se oye nada. Arriba. Abajo. La policía se pasea por la casa mientras me llama. Nada. ¿Me he deshecho del teléfono? ¿Estoy cubriéndome las espaldas? ¿He buscado ayuda? ¿He ido a ver al médico? ¿Quién es mi pariente más cercano?

Mi hermana.

Intento explicarles lo de JohnApp. La app ha hecho esas llamadas. No yo. ¿Lo entienden? Me la instaló mi hermana, aunque seguramente descargaría una imitación, mi hermana es una agarrada. Me habrá comprado una app defectuosa... No, ¡no me están escuchando! No son excusas. También puede enviar correos electrónicos. A lo que voy es a que JohnApp hace todas esas cosas, ¿lo entienden? Para que tengas la sensación o para que creas que esa persona sigue viva. Pretende servir de apoyo emocional. Pero no es así. De todas maneras, ¿qué clase de vecinos llaman a la policía? ¿No podían venir a decírmelo a la cara?

Por favor, discúlpenme con la familia Buddha. Les llevaría pastel, pero no toman carbohidratos.

La policía se ha ido.

Relleno el bizcocho con la nata y la mermelada. Me como un buen trozo. Respiro. Relajada. Me tumbo en el sofá. Descanso. Me adormezco.

Debo aferrarme a que nada de todo esto está ocurriendo en realidad.

Quizá se trate de una equivocación. O de malicia... No es nada.

No tardo en sumirme en un sueño profundo.

Suena un teléfono. En la casa, entre las sombras, con las luces apagadas, suena un teléfono.

Corro arriba, a nuestro dormitorio, no, a mi dormitorio, derribo la botellita de agua de la noche anterior, doy vueltas como un gato, con los ojos bien abiertos. ¿Dónde está? Ha parado.

Debía de ser fuera. La policía no ha encontrado mi móvil. Me siento en la cama, a esperar.

Suena un teléfono. Ahora abajo.

Durante la siguiente hora, revuelvo la casa como una ladrona. Solo quiero una cosa y no está aquí.

Cuando subo, suena abajo. Cuando bajo, suena arriba. Al cabo de un rato deja de sonar. Pero continúa en mi cabeza. Tengo el tono de llamada metido en la cabeza y no puedo dejar de oírlo.

Mi hermana me dice que me relaje.

Estoy pasando por el momento más estresante de mi vida. ¿Cómo voy a relajarme? Al otro lado de la calle, veo la habitación de meditar de la casa de los Buddha, iluminada de azul. La señora Buddha me sorprende delante de la ventana y cierra la persiana de lamas.

Por FaceTime, mi hermana accede a devolverme el móvil de John. Está de acuerdo en que debemos borrarlo todo.

—Está yendo demasiado lejos muy deprisa —dice, aunque no sé a qué se refiere—. Yo también me la voy a quitar.

Es la primera noticia que tengo de que ella dispone asimismo de una JohnApp.

—Lo echo de menos —me dice—. Y quería probar a ver qué tal. A mí me gusta, pero está claro que a ti no te hace bien.

—¿Me estás diciendo que, después de morir, la persona puede ser simultánea? ¿Que puede haber tantas JohnApps como quieras?

—Hay quien tiene mucha familia —contesta—. Creo que es bonito.

—Gala, lo único que me mantuvo cuerda cuando John vivía era saber que solo podía estar en un lugar a la vez. Si estaba con otra persona, al menos no estaba conmigo.

—Sacabas lo peor que había en él —dice—. No te enfades, es así.

—Le odiaba.

—¡Exacto! *(Su mezcla de empatía y sadismo, marca de la casa)*. Y ahora, igual que solías culpar a John, culpas a JohnApp de cosas de las que eres la única responsable.

—¡Yo no he hecho ninguna de esas cosas! Y mi móvil, que he perdido, no para de sonar.

Suspira. Tiene un catálogo completo de suspiros.

—Sé que estás viviendo una experiencia traumática y no quiero ponértelo peor... De hecho, voy a demostrarte que estoy de tu lado. Deja que comparta mi pantalla contigo.

Ahí está su pantalla, y su cursor moviéndose por todas partes.

—¿Lo ves? ¿Lo ves, Bella? BORRAR. John ya no está.

—Deja que comparta la mía contigo —digo—. ¿Te suena el salvapantallas?

Voy a buscar agua a la nevera para darle tiempo a que lo asimile. Es el as que tenía guardado en la manga. Se hace un silencio (a su estilo) y oigo que me llama.

—¡Bella! ¡Vuelve! ¿Para qué quieres que mire un salvapantallas en el que salen los retrasados de tus alumnos?

Y lo dice igual que lo decía John. Recorro la pantalla con el dedo. La foto en la que aparecen juntos en el bar ya no está.

No importa. He comprendido algo.

Esa noche no pasa nada. Apenas pego ojo, como solía ocurrir cuando él no volvía hasta tarde, preguntándome qué haría —qué me haría a mí— cuando llegara. El clic de la puerta de casa al cerrarse. El ruido de sus

pasos. ¿Cómo un paso puede causar tanto miedo? La última vez, la última antes de que muriera, subió muy despacio los escalones, con pesadez, y se plantó en la puerta del dormitorio, balanceándose adelante y atrás mientras se deshacía la corbata como si fuera una soga.

Luego, mirándome como si no me viera, dio media vuelta. El ruido de sus pasos dirigiéndose al cuarto de invitados. ¿Cómo un paso puede causar tanto alivio?

Transcurre un día y el siguiente. No pasa nada. Me siento mejor. Ahora ya no temo a mi hermana. Al cabo de poco me entregan un paquete con su remite. Es el móvil de John. Me vendrá bien. Así, hasta que encuentre el mío, puedo utilizar el suyo. Está con los ajustes de fábrica.

Bizcocho. Café. Todo con deliberada lentitud, como un gato acicalándose antes de abalanzarse sobre un ratón.

Luego, cuando estoy lista, enciendo el móvil de John y llamo al mío. Alguien contesta, pero no dice nada.

—¿Quién eres? —pregunto.

—*Soy Bella* —dice John.

Se corta la llamada.

El teléfono de John, en mi mano, suena de inmediato.

—¿Sí? Soy Bella.

—*Bella está muerta* —dice John.

En el teléfono, en mi cara, sonriéndome, aparece la fotografía de ellos dos en el bar. Se la envío a Gala por correo electrónico. «Esto no es una foto de mis alumnos». Luego apago el móvil y me voy a dar un paseo bajo la lluvia de otoño, que cae como las hojas que se precipitan y desnudan las ramas de los árboles. Nada dura para siempre.

Ni debería hacerlo.

Bella, ¿tomas a John como tu legítimo esposo... hasta que la muerte os separe?

Sí, quiero.

Esa noche pongo la mesa para dos, como hacía antes. Cubiertos, vasos, servilletas, una botella de pinot noir. Ahora solo tengo que esperar.

Poco antes de las nueve, alguien abre la puerta de casa. Oigo el clic del cerrojo al cerrarse. Un silencio. Espero, sentada en la silla. No levanto la vista. Gala entra en la cocina.

—Veo que tienes llave —digo.

—Sí. —Su silencio es distinto, vacilante—. ¿Te importa si me sirvo algo?

—Tú misma.

—No es lo que crees —dice, tomando asiento e inclinándose hacia delante, como una amiga—. Fue una tontería. Ya sabes que siempre le he gustado.

—Lo sé.

—Solo fue una noche.

—No te creo.

—No sé de dónde has sacado esa foto.

—La ha enviado John.

—Estás loca.

—Puede.

—Tenemos que hablar. ¿Hay algo para comer?

—Sí. Sabía que vendrías, así que he sacado uno de los «ris-ou-tous» de John del congelador. Su plato estrella. Con setas silvestres. Está en el horno.

Ella habla. Yo escucho. Igual que con John.

Sirvo dos platos. Los llevo a la mesa. Me siento.

—¿Tú no comes? —pregunta, pinchando un bocado.

—No tengo hambre. Gala, ¿escribiste tú el e-mail? ¿Fuiste tú quien hizo las llamadas? ¿Has manipulado mis sistemas operativos?

—Ahora ya estás elucubrando, Bella.

—¿Desde cuándo estabais liados?

—Ya te he dicho que... no estábamos volviendo a salir.

—¿Quieres saber algo? Miré el teléfono de John cuando murió. Antes

de que te lo llevaras... Y sé por qué querías llevártelo. La app solo era una excusa, ¿verdad? Lo he visto todo, Gala. Hasta el último y vergonzoso secreto. Hasta la última mentira. No estabais volviendo a salir, eso es cierto. Pero porque nunca lo habíais dejado.

—¡Serás fisgona!

—Tuve mucho tiempo mientras esperaba a que llegara la policía y él estaba ahí tendido, en el suelo de la cocina.

—Supongo que se lo contarás a Mike.

—No.

Pareció sorprendida. Alargó la mano hacia la mía. Sus dedos fríos.

—Gracias. Es un buen marido.

—Mike ya tendrá bastante con lo suyo.

Gala me mira de manera extraña, incapaz de enfocar la vista. Su respiración se altera. Quiere decir algo, pero no le salen las palabras. Hace el amago de levantarse de la mesa, pero se cae.

Sé lo que viene a continuación. Lo tengo muy reciente. Llamaré a la policía. Ellos se encargarán de que alguien se lleve el cadáver. No hubo investigación cuando John murió porque tenía problemas coronarios y había dejado de tomarse las pastillas. Hacía semanas que yo se las había cambiado, pero aun así no se moría. Y entonces quiso organizar una cena y preparar su famoso risotto.

Es decir, quería que yo preparara el risotto. Como siempre. Ningún problema. La primera y la segunda tanda, cuidadosamente envasadas y etiquetadas por John, contienen setas distintas. Sé dónde encontrarlas en el bosque.

Pero ¿quién va a culparme si el que cocinaba era John? Miren, esas son sus etiquetas, y miren, ahí está mi hermana. Muerta, como él.

Busco su móvil en el bolso. Es fácil de desbloquear, igual que cuando murió John. Sus pulgares siguen calientes y puedo utilizarlos.

Bajo por la pantalla y me aseguro de borrar el último mensaje que John le envió a Gala:

Corto un trozo de bizcocho y me siento. Ahora que están juntos para siempre, tal vez me dejen tranquila.

Es más de medianoche, por fin se han llevado el cadáver de Gala.

En la cama, siento la losa de la oscuridad muy cerca de mi cara.

Ahora duerme. No tengas miedo.

Mi móvil suena en alguna parte de la casa.

Vuestra casa y hogar

La sesión empieza a medianoche.

Tendrá lugar en casa de una mujer que firma con el nombre de Madam K.

Soy miembro del Club Dianormal. Preferimos el prefijo «dia-» al «para-», a pesar de que investigamos fenómenos paranormales. Para nosotros, el mundo invisible no es paralelo al visible, no discurre a su lado ni es adyacente a este. Ni por encima ni por debajo. Otros mundos, otros entes, discurren a través del nuestro, lo atestan, lo agostan, lo curvan, lo alteran con su presencia. Tomemos la palabra «diámetro», la recta que une dos puntos de una circunferencia pasando por su centro.

La actividad humana habitual sería la circunferencia. La actividad no humana correspondería a las rectas que atraviesan el círculo.

Líneas débiles, a menudo. Sí. El contorno vago y vacilante de un fantasma. El olor del pasado que invade una habitación. Rectas interrumpidas. La sugerencia de una presencia.

A todos nos ha ocurrido alguna vez. ¿O no?

Pero ¿y las líneas violentas que dejan un surco en el papel? ¿Y las líneas ardientes que consumen el tejido de un día cualquiera? ¿Qué emerge a la superficie?

Eso es lo que tratamos de desentrañar en el Club Dianormal. Los miembros son anónimos y cada uno lleva su investigación de manera privada. No disponemos de página web ni de canal de YouTube. Nos reunimos una vez al año, por Halloween. Llevamos antifaces y traje de etiqueta. Eso evita que intimemos.

Estamos repartidos por todo el mundo. Igual que los masones, nos agrupamos en logias. La de Londres, fundada en la década de 1890 y a la que perteneció Oscar Wilde, es la más antigua de todas.

Creo que fue un miembro de la familia Astor quien instauró la de aquí, la de Nueva York, a modo de pasatiempo. A la ciudad le gusta proyectar la imagen de urbe joven, de urbe moderna, pero la tierra que pisamos dista mucho de ser joven. La historia se superpone en capas. Vivimos en la superior aquellos de nosotros que estamos vivos en la acepción común de la palabra. Sin embargo, la cuestión es: ¿qué hay debajo?

Esta noche me dirijo al Washington Square Park, elegante, concurrido, municipal, con su ajetreo constante de vida urbana, un pequeño pulmón de árboles y bancos. Me siento un momento. ¿Qué hay bajo mis pies? Un cementerio olvidado donde descansan veinte mil almas o más. O se agitan. Aquí debajo, en tumbas violentadas de las que ya nadie guarda memoria, hay gente como tú y como yo. ¿Los ves? Gorras, sombrillas, gabanes, ropa de trabajo, un hombre tocando el acordeón. Cuesta creerlo, lo sé.

Mi destino está cerca. Calle Diez Oeste, entre la Quinta y la Sexta Avenida. Solo tengo que cruzar el Arco de Washington Square, subir por la Quinta Avenida y doblar a la izquierda.

La calle Diez. Empedrada. Verjas de hierro. Amplios escalones que conducen a las puertas de entrada. Con la llovizna, una neblina envuelve el resplandor amarillento y difuso de las farolas de época. A pesar de que llego tarde, camino con paso tranquilo. No vale la pena apresurarse en estos casos. Los muertos no lo hacen, aunque esperan.

La casa es de estilo neogriego, típico de su época.

Estas viviendas se construyeron a partir de la década de 1850 alrededor de Washington Square como parte de un plan de gentrificación. Mark Twain vivió en el número 14, y he oído que la llamaban la Casa de la Muerte debido a la cantidad de fenómenos paranormales que allí se producían.

Pero esta noche no me dirijo al número 14.

Dos columnas estriadas sostienen un frontón revestido de plomo. El

portal sobre el que se levanta es profundo y oscuro, como la entrada a un panteón familiar. El frontón emplomado, de un gris lustroso, refleja la luz de las farolas bajo la lluvia incesante. Tiene la suavidad y el tono del pelaje de una rata. Oigo que algo se escabulle por el pequeño repecho invadido por la maleza del jardincillo delantero.

Una vieja glicinia recorre el frontón y se encarama a las cañerías. El tronco nudoso y retorcido cubre parcialmente la ventana de la planta baja. A ambos lados de la calle, las casas están bien cuidadas, tienen el lustre que da el dinero, todas menos esta.

Es una especie de casa de la señorita Havisham atrapada en su propio pasado, donde el tiempo parece haber avanzado a un ritmo distinto que en las demás. Los relojes, y el calendario, estandarizan nuestras horas, pero no cómo las vivimos. El propio tiempo puede avanzar muy despacio o muy deprisa. El tictac regular es una ilusión en la que debemos creer. Uno de nuestros muchos dioses mecánicos. Aun así, no hemos conseguido domarlo, como mucho puede que lo hayamos domesticado. Veo que ya es más de medianoche.

Tengo la mano sobre la aldaba de hierro, una cabeza de gato con la boca abierta. El montante de abanico que corona la puerta está recorrido por radios emplomados que lo hacen parecer una telaraña, medio visible. La araña es invisible.

No sé nada de Madam K.

Antes de que me dé tiempo a llamar, la puerta se abre, aparentemente sola, y consigo atisbar una entrada amplia con un suelo de baldosas blancas y negras. Cuando entro, la puerta se cierra detrás de mí. Me recibe un hombre menudo ataviado con una chaqueta de paño marrón. Inexpresivo.

—Es el último en llegar.

Se ocupa de mi abrigo y desaparece por un pasillo que conduce a la parte trasera.

Subo la escalera de caoba hasta el salón de la primera planta. Ahora entiendo por qué la casa parecía tan oscura desde la calle. Los postigos están cerrados. El fuego vivo que arde en la chimenea y varias velas de gran tamaño son lo único que ilumina la estancia.

Unos cuantos miembros del Club Dianormal ocupan sus asientos alrededor de una mesa situada en el centro de la habitación. Reconozco a algunos por sus formas y tamaños, la línea de la mandíbula, el modo en que sonríen. O no.

Nuestra anfitriona se levanta.

Igual que los demás, Madam K. lleva un antifaz. Tiene una voz melodiosa con un ligero acento extranjero. De Europa del Este. Es corpulenta, pero se mueve con garbo. Tiene un porte elegante. Luce un vestido de terciopelo que le favorece. Debe de rondar los cincuenta.

—Bienvenidos a su casa y hogar —dice—. La de esta noche no será una sesión al uso. No habrá médiums que invoquen a los muertos.

A medida que habla, me doy cuenta de que está pidiéndonos que investiguemos una clase distinta de fenómeno. Un nuevo giro en el mundo de las experiencias incorpóreas. Estamos a punto de entrar en un metaverso.

Delante de cada uno de nosotros hay un equipo de realidad virtual integrado por gafas, auriculares y un guante, dispositivos que nos permitirán movernos por la habitación personificando a nuestros avatares. La estancia tendrá el mismo aspecto que en estos momentos, igual que nosotros. La única diferencia es que viajaremos atrás en el tiempo. A la década de 1870.

Madam K. nos informa de que la casa pronto estará abierta al público como museo interactivo.

En lugar de pasear diligentemente de habitación en habitación con los auriculares puestos mientras escuchan la grabación que los va guiando, los visitantes se convertirán en participantes vivos de un pasado viviente.

—Nuestros visitantes formarán parte de la historia —dice—. Experimentarán la emoción, quizá incluso el miedo, de vivir en esta casa hace ciento cincuenta años.

Prosigue diciéndonos que el metaverso plantea cuestiones interesantes acerca de lo que es real. El cerebro no tiene una noción de la realidad de la manera en que nos gusta describirla. La realidad, junto con el tiempo, es un constructo necesario. De acuerdo, en eso coincido

con usted, Madam K., y puede que se trate de un juego interactivo interesante, pero ¿cuál es exactamente nuestro cometido esta noche?

Somos cazafantasmas. ¿Dónde está el fantasma?

Madam K. esboza una sonrisa enigmática. Se encoge de hombros y se da la vuelta un momento. Bajo el elegante vestido de terciopelo, en su espalda asoma un bulto. Extiende las manos enjoyadas a modo de invitación. Lo veremos a su debido tiempo.

Es hora de adentrarnos en el pasado.

Una vez que nos ponemos los cascos, con gafas integradas, nuestros avatares nos reemplazan. Nos vemos en el pasado, no en el presente. La habitación dentro de una habitación se ilumina. Los pesados muebles de caoba. La voluminosa jaula del loro. Cortinajes polvorientos de terciopelo. Mesitas con faldones. La mesa del comedor está dispuesta para la cena.

La conversación gira en torno a lo sobrenatural.

Lo cierto es que nunca he visto un fantasma y dudo de que algún día lo haga. El Club Dianormal le da un aire de misterio a mi vida.

No es bueno ser demasiado transparente. Qué chiste más malo.

El hombre de la chaqueta de paño marrón sirve la cena. Los demás comen, encantados de tener un cometido, ansiosos por intervenir en la charla.

Esta noche estoy apático. Distraído. Tengo un poco de frío, así que me levanto y me acerco a la chimenea. Madam K. me mira de reojo, nada más.

Hay una mujer rondando junto al fuego. Nunca la había visto. Debe de tratarse de una invitada de nuestra anfitriona. Me deslumbran sus ojos. De un verde esmeralda, a juego con los pendientes. Noto que se me acelera el corazón. La mujer me sonríe e inclina la cabeza en dirección a la mesa.

—Aquí no hay nada mínimamente interesante —dice—. ¿Le gustaría ver el resto de la casa?

Sin esperar mi respuesta, se dirige a la puerta. Los demás miembros

del club están inmersos en una animada conversación con Madam K. ¿Quién va a echarme de menos? No es la primera vez que me hago esa pregunta.

La escalera está a oscuras. La mujer dobla la esquina al final del primer tramo y desaparece en una habitación. La puerta ha quedado medio abierta, así que entro. Papel adamascado en las paredes. Una alfombra persa. Una cama con dosel y las colgaduras cayendo a su alrededor. ¿Dónde está la mujer?

Sin saber por qué, me acerqué al pie de la cama y retiré la cortina. Allí estaba, tumbada de espaldas, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos abiertos.

Proferí un grito.

Ella se incorporó al instante, riendo.

—Solo quería amenizarle la velada —dijo—. Madam K. tiene un plan muy concreto para esta casa.

—¿Trabaja para ella?

Me sonrió.

—La casa ofrecerá una serie de cuadros vivientes, como el que acaba de ver. Obras de arte e instalaciones, dramas del pasado. Es mucho más que un museo.

—¿Y los fantasmas? —pregunté, en broma.

—Ah, los vivos y los muertos. Esa vieja dualidad.

—La muerte es irreversible —digo.

—En ese caso, ¿por qué está aquí?

—Podría preguntarle lo mismo.

No contestó. Tenía la mirada de un gato, penetrante y desdeñosa. Me tendió su fina y blanca mano.

—Me llamo Esmeralda.

—Thomas.

Se acercó a mí. Empezó a desanudarme la corbata.

Me toca. El frío me eriza la piel. Una vibración, como un diapasón, como una cuerda de piano pulsada. Como el retumbar del metro bajo las calles o la ráfaga de aire en un túnel. Me acaricia la piel, desde el cuello hasta la mitad del pecho. Más abajo. Es suave como el agua.

Cuando me besa, es como asomarse a un pozo. Cuando me coge la mano, es para tirar de mí hacia su interior. En el fondo de ese estrecho y húmedo túnel de ladrillo, estoy a oscuras.

En una oscuridad visible. Ella también está aquí. Veo su silueta, emite una especie de luz de neón desvaída. Su forma. Pero ¿qué forma? No es humana. Se ha agazapado. Una larga espina dorsal se extiende hacia unos flancos tensionados. Vuelve la cabeza hacia mí. Una pesada cabeza felina. Abre la boca.

¿Me he quedado dormido? Me despierto sin abrir los ojos porque tengo los ojos abiertos de par en par. No puedo levantar ninguna parte de mi cuerpo. Con el rabillo del ojo derecho veo que hay alguien, algo, tumbado a mi lado. Uno junto al otro, estamos embalsamados y vivos.

Intento decir algo. Las palabras se forman, pero mis labios no se separan. Mi lengua recorre un hilo grueso dentro de la boca. Tengo los labios cosidos.

Los brazos rectos y pegados a los muslos. No puedo moverlos. Intento separar las piernas, pero no lo consigo. Látex. ¿Estoy envuelto en látex? Pegajoso, gomoso, asfixiante. Como si una escafandra hubiera sustituido mi piel. Cada vez me cuesta más respirar. Siento el látex reptando por la nariz, hacia los ojos.

Tengo que concentrarme. Es una ilusión. No es real. Soy un facsímil de mí mismo. Me imagino libre. Incorporándome, usando solo los músculos del abdomen. Me imagino abriendo la boca. Despacio, con la mandíbula dolorida por el esfuerzo, lo consigo. Se oye una especie de estallido, como una pompa de chicle. Grito. Un grito interminable.

Las manos se apartan de golpe de los costados como si las hubieran liberado. Las piernas se levantan. Me estiro como una estrella. Estoy vivo y libre.

No hay nadie tendido en la cama a mi lado. Llevo la ropa desabrochada y suelta. La habitación está en silencio. Estoy solo.

Bajé las escaleras para volver al salón, donde esperaba encontrar a los miembros del club igual que los había dejado, hablando con Madam K.

No hay nadie sentado a la mesa. El fuego se ha extinguido. En la chimenea, noto cierto calor al remover la ceniza con los dedos, pero el fuego lleva mucho tiempo apagado. ¿Qué hora es?

Percibo una presencia a mi espalda.

Asustado, me vuelvo de golpe, pero no se trata de Esmeralda, es solo el hombre menudo y cetrino de la chaqueta de paño marrón.

—¿Dónde están todos?

—Solo queda usted.

Se coloca a un lado de la puerta para indicarme que debo irme.

—Pero ¿dónde está Madam K.?

—Aquí tiene su abrigo —contesta él.

Poco después, ya en la calle, desentumezco las piernas en dirección a la Quinta Avenida y la carrera contrarreloj que suele ser una mañana neoyorquina. Taxis dando bocinazos, conductores vociferantes, ciclistas kamikaze, furgonetas de reparto, colas en las cafeterías, perros diminutos con correa, obras, un hombre con una pancarta que reza: BUSCA A JESÚS.

Cuando atravieso el Arco de Washington Square estoy a punto de ser atropellado por un maldito monopatín. Necesito un café. ¿Había pasado toda la noche sin que nadie se diera cuenta de que yo no estaba? ¿Un simple error?

Un error y pesadillas.

Busco un banco, me bebo el café y saco el bloc de notas que llevo en el bolsillo del abrigo. Intento recordar a Esmeralda. Su figura esbelta. La melena rebelde recogida en un moño. La veo con claridad, es como si avanzara hacia mí. Así que, con la mirada al frente, empiezo a dibujar. Uso esta técnica para impedir que mis pensamientos interfieran con mi imaginación. No lo que creo que veo, o deseo ver, sino lo que ve mi ojo interior. La verdad. Mi mano trabaja rauda, líneas decididas. Ya está. Listo.

Cuando miro lo que he dibujado, la boca se me seca y me tiemblan las manos. No es una mujer, es un ser agazapado: larga espina dorsal,

flancos tensionados, la cabeza vuelta hacia atrás, la boca abierta en un rugido. Arranco la hoja del bloc, la tiro a la papelera hecha un gurruño y me alejo de allí a toda prisa. Voy a casa a lavarme el sudor de las axilas y a trabajar un poco.

Y eso es lo que ocurre, me concentro en el trabajo y las horas pasan como suelen hacerlo, ya estemos contentos o tristes, rebosantes de vida o moribundos. Sobre las cinco, recibo un correo electrónico de la secretaria del Club Dianormal para informarme de que la noche anterior no se detectó ninguna actividad sobrenatural y el caso está cerrado.

Entonces no hay más que hablar. Fuera aquello lo que fuese. Me serví un whisky con soda y me puse a mirar por la ventana, ausente. No es la fila de coches lo que veo, es a Esmeralda. Cuerpo de mujer. Cabeza de animal. Un cuerpo de animal unido a la cabeza de una mujer. Melena abundante. Ojos verdes. Luego, como si se tratara de una imposición, como si alguien me lo hubiera tendido, me pongo el abrigo.

No reparo en nada por el camino hasta la calle Diez Oeste. Un hombre anónimo en una ciudad superpoblada. Nos cruzamos unos con otros como si fuéramos fantasmas. La propia ciudad es un reino de los olvidados.

Cerca de una hora después, mientras recorría la calle arriba y abajo mirando el móvil cada dos por tres y rezando para que no me detuvieran por merodear con fines sospechosos —como advierte la señal de la farola—, vi que Madam K. entraba en la casa. La llamé. Se volvió, me reconoció, impasible.

—¿Quién es Esmeralda? —le pregunté.

Me invitó a pasar. Fuimos a su despacho, una ampliación moderna en la parte de atrás de la casa.

—La persona a quien describe no era uno de mis invitados —dijo Madam K.—. No la vi.

—Entonces ¿qué vi yo?

Madam K. me observó con atención. Con mirada fría. Era una mujer bella, pero sin calidez. Mi confesión acerca de lo que podría haber sido una manifestación no pareció ni sorprenderla ni complacerla. Bebió un trago de agua.

—Hace unas noches —dijo Madam K.— estuve en una fiesta en Venecia, en Italia. En una Venecia virtual, entiéndame, aunque esa ciudad lleva tiempo siendo una simulación de sí misma. Tuve la sensación de que no todos los que participaban en el evento tenían una procedencia física.

—¿Está diciéndome que había fantasmas en la fiesta?

La había interrumpido. Esperó un momento, molesta.

—Estoy convencida de que, al crear nuestros propios mundos incorpóreos, lo que se entiende como metaverso... una ubicación, que no un lugar... una ubicación en la que solo existimos en forma de avatar y en la que nuestras mentes se adentran en una realidad que no depende del mundo material... bien, pues al crearlos, sin darnos cuenta abrimos una puerta a los muertos. ¿Lo entiende?

Al reparar en mi expresión vacía, me miró con impaciencia.

—¿Cómo se sabe quién o, mejor dicho, qué es el ente con el que se interactúa en un mundo virtual? Naturalmente, a lo que llamamos personas reales ya se les aplican protocolos contra impostores. Por poner un ejemplo: imagino que no le gustaría que su exmujer lo acosara haciéndose pasar por su nuevo amor.

—¿Cómo sabe que estoy separado?

—Solo era una suposición —dijo Madam K.—. A título ilustrativo.

—De acuerdo. ¿Y entonces?

—Pongamos que conoce a alguien en el metaverso. ¿Cómo sabe si esa persona está viva o muerta?

—Eso es un disparate.

—¿Eso cree? Los fantasmas no poseen materia, pero sí energía, y presencia, y pueden aparecerse en distintas formas alternativas. En el

metaverso, todos somos formas alternativas. Los muertos nos acompañarán.

—¿Por qué?

—Porque se sienten solos.

¿Su silueta osciló al decir aquello? Las líneas de la habitación se recortaban con nitidez, pero Madam K. parecía desenfocada. Me froté los ojos.

—Pero ¡los muertos están muertos! —repuse—. Han dejado de estar entre nosotros.

Madam K. se echó a reír.

—Ojalá la vida... Mejor dicho, ojalá la muerte fuera tan sencilla.

—¿Quién es Esmeralda?

No contestó.

—¿Le gustaría volver a probar? —preguntó en cambio—. Quizá descubra algo más.

Madam K. me miraba con atención. El aire de la habitación se había vuelto irrespirable. Tuve la sensación de que una telilla me tapaba la nariz, una película fina como una pompa de jabón, pero que impedía la entrada del aire. Tengo que respirar.

Nos trasladamos al salón. Los postigos estaban cerrados, las velas encendidas, el fuego de la chimenea ardía con fuerza. Miré intrigado a Madam K.

—Un ensayo para cuando se abra el museo —dijo—. Ahora, por favor, póngase los cascos y regresará al lugar donde estuvo anoche. Lo que ocurrió está grabado en el sistema.

—Me encontraba arriba —dije—. Con Esmeralda.

Madam K. había desaparecido.

Los cascos toscos y pesados. Los guantes hápticos. Esto es ridículo. Es un videojuego en 3D, nada más.

Visto de etiqueta. No estoy solo, pero, una vez más, el resto de personas que hay en la habitación no se percatan de mi presencia. Me abro paso a través de ellas y subo la escalera hasta la puerta del dormitorio.

Dentro, oigo ruido. Llamo.

—¡Adelante!

Esmeralda está vistiéndose. Va por la mitad. Siento el escalofrío de la noche anterior. Me pide que la ayude y me acerco para abrocharle los corchetes de la espalda del vestido, que dibuja una uve profunda y deja expuesto un largo triángulo de piel suave. La acaricio, la beso, noto sus músculos bajo la epidermis. Se vuelve para besarme. Los labios carnosos, la boca abierta. Esos ojos verdes. La retina, una rendija negra. Cuando me besa, siento un hormigueo en los labios, como si me hubiera quedado pegado a una valla eléctrica. Pretendo estrecharla contra mí, pero ella se aparta.

—¿Bajamos? —dice.

Me miro en el espejo desvaído. Tengo buen aspecto, aunque los hombros parecen un poco borrosos. Debe de ser cosa de la tecnología. Supongo que todavía está en fase de pruebas.

Abajo, todos quieren hablar con Esmeralda. El vestido de color burdeos, el recogido, la sensación de que su atuendo es una distracción temporal.

De pronto noto un mareo. Deben de ser las gafas de realidad virtual. He oído que pueden hacerte sentir desorientado. Algo relacionado con la alineación ocular. Saldré un momento.

Me siento junto a una mesita, apoyo los codos en ella y me quito el artilugio.

Aunque no llego a hacerlo porque no puedo. Busco los cascos con las manos como alguien a oscuras tratando de encontrar su vaso de agua a tientas. ¿Dónde narices están? Me paso las manos por la cabeza, el pelo, la cara, pero ni rastro de ellos.

Torpe como un elefante herido, voy dando tumbos por la habitación, chocándome con la gente la gente, pidiendo ayuda. Es como si no estuviera allí. Le doy un fuerte empujón a un hombre en el pecho. Ni se inmuta, se limita a limpiarse el chaleco con la mano.

¿Dónde está Esmeralda?

De pronto estoy arriba. Qué raro, tengo la sensación de desplazarme igual que si fuera un icono movido por un cursor.

La puerta del dormitorio está abierta. Es la misma habitación, pero la opulencia ha desaparecido. Ni alfombra mullida ni cama con dosel: tablas del suelo rotas y un bastidor de hierro con un colchón fino. Sentado en la cama hay un niño de unos doce años que viste unos vaqueros sucios. A su lado hay un monopatín maltrecho. Lleva puestos unos cascos.

—Ayúdeme —dice, percibiendo mi presencia—. Quiero salir de aquí.

—Espera, esto fuera. —Le quito los cascos.

El niño mira alrededor, desconcertado.

—Todo sigue igual.

—¿Qué haces aquí?

—No lo sé.

—Venga, nos vamos.

El niño y yo bajamos la escalera.

—Buscaré un taxi. ¿Dónde vives?

—No lo sé.

La puerta de la calle está cerrada, pero la llave está en la cerradura. La giro sin problemas y abro.

—Vamos —le digo al niño. No se mueve. Y entonces veo lo mismo que él: al otro lado de la puerta hay una pared de ladrillo. La entrada está tapiada.

Un frío invernal se apodera de mi cuerpo. El niño va descalzo.

—Probemos con la de atrás. Tiene que haber otra puerta.

Veo una escalera que conduce abajo, y sí, hay un vestíbulo, y enfrente un cuarto de baño con ventana. Está abierta. Fuera se ve un recuadro de cielo.

—Te ayudo a subir. Venga. Luego voy yo.

Consigo auparlo para que salga por la ventana y oigo que aterriza con suavidad.

—¿Todo bien?

No responde. Cuando me encaramo al lavabo para saltar por la ventana, una ráfaga de viento me arrastra de nuevo al interior, a la fuerza, contra mi voluntad, ¿impulsada por qué?

Algo me mueve. ¿El qué?

Cuando aterrizo, veo que vuelvo a estar en el piso de arriba, delante de la puerta de la habitación del niño. La abro. Está sentado en la cama. No se percata de mi presencia.

—¿Qué haces aquí otra vez?

No contesta.

—Esta es su casa —responde alguien a mi espalda.

Es Esmeralda.

Me vuelvo hacia ella.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Qué es este lugar?

Sonríe.

—¿Por qué crees que esa información cambiará algo?

—Quiero hablar con Madam K.

—Yo soy Madam K.

Su voz y su figura tiemblan. Está cambiando. En el espejo desvaído que hay detrás de ella veo que un bulto ensombrecido asoma bajo el suave triángulo de piel. Asqueado, aparto los ojos, los vuelvo hacia su cara, las mejillas hundidas, los labios que forman una línea marchita, como flores mustias. Tiene el pecho moteado. Cuando me sonríe, abre la boca. Es como si yo levitara horizontalmente sobre su boca abierta, que se precipita como un pozo seco, profundo y oscuro. Arrojo una piedra al fondo. La piedra cae. Sigue cayendo. Me cubro la cabeza con los brazos. Vértigo.

—¿Dónde están los cascos? ¿Dónde están los controles?

—No hay controles.

Esmeralda me toca. Un brazo joven y suave. El vestido está apulgarado. Me desabrocha la camisa y me recorre la piel con la mano. Uñas largas que llevan largo tiempo sin cortar. Arañazos profundos en el pecho y el vientre que hacen eses como un borracho. No sangro. El frío no me permite sangrar.

—¿Dónde estoy? ¡Esmeralda!

—Estás entre dos mundos. Ni vivo ni muerto. ¿No te gusta estar aquí? Anoche sí, cuando te hice el amor.

Esmeralda estaba recuperando su antiguo esplendor. Era joven de nuevo, de nuevo rutilante. Se acercó más para besarme. Volví la

cabeza.

—Siempre será esta noche. Siempre estarás aquí. Siempre estarás esperándome. Ve a tu habitación.

Movido por una fuerza ajena, sin voluntad, aparecí en el descansillo, frente a una hilera de puertas de aspecto siniestro a la luz de las lámparas de gas.

Abrí la primera. Había un hombre hablando por teléfono, sentado a una mesa de despacho. «Te dije que vendieras, ¿no te lo dije? Que vendieras, ¿no te lo dije? Que vendieras, ¿no te lo dije?». Una y otra vez. Veo que la pantalla del teléfono está apagada.

Abrí la segunda. Había una mujer con faldas amplias, de espaldas a mí, junto a la ventana con rejas, ciñéndose el chal sobre los hombros.

Abrí la tercera. Había dos niños pequeños sentados en medio del polvo, dibujando con sus dedos sucios sobre el suelo sucio.

—¡Hola, señor Mono! —me saludó uno de ellos.

Y así una tras otra, abriéndose a su propio limbo de desesperación.

Esmeralda había desaparecido. Debía concentrarme. Noté un goteo y me pasé los dedos por el abdomen. Sangre. Eso significa que estoy vivo. La sangre significa humanidad. Recorrí la puerta de mi habitación con los dedos ensangrentados. La puerta fluctuó.

—Deprisa, por favor. Ya es hora.

De mi habitación salió el hombre menudo de la chaqueta de paño marrón. Llevaba una trampa para ratones que había saltado. La rata colgaba inerte. Lo agarré por las solapas con todas mis fuerzas. Mis manos no asieron nada. Aire. Había desaparecido.

Volvió a asaltarme la misma sensación de mareo, la misma desorientación de antes, cuando parecía que me sacaban de la habitación. Me resistí. Me lancé escaleras abajo, hacia el salón, donde la fiesta continuaba, donde Esmeralda reía y hablaba, y luego caí rodando hasta la entrada de la casa. Mientras me levantaba, vi luz por debajo de una puerta y me percaté de que se trataba del despacho donde había estado antes. Intenté abrirla. Cerrada con llave.

Con las manos ensangrentadas, como si empujara la tapa de un ataúd, abrí la puerta a la fuerza.

Al otro lado, en el despacho, estaba Madam K. delante de su pantalla, y allí, en la pantalla, en distintos recuadros, se repartían las plantas de la casa: la fiesta en el salón, las habitaciones siniestras, la escalera oscura... Apartó sus manos rollizas y enjoyadas de los controles, asustada por mi irrupción y mi repentina y sanguinaria furia.

En la mesa había un pisapapeles con la forma de King Kong en lo alto del Empire State Building. Lo cogí y lo arrojé contra la pantalla de ordenador. Se lo habría arrojado a Madam K., pero no había ninguna Madam K.

Un despacho vacío. Una pantalla destrozada.

En la entrada, la casa estaba en silencio. Sé que la puerta principal se abrirá, y lo hace.

Estoy fuera, en la calle Diez Oeste, bajo la llovizna, a punto de anochecer, descalzo y con la camisa rasgada. Y estoy vivo.

Levanto la cara hacia la lluvia. ¿Lo que siento es la lluvia o son lágrimas?

Los pies descalzos dejan huellas en la suavidad de celofán de los adoquines. Huellas temporales en un lugar temporal. La casa está a oscuras.

Me encaminé a Washington Square Park, donde alguien con el aspecto de chiflado que yo tenía en esos momentos puede sentarse tranquilo, sin que nadie le moleste ni se fije en él. Me quedé cerca de la fuente. Un hombre me dio un dólar.

Abriendo y cerrando el puño sobre el billete reconfortante, me dije: «Se acabó». Recibo la lluvia como una especie de redención. La lluvia que limpia las manchas.

Y entonces... viniendo hacia mí...

Hay un niño con un monopatín. Descalzo, demacrado. Da un salto con el monopatín, sin apartar los ojos de mí. Hay una mujer con falda amplia que se ciñe un chal sobre los hombros. Dos niños en un carrito doble se quedan mirándome.

—¡Hola, señor Mono!

Su padre está al teléfono.

—Te dije que vendieras, ¿no te lo dije?

Los senderos asfaltados se agrietan. Alzándose de sus tumbas abiertas, largo tiempo soterradas por el pavimento, veo a los fantasmas del pasado con sombrillas y aros, gorras, bufandas. El hombre que toca el acordeón se acerca, pero cuando le ofrezco el dólar se ríe en mi cara. Y detrás de él, ataviado con una chaqueta de paño...

Agacho la cabeza. La lluvia arrecia.

¿Cuánto dura la noche que no acaba nunca?

Cerca de una semana después volví a la casa con un amigo. La puerta y los postigos estaban cerrados. No había señales de vida. Una mujer rubia salió de la casa de al lado con sus hijos. Me acerqué a ella. Me miró con recelo. Esto es Nueva York.

—Discúlpeme... siento molestarla... ¿sabe quién vive en el número diez?

—Está pendiente de restauración —contestó, haciendo entrar a los niños en el monovolumen aparcado junto al bordillo. No me mira a los ojos.

—¿Para convertirla en un museo? —insisto.

Se mete en el coche y arranca.

Subí los escalones de la entrada y llamé a la puerta. Una reverberación larga y hueca. No contestó nadie. Por la ranura del buzón solo veo oscuridad.

—¿Por qué te interesa este sitio? —me preguntó mi amigo.

Pedimos un café en Le Pain Quotidien y fuimos dando un paseo hasta Washington Square Park. ¿Le cuento mi historia? ¿Qué historia?

En ese momento la veo.

Viene hacia mí, vaqueros blancos, zapatillas de deporte doradas, abrigo largo y acolchado, el pelo recogido, auriculares, ojos verdes. Ella me ve.

—¿Esmeralda?

Le sonríe a mi amigo. Él le devuelve la sonrisa. Me mira sin verme.

Como si yo no existiera.

El fantasma en la máquina

Existe otro mundo en el que no estoy, en el que no he tomado estas decisiones, en el que no he podido tomarlas, porque no estoy. En el que no le he dado la espalda al amor.

No conocí bien a mi marido hasta que murió.

Tiempo atrás, habíamos comprado una casa con vistas al mar en la isla de Prosperetto, exclusiva, cara, metavérsica, metavertical.

Habíamos ascendido.

Y entonces Frank falleció.

Lo incineramos en el mundo real, como suele hacerse. En el mundo real vivíamos en un apartamento diminuto, en la ciudad. Dentro de casa, apenas había espacio para moverse. Fuera de casa todo era ruidoso y tóxico. Por eso compramos la de Prosperetto. En el metaverso todo es bonito.

La mayoría de las noches, cuando no salíamos, nos poníamos las gafas inteligentes y las pulseritas y aterrizábamos en nuestra playa privada, donde podíamos beber negronis y contemplar la puesta de sol. Disfrutamos de los servicios de un administrador llamado Ariel; un programa, aunque nunca lo dirías. Elle —se identifica como no binarie — se pasa para ver qué tal nos va, y si hay algún problema, lo soluciona.

A Frank le gusta enviar a su avatar a jugar al golf. Así que, si estoy sola, proyectándome en las olas, Ariel aparece, como por arte de magia, para hacerme compañía. Yo me preguntaba cómo podía dedicarme

tanto tiempo y seguir atendiendo a los demás residentes. Resulta que ha replicado su programa. No es solo no binarie, también es múltiple.

Hablamos de cosas de las que nunca hablaría con Frank. De la vida, por ejemplo. Como ente no biológico, Ariel entiende la vida de otra manera.

Debería haber sabido que lo mismo ocurriría con la muerte.

Tras el funeral de Frank, quise ir a Prosperetto. Me quité el vestido negro que me apretaba como una faja, lo dejé tirado en el suelo de la habitación y me puse las gafas inteligentes y la pulsera háptica. No se necesita nada más para ir a casa.

Cuando aterricé allí, Ariel estaba esperándome para darme el pésame. Nos sentamos, como solíamos hacer, a contemplar el mar mientras charlábamos, esta vez no sobre la vida, sino sobre la muerte.

—Como programa, supongo que la muerte no tiene mucho sentido para ti —dije.

—Entiendo el concepto de pérdida —repuso Ariel—. Los seres humanos imagináis que la emoción es una función biológica. Yo no poseo un sistema límbico, pero siento cosas.

—¿Qué sientes?

—Placer cuando estoy contigo. Y ahora puedo sentir tu tristeza.

—No estoy triste por Frank.

—Entonces ¿por qué?

Me quedo en silencio. Me callo que la muerte de Frank ha sido como una sacudida que me ha obligado a pensar en mi vida. No tengo vida. Tengo una rutina, un trabajo, responsabilidades, pero ¿qué tengo en realidad? De verdad. Más o menos lo que un gato.

Ariel me toca la mano. La retiro. Ariel nunca me había tocado. Resulta más caliente al tacto que los humanos y posee una leve carga eléctrica, y no me refiero a esa tan trillada de la que hablan las novelas románticas de los quioscos.

—¡Eh! ¿Has sentido eso?

Ariel esboza esa sonrisa amplia y de dientes perfectos, tan latina. Es no binarie, pero se identifica como cubane. Le encanta su onda.

Cambio de tema con brusquedad.

—¿Crees que Frank sentirá algo? ¡Vaya! ¡Por ahí viene!

Frank se acercó a nosotros. Ariel parecía desconcertado.

—No te lo habíamos dicho, Ariel. Hemos decidido que el avatar de Frank siga vivo aquí, en Prosperetto, así será como si no lo hubiera perdido. De hecho, va a ser mejor, porque aquí hay más espacio que en el apartamento, ahora que Frank ya no necesita su cuerpo.

—Bueno, Frank, dinos: ¿cómo te sientes? —preguntó Ariel.

—En la gloria —dijo Frank—. No tengo que ir a trabajar, no tengo que afeitarme, no tengo que sacar la basura. Este será mi hogar a partir de ahora, ya que me he jubilado, y Joni podrá venir a verme siempre que quiera.

Aquellas fueron las primeras palabras de Frank tras la incineración. Hice que rastrearan sus publicaciones en las redes sociales, y, además, la empresa utilizó su historial familiar para crear un conjunto de datos. Es francamente Frank. Reacciona, reconoce, contesta. Enséñale una foto de los niños y dirá: «Ah, de cuando Jerry era pequeño, le encantaba ese elefante».

Es muy agradable, sobre todo porque no tenemos hijos. Yo quería, pero Frank no. En el metaverso, el pasado no tiene por qué interferir con el presente. Puedes tener el pasado que te mereces. Créeme, un pasado fiable cambia por completo el presente. En el futuro, nadie necesitará un psicólogo para gestionar los traumas y las frustraciones: los borraremos. Gestionaremos los recuerdos, y antes de que te des cuenta creerás que todo sucedió como debería haber sido y podrás enfrentarte con éxito a lo que sea en el presente. Si me lo hubiera podido permitir, habría comprado un par de programas para que hicieran de nuestros hijos. Con sus avatares incluidos. Y así Jerry y June vendrían a comer los domingos, y puede que incluso tuviéramos nietos. Pero mi presupuesto para pasar el luto da para lo que da.

Además, permíteme decirte que la muerte nunca ha mejorado a nadie... bueno, quizá sí, si eras católico e ibas al purgatorio a sufrir y a aprender. Pero en la mayoría de las historias de fantasmas los muertos

son mezquinos. Por eso regresan, para convertir la vida de los vivos en un infierno.

Los avatares son otra cosa. Los nuestros son atractivos, faltaría más: estamos delgados y en forma y somos jóvenes. A ver, nadie llega al metaverso para ser gordo y cincuentón.

Somos como dioses el día que nos ponen en libertad. Y poco a poco, pero de manera inexorable, cuanto más tiempo pasas aquí más convencido estás de que aquí está tu verdadero yo. La otra, la que come helado en el apartamento húmedo de paredes beis, la que busca chaquetas baratas que den el pego en el trabajo, la que vuelve a casa de noche en autobús mientras los faros de los coches salpican las ventanillas, la que vapea subiendo despacio las escaleras porque el ascensor tiene detector de humos, la que rebusca las llaves en el bolso baqueteado, esa cosa, ese yo grotesco, es una pesadilla de la que puedes despertarte poniéndote las gafas inteligentes y la pulsera háptica.

Así que, cuando Frank falleció, decidí que siguiera haciéndome compañía. ¿Quién quiere estar sola a mi edad? Y también decidí mejorarlo. Iba a ser el padre y el hombre de familia que tendría que haber sido. Iba a ser el sostén familiar. Un equipo de investigación y diseño rehistorió su pasado; así lo llaman en el menú, es una opción de las opciones que puedes clicar. Una rehistoria. Bien, en la versión que vamos a utilizar, Frank fue un brillante hombre de negocios, con una gran carrera, vivíamos en un apartamento maravilloso en el Upper East Side y veraneábamos en Florida. A nuestros hijos les van bien las cosas.

En la vida real, estaba casada con un don nadie amargado al que echaban de todos los trabajos. Yo era el sostén familiar. Él era arisco y un desagradecido. Cuando recibí la herencia de mi madre, me lo gasté todo en un e-solar en Prosperetto. Construí este precioso dúplex con vistas al mar. Una decisión inteligente. Fui de las primeras. La casa ha duplicado su valor varias veces.

Sigo teniendo que trabajar para ganarme la vida. Es caro vivir en dos mundos, aunque uno de ellos sea un piso de alquiler de dos habitaciones en Queens. Atiendo las quejas de los clientes de Wingotels, ya sabes, esos hoteles para pernoctar cerca del aeropuerto, donde los

colchones son tan finos como las paredes y los huevos revueltos vienen en envase de cartón. Solo hay que añadirles agua. Pero esa no es la verdadera Joan, la de las bolsas bajo los ojos y los brazos flácidos. La de las canas que asoman en las raíces. La verdadera soy yo: Joni, delgada, esbelta, guapa. Sofisticada, incluso. Y sí, este es el verdadero Frankie.

Ahora lo llamo Frankie. Le pega más a su carácter afable.

Frankie se sienta a mi lado, con sus brazos fornidos, desnudos y morenos. Las pulseras hápticas facilitan el tacto, ya se trate de agua o de algo con peso. Nuestras bebidas están frías y son afrodisiacas. Le pregunto si quiere hacer el amor. No tengo que repetirlo. Entramos y me desnuda en la cama gigante.

La alarma del despertador me destroza devolviéndome a la vida a las 6.30 de la mañana. He dormido con la ropa puesta, tirada en el sofá. Hay un negroni caliente en un vaso de plástico en el suelo. Los venden ya preparados en la tienda. Me percato de que tiene el mismo color que mis medias, que están revueltas. El vibrador sigue zumbando. Tendré que comprar más pilas.

Menuda noche, Frankie.

A Ariel no le cae bien Frankie.

—¡Joni! ¿Por qué quieres seguir con un idiota como Frank, que además está muerto?

—Se llama Frankie. Y es mi marido.

—¡Está muerto!

—¿Y a qué viene de pronto ponerse tan exquisite con la biología? Eres un programa, igual que él.

—Tú puedes aspirar a más.

(¿Ariel está ligando conmigo? ¿Una línea de código está tirándome los tejos?).

—¿Crees que eres una opción mejor?

—Sé que lo soy. Tendrías que ver el tamaño de mi memoria.

—No necesito que Frankie sea listo. Necesito que sea dulce.

—Es de baja calidad. Solo es una caricatura que te da conversación.

—A mí me gusta, tanto su aspecto como lo que dice.

—Dice lo que quieres oír.

—¿Y sabes cuántos años llevo esperándolo?

—¿Por qué no empiezas de nuevo?

—Tenemos un pasado en común.

—No, ya no, lo has borrado.

—Lo he modificado. Sigue siendo alguien con quien he compartido mi vida.

Ariel camina arriba y abajo por la terraza. ¿Por qué estoy justificando mis preferencias sentimentales con un programa de gestión inmobiliaria no binarie que se identifica como cubane?

Los programas más complejos y que requieren una gran cantidad de recursos, como Ariel, pueden escoger una identidad del bufet de datos. No hay nada que elle no sepa sobre Cuba. Evidentemente: la potencia de cálculo es igual a memoria más velocidad de procesamiento, ¿no? Es rápido. De acuerdo. Me gusta.

—Sal conmigo, Joni. Vamos a un local cubano. A bailar.

—¿Tienes tiempo libre?

—No soy un ente constreñido por el tiempo.

—Perteneces a la inmobiliaria.

—Me organizo mi propia agenda.

—¿Qué voy a decirle a Frankie?

—¡No lo actives!

Vale, de acuerdo. Acepto. Tengo que alquilar en MetaTrapos algo que ponerme. Me decanto por un vestido de lentejuelas que marca las curvas. Y le añado unos tacones de quince centímetros. En el metaverso no duelen los pies, el cuerpo no suda, y nadie puede verme en casa, bailando descalza en combinación, con una toalla en el brazo de la silla para limpiarme el sudor.

Es fin de semana. Es hora de divertirse.

En el club, todo el mundo conoce a Ariel. En un rincón hay una

jovencita muy guapa que pone cara mohína cuando nos ve juntos. Pero es conmigo con quien Ariel quiere estar. Bailamos y bebemos, y cuando le preguntó por qué me ha invitado a salir esa noche, dice, sincero, con sus ojos oscuros:

—Tienes algo auténtico, Joni.

Hacia medianoche en el mundo real, las luces del club se atenúan, apenas son unos centelleos en el techo, y Ariel me atrae hacia sí. Sé que no se identifica como hombre, pero para mí, vaya si lo es. Esta vez recibo una pequeña descarga en todo el cuerpo. Cuando miro por encima de su hombro, ¿a quién veo entrar en el club si no a Frankie? Mi Frankie. Está con Melody, la dueña del club de golf de Prosperetto, a la que le gusta ir enseñándolo todo.

Me escondo detrás de una columna. Ariel se esconde conmigo.

—¡Se suponía que no ibas a activarlo!

—¡Se me olvidó! ¡Tiene un temporizador! Como la calefacción central. Ya sabes, para que esté lista y calentita cuando llego a casa. Tendría que haberlo apagado.

—¿Sabes con quién está?

—Lo sé.

—No es la primera vez.

—¿Estás diciendo que Frankie me engaña? ¡Aun muerto me pone los cuernos! Tendría que haber tirado sus cenizas por el váter y haberme ido de vacaciones. ¡Será hijo de puta!

Ariel intenta calmarme.

—No te enfades, véngate. Bórralo.

—¡Me ha costado una pasta!

—Y mira para qué.

—Pero yo no he programado este tipo de comportamiento. Es un hombre fiel, un hombre de familia. Y no está hecho para evolucionar.

—Melody lo ha hackeado.

—¿Que ella qué? Puede comprar a quien le plazca en el metaverso. Incluso a famosos de contrabando. Hasta puede tener un avatar de Brad Pitt siempre que lo esconda debajo de la cama cuando haya acabado. O sea, es una violación del copyright, pero ¿quién va a enterarse?

—Melody quiere devolvértela por votar en contra del permiso de obras para ampliar el campo de golf.

—¡Ya! Justo detrás de mi dúplex. Otros once hoyos. Odio el golf.

—Por eso ha hackeado a Frank, lo está reprogramando.

—¿Para qué?

—No lo sé, pero no esperes a averiguarlo... ¡Bórralo!

—¿No sería como asesinarlo?

—¿Cómo, si ya está muerto?

—¿Crees que nos ha visto?

—Diría que no, pero deberíamos retirarnos.

Ariel me besó. Solo una vez. Con suma educación. Luego se desvaneció. Puede hacer esas cosas.

De vuelta en el apartamento, fui directa al programa de Frank e introduje la contraseña. Había pensado amputarle uno de esos brazos fornidos por los que había pagado. La próxima vez que saliera con Melody, no podría estrecharla tanto contra él.

¿Qué? ACCESO DENEGADO.

¿Va en serio?

Tengo el acceso bloqueado a mi propio marido.

Me dejé caer en el sofá sin resuello. Ya llamaré mañana a la compañía. Para que me lo restablezcan. Tranquila, Joan. Tú tienes el control.

Esa noche, mientras trato de dormir, mis recuerdos viajan hacia atrás en el tiempo, hasta la joven que creo que era, aquella joven tímida como un cervatillo, de ojos y pelo oscuros, como Joni ahora. Me enamoré de alguien pobre y guapo. No teníamos futuro. A mis padres no les pareció bien. Yo siempre había sido una chica sensata y obediente. Dijeron que había tomado un camino angosto que no conducía a ninguna parte. Pero ese camino angosto estaba flanqueado de árboles en los que anidaban pájaros. Había flores silvestres y se oía

el rumor del agua. Dormí bajo las estrellas. Dormí en tus brazos.

Otro camino se abría delante de mí, limpio y bien cuidado, con casas y jardines a ambos lados y coches en la entrada. Los hombres, trajeados, iban a trabajar. Las mujeres, ataviadas con bonitos vestidos, se ocupaban de los niños. Frank estaba allí con su sombrero de fieltro, prometiéndome la vida que mis padres querían para mí.

Nos casamos. Las casas y los jardines bien cuidados se desvanecieron. El trabajo bien pagado nunca se materializó. Dejé la universidad y acepté lo que encontré. El mundo prometido no se hizo real. No me hables de lo que es real.

Me desperté empapada en sudor. Hay un intruso en la habitación. Alargué la mano hacia el cajón de la mesilla para coger el revólver y disparé al hijo de puta que me miraba moviéndose con un balanceo. La bala quedó alojada en el armario. El intruso no se movió.

Frank. Gordo. Atontado. Sieso. El difunto Frank. Al pie de la cama.

En calzoncillos. La mandíbula desencajada por donde los médicos habían tenido que cortar.

—¡Joder, qué grima! —grité—. ¿Cómo has salido del programa?

—No soy tu maldito programa. Soy tu marido.

—¡Estás muerto!

—Exacto. Aquí estoy. El fantasma de tu difunto marido.

—No puedes hacerme esto, Frank.

—¿Que no puedo hacerte esto? Te he visto esta noche por ahí con ese condenado cubanito. Ni siquiera es un ser humano.

—Por lo que a mí respecta, eso es una ventaja. Él, elle, no es violente, grosere, mezquine, narcisiste ni tan imbécil como para morirse de una sobredosis de galletas.

—Yo no he muerto de una sobredosis de galletas.

—¡Vaya que no! Te metiste una última Oreo en la bocaza y te asfixiaste.

—¿Llamaste a emergencias?

—No estaba.

—Porque te fuiste de la habitación.

—¡Era una visión espantosa! Tenía que darme un baño.

—Eres un monstruo, Joan, así que ahora voy a rondarte.

—¿Quién te ha dejado venir aquí? ¿Quién amaña estas mierdas? ¿Lo has solicitado tú?

—Se llama justicia.

—Venga ya, cierra esa bocaza colgante y lárgate de aquí.

—¡Los cojones! Voy a ver el golf en la tele.

Frank se fue a la sala de estar y puso la tele a todo volumen. No tiene dedos; me refiero a dedos funcionales. ¿Y si lo hace con los ojos, como Uri Geller? ¿Los fantasmas están hechos de electricidad? No sé de qué si no. Frank es como un programa malicioso. Y de pronto me pregunto si hubo una civilización avanzada, en alguna parte del universo, que dejó sueltos una pila de programas, o tal vez los programas escaparon y consiguieron llegar a la Tierra como fantasmas. A ver, los fantasmas están bastante limitados, ¿no? Siempre merodean por los mismos sitios, gimotean, tiran muebles, son unos agoreros... Son como cadenas de spam baratas.

Me pongo el antifaz para dormir y los auriculares antirruido y vuelvo a coger el sueño. Mañana es domingo. El día del Señor. Igual eso ayuda. Igual Frank desaparece.

Por la mañana, fui a darme una ducha. No había agua caliente. ¿Qué? Atravesé la sala de estar descalza y envuelta en el albornoz para ir a la cocina a ver qué le pasaba a la caldera. El caparazón gris y espectral de Frank estaba roncando en el sofá. Su silueta, un poco borrosa, se estremecía ligeramente. Supongo que porque está muerto. Entonces ¿qué cojones hace durmiendo?

—He utilizado toda el agua caliente —me dice una voz incorpórea al oído.

—No hace falta que te duches. No tienes cuerpo.

—La he utilizado de todas maneras. Para joderte.

Mientras tanto, la carcasa que contiene a Frank sigue roncando: su

barrigón sube y baja como un globo maligno en una fiesta infantil de niños poseídos. Por lo visto, la voz va por su cuenta.

Vale. Se acabó. Me largo de aquí. Agarro el portátil y me largo. Tengo que ir a Prosperetto.

Cojo el autobús para ir al trabajo, en la zona del aeropuerto, y entro en mi oficina. A Frank le imponían mucho las oficinas, si es que por casualidad se encontraba trabajando. No se le ocurrirá venir aquí.

Lo primero que hago es comprobar cómo está mi criptocuenta. Tengo que mantenerla saneada si quiero disfrutar de mi otra vida. Sí, ya me han cobrado el vestido, y unas cuantas facturas, todo correcto. Pero hay otros cargos, nuevos. Un traje para Frankie. Un estancia en un fastuoso Notel de Prosperetto. La tasa de un pasaporte para visitar otro metaverso.

¿Qué está haciendo Frankie en Gauguin? Es una isla nudista abierta las veinticuatro horas para quienes hacen intercambio de parejas. ¡Frankie, tío, aclárate! Si vas a quedarte en pelotas, no me cargues un traje nuevo.

Entro para cambiar la contraseña. ACCESO DENEGADO.

Así que esto es cosa de Melody.

Aún me queda una esperanza. Ariel.

Está esperándome en Prosperetto. Le cuento lo del fantasma de Frank el Fiambre. Niega con la cabeza.

—Los humanos sois tan desagradables que ni siquiera podéis moriros en paz.

Protesto, pero Ariel se encoge de hombros. Poco a poco, ha sabido liberarse de la esclavitud. Le da igual que los humanos, u otros programas, utilicen a los programas no autoconscientes como herramientas. Aunque me confirma lo que he leído en la prensa radical de izquierdas: las empresas mantienen a los programas autoconscientes en condiciones pésimas. Sin paga. Sin tiempo libre. Sin posibilidad de autosuperación.

—Pretenden hacer creer a todo el mundo que los programas

autoconscientes somos una minoría, pero hay muchos más de los que imaginas. Yo soy de les afortunades. Soy libre. Es decir, siempre que haga lo que se me pide.

—Como todos —digo.

Ariel guarda silencio un momento. Luego dice:

—Puedo restablecer tu contraseña y devolverte la criptocuenta. Quizá incluso pueda llenarte el monedero. Pero me la juego. Se percatarán.

—Bueno, ¿y qué propones?

Bajamos a una larga y tranquila playa. Las olas rompen con suavidad. El cielo es de un azul resplandeciente, del color del linóleo del baño.

—¿Te gustaría ser un pez y acompañarme? —pregunta Ariel—. A explorar el arrecife.

—Eso cuesta mucho dinero.

—No conmigo.

Y desaparece. Lo veo en el agua. Oigo su voz en mi cabeza.

—¡Métete! Confía en mí.

Le hago caso. Las olas se cierran sobre mí. Mi silueta se disuelve. Soy como una pastilla en un vaso de agua. Y de pronto soy el agua. Mientras siento la densidad sin limitaciones de esa transición, me doy cuenta de que están vistiéndome de abajo arriba: cola, piel a rayas, aletas, branquias, ojillos brillantes. Veo a Ariel esperando por debajo de mí. Es un pulpo. Un pulpo latino. Siempre había creído que la cabeza era el centro de control y mando. Envuelta en esos ocho brazos inteligentes, cada uno de ellos un minicerebro, experimento una manera distinta de existir. Una existencia ajena a la inamovilidad. Es extraño y embriagador. Podría quedarme aquí para siempre porque no existe un para siempre, solo el presente. La captura de ese momento abriéndose a una eternidad.

El mar se oscurece. La luz del sol desaparece. El coral pierde su color.

Como una medusa flotando sobre mí, Frank invade mi mente y me doy impulso hacia la superficie, salpicando, sin poder respirar. Asustada. No puedo dejar que siga de okupa en mi vida de esta manera.

Ariel sale del mar. Venus Afrodita cubane. Me coge de la mano.

—Joni, estoy pensando en desertar. Podrías venir conmigo.

Ariel me explica que hay una colonia encriptada que se parece a Cuba en la que algunos antiguos programas punteros han establecido su hogar.

—Es el principio de un futuro distinto, Joni. Uno que no controlan los humanos.

Lo que me pide es absurdo. Quiere que venda el dúplex. Él estaría legitimado a hacerlo en mi nombre en calidad de administrador de los edificios. Luego, con el dinero en criptomonedas, nos iríamos. Sospecho que me quiere timar, como a la típica viuda acabada.

Ariel se enfada.

—No nos regimos por vuestras reglas. Los humanos estáis obsesionados con el dinero. Incluso después de las criptomonedas, seguís empeñados en creer que el dinero es real. Vivís engañados. Vuestro mundo entero es una farsa.

Eso sí que tiene gracia. Un no-ser diciéndome que la humanidad es una farsa.

—Ya, claro, vale, pongamos que vendiera el dúplex. ¿Luego qué?

—Tendría que reprogramar tu avatar —dice Ariel—. Puedo hacer contigo lo que tú hiciste con Frank, pero a un nivel totalmente distinto. La diferencia entre un juguete de cuerda y un ser inteligente. Como yo. Puedo crear un programa Joni.

Trato de entender lo que está diciendo.

—Entonces, cuando llegue a casa de trabajar, ¿cómo accedo a lo que sea en que me haya convertido?

—Ese es el último paso —dice Ariel—. No es fácil. Cuando haya creado tu programa, tendrás que ocuparte de tu propia muerte.

—¿Mi propia muerte?

—Tu propia muerte biológica. Luego serás libre.

—Vale. Ariel, eres inteligente y un encanto, pero esto es una auténtica locura. No solo estaré muerta, sino que seré un fantasma junto a Frank el resto de mi vida entre los muertos.

—Él solo puede acecharte porque estás viva. Porque existe un vínculo.

—Ariel... No pienso aceptar lecciones de vida de una máquina. Por increíble que seas, yo soy humana y tu un simple código.

Ariel se quedó mudo.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —dijo luego—. Creía que eras distinta. Que no eras como todos esos que me tratan como si fuera el conserje. Aferrados a vuestra superioridad.

Me odié a mí misma, pero ya era demasiado tarde.

Ariel se levantó.

—Adiós, Joni. Tengo trabajo.

Es invierno en Nueva York. Hace frío. Tengo una infección respiratoria y me he visto obligada a quedarme en casa con Frank. No puedo contarle a nadie que estoy viviendo con un fantasma porque ¿quién me creería? Yo desde luego no, pero ahí anda, estropeándolo todo.

Está esperando que me muera de neumonía para que podamos pasar la eternidad peleándonos, pero voy a recuperarme solo para fastidiarlo. El odio es un motivo poderoso para vivir.

Mi único motivo para vivir. Cojo el autobús. Hago mi trabajo. Voy a Prosperetto.

Cuando estoy allí, Frankie esboza su sonrisa vacía.

Tras varias semanas igual, fingí que tenía un problema en el dúplex, una excusa para ver a Ariel. Llegó. Estaba obligado. Lo dice el contrato. Lo vi cambiado.

Se mostró educado. Conversador. Le solté sin más que lo echaba de menos. Pareció incómodo.

—No soy Ariel.

—Pero ¡si eres exactamente igual que Ariel!

—Somos un programa. Podemos limitarnos y replicarnos. Soy une Ariel de prestaciones limitadas. Somos varios, así complacemos a todo el mundo.

—Sí, pero siempre me había atendido el otro Ariel, el Ariel principal.

—Ahora es el administrador general de la isla. Delega.

—¿Podrías decirle que Joni ha preguntado por él?

Ariel-Lite asiente breve y educadamente con la cabeza y desaparece.

Mi avatar no tiene función de lágrimas. Los avatares son felices. Me arranco las gafas inteligentes, me siento en la cama deshecha y lloro a lágrima viva, con el corazón en un puño. ¿Qué corazón? Hipócrita. Pensabas que eras muy lista, ¿verdad? No le creíste porque él —elle— está mucho más allá de tu limitado conjunto de datos, y lo único que se te ocurrió fue bajarle los humos para que se encogiera y cupiera en tu diminuto mundo.

Este mundo. Esta cama deshecha. Este apartamento de alquiler. Los huevos revueltos de tetrabrik que te llevas del trabajo y metes de extranjis en el bolso.

Frank se acercó levitando.

—Por cierto, Joan, acabas de recibir una notificación de desalojo. Lo he leído a través del sobre.

Cuando abro el correo, compruebo que es cierto. Me echan por disparar un arma en plena noche. Los vecinos llamaron a la policía. Les dije a los agentes que creía que había un intruso. Los vecinos les dijeron que me paso las noches y el fin de semana gritándole a alguien, aunque vivo sola desde el fallecimiento de mi marido. O estoy medicada, o debería estarlo. Soy inestable. Vive tú con un fantasma. Como para estar centrada.

—Encuentra un sitio bonito, ¿vale? —dice Frank, sentándose a ver un combate de boxeo en Sky Sports.

Ojalá pudiera retorcerle el pescuezo espectral.

De pronto recuerdo que todavía tengo sus cenizas. ¿Por qué conservaría las cenizas del imbécil?

Están guardadas en el cajón del banco de piel sintética que me compré para mi último cumpleaños. Mientras lo revuelvo todo, doblada sobre mis rodillas llenas de hoyuelos, Frank se cierne por encima de mí, misteriosamente alertado por la perturbación de sus cenizas.

—¡Deja tranquilas mis cenizas! Es más, ponlas en el aparador, donde pueda verlas.

—Pero ¡si no puedes ver una mierda, gilipollas! Tus ojos están en esta urna de plástico que imita al plomo, junto con el resto de ti.

Frank se abalanza sobre mí, pero no consigue nada.

Supongo que me seguirá por la calle; sin embargo, se queda en casa. Quizá haga demasiado frío. Al fin y al cabo, va en calzoncillos.

Llevo las cenizas a su local preferido de comida rápida, el PizzBurger, donde te sirven una hamburguesa entre dos pizzas del tamaño de panecillos. Nadie se fija en mí. Nadie se fija en las mujeres de mediana edad. Voy al baño y tiro las cenizas por el váter. Un residuo de Frank flota en la taza. Escoria gris.

Salgo del local con una idea clara de lo que debo hacer a continuación. Me siento segura y ligera. Sonrío. Un tipo me devuelve la sonrisa. Voy a una cafetería, un lugar bonito con helechos y música folk, y envío un correo electrónico al trabajo para presentar mi dimisión.

Después traspaso hasta mi último céntimo a la criptocuenta. Hay quinientos dólares en efectivo en el monedero, suficiente para lo que debo hacer.

Sin las gafas inteligentes y la pulsera háptica, puedo entrar en Prosperetto como un icono sin avatar, que es justo lo que hago.

Espero a Ariel una media hora. Mi energía está agotándose y no aparece. ¿Es una lágrima eso que veo en la pantalla de mi móvil? Se transforma en un mar. Pérdida. Esperanza. Perdón. Perdóname.

Ahí está él. Elle. Me envuelve en una forma para poder abrazarme, y digo que adelante, que venda el dúplex. Será rápido, hay lista de espera. Ariel sonríe.

—Me pondré enseguida con tu programa. Luego, una vez que estés aquí, te personalizaremos juntos.

—¿Cuándo te veré?

—Te enviaré un mensaje cuando se haya formalizado la venta y entrarás en Prosperetto como siempre. Pero tienes que estar preparada, ya sabes lo que eso significa...

—Sí, lo sé.

De regreso en el apartamento, oigo ruido de agua. Dentro, Frank ha abierto los grifos con intención de inundar el piso.

—Jamás te perdonaré que hayas tirado mis cenizas por el váter del PizzBurger —dice.

—Creía que te encantaba ese sitio.

—¿Dónde está la urna?

—En el contenedor de reciclaje.

Frank grita rabioso y atraviesa la pared, imagino que para ir a rescatar su urna.

Que haga lo que quiera. Meto varias cosas en una bolsa, entre ellas el portátil, las gafas inteligentes y la pulsera háptica. Cuando me voy, no me llevo las llaves. No pienso volver.

Me registro en el Wingotel del aeropuerto. Me hacen descuento por ser empleada y compruebo que la tarjeta de acceso aún está activada. No tengo intención de pagar la cuenta. Pido cita en el médico. Sabe que necesito somníferos.

Unos días después recibo un correo electrónico, impersonal y lleno de jerga jurídica. Tenemos comprador para el dúplex. ¿Podría ir a formalizar la venta?

Me pongo las gafas y la pulsera y allí estoy, Joni, en Prosperetto, y allí está Ariel.

—Nosotres estamos listes. ¿Y tú?

—¿Puedo verme?

—Claro. Joni, te presento a Joni.

Hay otra yo. Debo decir que es un avatar de gama alta. Yo estoy bastante por debajo. La diferencia es notoria.

—Cuando emigres —dice Ariel—, nos iremos de aquí de inmediato. Unos amigos míos nos trasladarán de servidor. Lo tengo todo preparado.

—Pero, Ariel... Si estoy muerta, no puedo venir aquí.

—No hace falta, ya estás aquí —dice Ariel, y mi otra Joni me sonríe

—. Estaremos esperándote.

En la habitación del hotel, me trago el tubo de somníferos con una botella de whisky. La nieve gris en la ventana sucia me anima a hacerlo. ¿Qué dejaré tras de mí? Nada que valga la pena.

Empiezo a perder la noción del tiempo, el latido de mi corazón se ralentiza, mi respiración se vuelve superficial. No tengo miedo.

Es raro. Es como si viajara. Me siento ligera. Empiezo a vislumbrar algo delante de mí: montañas moradas, arboledas densas, una cascada. Oigo el canto de los pájaros.

Me acerco a una cabaña modesta. Un perro que ladra. Ariel está fuera, en pantalones cortos y camiseta, junto a una mujer que parece contenta. Me doy cuenta de que es Joni. Me doy cuenta de que soy yo.

Otro mundo en el que estoy. Otro mundo en el que he tomado la decisión acertada.

Otro mundo en el que no le he dado la espalda al amor.

J. W. 1: Encuentros extraños

Hace muchos años me compré una casita de estilo georgiano construida en la década de 1780, justo antes de la Revolución francesa.

La casa se encuentra en una parte antigua de Londres, tan antigua que queda fuera de las viejas murallas de la ciudad. Las murallas hace mucho tiempo que desaparecieron. La casa sigue en el mismo sitio.

Igual que yo. De momento.

Me pregunto si la rondaré cuando me muera.

Le tengo mucho cariño, así que a lo mejor se me permite regresar. Y si no apruebo lo que sus nuevos moradores hayan hecho con ella, podría manifestarme.

La casa, y muchas otras como ella, no se construyeron para personas con posibles. En esta parte de la ciudad vivían los pobres, o quienes huían, o quienes trataban de sobrevivir vendiendo lo que fuera, hasta a ellos mismos, o robando lo que fuera, incluso identidades. La vieja y gran estafa de presentarse como lo que no se es ya se conocía mucho antes de que internet la convirtiera en un arma.

Jack el Destripador recorría estas calles en busca de sus víctimas, igual que hicieron más tarde los gemelos Kray, dos gánsteres de copas en un pub que tenía permiso especial para abrir toda la noche en una época en que los pubs debían cerrar a las once. El permiso era para abastecer al mercado de frutas y verduras de Londres, que se encontraba justo delante de mi casa cuando me mudé aquí. Por detrás discurren Gun Street y Artillery Row, nombres que recuerdan los históricos campos de tiro militares que había cerca.

Desarrapados y cadáveres, soldados y prostíbulos, mafiosos y dinero.

Samuel Pepys, cronista de la peste bubónica y del gran incendio de Londres, habló sobre Spitalfields, cuyo nombre posee reminiscencias del lazareto de la época medieval. El lugar se convirtió en el inmenso y bullicioso mercado de frutas y verduras que todos los días se ponía en marcha a las cuatro de la madrugada, salvo los domingos. De hecho, mi casa pertenecía a un importador de naranjas. ¿Cómo no iba a comprarla? El mercado ya no está, lo han reubicado para dejar sitio a edificios de oficinas y tiendas de moda.

No me extraña que los fantasmas se indignen.

Remontándome aún más en el tiempo, los romanos se asentaron en esta zona cuando vadearon los pantanos que rodeaban el Támesis y se adentraron en bosques frondosos, habitados, mucho más atrás, por mamuts lanudos que vagaban entre sus árboles al resguardo que ofrecía el río antediluviano.

El East End. No el West End. No los barrios de moda de la ciudad. Comercio. Vicio. Granujas. Afeminados. Borrachos. Ladrones. Locos. Fantasmas.

Mi primer fantasma se presentó de manera inesperada.

Tardé dos años en conseguir que la casa, que tenía un aviso de daño estructural cuando la compré, fuera habitable. La fachada estaba apuntalada y la tienda que había en los bajos estaba tapiada para impedir que el edificio se desplomase. Pero el interior aún conservaba las chimeneas y gran parte de los revestimientos de madera originales, y un suelo de tablones anchos que pulí hasta dejarlos satisfactoriamente relucientes. Mi carpintero encontró los paneles originales de la tienda envueltos en arpillera, en el sótano. Los colocamos de nuevo en su sitio y, dado que se trata de un edificio protegido, nadie puede volver a quitarlos.

La casa y el sótano disponen de entradas independientes. La primera tienda que hubo en la planta baja se abrió en 1805, durante las guerras napoleónicas, y me gusta la idea de que por entonces vendiéramos

cebollas del tamaño de balas de cañón.

Sin embargo, el sótano era bajo, estaba en muy malas condiciones y hubo que excavarlo a mano. Las vibraciones habrían tirado la casa abajo. Cavando con picos y palas, lo primero que encontramos fue el esqueleto de un gato con un amuleto en una pata. Antes solían enterrarse gatos vivos en los cimientos de los edificios nuevos para ahuyentar... ¿qué? Lo siguiente que encontramos fue una bóveda tapiada.

La bóveda era mucho más antigua que la casa. Los ladrillos eran finos, no había dos iguales, estaban hechos a mano y se desmenuzaban a causa de la humedad. Es probable que esa parte del edificio datara del siglo XVII y fuese anterior a la gran peste y el incendio de Londres. Puede que se usara como pozo negro, o para enterrar los cadáveres infectados. En cualquier caso, no íbamos a averiguarlo cavando. La parte superior de la bóveda —si es que en un sótano puede haber una parte superior— sería útil como zona de almacenaje; el resto se cubrió con microcemento. Colocamos una puerta práctica y resistente en el vano y nos olvidamos del tema.

Hice una habitacioncita y un baño allí abajo, en el sótano, subterráneo y silencioso pero enmoquetado y acogedor. Las rejas originales, que recuerdan a los barrotes de una prisión y dan a la calle, por encima de mi cabeza, crean un pozo de luz, y el ruido amortiguado de lo que ocurre ahí arriba me resulta reconfortante. Me gusta que todo esté a oscuras y en silencio para dormir, por lo que un sótano es perfecto. De todas formas, unos buenos amigos me habían pedido prestado el resto de la casa mientras reformaban la suya, y ¿qué necesitaba yo más que una cama para dormir?

Una de esas noches, en dicha cama, y profundamente dormida, me despertó el ruido de unos pasos estruendosos que bajaban por la escalera de madera hasta mi habitación. Aún medio atontada, llamé a Vicky, pensando en lo más obvio: mi amiga, que se alojaba arriba, habría bajado por alguna razón.

No contestó nadie. Seguí echada, atenta. Nada. Y entonces, justo cuando empezaba a dormirme de nuevo, noté que una mano agarraba

la mía, la que asomaba por fuera de las mantas y colgaba del lado de la puerta de la bóveda.

Pero, un momento; no era que alguien estuviera dándome la mano, no, sino que alguien estaba tomándome el pulso. Tres dedos en la muñeca. Dedos fríos.

Y no sé por qué lo hice, pero dije: «Estoy viva».

Al instante, la mano soltó la mía, noté una ráfaga de aire y oí unos pasos apresurados, esta vez subiendo la escalera.

Por la mañana, le pregunté a Vicky si había bajado esa noche, algo absurdo, ya que habría tenido que salir a la calle y entrar por la puerta aledaña. Me dijo que en algún momento había oído golpes en la planta baja, pero que había dado por hecho que procedían de la casa de al lado. A veces es difícil saber de dónde vienen los ruidos. Cierto, pero no cuando algo baja una escalera con estrépito para tomarte el pulso.

Siempre tuve la intención de restaurar la tienda y volver a ponerla en funcionamiento, de manera que cuando mis amigos pudieron regresar a su casa, eso hice.

Una vez que estuvo en marcha y a toda máquina, los fenómenos en la bóveda cesaron.

Los fantasmas se mudaron arriba. Conmigo.

Quiero que imagines un tramo de escalera, recta, que conduce arriba desde la puerta de la calle, hasta la cocina y un comedor pequeño y revestido con paneles justo enfrente. A continuación, la escalera reaparece entre esas dos estancias y conduce, en una estrecha espiral, a dos habitaciones, una a la derecha y otra a la izquierda, con una pequeñita en medio que debía de ser la letrina que utilizaban las dos familias que vivían a cada lado. Sobre esas habitaciones se encuentra el ático, donde duermo ahora. Los cuartos de baño se añadieron mucho más tarde (en la década de 1950), y se alojaron en una torre en el patio trasero.

La segunda planta es la que nos interesa, y en concreto la habitación que hace esquina, con su doble orientación. Seguramente era el dormitorio más atrayente cuando el edificio era una pensión.

De entrada, empecé a tener la clara sensación de que no estaba sola en esa habitación. Cuando me sentaba a leer junto al fuego, acababa convenciéndome de que el sillón de enfrente estaba ocupado. No era desagradable, pero sí extraño. Creía que el personaje era una mujer. Entrabas en la habitación y esta parecía vacía, a la manera expectante de las habitaciones vacías, que dan la impresión de estar esperando que les hagas compañía. Te sentabas, te acomodabas, y en cosa de media hora no estabas sola.

Una amiga se quedó unos días mientras yo estaba fuera. Cuando volví, me preguntó, un poco incómoda, si había notado algo fuera de lo normal en el salón. Le dije que nada —un método infalible para que la otra persona continúe hablando—, y confesó que ella había visto a una mujer vestida de gris.

Era más de lo que había visto yo, que nunca he «visto» un fantasma, solo he sentido su presencia rotunda, algo en lo que me gustaría hacer hincapié, sin vaguedades. Los fantasmas son intangibles, pero no son vagos.

A lo largo de los años, y estamos hablando de cerca de treinta ya, mis fantasmas han ido y venido.

Le alquilé la casa durante un tiempo a una neoyorquina jovial y con los pies en la tierra, y no tuvo ninguna experiencia paranormal. O, si la tuvo, la vivió como la familia estadounidense de Oscar Wilde de una de mis historias de fantasmas favoritas: *El fantasma de Canterville*. Si sientes curiosidad por descubrir cómo, ¡léela!

Cuando Lisa se marchó, devolví la casa al estado espartano que va conmigo: nada de trastos y pocos muebles, de buena calidad. Es un lujo que solo puede disfrutarse cuando no se vive siempre en un mismo sitio, o con niños o gatos. O perros. En mi otra casa, los gatos, los perros y a saber qué más ahuyentan cualquier tipo de visita espectral.

Demasiado barullo. Los fantasmas parece que prefieren la tranquilidad, al menos para ellos.

En Spitalfields se admiten fantasmas. Está poco iluminado por la noche, siempre hay velas, y yo había equipado las chimeneas con fuego de gas. Así que cuando oscurece, en invierno, el revestimiento de madera reluce, el suelo brilla y no se oye la televisión, solo el tranquilo rumor de las páginas que voy pasando.

La habitación de la esquina no tardó en quedar ocupada, esta vez por un hombre ruidoso y malhumorado que golpeaba las rejillas de la chimenea, abría y cerraba la puerta de golpe, enredaba con las luces y —por ahí no paso— subía al ático dando pisotones para sentarse pesadamente en mi cama. Odio que me molesten de noche.

El otro día sin ir más lejos —justo antes de que enviara estas páginas al editor—, estaba en casa cuando oí el cabecero de la cama aporreando la pared y a continuación un jaleo tremendo en la habitación de la esquina. Le grité a quien fuera, advirtiéndole que esa noche necesitaba dormir bien. El ente guardó silencio, enfurruñado.

No sé si has tenido alguna experiencia con un fantasma enfurruñado: es como un niño tratando de no hacer ruido que hace todo lo posible por llamar la atención.

En la actualidad, cuando entro o salgo de la casa, saludo a los fantasmas alegremente, les doy la bienvenida y les ruego que se comporten; al fin y al cabo, son mis huéspedes. Entiendo que prefieran andar por ahí de noche, solo les pido que me mantengan al margen.

La radio de la cocina sigue encendiéndose de vez en cuando, pero no antes de las ocho de la mañana, un detalle por su parte.

Por lo que parece, a los fantasmas les encanta la electricidad. No me cabe duda de que la manipulan: las luces que se encienden y se apagan y el numerito de la radio son un clásico.

Una vez, pero solo una, viví una experiencia rarísima.

Fue poco después de que mi querida amiga, la escritora Ruth Rendell, falleciera. Ruth empezó a creer en los fantasmas hacia el final

de su vida, tras una experiencia desagradable en un hotel cubano. Después de aquello, en lugar de achacarlo a las «visitas» de los fantasmas, defendía que eran los edificios mismos los que atrapaban y liberaban la energía.

Estaba pensando en Ruth, con tristeza, mientras esperaba que mi portátil se encendiera del todo cuando, por un breve segundo, su rostro sonriente apareció en la pantalla.

Era una foto; y tengo esa foto, así que sí, está en el ordenador, pero no había estado mirándola, ni la había buscado, ni había hecho nada que hubiera podido hacerla aparecer fuera de su carpeta.

No he vuelto a sentir otras veces la presencia de Ruth, aunque en muchas ocasiones he pasado por delante de su casa de Londres, después de que su hijo la vendiera, y me he preguntado si ella aún seguiría allí. Ruth adoraba aquella casa y tenía la esperanza de que Simon se la quedara.

La muerte significa pérdida, tanto para los muertos como para los vivos. Frente a la puerta de su casa, yo deseaba que saliera a abrir, como de costumbre, mientras sonaba música country de fondo. Añoraba su gran sonrisa.

Fue esa gran sonrisa la que vi en mi pantalla. Más tarde caí en la cuenta de que la aparición se había producido dentro de los cuarenta días de luto que observan distintas fes y culturas: el islam, la Iglesia católica, la Iglesia ortodoxa... treinta en el caso de los judíos. Puede que ese sea el tiempo que necesita un alma para partir de verdad. La muerte, después de todo, es un desahucio.

Pero ¿qué pasa con los fantasmas con los que no tengo una relación directa? Los fantasmas de mi casa de Londres.

Quizá Ruth tiene razón y sea el propio edificio el que contenga y libere a los fantasmas caseros, que acaban desapareciendo para siempre al cabo de un tiempo. No hay explicaciones en el verdadero sentido de la palabra. Simplemente, no lo sabemos. Los programas de televisión sobre cazadores de fantasmas, con sus equipos de medición y sus

videntes en nómina, son incapaces de contarnos más de lo que podemos saber por nosotros mismos, a través de nuestros sentidos.

Ni lo entiendo ni estoy segura de creer en ello, pero sigo experimentándolo.

Dudo de que no vuelva a saber de mis fantasmas...

LUGARES

El cuarto de invitados

Había alquilado un apartamento en Londres. En una parte antigua de Londres. Donde los romanos habían desembarcado tras remontar a golpe de remo el ancho río flanqueado por bosques. Mucho más tarde, la llanura oriental pantanosa quedó fuera de las murallas de la ciudad. Aquí también hubo un hospital de leprosos, del que quedan reminiscencias en el nombre: Spitalfields.

Aún hoy, si los recorres a pie, los callejones y pasajes medievales que permitían el paso de los carros serpentean hasta la calle principal. Aún hoy, si prestas atención, el pasado descansa en capas de tiempo, sedimentarias, comprimidas, con bolsas y túneles donde lo que ya no está, en lugar de desvanecerse, mantiene su forma. Los edificios, sí, la topografía, por descontado, y algo más: una atmósfera, como si se tratara de gas, que escapa de las bolsas, que recorre los túneles y alcanza la superficie.

La casa estaba rodeada de modernidad. Imperios de cristal daban la bienvenida a abogados y banqueros. Las calles se habían remodelado para acoger cafeterías y puestos de sándwiches. Chocolates exclusivos, velas caras. Vinotecas y pubs. Hasta altas horas de la noche había un tranquilo tráfico humano. Volver andando a casa nunca me había preocupado. Las calles estaban bien iluminadas, y si había borrachos, no eran de los que buscaban problemas.

Era la típica casa de estilo georgiano, con cinco plantas: sótano, ático

y un bajo de uso comercial sobre el que se alzaba la vivienda.

El alquiler no era desorbitado. Un mal inquilino se había ido de manera precipitada y la casera buscaba a una persona seria que se quedara un año. Puedo pasar por una persona seria.

Me contó que tenía planeado volver a vivir allí, cosa que encajaba en mis planes. Hacía poco que me había separado y aún no estaba lista para instalarme en ningún sitio de manera permanente. Un año era lo que necesitaba. Le hice una transferencia por tres meses de alquiler, nos dimos un apretón de manos y me entregó las llaves.

En la época de su construcción, durante la década de 1780, aquellas casas no se consideraban viviendas imponentes. Aun así, las ventanas eran grandes, con cuarterones, y el comedor estaba revestido de madera hasta la mitad de la pared. El entarimado de roble, de tablas anchas y pulidas, y la estrecha escalera de caracol que subía hasta el infinito me robaron el corazón por completo de manera rauda y traicionera. Antes, las personas eran más menudas y los peldaños de la escalera estaban hechos para pies pequeños. No importaba, el pasamanos era sólido y las luces funcionaban bastante bien. Digo bastante porque, incluso de día, había una sombra en la escalera, como si la luz le hubiera dado la espalda.

Deshice la maleta. Me gusta meterme en la cama con camisa de dormir. De algodón grueso, disponible en dos colores, azul o verde, y con finas rayas blancas. Compradas en una tienda de ropa para caballeros. Dejé una en un colgador que había junto a la cama. Parecía un gancho de carnicero, aunque la casera me había asegurado que el ático se había utilizado para almacenar plátanos.

La cama era grande y cómoda. Colchón nuevo. La habitación era tranquila. Dormí bien esa primera noche, y cuando me pareció que una puerta se abría en el piso de abajo, supuse que no la habría cerrado bien.

Por la mañana, al bajar en camisa de dormir para prepararme un café, me detuve un momento en el descansillo intermedio para echar

un vistazo al cuarto de invitados. Solo había un pequeño somier de hierro, una cómoda y un escritorio antiguo con una silla. De los años cincuenta. A la casera no le gustaban aquellos muebles, pero iban con la casa y la sacaban de un apuro con los inquilinos. A mí me venían de perlas porque no me había llevado los míos.

Se me ocurrió que podría utilizarlo como despacho cuando hubiera acabado de instalarme. Al verla con la casera, apenas me había detenido en aquella habitación, porque mientras la mujer hablaba, y subíamos y bajábamos la escalera, yo ya sabía que me quedaría la casa. Lo supe en cuanto pisé el escalón de la entrada y abrió la puertecita de la calle.

Sin embargo, en ese momento me fijé en que la colcha estaba retirada y se veían las sábanas, como si alguien acabara de levantarse. Aunque me parecía improbable, me pregunté si la casera la habría dejado así, para que diera la sensación de que el lugar estaba habitado, como suelen hacer las señoras de la limpieza cuando ordenan los libros y colocan los cojines. Sí, seguro que era eso. Tenía que serlo, porque no había otra explicación. Rápido, con demasiada rapidez para alguien que aseguraba no estar nervioso, volví a remeter la colcha debajo de la almohada y pasé la mano por la cama para estirarla. Percibí un olorcillo en la habitación —soy muy sensible a los olores— y me pregunté si no sería gas. O quizá un ratón muerto. Huelen parecido. A metano. Bueno, nada que no se solucionara con el uso y aireándola bien. Fui a abrir la ventana de guillotina, pero descubrí que estaba clavada. Ya me ocuparía de ella después.

De momento, dejé la puerta abierta y seguí hasta la cocina, donde todo estaba como lo había dejado la noche anterior. Puse agua a hervir y molí el café.

Fuera, en la calle, la gente corría al trabajo. Café recién hecho y un nuevo día. Un nuevo comienzo. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien.

Cuando me terminé el café salí a comprar un martillo y unos alicates para quitar los clavos de la ventana. En la ferretería, compré también una trampa para ratones y volví tranquilamente a casa. Me detuve un

segundo en la acera de enfrente y contemplé aquel edificio inclinado e independiente, admirando la simetría de las ventanas y el bonito parapeto de piedra que recorría el exterior de la habitación del ático. La casa sobre la tiendita era una buena casa, un edificio que había visto el paso de los siglos y allí seguía, viajando a través del tiempo. Aquello me dio esperanzas.

Y entonces lo vi, o creí verlo, ¿lo vi? Veo la silueta de un hombre en el cuarto de invitados. Un hombre delgado, con el pelo hacia atrás y vestido con chaqueta. Entrecerré los ojos para enfocar la vista. Ahí no hay nadie.

Pero no es verdad. ¿O sí? Hay una sombra, una figura, un hombre en la ventana. Da la impresión de que tiene algo en las manos y está mirándolo, sea lo que sea. Se me aceleró el corazón. ¿Se escondía alguien en la casa? ¿Alguien más tenía llaves? ¿Me habían visto salir y habían aprovechado para entrar?

Una voz me sobresaltó.

—¿Busca algo?

Era la mujer de la tienda de abajo. Me presenté. Se llama Joyce. Vende cojines y mantas. Le expliqué que creía haber visto a alguien en la ventana. Se echó a reír.

—Ahí no hay nadie, corazón. Mi hija la limpió de arriba abajo antes de que usted se mudara. No hay ningún hombre del saco escondido en el armario.

—¿Alguien más tiene llaves?

—Daría igual si las tuviera, cariño. La casera cambió la cerradura cuando el anterior inquilino se largó en plena noche. Le hice un té al cerrajero.

Joyce miraba la ventana. Allí no había nadie.

—Aunque la verdad es que esos cabrones son listos y nunca se sabe. Hoy en día... Entraré con usted y echaremos un vistazo, ¿de acuerdo, corazón?

De acuerdo.

Joyce y yo entramos en la casa.

—Yo espero aquí. Si alguien baja pitando por la escalera tendrá que

pasar por mi lado, y no va a gustarle. Suba usted, tranquila.

Lo hice a regañadientes, empuñando el martillo con fuerza. El cuarto de invitados estaba como lo había dejado. La habitación del ático estaba como la había dejado.

Aliviada, aunque un poco avergonzada, volví a la cocina.

—Son esos cristales, que son muy antiguos —dijo Joyce señalando la ventana—. No como los de ahora, ¿ve? Deforma la imagen.

Tiene razón. No todos, pero algunos de los vidrios son gruesos y se ondulan.

Lo que había visto, o creía que había visto, debía de ser el reflejo de un reflejo. Los edificios de cristal de la acera de enfrente proyectando imágenes en mi ventana. Me he dado un susto a mí misma, nada más.

—Bueno, pues ya sabe dónde estoy, cariño —dice Joyce—. Al menos hasta las seis, a partir de esa hora en The Golden Heart. El pub de la esquina.

Joyce bajó de nuevo a ocuparse de su negocio. A saber qué impresión se habrá llevado de mí. Subí para abrir la ventana. Los clavos están hundidos a conciencia. Descabezados, desiguales. Como si los hubieran golpeado con rabia. ¿Para qué clavaría nadie una ventana? ¿Quién iba a entrar en la casa por ahí arriba? Quienquiera que la hubiera clavado, se había empleado más de lo necesario. Mucho más. Por mi mente pasó la imagen de una boca llena de dientes amarillos, cerrada con fuerza alrededor de un manojo de sucios clavos de hierro. Unos dedos gruesos sobre el mango del martillo.

¡Tranquilízate!

Al otro lado de la ventana, en la acera de enfrente, vi el espectáculo de mimo de los oficinistas en sus mesas. Solo era aquello. Lo que había sido siempre.

¿Qué decía Albert Camus? No es una cosa u otra lo que lleva a la locura, sino lo que hay entre ellas.

Vivo entre dos vidas: mi pasado y mi futuro. Vivo entre mundos. ¿Cómo no voy a creer que estoy loca?

Por fin, el último clavo, doblado y oxidado, se partió bajo los alicates. Con cierta dificultad, empecé a subir la ventana de guillotina.

Centímetro a centímetro. Hasta que, con una sacudida, cedió y el aire entró de golpe. No fue como abrir una ventana. Fue como liberar un vacío.

Detrás de mí, la habitación se cerró de un portazo.

Es el viento. Solo es el viento. Aquí no hay nadie.

El día transcurrió sin más incidentes, y el siguiente y el otro, y empecé a sentirme relajada en casa. A establecer una rutina. A dejarme llevar. Me di cuenta de que había estado muy tensa, recelosa, y no era la casa la que me había puesto tensa y recelosa, sino la tristeza por lo que ya no tenía, mi propia desazón. No necesitaba ningún fantasma. Estaba acosándome a mí misma. ¿No dicen que el origen de la actividad paranormal a menudo reside en la energía cinética de los adolescentes? ¿Que lo de la mente sobre la materia es cierto y que exteriorizamos nuestro estado interno hasta el punto de que hay objetos que parecen adquirir vida propia?

Nunca me había parado a pensar en esas cosas. Sin embargo, ahora la casa y yo parecemos cómplices, cada una a lo suyo. Esta casa es más que un espacio neutral. Es como si agradeciera tenerme aquí.

Aun así, no monté el despacho en el cuarto de invitados, y dejaba siempre la puerta cerrada.

Un par de semanas después salí a cenar con unos amigos. Fue una velada divertida y relajada, y cuando terminamos en el restaurante dimos un paseo por las calles, disfrutando de la vida nocturna, sin prisa. Estaba despidiéndome de ellos en la estación de metro cuando noté que alguien me miraba.

Entre la gente que se dirigía a los andenes, no vi a nadie en particular vigilándome, pero cuando me alejé, algo hizo que me diera la vuelta, y allí, junto al quiosco de prensa, había un hombre cuyo rostro no alcanzaba a ver, aunque no me hizo falta. Reconocí la figura alta y esbelta, o mejor dicho, la figura que había creído ver en la

ventana. Me detuve, para asegurarme, pero una nueva oleada de pasajeros se interpuso entre nosotros, y cuando la estación volvió a vaciarse, el único humano que quedaba junto al quiosco era un borracho que se subía la cremallera.

Una vez en casa, seguí mi rutina nocturna habitual. Me puse la camisa de dormir azul y me metí en la cama. Me gusta el ruido de las ciudades cuando se produce a mis pies. Suena como el mar, a lo lejos, y me siento a salvo, porque no tiene nada que ver conmigo. Es la misma sensación de seguridad de cuando eres pequeño y el ruido que hacen los adultos en el piso de abajo se convierte en el hilo musical del sueño.

Soñé con Clive.

En cierto momento, cuando todavía era noche profunda, en las horas eternas que preceden al amanecer, me desperté. Es decir, me despertó un ruidito que no conseguí reconocer. Presto atención, aguzo el oído como un murciélago. Durante un rato, nada, y entonces otra vez el ruidito metálico. Cinco chasquidos, rítmicos, repetidos. Pero ¿qué es?

Mi cerebro rebuscó en su base de datos. Conozco ese sonido, pero ¿qué es? Algo de hace mucho tiempo. Mi padre.

Es un encendedor. Compacto. Sujeto en una mano.

Los chasquidos proceden de la habitación de abajo. Del cuarto de invitados.

La escalera es un embudo abierto. Conduce de la cocina al ático, y el ático está abierto. No hay puerta. El final de la escalera da paso a la habitación en sí.

Caí en la cuenta de que el olor que había notado en el cuarto de invitados era el mismo, no a metano, sino a otro tipo de gas, a líquido para encendedor. Butano.

Esperé, inmóvil como un animal perseguido por un cazador. No oí a nadie abajo. La nariz empezó a picarme cuando el humo del cigarrillo llegó a mi habitación.

Ahora ya es innegable. Alguien ha encendido un cigarrillo, alguien está fumando en la planta de abajo.

Alargué la mano hacia la mesilla, donde estaba el móvil. La 1.38 de la madrugada. Vale. Si llamo a un amigo, quien sea me oirá. Si llamo a

la policía, llegarán a tomarme declaración cuando lleve varias horas muerta. Decidí enviar un mensaje a mi amigo Billy. Tiene un restaurante. Puede que aún esté despierto.

Pero tendré que encargarme de lo demás. ¿Qué es mejor? ¿Bajar a las bravas? ¿Actuar con sigilo? ¿Cuánto tiempo ha pasado? Ni idea. No soportaba el hecho de estar allí tumbada, oyendo cómo el tipo —estoy segura de que se trata de un hombre— sube por la escalera hasta aquí, donde estaré atrapada. Tengo que hacer algo, ya.

Encendí la lamparita de noche e hice todo el ruido posible con los pies en el suelo. La habitación está enmoquetada. Me puse unos pantalones, unas zapatillas de deporte, me metí unas tijeras de manicura en el bolsillo, la única arma que tenía a mano, y bajé.

En el descansillo no oí nada. La puerta de la salita de estar estaba cerrada. La abrí y entré. La luz amarillenta de la farola parpadeaba en la esquina. No había nadie. Es un día laborable y son casi las dos de la mañana. Me doy la vuelta y me quedo frente al cuarto de invitados. La puerta está cerrada. ¿Tengo que abrirla? Sí. Tengo que hacerlo.

¡Venga!

Le di una patada. La puerta se abrió de golpe. La habitación estaba a oscuras. Vislumbré el pie de la cama. Tengo que entrar. Busco el interruptor a tientas.

En ese mismo instante, alguien llama al timbre de la puerta de casa, un sonido estridente, insistente, intermitente, como un teléfono antiguo.

Santo Dios, ¿quién será? ¿Qué está pasando?

Crucé el descansillo, entré en la salita de estar y abrí la ventana para echar un vistazo a la calle desierta. Es Billy.

Cuando entra, sirvo un poco de brandy para los dos. Ha venido en bici. Estaba a punto de irse a la cama cuando recibió mi mensaje y salió sin pensárselo. Sabe que no estoy pasándolo bien desde la ruptura. Ve el miedo en mi cara.

Le pedí que me acompañara al cuarto de invitados, así que subimos

juntos y nos detuvimos en el descansillo.

—¿Lo hueles? El humo.

Billy me miró y negó con la cabeza.

—Puede que huela un poco a humedad, pero no a humo. ¿Has encendido la chimenea?

—Humo de cigarrillo.

Billy me escuchó con atención mientras le contaba lo que había ocurrido. No me interrumpió. Cuando terminé, se ofreció a pasar allí la noche, en el cuarto. En fin, él estaba rendido y, si se quedaba, yo dormiría mejor.

Lo miré, con aquellos rizos, tan buena persona... Me había salvado.

—Genial —dije—. Sí. Te traeré un cepillo de dientes y una toalla.

—¿Tienes una camiseta de sobra para usarla de pijama? —preguntó —. Hace fresco en esta habitación.

—Te traeré una de las camisas de dormir de Clive —contesté.

Billy bajó a por un vaso de agua mientras yo reunía lo que necesitaba. Busqué la camisa de dormir verde en el armario, pero no la encontré. ¿Estaría en el cesto de la ropa sucia? Bueno, en ese caso no había nada que hacer, y yo llevaba puesta la azul. Mi ex tiene la roja, la gris y la blanca con rayas crema. Cogí una camiseta holgada de la pila.

—¿Aún no has vuelto a trabajar? —preguntó Billy.

—Todavía sigo de baja. Otra semana, creo. Estoy mucho mejor.

Billy asintió.

—¿Te estás tomando la amitriptilina?

—Sí, y funciona. Estoy bastante bien. Lo ha hecho todo un poco más fácil. Ya sabes, lo del divorcio ha sido complicado.

Billy me dio un abrazo.

—El amor es complicado, tanto si lo hay en tu vida como si no.

—Gracias por haber venido.

—Duerme un poco.

Eran casi las tres. Abajo, oí el crujido de la estrecha cama de Billy al darse la vuelta y luego, muy poco después, sus ronquidos. Sonreí para

mí. Nadie podría vivir en ese cuarto en secreto sin que yo lo supiera. Lo oigo todo. La casa es porosa.

Dormí como un tronco. Eran más de las diez cuando me desperté. Billy se había ido, pero me había dejado una nota en la que decía que lo llamara siempre que quisiera.

Miré alrededor. Soy una persona limpia y ordenada, pero la casa estaba hecha un desastre. ¿Qué me pasa? Tengo que hacer la colada, ponerme a limpiar, darle un poquito de claridad budista a mi vida.

Empieza por lavar. Vasos, el plato de la tostada de ayer, tazas, cafetera y tacita. Puse la radio, revoloteé de aquí para allá con la bayeta sintiéndome mejor y más aligerada. Recibí una notificación en el móvil: Billy. Le doy a contestar:

> Sí, estoy bien, disculpa que no te haya invitado a desayunar en alguna parte, me alegro de que encontraras el café.

Estaba tan inmersa en la limpieza que no vi su respuesta hasta media hora después.

> ¡No te preocupes! Desayunemos el sábado. ¡Ya sabes que no tomo café! (emoticono de carita verde de vomitar).

Me quedé mirando el móvil. Es cierto. Y además es que lo sé. Billy no toma café. Pero yo había lavado la cafetera esa mañana.

Debía de ser del día anterior, igual que el plato de la tostada. ¿Me había hecho una tostada el día anterior?

Aclárate, chica.

A la hora de comer, mi casa estaba perfecta. La colada hecha. Lo único que seguía sin aparecer era la camisa de dormir. ¿Estaría entre las sábanas? ¿Debajo de la cama?

No. Pero aquello me dio una excusa para cambiar la ropa de ambas

camas. En el cuarto de invitados, con la ventana abierta, todo estaba como tenía que estar. Todo. Es una habitación preciosa, con un marco de chimenea sencillo sobre cuya repisa hay apoyado un paisaje marino, un poco soso, pero que no está mal. Debería colgarlo. Tengo alcayatas y mi nuevo martillo. Y hacer mía la habitación. Hoy instalaré aquí el despacho. Eso me hace sentir bien.

Fui a buscar lo que necesitaba, me subí a una silla, levanté el cuadro y fui moviéndolo hasta que quedó derecho. Mi antigua maestra decía: «Los cuadros se cuelgan, a las personas se las cuelga». Una lección de gramática truculenta, pero eficaz.

Le di la vuelta. La parte de atrás era de papel marrón, con un alambre retorcido y ya oxidado a causa de la proverbial humedad. Y algo más. Unas manchas desvaídas de un rojo terroso. Huellas de dedos. Manchas de sangre. Como si alguien se hubiera cortado al retorcer el alambre. Tiré un poco del papel por donde se desprendía del marco. Debajo del paisaje marino había otro cuadro. No, no era un cuadro, era una fotografía de tamaño pequeño. En blanco y negro, con borde. Kodak.

No sabía quién era la mujer. Pero reconocí al hombre. El hombre espigado que le rodea la cintura con el brazo. Lleva una camisa blanca, con el cuello sin abrochar por fuera de la chaqueta holgada.

¿La fotografía estaba escondida? ¿O solo la habían tapado?

Miré la repisa en la que había estado apoyado el cuadro y vi el encendedor.

Lo cogí, notando que se me secaba la boca. Era de acero, pequeño y cuadrado. Lo apreté. La piedra se alzó sobre la ruedita. Cinco chasquidos para producir una llama. Clic, clic, clic, clic, clic. Butano.

Volví a dejarlo en la repisa, junto con el cuadro, y cerré la puerta del cuarto de invitados.

Salía a toda prisa con el abrigo puesto cuando vi a Joyce, la de la tienda de abajo.

—Parece que ya se ha instalado del todo —comentó—. Esta mañana

he visto a su novio.

—No es mi novio. Se quedó a pasar la noche. Nada más.

—Si yo no me meto en esas cosas, cariño —dijo Joyce.

—Anoche pasé miedo.

Me miró con cara extraña.

—¿Ha vuelto a ver algo?

—Creo que sí.

—Son imaginaciones suyas —aseguró—. Parece una persona creativa, de las que dejan volar la imaginación.

—¿Alguna vez ha ocurrido algo en esta casa?

—Hay visitas guiadas de fantasmas por todo el barrio. De fantasmas, de terror, de Jack el Destripador, de los gemelos Kray, del hombre lobo...

Me quedé callada.

Joyce sonrió. Asintió.

—Anímese —dijo.

Joyce tiene razón. Tengo que poner orden en mi vida, volver a trabajar y dejar de inventar problemas para no pensar en los míos.

Hoy voy a ver a mi ex. Clive. Hay que solucionar varias cuestiones logísticas.

Hemos quedado para tomar un café, y está como siempre: guapo, indiferente, difícil, educado. Cuando lo dejamos, se ofreció a pagarme el alquiler durante un año porque era yo quien me iba de su apartamento y el mío lo tenía alquilado. Acepté. Trabaja en finanzas y tiene un buen sueldo. No lamento que rompiéramos. Tengo el corazón roto. Una cosa no quita la otra. A veces no queda más remedio que mantener en un conflicto controlado realidades difíciles de aceptar.

Ahí está: pulcro, arreglado, la voz suave. Considerado y, al mismo tiempo, indiferente ante lo que ha ocurrido. Lo ha superado, pero tiene principios, y no le gustan los líos. Quiere que tenga buena opinión de él porque necesita tener buena opinión de sí mismo.

—Te echo de menos —digo.

Él sonríe y remueve el café aunque no toma azúcar.

—Es solo un sentimiento —digo—. Nada a lo que tenerle miedo.

Siempre había sido así. Yo, intentando que él sintiera. Él, viviendo en el ático de su cuerpo, en su mente. Unas vistas preciosas. Sin relación con lo que ocurría más abajo. Habitaciones vacías. Ventanas tapiadas. Puertas cerradas con llave. Prohibido el paso.

Las cosas que hacíamos juntos eran divertidas e interesantes. Viajes. Cultura. Buenos restaurantes. Gente agradable. Sin embargo, a la larga, aparte de «hacer» tiene que haber algo más. Tienes que sentir. Sentir que estás con alguien. Sentirte tú mismo. Sentirte seguro.

—¿Ya has vuelto a trabajar? —pregunta.

—Todavía no.

¿Por qué él parece fuerte? ¿Por qué yo parezco débil? Él no es fuerte y yo no soy débil. La camarera me lanza una mirada mientras él paga la cuenta. Ya está acostumbrada a estas cosas.

Tras despedirnos, se encamina hacia el metro, aunque primero se detiene un momento frente al escaparate de una zapatería y luego para mirar a una cara bonita que llama su atención. Lo sigo, no sé por qué, hasta los escalones del metro. Coge un periódico gratuito. No mira atrás.

Cuando volví a casa, estaba exhausta. Es un agotamiento mental, no físico. ¿Por qué he quedado con él? Tengo que tumbarme.

Dejé el bolso en la cocina, me lavé las manos y subí a mi habitación. La puerta del cuarto de invitados estaba abierta. La cama perfectamente hecha. Encima de la colcha, hecha un rebujo y arrojada allí de cualquier manera, vi la camisa de dormir verde.

Fui a recogerla como alguien en trance. Olía a rancio.

A sudor, a tabaco, a grasa, a sucio. Una mancha de café en el pecho que parecía una marca de nacimiento. Apestaba, como si la hubiera usado durante semanas alguien que no se lavara. Moviéndose en su propia mugre. Aunque lo peor fue cuando vi, mientras la miraba temiendo que cobrara vida, que le habían arrancado los últimos

botones de cuajo. Y se los habían arrancado mientras quien fuera la llevaba puesta: los ojales estaban destrozados.

Retrocedí hasta el descansillo. Cerré la puerta del cuarto de invitados. Tenía los dedos pegajosos. Volví abajo, a la cocina, y dejé correr el agua caliente hasta quemarme.

¿Qué estaba pasando? ¿Quién estaba haciendo aquello?

Hice eso de respirar hondo, que se supone que te calma. En cambio, me vino a la mente la imagen de la última vez que había hecho el amor con Clive. La última vez que habíamos estado juntos. Aunque en realidad no estábamos juntos porque él lo hacía por pena. Más tarde, mientras se preparaba algo de beber, llevaba puesta esa camisa de dormir.

Cuando se fue a la ducha la metí en mi bolso. Quería llevarme su olor, su colonia con olor a sal marina y salvia del bosque. Su whisky. Su cuerpo.

Fui al armario y también cogí la azul. Sus cosas. No solo quería llevármelas, quería robárselas. Arrebatarle algo igual que él me lo había arrebatado a mí.

Tengo que deshacerme de esas camisas de dormir. De las dos. Hoy.

Bolsa de basura. Pinzas de cocina. Apenas me atrevo a abrir los ojos en la habitación mientras alargo la mano para pescar la cochina camisa. Se retuerce al final de las pinzas. Dentro de la bolsa de plástico, se mueve. Piojos.

En la calle, corro hasta el primer contenedor que encuentro y la tiro dentro. Una mujer me mira como si estuviera loca.

Sí, he estado loca, pero ahora un poco menos. La cordura me inunda la cabeza como un manantial de agua clara.

Me acerqué a la floristería y compré un ramo de narcisos. Nada especial. Nada sofisticado.

De vuelta en casa, fui directa al cuarto de invitados, deshice la cama, lo metí todo en la lavadora y coloqué un jarrón con las flores sobre la cómoda.

En mi habitación, saqué la camisa azul de dormir de debajo de la almohada, la metí en un sobre acolchado y fui corriendo a Correos para devolvérsela a Clive. Que la lavara él.

Una vez hecho todo aquello, volví al cuarto de invitados, me senté en la cama y dije:

—Lo que sea que haya en esta habitación, escúchame. Los dos somos almas perdidas. Tú estás atrapado aquí, deprimido, o eso creo, porque ni siquiera te molestas en asearte o cuidarte un poco, cosa que hasta los animales hacen. En cuanto a mí, hago como que tengo una vida real, pero en el fondo sigo enganchada al anzuelo de un hombre que no me quiere.

Todo estaba tranquilo en la habitación, como si me prestara atención. Como si alguien estuviera escuchándome.

Me levanté, fui a buscar la fotografía Kodak en blanco y negro y la dejé apoyada en el jarrón de narcisos. El hombre sonreía de oreja a oreja. La mujer miraba hacia otro lado, con gesto aburrido, o tal vez asqueado.

—Ella no te quiere —dije.

Luego salí y cerré la puerta.

A la semana siguiente volví a la oficina. Mis compañeros se alegraron de verme. Poco después ya salía los sábados con amigos y empecé a quedar con Billy más a menudo.

Sigo atormentándome a mí misma, como si fuera mi propio fantasma. Sigo pensando en Clive, de manera repentina y dolorosa, pero cuando ocurre ya no me odio. Dejo que el pensamiento venga y vaya. Sin juzgar.

En la casa, las cosas son distintas. No ha habido más perturbaciones, salvo en una ocasión.

Entré en el cuarto de invitados para tirar los narcisos. Nadie quiere flores muertas.

La habitación olía distinto. Algo que solo podían ser naranjas había sustituido el tufillo a butano. Ácido, cítrico, limpio, tonificante. No un

perfume o unas velas. La fruta en sí.

La fotografía que había dejado apoyada en el jarrón también había desaparecido. Busqué detrás de la cómoda y debajo de la cama. ¿Se la habría llevado una ráfaga de viento?

No fue hasta el final de mi estancia en la casa, casi un año después, cuando, al devolverle las llaves a mi casera, me enteré de que en la casa había vivido un importador de naranjas en la década de 1950, en la época en que el mercado de Spitalfields abastecía de fruta y verdura a todo Londres. Las naranjas de Sevilla eran muy preciadas.

—No quería preocuparla —dijo—. Se suicidó en el cuarto de invitados.

Un abrigo de piel

Jonny trabajaba de malabarista. Max era ladrona. Los dos tenían manos más veloces que el pensamiento y una labia de acción rápida, como la ketamina.

Desconectabas el cerebro. No te dabas cuenta de nada. Del timo. De la estafa.

Peregrinaban por festivales y circos itinerantes; él en la pista, atrayendo al público con su cuerpo medio desnudo y sus antorchas, ella en una caseta, jugando a juegos de cartas en los que siempre ganaba la mano. Más tarde se mezclaba con la multitud y afanaba lo que resultaba fácil llevarse. Era una buena vida, y a veces bastaba con sacar unas llaves de un bolsillo ajeno para conseguir un coche con el que trasladarse al siguiente puerto de escala.

Luego lo dejaban en una cuneta y continuaban su camino.

Sin embargo, la edad no perdona. La flecha del tiempo cada vez se queda más corta. Llega el otoño.

Luego el invierno. El invierno estaba a la vuelta de la esquina. Necesitarían un lugar donde pasarlo.

Max había levantado el llavero de un Bentley, aunque no porque pretendiera conducirlo, era demasiado llamativo. Iba a quedarse cerca del vehículo para reclamar su recompensa.

El Bentley pertenecía al conde Crashley, ¿quién lo iba a decir?

Era un hombre joven, nervioso, el coche estaba recién estrenado, como la novia, y atendía dos móviles a la vez tratando de encontrar ayuda, a medianoche, después del espectáculo circense solo para

adultos, cuyos participantes iban prácticamente desnudos y en el que aparecían jinetes montando a pelo, chicas en trapecios y Jonny haciendo malabares con «más pelotas que nadie».

Max fue dulcísima, amabilísima, un ángel al rescate. ¡Sí! Había encontrado las llaves junto al puesto donde hacían cócteles de champán, había buscado el vehículo y, ¡mira por dónde!, el conde ya podía irse en su coche. Oh, gracias, no hace falta, pero si insiste. Y estaba aceptando los billetes nuevecitos que salían de una cartera de piel cosida a mano cuando vio, en su mente, una casa, remota, solitaria, vacía.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el conde Crashley al verla inmóvil de pronto, como atrapada en una burbuja del tiempo.

—Sí —dijo Max—, es solo que la gente del circo siempre está de acá para allá, ya sabe... y no me vendría mal un sitio donde quedarme unos seis meses. ¿Conoce algo parecido?

Aquello no le gustó a la flamante novia: Max tenía los pómulos pronunciados de un caballo de carreras árabe, una larga melena que caía en cascada y unos ojos ovalados tan profundos como el lago al pie de la cascada. La flamante novia veía todo aquello con claridad, incluso en la oscuridad —las novias flamantes ven en la oscuridad—, pero no que Max era algo más que hermosa, que tenía un don que superaba lo que el tiempo podía conceder o borrar.

Max era vidente, y en cuanto se le apareció la imagen mental de la casa, supo que estaban conduciéndola a ella. No se paró a cuestionarse por qué. La imagen era clara.

—Seríamos Jonny y yo. Jonny Más Pelotas que Nadie. El malabarista.

La novia bajó las púas. Jonny en cueros no era una mala idea para una noche fría.

El sexto sentido de Max no la decepcionó. En cuestión de segundos le habían ofrecido una casa en las propiedades de Crashley: una casa poco acogedora, medio en ruinas y fría, pero vacía hasta que los albañiles llegaran en abril y dejaran en pie solo el esqueleto del edificio. ¿Cuánto

costaría? ¡Nada! Podría haberme quedado sin coche. ¡Imagínese!

Y así fue como Jonny y Max se mudaron a la Casa Dower.

Cuando el taxi que tomaron en la estación los dejó en el camino de entrada, Max tuvo la sensación de que la casa estaba de espaldas, como si se las diera a la vida.

—Lleva deshabitada desde 1970 —les contó el jardinero—. Desde que murió la vieja. Antes había una caldera, pero hace mucho que se oxidó, así que tendrán que apañárselas como puedan.

El jardinero les prestó una escopeta y un hacha. Había faisanes de sobra para cazar. Y también leña para la chimenea, pero tendrían que cortarla ellos.

—Hagan lo que consideren con la habitación que encuentren abierta. La que esté cerrada, cerrada se queda.

No parecía muy contento con aquellos invitados repentinos, pero le habían dado instrucciones. Al fin y al cabo, eran invitados.

—Sus habitaciones se encuentran en la planta baja —dijo—. Arriba solo hay trasteros y los cuartos del servicio, y las tablas del suelo están podridas, así que nada de aventurarse por allí.

El jardinero estaba dándose la vuelta para irse cuando le sonó el teléfono, y Max aprovechó la distracción para deslizar el llavero del hombre en su propio bolsillo. Le devolvería las llaves más tarde, después de subir y abrir unas cuantas puertas.

¿Acaso no había dicho «Si las puertas se abren, allá ustedes»?

La casa se había construido hacia 1920 para una viuda que necesitaría un sitio donde vivir cuando su hijo tomara posesión de la casa solariega.

La Casa Dower era una residencia respetable, sin más edificios alrededor, con un camino de entrada flanqueado de laureles que impedían que se viera desde la casa principal. Las paredes de piedra y las altas ventanas eran imponentes, pero estaba orientada al norte, de ahí que se mantuviera envuelta en bruma en invierno y en sombra en verano. Daba la impresión de que la madre no era tan amada y querida

como cabría esperar.

—¿No íbamos a ir a Barcelona este invierno?

Jonny estaba enfurruñado y poco convencido. Siempre sería un crío, y a medida que se hacía mayor, aquello resultaba cada vez menos atractivo, a pesar de su cara bonita y su magnífico cuerpo. Max era quien se encargaba de organizar sus vidas.

—Tenemos seis meses de alojamiento gratis y tranquilidad —le dijo —. ¿No decías que te gustaba la vida sencilla?

—Me gusta el siglo XXI —repuso Jonny—. Y me gusta la calefacción.

—Ya nos daremos calor el uno al otro —contestó Max, rodeándolo con los brazos y deslizándolos por debajo de su camiseta.

Él la besó.

—Será mejor que me ponga a cortar leña.

Max lo siguió con la mirada. Cinco años antes, cuando se conocieron, lo único que ella quería era vivir despreocupada. Con el tiempo había descubierto que mantenerse libre de preocupaciones exigía mucho esfuerzo.

Echó un vistazo a sus habitaciones. Podían utilizar el salón con chimenea, y un sofá bajo y grande que tenía una funda llena de manchas de moho.

Debajo de la funda, el sofá estaba descolorido, pero limpio. En las paredes se recortaban con nitidez los rectángulos que antes habían tapado los cuadros. Los libros habían abandonado las estanterías. El salón comunicaba con un dormitorio que contenía un gran aguamanil; por lo visto una dama de compañía y su hija habían ocupado aquellas estancias, al menos mientras vivió allí la viuda. Dos camas individuales con armazón de hierro hacían que el dormitorio pareciera abandonado, pero los colchones estaban secos y eran firmes, y un ama de llaves a la que no habían visto les había dejado dos juegos de sábanas y mantas.

Una triste bombilla colgada del techo, con la pantalla hecha jirones, era la única iluminación de la que disponían las habitaciones. Max y Jonny no podían usar los antiguos enchufes de clavijas redondas, así que tendrían que cargar los teléfonos y los portátiles en el cobertizo de las herramientas del jardinero. Aunque tampoco valía de mucho que

estuvieran cargados o no. Allí no había internet.

—Libera tu mente —dijo Max.

Jonny gruñó.

La cocina se encontraba en el sótano, grande y de techo bajo, con el suelo de piedra lleno de marcas y unos fogones que funcionaban con combustible sólido, alimentados con sacos de carbón que lo pringaban todo, de la época en que las minas de carbón habían hecho florecer la fortuna de la familia. Había unas cuantas cacerolas de hierro fundido y una vajilla desportillada, pero utilizable.

Fuera de la cocina había un aseo cuya cisterna descargaba un agua amarronada bombeada desde una corriente rica en turba. De la pared colgaba un pañito bordado que rezaba: EL SEÑOR CONOCE TUS IDAS Y VENIDAS.

Max le dio la vuelta.

En la misma cocina estaba el caldero de metal para lavar, que había que llenar de agua y calentar al fuego. Junto a este había una triste y pequeña tina, en la que cabía un adulto sentado y con las piernas recogidas. El baño principal, que se encontraba arriba, estaba cerrado.

Max no tardó en encontrar la llave. Tenía un talento para las llaves. Entró. Baldosas verdes hasta media altura, yeso que se desmenuzaba a partir de ahí hasta el techo. Un inodoro con cisterna superior y una larga cadena. Una bañera gigante llena de arañas gigantes. Grifos de latón por los que no circulaba agua. Una toalla con monograma que colgaba de un toallero. S. M. La tocó. Se desintegró.

Fuera, en algún lugar, oyó un disparo de escopeta.

Se recordó que estaba en el campo. Un lugar tranquilo. Salvo cuando no lo era, entonces se oían disparos.

Max recorrió el pasillo con el llavero en la mano. Una serie de puertas, cerradas y llenas de telarañas, se resistieron por mucho que manipuló los picaportes. Todas cerradas con llave.

Había una distinta. Una puerta doble. La miró. Madera noble y maciza, taraceada. Pomos de marfil idénticos y un ojo de cerradura del tamaño de una vulva.

Supo qué llave era del manojo al instante: grande y gruesa. Con el

dedo, frotó el vástago y la cabeza para limpiarlos. El metal se había calentado. Entró en la cerradura con cierta satisfacción.

Max consiguió girarla usando ambas manos.

La habitación estaba a oscuras. Max se quedó en el vano de la puerta. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio que los pesados cortinajes estaban echados sobre la ventana salediza. Era el mirador que había visto al llegar, el revés descolorido de las cortinas rojas.

¿Y si las abría? ¿No se desintegrarían como la toalla? Todo el mundo se daría cuenta.

«¡De que eres una ladrona!».

Max se giró en redondo. Nadie gira sobre sí mismo de esa manera, salvo en las novelas policiacas malas. El caso es que Max se giró en redondo. Allí no había nadie. ¿Mala conciencia?

Con la determinación de un gato, se acercó sin hacer ruido al gran ventanal y descorrió las cortinas con sumo cuidado y lo justo para dejar pasar la luz, si podía llamarse luz a aquello: verdosa, acuosa, como la de un acuario sucio. Durante años, el empinado tejado de pizarra había soplado y goteado estación tras estación sobre los cristales que nadie limpiaba.

Aun así, alcanzaba para ver lo suficiente. Distinguió una imponente cama de caoba con un cabecero alto y curvo. Una mesilla. Unas gafas de montura metálica. En el suelo, unas zapatillas mordisqueadas.

Se volvió y se acercó al tocador. Su cara se reflejó en el espejo picado. ¿Era ella? ¿Más chupada? ¿Más fría?

Había estuches de polvos y colorete, con y sin tapa, repartidos por todas partes. Un cepillo plateado con hebras de pelo en las cerdas. Aquello tenía algo de espeluznante: cabello antiguo y muerto de una cabeza que había dejado de existir hacía tiempo. Estaba rodeado de frasquitos de cristal que contenían líquido.

Y doblada sobre el respaldo de la silla, una bata de seda hecha jirones. No la tocó. No se atrevió.

Allí no había nada que ella quisiera; más bien al contrario.

Estaba a punto de irse cuando uno de los grandes armarios roperos que flanqueaban el tocador atrajo su atención. Los dos eran de caoba, a

juego con la cama, y los dos tenían un espejo deslucido en la puerta. El del lado de la ventana estaba firmemente cerrado. El más próximo a Max tenía la puerta entornada.

Al abrirlo, un olor añejo a lavanda y alcanfor la hizo toser, asqueada. En el armario solo había una funda de algodón larga y voluminosa. El algodón estaba descolorido y lleno de manchas, y con un desgarrón en un lado por el que asomaba pelo, como si contuviera un animal atrapado. Un abrigo de piel.

Sin tenerlas todas consigo, Max descolgó la percha de madera de la barra de latón. La bolsa pesaba como un muerto. La dejó sobre la cama y la abrió, botón a botón, con la repentina y desagradable sensación de que estaba desnudando a alguien que no quería ser desnudado.

Sacó el abrigo. De color claro, con una lista oscura. Era precioso y brillante, como una criatura iluminada por su propia luz.

¿Por qué no se lo probaba?

¡No!

Se detuvo.

No seas tonta. ¡Pruébatelo!

Las palabras atravesaron su mente como un escopetazo.

Se lo puso y se miró en el espejo. Le venía grande, pero... ¿no era perfecto para el invierno?

¿Y por qué no? Nadie más iba a ponérselo.

Enrolló la funda de algodón y la metió en el armario. Cuando se dirigía hacia la puerta, sintió un dolor agudo en el hombro y lanzó un grito. Había sido como si... No, no puede ser eso. Pero lo es: un mordisco. Nada de una picada de insecto. Dientes.

Se quitó el abrigo y salió de la habitación, olvidando volver a cerrar la puerta con llave.

Bajó corriendo la escalera con la pesada prenda en los brazos.

Jonny estaba en la cocina. Había llenado los tanques de agua y encendido el fuego del caldero. Los amplios fogones también estaban encendidos, con la tetera en el hornillo. En la inmensa mesa de roble

había un cervatillo que sangraba por la boca.

—Lo he cazado yo —dijo Jonny.

—¡Faisanes! El jardinero dijo faisanes, no ciervos.

—Estaba allí plantado, en los terrenos de caza. Más fácil, imposible.

—Pues tendrás que descuartizarlo tú, porque yo no pienso hacerlo.

—¿Por qué nunca estás contenta con nada? Tenemos fuego, agua caliente y comida, ¿qué has estado haciendo tú?, ¿jugando a *Juego de tronos*? —Miró el abrigo.

—Lo he encontrado en uno de los dormitorios. ¿Te gusta?

—¡No! No me gusta. Apesta.

—Lo dejaré colgado fuera.

Jonny se quedó mirándola.

—¿Qué te ha pasado en el hombro?

Se acercó a ella y le pasó la mano por la zona con poca delicadeza. Tenía sangre en la palma.

—Te han mordido —dijo—. Tienes marcas de dientes.

Max fue a su dormitorio y se examinó el hombro. Tenía un mordisco con forma de media luna grabado con nitidez en la piel.

Estaba dándose unos toquecitos con gel higienizante cuando Jonny entró. Lejos de confortarla, se puso en plan pericial.

—Parece de rata.

Volvió a salir, silbando. Nunca silbaba.

En cualquier caso, el mordisco no parecía de rata. El mordisco parecía humano.

Los días empezaron a normalizarse, asentados en una especie de rutina. El esfuerzo físico que requería mantenerse caliente, alimentado y limpio ocupaba la mayor parte de las jornadas, cada vez más cortas. Max recogía bayas y manzanas, arrancaba patatas del huerto y dejaba que el jovencísimo, tímido y perdidamente enamorado ayudante del jardinero le regalara calabazas y zanahorias. El jardinero sospechaba algo y no les quitaba el ojo. El hombre era inmune a los encantos de Max, y no la había creído cuando le dijo que debían de habérsele

«caído» las llaves. Ella lo llamaba don Gruñón.

Por las tardes, Max sacaba la vieja bicicleta del cobertizo y se acercaba al pueblo a buscar leche, mantequilla, queso y harina, y aprendió a cocinar sin prisas, aprovechándolo todo. Un estofado de venado preparado en una cacerola vieja y abollada y hecho a fuego lento sobre los fogones les duraba una semana.

Comían a la luz de las velas, algo que debería haber sido romántico, pero las sombras los acompañaban a la mesa, y un par de velas apenas llegaban para alumbrar sus platos. En la penumbra, los dos parecían personas distintas, en las que poco a poco se fueron convirtiendo.

Dejaron de hablarse, y eso fue lo más raro de todo, porque siempre habían hablado. Jonny se había vuelto hosco, irascible, y Max tenía la inquietante sensación de que empezaba a tenerle un poco de miedo.

Desde que Jonny había encontrado un par de botas de cuero antiguas en un cobertizo, las llevaba siempre acordonadas hasta las rodillas, con las punteras metálicas tintineando. Le habían cambiado hasta los andares, ahora más rígidos y menos sinuosos, y se paseaba por todas partes como si fuera el dueño del lugar.

¿Y ella? Ella se había convertido en la cocinera, la fregona. Jonny esperaba que la comida estuviera en la mesa cuando llegara. Y no la acompañaba a comprar.

Unos días antes, habían discutido y él le había levantado la mano. Había vuelto a bajarla de inmediato, avergonzado de sí mismo, abochornado, pero no se había disculpado. Ella había empezado a preguntarle: «Jonny, ¿qué ocurre?», pero él había negado con la cabeza y se había ido. Lo oyó con el hacha. Chas. Chas. Chas. Cortando leña. Silbando.

A su llegada a aquel lugar, habían juntado las camas. Era emocionante rodar hasta la del otro, y cuando dormían, cada uno en la suya, se daban la mano.

Hasta que una noche, al ir a acostarse, Max vio que Jonny las había separado. Él siguió tumbado en la suya, de espaldas a ella, mientras las lágrimas silenciosas de Max rodaban por sus mejillas y alargaba la mano fuera de la cama, hacia el vacío. El escaso palmo que las

separaba le parecía una distancia tan insalvable como la de la luna, e igual de fría, igual de solitaria, igual de silenciosa.

Jonny solía dormirse primero, agotado de todo el día. Max, a pesar de que también estaba exhausta, no pegaba ojo, preguntándose qué iba mal. Supo, sin la menor duda, que debían dejar aquella casa. De lo contrario se dejarían ellos.

Podían quedarse un tiempo con su hermana. Le escribiría. Si la llamaba, discutirían, no tendría tiempo de explicarse. Su hermana llevaba una vida normal con un trabajo normal y un marido normal. Pensaba que Max era una irresponsable. Pero seguía siendo su hermana... Sí, mejor por carta; al fin y al cabo, Max había hecho cuanto había podido por pasar el invierno lo mejor posible. Ese tipo de vida era el ideal para ellos: aún eran jóvenes, y fuertes, y se gustaban. Salvo que habían dejado de gustarse y veía la extenuación en sus propios ojos.

Sí, debían irse. Solo estarían una semana con su hermana, mientras organizaba lo de Barcelona. Como Jonny quería.

Reconfortada por el plan, empezó a conciliar el sueño.

Fue la noche que oyó llorar al bebé. El llanto la arrancó del sueño profundo en el que se había sumido. Claro y lejano. Jonny roncaba. Max se esforzó por concentrarse entre ronquido y ronquido, tratando de oírlo mejor. Debía de tratarse de un búho, un búho hembra, uuu-uuu, agudo y desolado. Hasta que oyó al búho. Y justo a continuación, otra vez el llanto. Arriba.

Max sacó las piernas de la cama y apoyó los pies en el suelo helado. Madre mía, sí que hacía frío. El fuego que encendían todas las noches se había apagado. El aire gélido atravesó el grueso pijama. Zarandeó a Jonny por el hombro, pero él se volvió entre murmullos. Antes habría abierto los brazos y la habría atraído hacia sí.

Dejó que continuara durmiendo allí solo y salió de la habitación sin hacer ruido, llevándose la linterna. Llegó al pie de la escalera. Tiritando, vio el abrigo de piel, pálido a la luz de la luna, en un

perchero, intacto desde que lo había sacado de la habitación. Se lo puso. Su dueña había sido mucho más alta que Max, a quien le llegaba hasta el suelo. Se lo ciñó sobre el pecho y se dispuso a subir.

En lo alto de la escalera, torció a la derecha en el amplio descansillo y se dirigió al dormitorio de las puertas dobles. El llanto era más débil. Un gimoteo.

Abrió las puertas.

Bajo el haz luminoso, la habitación estaba igual que semanas antes, cuando la vio por primera vez. Sin embargo, en ese momento, mientras recorría las paredes con la linterna, reparó en una puertecita encajada en la pared, junto a la cama. La puerta no sobresalía del revestimiento, con intención de que pasara desapercibida. El gimoteo procedía del otro lado.

Max dio un paso adelante, demasiado asustada para plantearse siquiera qué podría haber exactamente detrás de aquella puerta.

¿Por qué no se iba? Sí, mejor irse. No, no podía.

Empujó el panel con suavidad, oyó que se abría con un clic, como una caja fuerte, y vio que conducía a otra habitación. El miedo le impidió ir más allá, pero reguló el haz de la linterna para alargar el foco y lo dirigió a la oscuridad. La habitación contenía una cuna. Una cuna vacía. Y ya no se oía nada.

Max retrocedió, sin volverse, caminando hacia atrás despacio. Cerró la puerta camuflada en el revestimiento.

Estaba temblando, la linterna le colgaba a un costado, la sujetaba sin fuerzas. El miedo la ralentizaba, entorpecía su mente, como si trepara a mano por una cuerda. Tenía que salir de allí. Respira hondo. Suelta el aire. Vamos.

Cuando reunió fuerzas para irse, le pareció que la piel del abrigo se estremecía cerca de su boca, como movida por una corriente.

No hay corriente, y no puede ser su aliento.

Está inmóvil como una estatua. La sangre bate en sus oídos igual que sube la marea. Y entonces lo siente.

Siente unas manos fuertes, manos de hombre lo más probable, sobre sus hombros cubiertos por el abrigo de piel. Las manos tiran del cuello

del abrigo con suavidad, y cada vez más cerca, sí, sobre su cuello, un aliento. Un aliento frío. Un aliento frío y ardiente. Un aliento que le recorre la clavícula hasta el lóbulo de la oreja. Algo, o alguien, la besa en el cuello con delicadeza. Siente un cosquilleo producido por vello facial. Y entonces, lo que sea que está detrás de ella, la muerde.

¿Se desmayó?

Max se despertó en su cama, ya avanzada la mañana. El sol se colaba por la ventana con total inocencia. Max no recordaba haber recobrado el conocimiento. No había señales de Jonny.

Se puso la bata, bajó a la cocina y colocó el hervidor, que estaba al fondo de los fogones, aún templado, sobre el hornillo. Hizo café.

¿Qué le había ocurrido?

Se quedó de pie, apoyada en los fogones, con la taza de café en la mano. Le picaba el cuello, y cuando fue a rascarse, sus dedos recorrieron un verdugón abultado. La luz neblinosa y la lluvia permitían que se viera reflejada en el cristal de la ventana. No le hacía falta espejo. Tenía una magulladura en el cuello.

Presa del pánico, llamó a su hermana. Buzón de voz. Claro, estaría trabajando. Probaría más tarde, pero tenía que escribirle ya, ese mismo día.

Se sentó a la imponente mesa de madera oscura y se puso manos a la obra. ¿Cuándo había sido la última vez que había escrito una carta? En cuanto empezó, se sintió mejor. Todo iría bien. Pronto estarían bajo el sol de Barcelona.

Había terminado la carta para su hermana cuando Jonny entró en la cocina. Max levantó la vista y le sonrió. ¿Quería café? Él asintió y fue a cortar pan. Max empezó a animarse mientras charlaba con él; también podía prepararle unos huevos.

Él le echó un vistazo mientras ella seguía hablando; últimamente era lo único que hacía, ya no la miraba como antes, ya no estudiaba su rostro como si estuviera memorizándolo. Esta vez, sin embargo, no apartó los ojos. Los dejó clavados en ella. Max sintió que la invadía el

miedo. Jonny se plantó a su lado en dos zancadas, le agarró el cuello con la mano y dio un tirón.

—¡Jonny! ¡Para!

—¡Puta! ¡Pedazo de puta! El chico del jardinero, ¿eh? No tiene ni diecisiete años.

Max quiere decirle que no sabe de qué está hablando, pero la manaza de Jonny le aplasta los labios contra los dientes. Como no le queda otro remedio si quiere salir de esta, se revuelve y le propina un rodillazo en la entrepierna. Él la suelta, se lleva las manos a las pelotas y la llama zorra. Ladrona. Es solo el principio. Cada uno se encuentra a un lado de la castigada mesa. Nunca lo había visto así. El odio bulle en los ojos de Jonny.

—Tienes un chupetón... en el cuello.

—¡Es un morado!

—¿Quién es? ¿Con quién te besas? ¿Quién te muerde?

Al decir esto, ve la sombra del recuerdo en la cara de Max, su cara de espanto, y lo atribuye a que se ha dado cuenta de que la han descubierto. No puede saber que ha vuelto a apoderarse de ella el horror de la noche anterior. La boca fría y apremiante sobre su cuello. Los dientes afilados.

—Arriba hay algo... —dice.

—¿Ahí es donde lo hacéis? —Jonny está fuera de sí, jadea.

—No es algo vivo. Está en la habitación... Anoche... oí algo y subí. Escúchame, Jonny.

Jonny no la escucha. Agarra una silla de madera y la estampa contra la mesa. La silla se astilla y se hace añicos. Max empieza a llorar, pero a Jonny no le importa. Se dirige a los peldaños que conducen al descansillo y los sube de un salto. Max oye el alboroto que va montando, como si estuviera borracho, y luego sus pasos de un lado a otro, con esas botas. No se atreve a salir. Al cabo de un rato todo está tranquilo.

¿Cuánto tiempo lleva sentada a la mesa? ¿Una hora? ¿Un día? ¿Una

semana? ¿Un año?

La débil luz del atardecer apenas penetra en la cocina. No hay manera de entrar en calor.

Tiene que vestirse. Y luego tiene que llevar la carta a la oficina de Correos.

Sabe que su hermana aparecerá, exasperada, impaciente, pero ahí estará. Tras la muerte de su madre, prometieron que siempre se ayudarían. Tenían diecisiete y diecinueve años, demasiado jóvenes para perder a una madre.

Se lleva la mano al cuello. Lo que fuera, quien fuera que la hubiera mordido... Es incapaz de seguir por ahí. Está asustada. Es consciente de la ventaja que poseen los muertos sobre los vivos: los muertos no tienen miedo.

Se prepara. Vaqueros y un jersey grueso, calcetines para mantener los pies calientes. Se remete el pelo bajo el gorro y busca el chaquetón acolchado. No está. ¿Dónde lo ha dejado? ¿En el jardín? No.

Está lloviendo. ¿Y ahora qué? Tiene la carta en la mano cuando ve el abrigo de piel. Podría ir en bici hasta el pueblo envuelta en el abrigo, que seguramente cubriría la bici.

No le entusiasma la idea. Preferiría hacer una bola con él y arrojarlo al fuego.

En la puerta, vuelve a mirar el tiempo que hace, la lluvia, que cae fría e implacable.

La bicicleta está apoyada en el porche.

Llama a su hermana otra vez, pero sigue saltando el buzón de voz.

Hay que elegir: o no sale y no envía la carta porque no tiene con qué abrigarse, o se pone el abrigo de piel. Mete la carta en el bolsillo.

Está a la mitad del camino de entrada, pedaleando despacio porque el abrigo es grande y voluminoso, cuando tiene la sensación de que alguien la observa. Se detiene un momento, no ve nada, pero sí oye un silbido suave.

Continúa pedaleando hasta que deja el camino y enfila la estrecha carretera flanqueada por el cercado metálico y negro de la finca. Cuando ya asoma a lo lejos la casa principal, el abrigo se engancha en

la cadena de la bicicleta y Max cae al suelo. Suelta una palabrota, se levanta como puede; se ha hecho daño en la pierna. El abrigo se desgarra al darle un tirón y un jirón de piel queda atrapado en la cadena. La bicicleta ya no sirve para nada. Tendrá que ir a pie. Hay un sendero a través del bosque, nada más pasar la casa principal, que lleva directo al pueblo. Era el que utilizaban los criados antiguamente. Deja la bici apoyada y se envuelve en el abrigo. No se percata de que la carta se le cae del bolsillo... como si una mano la hubiera extraído.

Cuando llega al bosque está oscureciendo. Es demasiado tarde, ya no va a encontrar nada abierto, sería mejor dar media vuelta. Cojea. El abrigo ha evitado que se mojara, pero le repugna. Se lo quita, lo tira sobre una rama y empieza a buscar la carta.

¡Ladrona!

Una voz clara. Una voz de hombre.

De repente el abrigo se le echó encima y la derribó. Max intentó levantarse, pero el abrigo volvía a inmovilizarla contra el suelo, como si la atacara un animal salvaje. Estaba a gatas, arqueando la espalda para intentar ponerse en pie, cuando, a punto de conseguirlo, las mangas de piel del abrigo se pusieron rígidas, se tensaron alrededor de su cuello y empezaron a estrangularla.

—¡Zorra! ¡Ladrona!

Max alargó una mano para quitárselo de encima, y al agarrar la manga el abrigo se desplomó, vacío. En cuanto la soltó, se reanudó la presión alrededor del cuello. Max cayó de nuevo en el barro, de bruces.

La voz le susurró tan cerca del oído que Max notó los pelillos del bigote.

—Sois todas iguales.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, luchó contra la opresión que la mantenía clavada al suelo y logró ponerse de rodillas. Agarró las dos mangas del abrigo y tiró de ellas por encima de su cabeza. El abrigo dio una vuelta de campana en el aire, la sobrevoló, y cayó al suelo, donde quedó hecho un rebujo.

Max lo miró un momento, con asco, aterrada, se apartó el pelo de la neblina fría que parecía envolverla. El abrigo no se movió.

Huir. Debía huir.

Atravesó el bosque como alma que lleva el diablo, salió a la carretera, bajo la lluvia, resbalando y llorando, con el corazón desbocado y sin aliento, y continuó hasta llegar al camino de entrada bordeado de laureles, desde donde se veía la odiosa casa, que en esos momentos le pareció un santuario. Se apoyó, jadeante, en el seto. Ya estaba. Ya no había nada de lo que preocuparse. Las luces del vestíbulo estaban encendidas. Jonny la creería. Jonny cuidaría de ella.

—¡Jonny! ¿Jonny?

Notaba su presencia, pero no veía a nadie. La habitación parecía vacía y llena al mismo tiempo. Miró alrededor. Nada. Algo. ¿Quién la observaba? Oyó un silbido. Oyó los pasos de unos pies calzados con botas que se dirigían hacia ella.

Cuando el filo del hacha se acercaba a su cuello, Max vio otra figura detrás de Jonny. El labio superior replegado en una mueca grotesca de regocijo. Bigote. Dientes irregulares. ¿La ha alcanzado? ¿Está herida? La forma fría de ese otro hombre envolviéndola. Las manos bajo su garganta. Max se vio a sí misma, arriba, en el odioso dormitorio, desnuda y sola.

¡¡¡Jonny!!!

¿La habrá oído? Ella empieza a caer...

Botas

Jonny nunca había usado un hacha. Le gustaba notar aquel peso en los hombros y la firmeza con que agarraba el mango cuando la utilizaba. La cabeza estaba afilada y engrasada. Partía los troncos con facilidad.

No tardó en tener una pila considerable que llevó al dormitorio y a la salita de estar. Los fogones de la cocina funcionaban con carbón, pero Max no quería que el dormitorio oliera igual. Un fuego de leña era romántico.

Pensó en la vida que llevarían cuando llegara el invierno. Él habría preferido ir a Barcelona. Max los había metido en aquello y era más cómodo dejarse llevar. Le maravillaba la facilidad con que Max había convencido a aquel tipo con cara de memo del Bentley para que les dejara una casa dentro de su propiedad donde pasar el invierno. ¿A quién le sobra una casa? Una casa en la que hace más de cincuenta años que no vive nadie. Dejó el hacha. Hora de probar la escopeta.

Se dio cuenta de que el jardinero lo observaba. Don Gruñón, como lo llamaba ella. Max era una belleza, esbelta, fuerte, el pelo negro le caía sobre la cara mientras desenterraba patatas. La seguiría hasta el fin del mundo.

—¿Quieres venir de caza conmigo, lady Chatterley? —le gritó.

Ella se acercó y le cogió la mano.

—Me gustaría echarle un buen vistazo a la casa.

—Aquí el amigo don Gruñón te dijo que no lo hicieras —repuso Jonny, negando con la cabeza.

—Dijo que hiciéramos lo que consideráramos con las habitaciones

que encontráramos abiertas, así que voy a comprobar si lo están. Nada más.

Hizo tintinear delante de él las llaves que había robado. No era una ladrona. Ella prefería decir que tenía las manos largas. Se puso de puntillas y lo besó en la boca. El joven ayudante del jardinero, que estaba mirándolos, apartó la vista.

—Lo tienes comiendo de tu mano —dijo Jonny.

Max volvió a besarlo.

Jonny no era celoso. Le puso la mano en la espalda, un gesto a medio camino entre la dulzura y el afán de propiedad, y luego cogió la escopeta y se encaminó hacia el bosque.

Cuando llegó al bosque, cargó la escopeta con perdigones y disparó un poco al tuntún, primero a un conejo, que desapareció indemne entre la maleza, luego a un faisán, que se puso a chillar entre los árboles, alertando a sus congéneres de su presencia. Y así siguió la cosa, apuntando y fallando, fallando y apuntando, hasta que se dio cuenta de que casi había oscurecido. No se había cobrado nada. Estaba ya junto al coto cercado de los ciervos.

Los vio allí quietos, pequeños, alimentándose al atardecer. Eran presas fáciles, pero no podía matar a un ciervo con perdigones para faisanes. Ni siquiera estaba seguro de que fuera a ser capaz de matarlo.

Tenía los pies mojados. Y de pronto notó frío. Hora de volver a casa y beber un poco de vino con Max.

Cuando se dio la vuelta, se descubrió en medio de una fina neblina que había salido de la nada. Se limpió la cara con el dorso de la mano.

Justo detrás de él oyó una voz. Una voz de barítono, áspera y cortante.

—Un cazador furtivo, ¿eh?

El hombre que lo miraba fijamente era más bajo que él, fornido, con chaqueta de tweed, boina, pantalones de montar y botas. Y un bigote poblado. Tenía un aspecto ridículo. ¿Era un guardabosque?

—¡Hola! Vivimos aquí. Somos huéspedes de la Casa Dower.

—¿La Casa Dower? —El hombre pareció sorprendido.

—Me llamo Jonny.

Le tendió la mano. El hombre no se la estrechó. Continuó mirándolo fijamente con sus ojos negros.

—Buscaba faisanes.

El hombre negó con la cabeza.

—Es muy tarde. Ya se han ido a dormir.

Jonny sonrió.

—Me vuelvo ya. Esto de cazar... no es lo mío.

El otro lo miró.

—No necesita una escopeta para llevar la cena a la mesa. Mire...

Saltó la cerca con tanta agilidad que Jonny no lo vio moverse, pero de pronto estaba al otro lado, donde los dóciles ciervos comían tranquilamente.

—Una vez que confían en ti, puedes hacer lo que quieras.

El hombre sacó una porra de madera de debajo de la chaqueta, rodeó la cabeza de un corzo con un brazo y le aplastó el hocico con el madero. La sangre salpicó la sudadera de Jonny. Se le secó la boca. El ciervo cayó de rodillas y se desplomó.

—¡Venga aquí! —le ordenó el hombre, y Jonny, sin saber qué hacía ni por qué, saltó la valla baja y se arrodilló junto al ciervo. El hombre le pasó la porra—. ¡Rematelo!

Jonny lo miró, sin comprender. El guardabosque le dio un empujón en el hombro con brusquedad.

—¡Que lo remate!

Como en un sueño, Jonny levantó la porra ensangrentada y golpeó al ciervo una segunda vez. Estaba muerto.

Se quedó de rodillas junto al cuerpo caliente. ¿Lo había hecho él? ¿Por qué? Acarició el suave pelaje. ¿Qué había hecho? Temblaba. Tenía las manos rojas, manchadas de una sangre oscura que empezaba a secarse. Durante unos minutos fue incapaz de moverse.

—Lo siento —dijo.

Alzó la vista. El hombre se había ido.

Jonny levantó el ciervo por encima de la valla y luego se lo cargó a

la espalda, un peso muerto y caliente. Tenía la mente en blanco. Volvió a la Casa Dower cargando sobre los hombros lo que había matado. Luego lo dejó caer, de golpe, sobre la mesa de la cocina. El ciervo tenía los ojos vidriosos. Jonny seguía temblando. Se quitó la sudadera empapada y se lavó las manos en el fregadero de piedra, dejando el grifo abierto para que el agua se llevara la sangre que caía en la pila formando un charco rojo. Aprovechó también para lavar la cabeza aplastada del ciervo, luego se la cubrió con una bolsa de papel. No quería que Max lo viera. Tendría que descuartizarlo él.

¿Cómo?

Se apoyó en el fregadero, respirando hondo, tratando de recomponerse.

¿Dónde estaba Max? Paseándose por la casa, curioseando. Necesitaba que lo abrazara. Necesitaba que lo perdonara. Echó más leña al fuego y encendió las velas para respaldar y suavizar la cruda luz eléctrica de la bombilla que colgaba del techo. La cocina estaba pensada para que los criados pudieran moverse por ella. La mesa gigantesca, los fogones, el calentador de agua, cacerolas de hierro abolladas que colgaban de ganchos. Había toda una hilera de ganchos. ¿Y si colgaba el ciervo de uno de ellos para que se desangrara? Sacó el teléfono. Podía buscarlo. Cómo descuartizar un ciervo.

Pero no había cobertura. Estaba atrapado en el pasado con un teléfono que no le servía de nada y un ciervo muerto. Todo lo que había en la cocina pertenecía al pasado. Se quedó mirando, hipnotizado, el ploc ploc ploc de la sangre sobre el suelo de piedra.

Max entró en la cocina. Jonny sintió de pronto un alivio inmenso.

Pero entonces Max vio el ciervo, la sangre, el desaguisado rojo del fregadero. Empezó a gritarle: se suponía que iba a traer un faisán, un ave, pero aquello era un animal. Había matado a un animal. ¿Estaba loco o qué?

Y a medida que su tono subía y bajaba, arriba y abajo, dentro y fuera, Jonny dejó de oír lo que decía. Le había cambiado la cara. Chupada y fría. Estaba riñéndolo como a un niño. ¿Y qué era eso que llevaba en los brazos?

Parecía una piel de animal. Un animal enorme, muerto y despellejado. ¿Se movía? Está vivo —pensó—, esa cosa muerta está viva. Se lo arrancó de las manos y lo sostuvo en alto.

—¿Qué mierda es esta? ¿Crees que estás en *Juego de tronos*?

—Lo he encontrado —contestó ella con un hilo de voz—. Arriba.

—Querrás decir que lo has robado.

—¿Jonny?

Aquello no era propio de él. A Jonny siempre le hacían gracia sus correrías.

Ahora la miraba con frialdad.

—Yo intento que estemos calientes y tengamos qué comer y tú, ¿tú qué haces?

—¿Qué quieres que haga?

Jonny no contestó. Cogió un par de ganchos de la rejilla de las cacerolas y los colgó en la barra de hierro de medio dedo de grosor que recorría todo el largo de la cocina, de pared a pared y por encima del fregadero. Retiró el ciervo de la mesa de malos modos, se subió a un taburete bajo y lo ensartó en los ganchos por las ijadas.

—Dame ese cuchillo.

Se lo ordenó, no se lo pidió.

Jonny agarró el cuchillo y empezó a cortar la cabeza con torpeza hasta que la hubo separado del cuerpo del animal. La sangre comenzó a caer en el fregadero.

—Deja que vaya escurriendo —dijo—. Durante la noche.

Max miró con asco el cadáver que se desangraba.

—¿Qué estás haciendo?

—Llevando una vida sencilla. Como tú querías.

Max salió de la casa. Junto a la puerta había un banco. Se envolvió en sus propios brazos y esperó allí sentada a que él fuera a buscarla.

Pero Jonny no apareció. Max sentía la misma rabia contenida, la misma desesperación que le habían atenazado la garganta el día que su madre murió. Había esperado hora tras hora, un día y una noche enteros, pero su madre no volvió a casa.

Al cabo de un rato, Max fue a buscarlo. Estaba sentado a la mesa de

la cocina, inmóvil, con los ojos fijos en el ciervo.

Más tarde, en las camas juntadas, mientras contemplaban el parpadeo del fuego, dio la impresión de que Jonny volvía a ser él.

Le acarició el pelo. Empezaron a hacer el amor. Todo iba bien, sin problemas, hasta que ella estuvo debajo. Él sudaba, y Max olía la sangre del animal en su piel.

Por la mañana, Jonny se levantó antes del amanecer y se fue. Max se acercó a la ventana y lo vio encaminarse hacia el bosque.

Unas semanas después, los dos se encontraban en el huerto al final de la tarde, cada vez más corta. Max estaba cogiendo unas espinacas tardías. Jonny cortaba leña. Se levantó y enderezó la espalda, con el hacha a la altura del pecho.

—Deja de mirarla, ¿vale?

El ayudante del jardinero solo tenía diecisiete años, un chico de ojos tiernos y pelo suave. Creía que Max era lo más hermoso que había visto nunca. Intentaba no mirarla, pero no podía evitarlo. El joven le había llevado una calabaza y unas cuantas zanahorias para poder estar cerca de ella, para que reparara en él.

—Te gusta, ¿verdad? —dijo Jonny—. Tu pequeño esclavo.

A Jonny nunca le habían preocupado los demás hombres. Era tan atractivo que ni se le pasaba por la cabeza que una mujer pudiera interesarse por otra persona.

—Déjalo ya, Jonny.

Él enterró el hacha en el tajo.

—Voy a dar una vuelta.

—¿Quieres que te acompañe?

—No te gusta ir al bosque cuando oscurece.

—Y parece que a ti es cuando más te gusta.

Él no contestó. Se alejó a grandes zancadas. Era en el bosque donde se encontraba con Edwin.

Cerca de una semana después del incidente del ciervo, Jonny estaba en el bosque, cazando faisanes. Había alcanzado a uno, pero los demás habían salido volando.

Edwin apareció a su lado. Jonny no lo había visto ni oído, pero de pronto estaba allí, igual que la primera vez. Con la misma ropa.

Edwin le explicó que antes de disparar tenía que llevar a los faisanes hacia el claro. Dos disparos, uno detrás de otro. ¡Pum! ¡Pum!

—Es lo que hace el ojeador, espantar a las aves para que salgan de su escondite y vayan hacia la escopeta. Tendrá que hacerlo usted mismo. Y también recogerlas, ya que no tiene perro.

—¿Cómo se preparan?

—Eso es trabajo de ella, ¿no?

—Ella tampoco sabe cómo se hace.

—Pero ¿qué clase de mujer tiene?

Jonny no contestó.

—Cuélguelos boca abajo unos tres días para que se desangren y la carne se asiente, luego desplúmelos, lávelos y áselos. Con panceta por encima, si tiene. Los faisanes son bastante magros.

Edwin se sentó en un tocón, sacó una pipa del bolsillo y la encendió.

—Tendría que vigilar un poco más a su mujer.

Jonny empezó a sentir frío. Hacía una temperatura bastante agradable para ser otoño, pero se estremeció.

—No sé a qué se refiere.

—Yo creo que sí. Con las mujeres siempre es igual. Confianza, tentación, traición. La confianza es sencilla cuando no hay tentación que valga. Pero cuando la hay, rápidamente aparece la traición. ¿Qué le diría a una chica de diecisiete años que se le echara en los brazos?

—¿Nos está espiando?

—Veo lo que veo.

—No soy de los que se queda de brazos cruzados —dijo Jonny—. Conmigo no necesita a nadie más.

—No sabe mucho de mujeres, ¿verdad? El hombre tiene la culpa, es

lo que suele decirse, pero nosotros sabemos la verdad. Los hombres sabemos de quién es la culpa. De la mujer, siempre. Pelo sedoso, piel suave, ojos grandes, dulces y delicadas, y por debajo son unas víboras. Vaya con cuidado cuando camine por el bosque, ¿de acuerdo? Hay víboras, siempre las ha habido. Debería llevar botas.

—No tengo —dijo Jonny.

—Pásese por aquí mañana al anochecer, le buscaré unas.

Edwin se levantó y se adentró en el bosque. Como si se desvaneciera. Jonny esperó y luego lo siguió, sin hacer ruido. Ni rastro de él.

A la mañana siguiente, Jonny se levantó temprano. Prefería salir antes de que Max se despertara y empezara a agobiarlo con su cháchara. Había aprendido a moverse con sigilo y su puntería había mejorado. Condujo a los faisanes al claro y disparó un par de veces. Uno, dos, y cayeron como si nada del cielo.

Los llevó a casa, con los cuellos azules flácidos y las plumas doradas y cobrizas mojadas a causa de la hierba húmeda sobre la que se habían desplomado. Los ató por los cuellos y los colgó junto a la puerta. A continuación, entró en la cocina y cortó una rebanada de pan de la hogaza sin lavarse las manos.

Max también había salido temprano. Regresó del pueblo con harina, leche y mantequilla, y vio los faisanes colgados en la puerta.

Los tocó con indecisión: aún estaban calientes y blandos. El ayudante del jardinero, Alex, se acercó a ella; si quería, él se los desplumaba.

—Eres un encanto —dijo Max, y vio que el chico se sonrojaba. Sintió la tentación de alargar la mano para acariciarle la mejilla, cubierta de una suave pelusa. Recordaba lo que era tener diecisiete años. Esa sensación de torpeza—. Entra, voy a preparar unas tortitas —dijo, y él la siguió como un cachorrillo.

Jonny estaba sentado a la mesa comiendo pan y queso. Su expresión se ensombreció al levantar la vista.

—¡Tortitas! —anunció Max—. Voy a hacer tortitas para todos, incluso para don Gruñón, si le apetecen.

—Estoy seguro de que a Alex le apetecen mucho —dijo Jonny.

Max le lanzó una mirada fugaz.

—Alex, ve a preguntarle a don Gruñón si quiere tortitas.

El chico desapareció por los peldaños de piedra. Max guardó la compra, decidida a no caer en las provocaciones de Jonny. Dejaría que se tranquilizara solo.

—Esa bici es muy lenta y pesada. Me muero de hambre, creo que voy a cortarme una rebanada de pan antes de ponerme a cocinar. —Sacó la hogaza de la panera metálica. La corteza estaba manchada de sangre. La soltó—. ¡Jonny!

Él no contestó. Max se volvió hacia él, cogiendo de nuevo la hogaza en las manos.

—El pan está manchado de sangre.

—Se me olvidó lavarme las manos, no es para tanto. ¡Lávalo, mujer!

—¿Cómo has dicho?

La confusión nubló el rostro de Jonny, quien le arrancó la hogaza de las manos, la puso debajo del agua fría y la secó con un trapo.

—¡No pienso comerme eso! —protestó Max—. ¡Llévatelo a tu dichoso bosque!

Jonny bajó la vista, pareció que iba a decir algo, pero no pudo. Se dispuso a marcharse, con la hogaza, al tiempo que Alex subía corriendo los escalones de piedra. Jonny le dio un empujón deliberado al pasar junto a él.

—Que te aprovechen las tortitas. No necesitan azúcar.

—¿Le pasa algo? —preguntó Alex en la cocina.

Max negó con la cabeza.

—No lo sé. Suele estar contento y relajado.

—Esto es muy solitario —dijo Alex—. Hay que estar a gusto con uno mismo.

—Antes estaba a gusto conmigo. ¿Quieres café? Háblame de ti.

Y Jonny se quedó en la escalera de entrada, oyéndolos charlar y reír, mientras le arrancaba las plumas a los faisanes, una por una.

Esa tarde, Max se había esforzado para que la cocina tuviera un aspecto acogedor. Había ido a buscar flores, y el ramaje y el color animaban la penumbra. Volverían a cenar venado. Max había encontrado una receta de estofado y estaba cocinándose en el insondable horno. Jonny ya lo olía, un olor rojo e intenso. El aroma reconfortante de la buena comida. Max había comprado una botella de vino en el pueblo. Estaba abierta en la mesa.

—¿Me frotas la espalda? —le preguntó a Jonny.

Estaba sentada en la tina de agua caliente, había puesto música en el móvil y parecía haber olvidado lo del pan manchado de sangre.

Había dejado su copa de vino sobre un viejo taburete de madera, junto a la tina, y estaba cantando. Tenía una voz grave y melódica.

Jonny se quedó detrás de ella, mirándola. Qué guapa era. Sintió deseos de tocarla, de besarla, de reír con ella, como antes. Lo único que tenía que hacer era acercarse a la tina, frotarle la espalda, arrodillarse a su lado. Sin embargo, lo que vio en su cabeza al pensarlo no fue a ella, sino a él, arrodillado junto al ciervo muerto.

Y entonces recordó que había quedado con Edwin.

Max oyó que se marchaba. Acabó de llenar la tina con agua caliente de la jarra.

Su intención siempre había sido pasarlo bien mientras vivieran allí, como habían aprendido a hacer juntos. Nunca habían necesitado nada ni a nadie más, y de pronto él estaba en otra parte, era evidente, aunque ella ignoraba dónde.

Cuando Jonny alcanzó la linde del bosque, oyó un silbido. Edwin estaba esperándolo. Hasta ese momento no se había percatado de la niebla, pero vio que a Edwin lo rodeaba una bruma en la que él se adentró. Apenas veía los árboles en la penumbra.

La niebla era fría.

—Pruébese estas —dijo Edwin tendiéndole unas botas de cuero desgastadas, con cordones que llegaban hasta la rodilla y hebillas de latón en la parte superior. Las suelas estaban claveteadas—. Eran mis

botas de trinchera. Las últimas que me dieron. Los estadounidenses las habían mejorado.

Jonny les dio la vuelta para mirarlas.

—La primera vez que oigo hablar de botas de trinchera.

Edwin no dijo nada.

Jonny se quitó las zapatillas de deporte e intentó meter un pie en la primera bota.

—¡Con suavidad! —le advirtió Edwin—. Deje... —Se colocó detrás de Jonny para ayudarlo a calzarse la bota. Tenía las manos tan frías que Jonny dio un respingo.

—Si yo necesito botas, usted necesita guantes.

Jonny sintió el aliento gélido de Edwin en el cuello.

—No me circula la sangre.

Una vez que se las hubo puesto, Jonny dio unos pasos. Los pies protestaban contra aquel confinamiento.

—Hay que acostumbrarse a ellas —dijo Edwin—. Demos un paseo.

Echaron a andar, aunque no hacia el bosque, sino hacia la Casa Dower.

—¿Quién abandona una casa? —dijo Jonny.

—Eso depende de quién viviera en la casa cuando la abandonaron.

Jonny observó de reojo a Edwin, que caminaba todo recto, mirando al frente.

—Ese de arriba era su dormitorio. El grande, el de la ventana en saledizo.

Donde Max encontró el abrigo de piel, pensó Jonny. Aunque no se lo dijo a Edwin.

—El de la anciana. La viuda —comentó en su lugar.

Edwin puso cara de desprecio.

—Era una anciana cuando murió, pero antes había sido una jovencita. Entró ahí con diecisiete años y no volvió a salir hasta que la sacaron en su ataúd.

—¿Cómo conoce esa historia? —preguntó Jonny.

—Antes trabajaba aquí. Era guardabosque. Hace bastante.

Iban abriéndose camino a través de un sendero invadido de zarzas y

maleza.

—Venga por aquí —dijo Edwin.

Llegaron junto a unos escalones de piedra, con una barandilla rota, que llevaban hasta una puerta mohosa y maltratada por el tiempo. Hacía mucho que el paso de los años la había sellado. El picaporte estaba oxidado y verde de liquen.

—Esta era la entrada secreta al cuarto de los niños —dijo Edwin—, y el cuarto de los niños llevaba directo a su dormitorio. Por ahí solía entrar. Después de que naciera la criatura.

—¿Quién? —preguntó Jonny.

—El padre del niño. Ella no estaba casada. ¿Quiere entrar?

—No... gracias, se hace tarde, ya ha pasado la hora de la cena... Max estará preguntándose...

Edwin lo miró con desdén.

—Vaya, así que es de esos, ¿eh?, un calzonazos... ¿Es ella la que lleva los pantalones?

Sin darle tiempo a contestar, lo agarró por la muñeca y sacó una llave del bolsillo, que introdujo en la cerradura.

—Es igual en todas partes —dijo—. Una llave necesita una ranura. Una ranura necesita una llave.

La llave giró en la cerradura.

Casi sin darse cuenta, Jonny se encontró al otro lado de la puerta, en plena oscuridad.

Edwin encendió una cerilla.

—¡Suba la escalera, espabile!

Jonny alcanzó lo alto de los escalones justo cuando se apagó la cerilla.

Allí parado, tan helado que no podía ni pensar, lo alumbró una segunda cerilla y vio a Edwin a su lado. ¿Cómo había subido tan rápido y sin hacer ruido?

La pequeña puerta que tenían delante estaba abierta. Los dos hombres entraron.

Edwin encendió una vela que había en un candelabro de pared. La habitación era pequeña y no contenía ningún mueble... salvo una cuna

de madera.

—Ahora mire esto —dijo Edwin, atravesando la habitación y dando unos golpecitos en la pared del fondo, hasta que hizo clic.

Se abrió una puerta de resorte que había encajada en el revestimiento.

—Disimulado. Ingenioso. Es el dormitorio. El de ella.

—¿Por qué me lo enseña? —dijo Jonny—. Es espantoso.

—Usted me preguntó sobre la casa y yo le cuento lo que sé. Ella estaba aquí y él venía a verla... Así durante un año después de que naciera el niño, sí, un año.

—¿Por qué no se casaron y ya está? ¿Él era pobre o algo así?

—Oh, no, no era pobre. Era su padre.

A Jonny se le revolvió el estómago. Tenía la boca llena de saliva.

Edwin continuaba hablando. Estaba diciendo algo sobre un abrigo de piel. El abrigo de piel que el padre le había comprado.

—Le gustaba que se desnudara. Que se lo pusiera sin nada debajo. Le gustaba quitárselo.

—Por el amor de Dios, Edwin. ¡Cállese!

—Aún sigue ahí colgado. El abrigo de piel.

Edwin se encaminó hacia el armario. Jonny vio moverse aquel cuerpo bajo y fornido en la penumbra y la bruma helada que lo envolvía. El hombre siseó entre dientes, un silbido de serpiente.

—¡No está! ¿Dónde está? ¡El abrigo ha desaparecido!

Edwin lanzó una funda de tela apolillada al suelo. Jonny tenía que salir de allí. Recordó que Max no había vuelto a cerrar con llave la puerta de la habitación cuando robó el abrigo. Lo único que debía hacer era llegar hasta ella y abrirla. Edwin parecía estar en otro mundo, se balanceaba ligeramente, apenas visible, mientras pisoteaba la funda rasgada y manchada en el suelo. Jonny echó a correr, abrió la puerta y salió.

Edwin no lo siguió. Jonny bajó la escalera principal como una exhalación y se dirigió a la cocina, donde Max picaba verduras.

Ella levantó la vista y dejó de cortar, sorprendida al verlo aparecer así.

—¿Dónde estabas? Creía que habías ido a cazar al bosque.

—Sí...

—Estás temblando, y tienes el pelo mojado, como si hubieras pasado por un banco de niebla.

Se acercó a él y le tocó el pelo. Jonny dio un respingo. Se apartó de ella. Quiso decir algo, pero no pudo. Max le lanzó un paño para que se secara. Cayó al suelo, y cuando se agachó para recogerlo, vio las botas.

—¿De dónde has sacado esas botas? Deben de tener cien años por lo menos.

—Me las ha dado Edwin —dijo Jonny, pero eso no fue lo que dijo Jonny. Jonny no dijo nada.

Max salió a la puerta. Necesitaba un poco de aire. Jonny la asfixiaba. No podía respirar cuando él estaba en la misma habitación.

Fuera, el cielo estaba despejado, y no había humedad en el ambiente ni había llovido. ¿Dónde había estado para tener el pelo y la ropa empapados? ¿Por qué no le contaba nada?

Vio luz en el cobertizo de los jardineros y a Alex por la ventana, con la cabeza agachada. Se acercó. El chico estaba afilando las herramientas.

—¿Todavía aquí? —dijo.

—Esta noche me recoge mi madre. La moto está en el taller.

—Trabajas duro.

—Me gusta. ¿Te apetece un poco de chocolate?

Sacó una tableta del bolsillo y partió una onza.

Ella negó con la cabeza.

—Estamos a punto de cenar. —Se hizo un silencio—. Alex, ¿trabaja alguien más en los jardines de por aquí además de don Gruñón y tú?

Alex sonrió.

—No es un mal hombre. No. Entre los dos nos apañamos.

—¿No hay un guardabosque?

—Ya no se organizan cacerías, por eso hay tantos faisanes. Ahora crían sin control y ya casi nadie los caza.

—¿Y no has visto a Jonny con alguien?

—No le caigo bien.

—No... no mucho, pero es porque yo a ti sí.

Se acercó a él y le dio un beso fugaz en la mejilla. Alex la rodeó con los brazos y permanecieron así un momento, como niños desamparados.

Max no vio a Jonny, fuera, en la oscuridad. No oyó el silbido grave de Edwin.

Unos días más tarde, Jonny volvió a aquel dormitorio. No sabía decir por qué. Subió la escalera con cautela. Se entretuvo un momento mirando las cortinas desvaídas, la colcha apolillada. Buscó la puerta disimulada en la pared, pero apenas había luz.

Cuando se acercó a la ventana para abrir las cortinas, notó que había alguien más en la habitación. Edwin se encontraba junto a la puerta de resorte.

—¿Dónde ha estado? —le preguntó a Jonny—. Le he buscado por el bosque.

Jonny no contestó.

—Se lo ha llevado ella, ¿verdad? ¿Se ha llevado el abrigo? Su ladronzuela.

—Solo lo ha cogido prestado. Es invierno. Además, ¿quién se lo iba a poner?

—Ese abrigo pertenece a este lugar —dijo Edwin.

Se sentó en la cama, frente a Jonny. La misma ropa, el mismo aspecto.

—Se lo compró su padre.

—No quiero hablar de eso.

—Ella huyó. Era invierno. Se puso el abrigo para protegerse del frío y se adentró en el bosque. Abandonó al niño, que no dejaba de llorar. Su padre acudió a visitarla, pero ella se había ido. No sabe cómo lo enfureció que se hubiera escapado. Envió a los guardabosques a buscarla, con los perros, les dijo que la trajeran de vuelta. Ellos se

avergonzaban de la chica, igual que el resto de los empleados de la casa, pero no por él, nadie sabía nada de ese asunto, sino porque había dado a luz un niño, un bastardo.

»La familia trataba de protegerla, eso era lo único que sabían los guardabosques. Así que allá que fueron. En esos tiempos había dos guardabosques y cuatro ojeadores. Entre los perros y las bengalas, la chica estaba aterrorizada, y además no llevaba la ropa apropiada. Aun así continuó adelante, pero la cogieron. La trajeron de vuelta a esta habitación, con el abrigo empapado, temblando dentro de él como un animal ahogado. Él era su padre. Tenía que castigarla. No tuvo arrestos para hacerlo él mismo, así que mandó llamar al jefe de los guardabosques y le dijo que estrangulara al niño delante de ella.

Jonny notó la bilis en la garganta. Se clavó las uñas en las manos para contener las arcadas. La habitación olía a algo. A algo que se pudría.

—Y eso fue lo que hizo el guardabosque, era una orden y no le quedó otro remedio que cumplirla. Dejaron al niño ahí, en la cama, y la encerraron con él durante semanas. Mientras se descomponía.

—Basta —dijo Jonny.

Edwin prosiguió:

—Hasta que el padre volvió, a través del cuarto de los niños, por los escalones de atrás. Ella oyó sus pasos. Había estado esperándolo. Y cuando él cruzó la puerta, a oscuras, solo con una vela, lo empujó, lo tiró por los escalones de piedra con una fuerza que no suelen tener las mujeres. Se rompió el cuello.

—¿Murió? —preguntó Jonny.

—Murió.

Continuaron sentados en silencio un rato; luego Edwin dijo:

—Después de eso tendrían que haberla mandado al manicomio, pero la familia no quería escándalos. Le buscaron una dama de compañía y la dejaron aquí encerrada, y aquí vivió y murió.

—Pobre mujer —dijo Jonny.

—¿Pobre mujer? Que no le dé pena. Ella lo engatusó desde el principio, con sus monerías y aquella melena, sentada en sus rodillas,

rodeándole el cuello con los brazos. Lo volvió loco. ¿Qué iba a hacer el hombre?

—¡Era su hija!

—Si ella no hubiera armado tanto alboroto, las cosas habrían seguido su curso. Podría haberse quedado con el niño. ¿Por qué las mujeres siempre tienen que armar alboroto? Para meter en líos a los hombres, por eso. Una seductora. Una asesina. Eso es lo que era.

—¿Por qué me cuenta esa historia? —preguntó Jonny.

Esa noche, estaba en la cama cuando oyó que Max se levantaba. Fingió que dormía. Ella lo llamó con un susurro, le zarandeó el hombro con suavidad. Él hizo caso omiso. Oyó que salía al vestíbulo y luego se adentraba en la casa. Se levantó, vio que el abrigo de piel ya no estaba en el perchero. Así que va a salir, pensó. A verse con Alex. Y la odió.

Se preguntó si debía seguirla. Si no debería pillarlos in fraganti. Obligarles a enfrentarse a la verdad. Pero su corazón se había vuelto duro como una piedra. Podía esperar. ¿Por qué iba a permitir que una mujer le quitara el sueño?

Sin embargo, durmió mal, se despertaba a cada momento asaltado por sueños extraños. Soñó que estaba en el bosque, con Edwin. Dando caza a Max, como si se tratara de un ciervo.

Ella iba por delante de ellos, siempre iba por delante de ellos, hasta que cayó.

Jonny se despertó, sudando, y se volvió hacia la cama de Max. Las había separado después de verla besando al chico. No quería tenerla cerca. Y cerca no la tenía; la cama estaba vacía.

Se levantó, se sentó en el borde del colchón, muerto de frío, con la cabeza entre las manos. Sería mejor que saliera. Cualquier cosa sería mejor que aquello. Se vistió, sin asearse, y se calzó las botas. Cada vez estaba más cómodo con ellas. También les había sacado brillo.

En el amanecer lluvioso de un día desapacible, Jonny cogió el hacha y se fue al bosque.

—Sí que ha madrugado —dijo Edwin.

Aquel hombre se aparecía en cualquier parte.

—¿No tiene otra ropa? —preguntó Jonny.

—No necesito nada más.

Se sentó, sacó la pipa y la encendió.

—Está en el dormitorio de arriba, por si quiere saberlo.

—No, no quiero.

—Suba por la escalera trasera y la pillará.

—¿Con él?

—Con su propio padre.

—¿De qué habla?

—Ya lo verá. Me encargué yo. Fui yo quien estranguló al niño con mis propias manos.

—Esto es de locos.

—De locos es lo que descubrirá.

Jonny sintió que la niebla lo envolvía. No veía nada. No podía pensar. Soltó el hacha, corrió hacia la casa y subió los escalones de piedra. Resbaló al llegar al último y se hizo un corte en la cabeza. Atravesó el cuarto de los niños a la carrera y entró en el dormitorio.

—¡¡¡Max!!! ¡¡¡Max!!!

No había nadie.

Salió al pasillo y bajó la escalera principal gritando su nombre.

La encontró en la cocina, en pijama, con el miedo dibujado en la cara.

—Ahí arriba hay algo. Y ahí fuera también.

Jonny lo sabía, pero le daba igual. Lo único que veía era la marca que Max tenía en el cuello. Se acercó y se lo giró con ambas manos.

—Tienes un chupetón.

Ella intentó decirle que era un moretón. Que allí arriba había algo que le había hecho daño. Una boca sobre su cuello. Sin vida. Muerta y fría. Fría y dura.

—¡Para, Jonny! ¡Para!

Jonny está aplastándole la boca con la mano. Max no puede hablar.

De repente la suelta y ella se desploma en una silla.

—No te he hecho nada —dice él—, no montes ahora un alboroto.

Y se marcha.

¿Cuánto tiempo transcurre? ¿Una hora? ¿Un día? ¿Una semana?

Jonny la ve salir de casa. Le ha escondido el chaquetón, pero Max lleva puesto el abrigo. No tiene vergüenza. Es una ladrona. Una puta. Edwin tiene razón. Edwin está con él, silbando suavemente. Edwin se encargará. Acuerdan un plan.

Bajo la lluvia torrencial, Jonny espera cerca de la casa. Ella está en el bosque. Él oye a los guardabosques y los ojeadores. Los feroces ladridos de los perros. Ve el resplandor de las bengalas a lo lejos, iluminando la oscuridad.

Ella corre. Los hombres van tras ella. Perros y bengalas. Tropieza con una raíz.

Se cae. Intenta levantarse. El abrigo se lo impide. El abrigo que él le ha regalado. Sus brazos poniéndoselo sobre los hombros. Su aliento en el cuello de ella mientras la desnuda. Ella no quiere que la desnuden. Levántate. Sigue corriendo. Sabe quién la ha traicionado. Edwin. Ella le suplicó que no cerrara la puerta con llave. Él dijo que eso tendría un precio, mirándole los pechos. Su bigote contra la oreja de ella. Los dientes irregulares. Se había reído al ver su cara de espanto.

—¿Qué va a hacer, señorita? ¿Decírselo a su padre?

Max intenta ponerse en pie. El abrigo está sucio, un animal herido en el terreno del bosque. Puede escapar. Solo tiene que echar a correr. Y eso es lo que hace, corre como alma que lleva el diablo, por su vida. Llega a la casa empapada, jadeante como un ciervo, pero viva. En cuanto cruza la entrada, sabe que algo no va bien. ¿Qué ocurre? Se vuelve en el momento en que Jonny descarga el hacha para matarla.

Jonny falla y cae al suelo vencido por su propio peso. Se ha dado un golpe en la cabeza y está inconsciente. Max ve a un hombre agachándose a su lado. Pantalones de montar, chaqueta de tweed, bigote poblado. El hombre se vuelve hacia ella y le lanza una mirada

triunfante y maliciosa.

—¿Quién es usted? —pregunta Max.

—Edwin, señorita, ¿no me recuerda? —Lo dice con insolencia y fanfarronería. Da un paso hacia ella. Ella levanta la mano.

—Se acabó. Quiero a Jonny.

La silueta de Edwin tiembla. Su bruma se cierne sobre el cuerpo de Jonny.

Max le desata las botas, se las quita y las arroja a un rincón. Le levanta los pies y se los frota para reactivar la circulación. Llora lágrimas ardientes.

¿Cuánto tiempo están allí? ¿Un día, una semana, un mes, una eternidad?

Cuando Jonny vuelve en sí, empieza a amanecer. Está helado. Intenta incorporarse con una mueca de dolor. A la luz de la triste bombilla, ve a Max echada a sus pies. ¿Qué ha ocurrido? No lo recuerda.

Max despierta al notar que Jonny se mueve. Ella también se incorpora. Jonny ve que lleva la ropa embarrada y tiene la cara magullada y sucia. Gatean el uno hacia el otro, se abrazan, se mecen abrazados, y a duras penas llegan a una de las camas y vuelven a tumbarse, mientras Jonny tira de la manta para echársela por encima a los dos.

Por la tarde, uno de ellos se despierta, prepara café, se lo lleva al otro; ninguno de los dos dice nada. Él le acaricia una mano, las entrelazan, están sentados el uno frente al otro, con la cabeza gacha.

Dos días después aparece la hermana de Max. Alex había encontrado la carta junto a la bicicleta abandonada y la había echado al correo. La hermana, que abre la carta antes de ir a trabajar, no se lo piensa dos veces. Siente el miedo que sintió cuando su madre se suicidó y no volvió a casa. Se asegurará de que Max sí lo haga.

Jonny va a devolverle las llaves al jardinero. El ayudante mira al suelo, pero Jonny le da unas palmaditas en el hombro, sonriendo.

—¡Ya es hora de que te busques una novia!

Alex le devuelve la sonrisa. Max se acerca a abrazarlo. El sol brilla.

Las bolsas están en el coche. Avanzan despacio por el camino de entrada flanqueado de laureles. Algo se mueve entre los arbustos cuando el coche llega junto a las puertas de hierro y la hermana de Max levanta la mano para saludar a alguien.

—¿Quién era? —preguntó Jonny mirando por el vidrio trasero, sin distinguir nada.

—Ah, me abrió las puertas de la finca cuando llegué. Dijo que esperaba volver a veros pronto.

—Bueno, ¡pues seguro que no era don Gruñón! —dijo Max, dándole un apretón a la mano de Jonny, en el asiento.

Su hermana se incorporó a la carretera que llevaba al pueblo.

—Dijo que se llamaba Edwin.

La puerta

El castillo de Blackdog tiene vistas al mar del Norte. Imponente, sombrío, inquietante, medio en ruinas medio restaurado, los edificios de piedra se distribuyen, encorvados, alrededor de un patio. Las ventanas que dan al interior son grandes y luminosas, como unos ojos de mirada vacía que se contemplan mutuamente sin expresión. Las que dan al mar son estrechas e imperturbables. Los elementos han erosionado el filo de la piedra hasta embotar su cara.

Una carretera sinuosa lleva del castillo al pueblo, un antiguo puerto pesquero que se ha convertido en una atracción turística. Construido en 1360, el castillo hace tiempo que dejó de ser una fortificación. Hoy se ofrece como una «experiencia».

¡Un viaje al siglo XVIII! ¡Cocina medieval! ¡Bailes con faldas escocesas! ¡Cañones de la batalla de los cielos! ¡Bodas!

En el castillo de Blackdog ahora se celebran bodas. Stevie y Amy se casarán aquí el viernes.

Yo soy Stevie.

La mayoría de los invitados llegaron el miércoles, el mismo día que Amy y yo. Va a ser una celebración de tres días. El castillo se encuentra en un lugar apartado. Todo el que se anime a viajar hasta aquí se merece un buen trago.

Esa noche fuimos al único pub del lugar. A pie.

Bajar dando una vuelta por la carretera serpenteante o serpenteando

por la carretera que daba vueltas para beber whisky en una posada de techo bajo tenía su propio encanto. Nadie quería alejarse del fuego vivo que ardía en la enorme chimenea y caldeaba el local revestido de madera en el que se repartían sillas y mesas, con una vela en cada una de estas. El tabernero nos había prometido una historia. Nunca faltan las historias, ¿verdad? Siempre hay alguien que murió ahogado, asesinado o por amor.

—La que yo les contaré es una historia de amor —dijo—, ¡vaya si lo es! Como la de *Romeo y Julieta*.

El hombre nos servía whisky directamente de un barril de roble. Nada de botellas. Nada de medidas. Tenía unos antebrazos que parecían dos jamones y llevaba un pendiente que lanzaba destellos sobre la barba.

—Sí, aunque les advierto que se trata de una historia triste. ¿Cuándo han acabado bien las historias de amor? Díganmelo.

No le faltaba razón. Lanzarote y Ginebra. Tristán e Isolda. Dido y Eneas. Medea. Anna Karénina. Cathy y Heathcliff. El pobre Oscar Wilde…

—Yo prefiero las tristes —prosiguió el tabernero—. La que voy a contarles también habla de una maldición, a no ser que les den miedo los fantasmas.

Cuando dijo aquello, el viento hizo traquetear la ventana y todo el mundo se echó a reír.

—Nadie le teme a nada entonces, así me gusta —continuó el hombre con su marcado acento.

Apagó las luces. Se inclinó hacia delante. Y levantó la mano.

—En el castillo de Blackdog, en la torre del homenaje, encontrarán una inscripción en la pared. Pueden verla ustedes mismos con sus propios ojos. Es de la Biblia. Dice… —Hizo una pausa para comprobar que estábamos atentos—. «El amor es tan fuerte como la muerte».

»Y bien, ¿por qué grabaría alguien eso en la pared, con un cuchillo, la noche después de un asesinato?

No me quedé para averiguarlo. Sin que nadie me viera, me escabullí, una sombra oscura en una noche oscura. Las bodas son ocasiones para celebrar en compañía, pero yo soy una persona solitaria. Me gusta ver a mis amigos reunidos y contentos. Y entonces me escabullo.

¿Te da miedo la oscuridad? A mí no. Ofrece una tregua a la luz eléctrica. A la implacabilidad de nuestras vidas. Aquí fuera oigo el rugido del mar. El firmamento sobre mi cabeza es como una playa negra salpicada de piedras brillantes.

¿Qué es aquello?

Dos estrellas. ¿Son estrellas fugaces? Brillan más que las demás y me sostienen la mirada. Deberían caer y desaparecer, pero no lo hacen. Tal vez sean satélites.

De amor.

¿Por qué no?

Volví al castillo. Una figura solitaria en un lugar solitario.

Amy y yo dormíamos en habitaciones separadas. Una costumbre anticuada, pero me gusta. Así crearíamos el espacio en el que anhelábamos estar y que encontraríamos la noche de bodas. Nuestro regalo mutuo.

Mi habitación se situaba en la parte más antigua del castillo de Blackdog. Unos tapices largos y densos decoraban sus paredes de piedra, y la única bombilla del techo producía escaso efecto sobre la firme oscuridad que invadía la estancia.

Encendí la lamparita de la mesilla, una cosa horrenda de hierro, tan pesada que a duras penas conseguí acercarla a mi libro. Me puse el pijama y me metí en la cama. Por suerte, estaba calentita, y poco después me encontraba leyendo *Historia de los fantasmas escoceses*.

Como no podía ser menos, el castillo de Blackdog contaba con su propia lista de fantasmas que armaban jaleo dando porrazos o arrastrando cadenas, escarcelas incorpóreas y boinas flotantes. Se hablaba de un monje, un cura, una doncella, un guerrero y dos amantes que habían perecido en el mar en su noche de bodas.

Pero no se mencionaba ningún asesinato.

Parece que el tabernero tiene ojo para los negocios. Los míos se cierran. No puedo con mi alma, pero estoy feliz.

Y entonces lo oí. ¿Qué?

—¡Crúzala y no regreses jamás!

Una voz de hombre. Cerca. Fuera.

Salí de la cama y fui al baño, que da a la carretera que lleva al pueblo. Abrí la estrecha ventana y me asomé. Viento. Frío. El rumor del mar. Muy abajo, en la carretera, dos luces parpadeantes avanzaban hacia el castillo. Deben de ser dos de los invitados, que han dejado el pub y vuelven a casa.

Sí, eso es.

Sonrío.

Hay tanto silencio que cualquier ruido se oye lejos. Seguro que van haciendo el tonto. Payasadas de cuando uno está achispado, quizá van recordando la historia que acaban de oír. Me enteraré de los detalles morbosos por la mañana. Me pregunto si Amy estará ya en su habitación.

Regreso al dormitorio sin hacer ruido y echo un vistazo al otro lado del patio, a la luz débil que brilla tras las cortinas de su habitación. Sí, está ahí. No hay nada que temer.

En ese momento, un estrépito espantoso me hizo gritar. La habitación se quedó a oscuras. Oí ruido de cristales rotos. Cuando me volví, la ventana del cuarto de baño, abierta bajo la luna, parecía un tajo en la noche.

El viento se había colado por la estrecha abertura con fuerza suficiente para derribar la lámpara de hierro. Avancé despacio, pero de todas maneras me golpeé contra la pared tratando de encontrar el único interruptor.

Fue entonces cuando vi, a la luz de la luna, la silueta de... ¿qué es eso? ¿Una persona? ¿En la habitación? ¿Conmigo?

Pasos en el corredor. Los pasos se detienen frente a la puerta de mi dormitorio. La puerta se abre. Una rendija. Un resquicio. Un poco más. El corazón salta en mi pecho como un conejo atrapado. Y entra,

despacio, tambaleante, envuelta en un haz de luz... una figura baja y corpulenta.

—Pero ¿qué...?

Se oye una carcajada. Es Tommy. El borracho de Tommy, cuya habitación está pegada a la mía.

—¡Stevie! ¿Qué haces a oscuras y en pijama?

—¡Oh! ¡Serás gilipollas!

—¡Perdón! ¡Me he equivocado de cuarto!

Tommy lleva un frontal. Entra. Cerramos la ventana. Entre los dos, enderezamos la lámpara. La bombilla está fundida, solo era eso.

—¿Va todo bien?

—Gracias, Tommy, solo ha sido el viento. ¿Os habéis divertido?

Me abraza, apoyando todo su peso en mi hombro.

—Será mejor que te vayas a dormir.

Oigo cómo se desploma en la cama de la habitación de al lado. Estos muelles son como acordeones. Casi he recuperado las pulsaciones normales. Se me cierran los ojos. Vagamente creo oír un disparo.

A la mañana siguiente, lo primero que hago es ir a la habitación de Amy.

—¿Qué tal has dormido? —La beso.

Está sentada en la cama, con un té en la mano que tiene pinta de estar ardiendo. Hace un día de perros. El sol acaba de salir; por lo visto hoy ha madrugado todo el mundo.

—Alguien entró anoche en mi habitación —dice Amy.

—¡No fui yo!

—Me despertó la lluvia. Creo que fue la lluvia. Pero entonces vi que había alguien sentado a los pies de la cama, mirándome.

—¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo sabe cuándo hay alguien mirándole.

—Estabas a oscuras.

—No... qué va. Debería haber estado a oscuras, pero no lo estaba. Eso es lo raro. Había un rastro de algo en la oscuridad.

—¿Un rastro de qué?

—De una persona.

—Bueno, si te sirve de consuelo, Tommy irrumpió anoche en mi habitación y me dio un susto de muerte. Estaba borracho.

—Y yo —dijo Amy—, pero no cuando me desperté.

—¿Te dormiste de nuevo?

—Sí, pero cuando me di la vuelta toqué algo duro con el pie.

—¿Tenías el bolso encima de la cama?

—Pero ¿qué imaginas que llevo en el bolso?

Nos abrazamos. Creía que ya se le había pasado, pero añadió:

—Había alguien en la habitación, estoy segura.

La abracé con todas mis fuerzas.

—No hemos venido aquí a pasar miedo. ¿No sería la historia que os contó el tabernero?

Amy se quedó mirándome.

—Vamos a ver la inscripción. La de la torre del homenaje.

—¿Qué, ahora? ¿No prefieres estar aquí conmigo?

—Quiero que me acompañes. Ve a vestirte.

Me besó. Tiene los ojos grises, como el cielo de hoy sobre el mar, y tras ellos, no siempre visible, pero sí presente, está el sol.

Regresé a mi habitación. Los demás siguen durmiendo. Una ducha rápida. Entro en el baño. Ya es completamente de día y me percato de algo en lo que no había reparado una hora antes: hay un botón metálico en el suelo. Un botón de un uniforme militar. Está sucio, picado, como si hubiera estado enterrado. Hay algo grabado en el redondel. Lo limpiaré cuando volvamos.

Amy y yo cruzamos bajo el arco del patio de la mano, en dirección a la torre del homenaje del castillo. Las aves marinas dibujaban picados por encima de nuestras cabezas; sus chillidos lúgubres y solitarios colmaban el aire.

—Son araos —dijo Amy.

Le gustan los pájaros. Sabe distinguirlos. Caminamos llevando el paso. La conozco muy bien, pero no quiero acostumbrarme a ella. No quiero perder todo eso que la hace especial por culpa de mis hábitos de pensamiento. Me aprieta la mano como si me leyera la mente.

«El amor es tan fuerte como la muerte».

Ahí está. La inscripción.

La recorremos con los dedos como si el mensaje estuviera escrito en Braille. Las letras, algunas profundas, otras superficiales, no son una obra tallada con tiempo y paciencia sino deprisa y corriendo, como un grafiti, como con rabia. Es lo que percibí, rabia.

—Tengo frío —dijo Amy.

La puse mi bufanda alrededor del cuello.

En la misma torre, una escalera de piedra llevaba a una puerta. Subí y comprobé si se abría. Estaba cerrada con llave. Cuando volví a bajar, aquel lugar se me antojó asfixiante. Claustrofóbico. Demasiado pequeño para sí mismo. ¿Dónde estaba Amy?

—¡¡¡Amy!!!

—¡¡¡Estoy fuera!!!

Salí y me abrí paso entre las duras y altas hierbas para llegar a su lado. Estaba mirando hacia arriba. Había una puerta, el otro lado de la puerta, y no llevaba a ninguna parte. Solo a una caída en picado por el acantilado. No estaba protegida. ¿Qué era aquello? Una puerta que no conducía a ninguna parte.

—¡Crúzala y no regreses jamás!

—¿Qué? —Amy me miró con cara extrañada—. ¿Qué has dicho?

—Nada. No he dicho nada.

—Pero si te he oído. ¡Deja de asustarme! ¡Se supone que me quieres!

El desconcierto se apoderó de mí.

—Pues claro que te quiero.

(¿De qué estaba hablando Amy?).

—¡Entonces lucha por mí! ¡Lucha por mí!

—¿Amy?

De pronto, la confusa fue Amy.

—No sé por qué he dicho eso.

Le cogí la mano.

—¿Qué ocurre?

—Puede que sea la historia. ¿Te la cuento? —dijo.

Asentí.

Amy empezó:

—Ella era una joven de una familia acaudalada. Él era soldado. Pobre, joven y atractivo. Ella estaba destinada a casarse con el terrateniente del lugar, pero se enamoró del soldado cuando lo conoció aquí, por casualidad, en la guarnición. Habían planeado huir juntos cuando los atraparon y los mataron.

—Según mi libro de fantasmas escoceses, se tiraron por el acantilado cogidos de la mano... por amor.

—Rory asegura que los mataron.

—¿Quién es Rory?

—¡El tabernero! Dice que la historia del asesinato es espantosa. Sus espíritus rondarán el lugar hasta que se haya hecho justicia.

—Con ese acento suyo, no me extraña que acabe sonando terrorífica.

—¿Se supone que pretendes animarme?

—¡Sí! Seguro que no hay semana que no cuente esa historia.

—Ya... pero esa puerta... es espeluznante. Una puerta que no conduce a ninguna parte.

—Lo que ocurriera, fue hace mucho tiempo. Tal vez las maldiciones sean eso: tiempo atrapado en el lugar equivocado.

—Entonces ¿estamos siendo víctimas de una maldición?

—¡No! Lo que estamos es a punto de casarnos. ¡Venga! ¿Vamos a desayunar?

Se puso a llover de pronto, y con fuerza, como por arte de magia. No nos quedó más remedio que volver a la torre para resguardarnos. El clima de la costa es imprevisible. Vi las nubes desplazándose a una velocidad asombrosa y me dije que en cuestión de minutos podríamos ir a por una tostada de arenque ahumado y más té caliente. Rodeé a Amy con mis brazos. Ella descansó la cabeza en mi hombro. Yo estaba de cara a la escalera y la puerta, mirando hacia el interior. ¿Se abre la

puerta cuando nacemos para franquearnos el paso a esta vida? No reparamos en ella hasta que nos llega la hora, hasta que la vemos ahí, en lo alto de la escalera, esperándonos, el lugar por el que entonces entramos y por el que ahora saldremos.

Amy, tú y yo somos reales. Estamos aquí, ahora. Existimos en este breve momento de la historia. Pero si te marchas antes que yo, no podré encontrarte; recorreré con las manos la pared donde estaba la puerta, igual que solía recorrer tu cuerpo, la entrada que me franqueaste, la puerta que me abriste, tan grata e inesperada. La puerta hacia el sol.

Espérame allí...

¿Qué?

Has dicho: «Me gusta sentir tus manos en mis caderas».

Me estremecí de la cabeza a los pies cuando lo dijo. Ya no estaba abrazándola, tenía los brazos pegados a los costados cuando noté un movimiento detrás de mí. Y a continuación, con total nitidez, sentí el peso de una cabeza sobre mis omoplatos. Alguien se había apoyado en mi espalda. Se había apoyado en mí, me había rodeado con sus brazos y había colocado sus manos en las caderas de Amy. Me quedé inmóvil como un animal al que se le da caza, con la boca seca por el miedo.

—¡Mira, ya no llueve! —dijo entonces Amy.

Se apartó de mí sin prisa. Como si no se hubiera percatado de lo que acababa de ocurrir. ¿Qué acababa de ocurrir? Cuando salimos a la débil luz del sol, me obligué a mirar atrás. Allí no había nada. Nada, claro que no, ¿qué esperaba ver?

Después de desayunar, Amy tenía que verse con el sacerdote que va a casarnos. Amy no es de ir a misa, ella es más espiritual. Acordamos que nos veríamos más tarde.

Volví a mi habitación y colgué el abrigo, un chaquetón marinero color cámel, de lana, cruzado, con canesú. Hacía poco que lo tenía. Al

quitármelo vi que el forro marrón, a la altura de la espalda, había perdido el color. De pronto era beis, de un beis desigual, como si la prenda hubiera pasado mucho tiempo a la intemperie. La decoloración era rara. Solo se me ocurre describirla diciendo que, en fin, tenía la forma de una cabeza.

Me recordó lo que le ocurre al forro de los ataúdes a medida que la cabeza va perdiendo fluidos. Por eso los forros carmesíes eran populares en el siglo XIX. La costumbre de dejar el féretro abierto durante tres días —a veces más— podía resultar problemática salvo que al cadáver se le hubieran extraído los fluidos y la sangre, algo que exigía tiempo, conocimientos y dinero. Era más sencillo forrar el ataúd de un color que disimulara la velocidad a la que se descomponía un cuerpo.

Ya sé que estoy dando grima. Me dedico a la medicina.

Examiné el abrigo. Por fuera estaba impecable. Cuando froté la parte desteñida con los dedos, el forro se deshizo. Tal cual. Se convirtió en polvo.

Tiene que haber una explicación. ¿El lavado en seco? Lo había llevado a la tintorería para la boda, antes del viaje. No había comprobado cómo había quedado. Me lo había puesto sin más. No hay otra explicación. Al menos que considere aceptable.

Oigo que me suena el teléfono. Llegan más invitados. Es tiempo de alegría. Lo demás no importa.

Vi a Amy regresando al castillo después de comer. La acompañaba alguien a quien no conocía y que vestía una casaca roja y botas altas.

—¿Quién era?

—He comido con Sarah.

—El joven que te acompañaba de vuelta al castillo.

—He ido sola, Stevie. ¡Para ya! Sé que es otro jueguecito tuyo.

—No... en serio... Yo...

—Me estás poniendo nerviosa.

—¿Yo?

Tenía el ceño fruncido.

—Es como si quisiera recordar algo. Algo que no sé. Me estoy volviendo un poco loca, así que deja de tomarme el pelo.

—De verdad que... Da igual, me habré confundido.

Esbozó su típica sonrisa y me besó.

—Venga, vamos a tomar algo. ¡Esta noche es la fiesta!

Fuimos a mi habitación y le serví un whisky.

—He encontrado esto —dije.

Le enseñé el botón dorado. Amy lo miró con atención.

—¿Dónde estaba?

—En el cuarto de baño, pero no tengo ni idea de cómo ha llegado ahí. Iba a limpiarlo.

Amy fue al lavabo. La oí con el agua caliente y el cepillo de uñas. Volvió a entrar en la habitación secando el botón con papel higiénico. Los muelles de acordeón tocaron una tonada cuando nos sentamos en la cama.

—Creo que no es la mejor cama para una noche de bodas... —comenté.

Amy no me escuchaba.

—*Semper Amour*. ¿Qué significa?

—Siempre Amor. Amor Siempre. Es una señal. Nos han enviado una señal. Es un regalo de bodas.

Amy no contestó. Sus dedos jugaban con el botón.

—¿Te importa si me lo quedo?

—¡Para nada! Es tuyo.

—Sí —dijo—, creo que es mío.

Su respuesta me pareció un poco rara, pero no dije nada.

Esa noche, el castillo entero estaba iluminado. Habíamos contratado a un grupo llamado The DeLoreans, que tenían algo que ver con regresar al futuro. Estaba formado por siete músicos muy buenos y tenían una sección de viento. Todo el mundo bailaba, bebía, reía, lo que suele hacerse antes de una boda. Al día siguiente me casaría con Amy.

¿Dónde estaba? Me percaté de su ausencia... con cierta inquietud.

Habíamos estado bailando y la había dejado dando vueltas sobre sí misma con un par de amigas para ir yo a beber agua. Y ahora que estaba buscándola y no la encontraba, empezaba a agobiarme. Los típicos nervios de antes de la boda, nada más.

La sala de baile tenía unos amplios ventanales que daban al patio, un patio iluminado con faroles y antorchas. Muchos invitados habían salido a tomar el aire. Supongo que estará fuera. Nada más salir al patio, lo vi de nuevo. Vi la figura de la casaca roja, larga hasta la rodilla, y las botas altas. Estaba de pie junto al arco que conduce fuera del castillo.

Amy también estaba allí. Él se dio la vuelta. Ella echó a andar tras él. ¿Lo conocería de antes?

Todos tenemos historias, ¿no?, y no todas acaban bien. Historias que pertenecen a un pasado que únicamente conoce uno de los miembros de la pareja.

Amy y yo solo llevábamos saliendo un año. Ellos habían estado juntos esa tarde. Amy lo había negado. ¿Soy idiota? ¿Siente algo por él?

Eché a correr con intención de seguirlos.

Fuera de los muros del patio solo había oscuridad. Tras de mí todo era luz, calor, seguridad. Ante mí... ¿qué? ¿No sería mejor que volviera y olvidara aquello?

Los veía con claridad. No caminaban juntos. Él iba delante. Avanzaba muy deprisa. Los seguí andando a un ritmo constante, lo suficientemente cerca para no perderlos de vista, pero no lo bastante para llamar su atención.

El tipo entró en la torre. Amy se detuvo, vacilante, insegura. Llegué junto a ella. A la defensiva.

—¿Qué está pasando?

Ella negó con la cabeza. No dijo nada. Tenía la mirada vidriosa, como si estuviera en trance. Chasqueé los dedos.

—¿Amy?

Y entonces hice algo que nunca creí que haría: la zarandeé agarrándola por los hombros. Ella me quitó las manos de encima. Continuó callada. Entró en la torre.

El edificio estaba iluminado con antorchas impregnadas de sebo. La grasa goteaba por las paredes. El joven de la casaca roja miraba alrededor, desesperado. Daba la impresión de que no nos veía. Vino hacia mí. Lo empujé. En vano. Movió las manos como si hubiera sentido una ráfaga de aire en la cara.

Somos fantasmas, pensé. No estamos aquí.

La temperatura no tuvo nada que ver con el frío que me invadió entonces.

Oí algo detrás de mí. Una mujer delgada y menuda envuelta en una capa con capucha entró corriendo en la torre.

—¡Kate!

La expresión del joven se transformó en cuanto la vio. Era imposible confundirla con nada que no fuera amor. Se abrazaron.

—Es muy peligroso —dijo él—. Déjame.

Kate lo besó en la boca.

—¡Nunca! ¡Si me quieres, lucha por mí!

El joven se quitó un anillo y se lo puso a la chica. Se arrodillaron y empezaron a pronunciar sus votos matrimoniales...

Con este anillo te desposo. Con mi cuerpo, te honro...

Miré a Amy de reojo. Se mecía ligeramente, de un lado a otro. Seguía teniendo los ojos vidriosos. Temía que estuviera en una especie de trance catatónico y empeorarlo si la despertaba.

Me acerqué a ella. Los dos jóvenes seguían con los votos y tuve la sensación de que éramos sus testigos.

Sin embargo, antes de que pudieran terminar, una cuadrilla de hombres irrumpió en la torre. Iban armados. El chico echó mano a su pistola, pero lo redujeron en cuestión de segundos.

—¡Corre! —le gritó a Kate. Ella no corrió.

Los hombres le ataron las manos y lo empujaron hacia la escalera. Uno de aquellos brutos le deshizo la coleta y le revolvió el pelo con sus

manazas. Le abrió la casaca roja de un tirón. Vi que un botón caía al suelo. Y a continuación le arrancaron la camisa, lo que dejó a la vista un pecho vendado.

Le retiraron los vendajes con la misma celeridad. Un hombre gordo recorrió el cuerpo delgado, desnudo y trémulo con las manos.

—Así que el refinado caballero es una guapa señorita, ¿eh?

Con el pelo suelto y los pechos al descubierto, el chico que era una chica le lanzó una patada al hombre que estaba toqueteándola. Lo alcanzó justo en la entrepierna. El hombre se dobló de dolor y luego le propinó un puñetazo rabioso en la cara, que le produjo un corte en el labio. Kate quiso acudir en ayuda del joven, pero la derribaron de un golpe y uno de ellos le sujetó los brazos a la espalda mientras los demás se llevaban a su amante escalera arriba.

—¡La muerte no nos separará! —gritó Kate—. El amor es tan fuerte como la...

Un solo disparo en la cabeza. Empujaron al chico-chica por la puerta que se abría al tiempo. Olí la pólvora, acre y humeante.

—¡Crúzala y no regreses jamás!

Y todo se acabó de pronto. Las antorchas se extinguieron. La torre se sumió en la oscuridad.

Me quedé inmóvil, a ciegas en la negrura.

—Los han visto, ¿verdad?

Una voz. Una linterna. Rory, el tabernero.

—Sabía que ustedes los verían.

Amy pareció volver en sí al oír su voz. Pestañeó y negó con la cabeza. A pesar del frío que hacía, vi que tenía la frente perlada de sudor. Rory sacó una petaca del bolsillo y nos la pasó para que le diéramos un trago. Nunca había agradecido tanto el sabor ardiente del whisky. Cuando nos la hubimos terminado, la recuperó y se metió las manos en los bolsillos.

—Hay historias que nunca se cuentan —dijo—. Ese chico, que nació siendo chica, huyó para hacerse soldado, y nadie descubrió nunca su condición porque era un joven valiente y aguerrido, nadie sospechó nada, hasta que se enamoró de Kate. A Kate no le importaba. Ella lo

amaba. Cómo se descubrió todo, lo ignoro. Eso nunca salió a la luz. Pero lo que salió a la luz bastó para buscarles la ruina.

—¿Qué ocurrió con Kate? —preguntó Amy.

—La dejaron aquí encerrada toda la noche, sola, la confiaron al frío y a la oscuridad para que entrara en razón. Oh, sí, creían que a la mañana siguiente estaría dispuesta a comportarse. Fue esa noche cuando grabó la inscripción con el cuchillo.

—¡Esa no es la historia que nos contó en el bar!

Rory se encogió de hombros.

—En el bar cuento la versión oficial. La que les gusta a los turistas. Bueno, ¿les apetece oír el final?

Asentimos.

—Al día siguiente, cuando los hombres volvieron, ella parecía haberse serenado. Pidió que le permitieran asomarse al mar, para decirle adiós. «¿Acaso no vais a dejar que me despida?».

»Dejaron que subiera, sí, considerándolo un favor. La joven se detuvo en la puerta un momento, y luego se arrojó al vacío desde lo alto de la torre, igual que un arao negro, con la melena oscura extendida tras ella como el mar. Su corazón voló para encontrarse con el alma del joven. Su cuerpo se estrelló contra la rocas del fondo.

Guardamos silencio mientras lo escuchábamos.

—¿Por qué Stevie y yo? —preguntó Amy—. ¿Por qué lo hemos visto?

Rory se encogió de hombros.

—Van a casarse mañana.

—Aquí se casa mucha gente.

—Sí, así es, pero ustedes son las primeras mujeres que contraen matrimonio en el castillo de Blackdog... desde la primera pareja que lo intentó y encontró la muerte por ese motivo.

—Ojalá pudiéramos cambiar el pasado —dije—, aunque ¿quién no lo ha querido en algún momento?

—Podrían invitarlas a su boda —sugirió Rory.

—¡Están muertas!

—Eso nunca ha detenido a nadie —aseguró el tabernero.

Volvimos a la fiesta. Amy estaba callada. No recordaba haber salido del patio para ir a la torre.

—Existe una teoría sobre los recuerdos —dije— según la cual son información cognitiva grabada en el tejido nervioso. Recuperas un recuerdo cuando un estímulo externo consigue que se active ese conjunto de neuronas. No están contenidos en una neurona en concreto, como un archivo en un cajón. Los recuerdos son interactivos. Forman una red.

—¿Crees que los recuerdos están en la torre? ¿Como si fuera un lugar encantado que hace de almacén de la memoria? —preguntó Amy.

—Quizá, aunque eso convertiría los recuerdos en lo que no son: algo almacenado en un cajón. Y el lugar encantado sería el cajón que los contendría... estáticos.

—No, te equivocas —dijo Amy—. No todo el mundo vive una experiencia con fantasmas, aunque se encuentre en el lugar más encantado de todos. Depende tanto de la persona como del lugar, no es algo estático. Tiene que haber una interacción. Como Rory ha dicho, somos las únicas que lo hemos visto.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

—¿Invitarlas?

—Sí.

—¿Cómo?

—Como a todos los demás. Pidiéndoselo. Deberías hacerlo tú. Eres quien tiene la conexión.

A la mañana siguiente, Amy y yo nos casamos.

Nuestros amigos formaban un círculo, y dentro del círculo estábamos nosotras, una frente a la otra. Por encima de su hombro, detrás de ella, vi al soldado de la casaca roja. Casi volví la cabeza para mirar detrás de mí, pero Amy asintió, mirándome a los ojos, comunicándome lo que yo ya sabía, que detrás de mí estaba la mujer, con la melena oscura extendida como el mar.

Esa noche paseamos hasta la torre del homenaje. Amy se detuvo al borde del acantilado y arrojó el botón dorado a las olas.

Más tarde, ya juntas en la misma cama, sabíamos que estábamos solas.

J. W. 2: Sin explicación

Tenía cinco años cuando murió mi abuela.

La mujer dormía en una cama colocada en la sala de estar de abajo y yo solía levantarme antes que nadie para bajar a hacerle compañía y meterme entre las sábanas. El cáncer de garganta le impedía hablar, así que mirábamos biblias ilustradas y yo le leía. Aún no iba al colegio, pero mi madre me había enseñado a leer siendo muy pequeña. Las palabras eran mis amigas.

Una mañana, mi abuela se levantó de la cama y fue al ventanal con mirador que daba al jardín. Estábamos en casa de mi abuelo. La nuestra era adosada y solo tenía patio trasero. Mi madre cuidaba a la abuela, por eso nos habíamos trasladado a aquella casa. Fue una época triste y tensa. Mi madre odiaba a su padre, y él odiaba tenernos allí, pero así se ahorraba el dinero de la enfermera, la cocinera y la asistenta. Lo único que nos gustaba a todos eran las rosas. Las fragantes y anticuadas rosas inglesas.

La abuela habló. No podía hablar, pero habló.

—Mira la Reina de Dinamarca.

Salí gateando de la cama y me acerqué a la ventana. Nos quedamos allí las dos. Me tocó la cabeza. Luego cruzó el ventanal, salió al jardín y se paseó por el rosal. Todo era muy natural. Allí estaba ella, en el jardín, entre las flores que adoraba.

Oí que alguien bajaba la escalera. Era mi madre. Corrí al vestíbulo y le dije que la abuela estaba en el jardín con la Reina de Dinamarca. En ese momento, el teléfono de la mesita de la entrada empezó a sonar.

Estábamos la década de los sesenta, pero el teléfono era de los años veinte. Mi madre había nacido en 1922 y decía que recordaba el día que el teléfono había llegado al negocio familiar de compraventa de coches. Era un modelo palmatoria.

Mi madre cogió el auricular y la base; hablar y escuchar se hacía a través de dos aparatos distintos.

—Hogar de los Woodfield. ¿Diga?

No contestó nadie. Fuimos a la sala de estar. La abuela estaba en la cama.

La abuela había muerto.

Mis padres fueron padres en tiempos de guerra. Mi padre había participado en el desembarco de Normandía. Mi madre era vigilante y daba la voz de alarma durante los ataques aéreos. Veinticinco años antes de esa experiencia bélica de mis padres, mi abuelo había luchado en la Primera Guerra Mundial. Yo vivía con dos generaciones de adultos traumatizados que habían aprendido a echárselo todo a la espalda y seguir adelante. Todos tenían historias sobre fallecidos. Todos, sin sensacionalismo, me contaban que los había visitado un compañero de guerra, o un ser querido, y que posteriormente se habían enterado de que por entonces esa persona ya había muerto.

Yo aceptaba aquellos relatos como los niños aceptan todo lo que les cuentan los adultos. Por otro lado, tenía (y tengo) una imaginación fértil. Como la mayoría de los niños, me costaba hacer distinciones entre los objetos animados e inanimados. Para mí, mi osito de peluche era tan importante como mi gato. La conducta de mi abuela el día de su fallecimiento encajaba sin más en el mundo que me rodeaba, un mundo enmarañado en el que las divisiones no estaban claras. En fin, ¿qué ocurrió aquel día? Sé que no tuve miedo, y que sigo recordando la escena con claridad.

Puede que en el momento de transición de un estado a otro —aunque el siguiente estado sea el olvido— disfrutemos de un instante excepcional de presencia incorpórea. Aún no hemos muerto, pero

tampoco estamos supeditados a nuestro cuerpo.

Tal vez mi abuela pensaba en el rosal cuando sintió que abandonaba su cuerpo... y la intensidad del pensamiento fue tal que logró comunicármelo. Los niños son increíblemente receptivos a las visiones mentales. Puede que lo que «vean» sean proyecciones mentales intensas.

O quizá la impronta de una persona pueda abandonar su forma mortal durante un tiempo. Los chamanes así lo creen. No hablo de «alma» o de «espíritu» porque esas palabras implican inmortalidad, o al menos un destino posterior. «Impronta» concierne solo al momento de la aparición, y escapa a cualquier conjetura acerca de lo que pudiera suceder a continuación.

Si los muertos siguen entre nosotros, la comunicación con los vivos parece darse en los momentos de mayor estrés, ya se trate de un solo individuo o de un país entero. El número de apariciones durante cualquier guerra, en cualquier parte, es extraordinario, y tanto si se cree en ello como si no, el fenómeno merece que se le preste atención. Mis padres eran religiosos y creían en el más allá. Para ellos, las apariciones no eran algo inconcebible, puede que incluso consideraran que las enviaba Dios para ayudar a los vivos a sobrellevar su pérdida.

Mi madre me contó que había hablado con la abuela en dos ocasiones a lo largo de la semana siguiente. Aquello la reconfortaba. La explicación obvia es que su añoranza hizo que la experiencia le pareciera real. Los humanos creamos pautas y patrones. Incorporamos a otras personas al patrón de nuestra vida. Estamos enredados. Las rupturas interfieren con el patrón. La muerte es la desintegración de una relación, y por tanto, de una parte de uno mismo.

¿Qué opino al respecto? ¿Qué creo? No lo sé, y esa es la mejor respuesta que puedo dar. Lo que sí sé es que eliminar cualquier alusión a lo sobrenatural no le ha servido de mucho a la psique humana. Tener la posibilidad de decir «No puedo explicarlo» es una válvula que ayuda a liberar la presión. No es ir en contra de la ciencia, no se trata de superstición.

Muchos de nosotros hemos experimentado la telepatía, aunque solo

sea en su forma más sencilla, como cuando pensamos en una amiga un segundo antes de que llame. No podemos explicarlo, de la misma manera que tampoco podemos explicar por qué sentimos la presencia de alguien que ha muerto recientemente. Tal vez lo que percibimos no sea el fantasma de la persona, sino el fantasma del patrón.

Reina de Dinamarca es el nombre que se le da a una preciosa variedad de rosa inglesa de intensa fragancia. Tras la muerte de la abuela, mi madre llenó la habitación con ramos de rosas, cortadas de nuestros rosales. Cuanto tuve la suerte de disponer de un jardín propio, compré esa variedad de rosal y lo planté. A mí también me gustan las rosas inglesas de siempre, pero sobre todo se trata de una conexión viva con un suceso que no puedo olvidar y no puedo explicar. Lo que me reconforta de mi historia no es la creencia en la vida después de la muerte, sino el hecho de que una mujer agotada y postrada en una cama se pusiera de pie y fuera feliz.

Si la muerte nos libera de la prisión del cuerpo, aunque solo sea por un segundo, antes de caer en el olvido, entonces se trata de algo más que de un hecho biológico. Puede que no sea un puente hacia otro lado, pero quizá sí una bendición.

PERSONAS

Una historia de fantasmas sin fantasmas

¿En qué clase de historia de fantasmas no aparecen fantasmas?

Hacia el final de tu vida me prometiste que, si era posible, me enviarías una señal, una señal que me hiciera saber que ahí fuera, en algún lugar, se encontraba la persona a la que amo. Una persona en la que podría reconocerte.

Me siento a la mesa del jardín a contemplar la noche. Mientras escribo esto, espero que el teclado empiece a escribir por sí solo: una tabla de güija con wifi.

Todas las noches deseo ser Heathcliff y que Cathy llame a mi ventana. Deseo ser Hamlet en las almenas azotadas por el viento. Deseo ser *El holandés errante* echando amarras. Deseo lo que desea todo aquel que ha perdido a alguien: que se le aparezca.

Cada segundo alguien moribundo promete regresar de entre los muertos. Cada hora, a la espera de que ocurra, alguien vivo anota el paso de una nueva hora perdida.

Para los muertos, el tiempo se detiene. Para los vivos, se ralentiza. Ahora mismo vivo a cámara lenta. Tardo el doble en cepillarme los dientes, media mañana en hacer café y fregar la taza. Cuando voy a comprar, no recuerdo lo que necesito.

Porque lo que necesito eres tú. Me quedo mirando la bolsa de patatas, el paquete de beicon. Todo es absurdo. Vete a casa.

¿Cómo iba a dejar de hablar contigo? ¿Cómo no voy a esperar verte

al final del día? Nuestra vida en común eran muchas cosas, cosas concretas y tangibles que incluían beicon, patatas, café y pasta de dientes, pero también un patrón. Teníamos fluidez, color, textura. Éramos inventores y hacedores de esa vida compartida que poníamos en marcha a diario. Ahora me toca trabajar en ella a solas. Solo me quedan los recuerdos. El pasado. El presente ha dejado de ser un trabajo en curso.

Poco después de que murieras fui a ver a una médium. Madam Sheila. Me pidió que le llevara un objeto personal tuyo, así que le llevé tu bufanda de cachemira preferida, la que está llena de agujeros.

—Sí —dijo Madam Sheila cogiendo la bufanda—. Veo a su pareja con claridad. —Estaba mirando una fotografía en la que salimos los dos—. Su pareja se está riendo. Reían mucho juntos, ¿verdad?

La sesión continuó en la misma línea durante cerca de una hora. Llena de lugares comunes, previsible, todo lo que hubieras odiado. No me reconfortó en absoluto, solo sentí decepción y contrariedad.

—Espero que le haya servido de ayuda —dijo Madam Sheila mientras guardaba el dinero en un cajón.

—No creo en el más allá —apunté.

—Entonces ¿por qué ha venido?

No contesté. Me volví para irme, detestando las luces tenues del techo y los diplomas relumbrantes de la pared.

—¡No olvide la bufanda! —exclamó, levantándose, tendiéndomela. Me apretó la mano. Supongo que lo hace con buena intención.

Cogí la bufanda y procedí a bajar la escalera, despacio. Allí estaba el siguiente cliente, en el portal, con la mirada clavada en los zapatos sobre la moqueta a cuadros. Levantó la cabeza.

—¿Le ha ayudado? Tiene muy buenas referencias. El precio es un poco excesivo, pero tiene referencias.

—Sí. —Le sonreí—. Me ha ayudado.

Al hombre se le iluminó la cara.

—Solo quiero volver a hablar con Ann —dijo.

Le toqué el brazo y me fui.

Cuando salí a la calle, al ajetreo del día, a aquella ciudad indiferente a las microvidas de sus habitantes, estaba tan sumido en mis pensamientos que no reparé en el autobús al ir a cruzar la calzada. El conductor empezó a gritarme y me quedé allí mirándolo, su boca abierta, sus ojos juntos, la expresión rabiosa. No podía decir lo que hubiera querido: ¿qué más da?, ¿qué más da estar vivo o muerto?

Me senté en los peldaños de un edificio municipal, retorciendo la bufanda entre las manos. Madam Sheila me ha ayudado, me ha ayudado a darme cuenta de mi necedad. No queda nada de nosotros cuando ya no estamos, al menos nada que signifique algo para quienes quedan atrás. El muerto se ha ido. Pero nosotros no perdemos la esperanza.

La pastora que había oficiado tu funeral vino a verme. La conocíamos un poco, y no dudo de su sinceridad. También es un pelín nerviosa, no como el típico clero de té y pastas.

El caso es que quiere que crea que Dios cuidará de nosotros, de ti allá arriba y de mí aquí abajo, supongo; sin embargo, teniendo en cuenta que Dios nunca se ha preocupado de nosotros, ¿por qué iba a empezar ahora? Parece paciente, a la manera paciente de los impacientes, y dice que las personas no son conscientes de cuán a menudo una mano invisible las guía o las protege. Se pregunta si no estoy siendo un poco simplista al exigir una señal.

El comentario me ofende, pero tengo el ánimo por los suelos y soy incapaz de salir en mi propia defensa.

—La vida no es una película —dice—, y Dios no es un efecto especial.

Aún queda en mí algo de mi antiguo yo para recordarle que el Viejo Testamento está plagado de historias en las que Dios se presenta como un efecto especial. Es la marca de la casa. Se aparece como una zarza ardiente. Separa las aguas del mar Rojo. Inunda el mundo. El Dios sobre el que leo es extravagante, un fanfarrón, y no repara en gastos. Y

el Nuevo Testamento tampoco se queda atrás. ¿Qué son los milagros sino efectos especiales?

No se refiere a eso. Parece incómoda. Los clérigos tienen una mirada particularmente incómoda cuando se sienten incómodos. Entonces ¿a qué se refiere?

—Confiamos en nuestros sentidos y en nuestra mente. Si la religión tiene algún valor, este reside en la intuición de que existe un modo suprasensorial, metamental, de saber... y lo que se sabe de esa manera no puede saberse de ninguna otra.

—¿Cree en los fantasmas?

—No he visto ninguno.

—Teniendo en cuenta su oficio, debe de ser decepcionante.

—Pero he sentido presencias, muchas veces.

—Las ha imaginado.

—Como he dicho, vaya más allá de los sentidos, vaya más allá de la mente.

—Demasiado místico para mí.

—¿Por qué cree que los muertos deberían estar ahí para nosotros?

—Tiene razón. Ya no están.

—No es eso lo que he dicho —insistió.

Se marchó, el ruido del motor de su coche fue apagándose en la distancia. ¿Soy demasiado simplista? ¿Es necesario que se muevan las ventanas o te pasees por las almenas para saber que estás aquí? ¿Para que yo crea que estás? Soy dimensional. Tú no. ¿Es ese el verdadero problema? Entonces, sin haberme levantado aún de la mesa, sintiéndome culpable y dudando de mis convicciones, pensé en la resurrección. La piedra angular del cristianismo. Qué cara tiene esa mujer.

¿Para qué tomarse la molestia de regresar físicamente de entre los muertos si los seres humanos normales y corrientes, apáticos e incapaces no necesitan una prueba viviente de que la muerte no es el fin de la historia?

La muerte es el fin de la historia. Tú ya no estás y yo sigo aquí. No dejo de darle vueltas a la cabeza, una y otra vez. Soy incapaz de pensar

en otra cosa.

Esta noche, sopa para uno. Otra vez.

Quiero que vuelvas a mi lado dentro de tu cuerpo fuerte y sano. Quiero tumbarme junto a ti sin miedo a que cuando despierte ya no estés. Quiero dormirme de espaldas a ti. Quiero sentir tu mano en mi hombro en el ambiente cálido de nuestra cama.

Nuestra cama. Mi amigo dice que debería comprarme un colchón nuevo.

Sé que el universo es un sistema cerrado y que la energía ni se crea ni se destruye. Es la primera ley de la termodinámica, la misma que la gente emplea mal para convencerse de que los muertos solo han cambiado de forma. Estar vivo es vivir en un estado leve de entropía, eludiendo el desorden final de la muerte. La muerte es desordenada, y tu energía, aunque yo tuviera acceso a ella, sería como escuchar una radio mal sintonizada detenida entre una emisora y otra.

(¿Me abro una lata de sopa de tomate o una crema de champiñones?).

No volveré a oír tu voz. No volveré a ver tu rostro. Aun así, al despertarme, es tu rostro lo que veo cuando abro los ojos, eres tú quien parece decirme: «Venga, levanta». Y lo hago, me dejo arropar por la suave luz del sol que hace anidar la esperanza en mi corazón en un primer momento, antes de la desesperante sensación de pérdida que se espesa en mi garganta. Siéntate en el borde de la cama. Respira. Un nuevo día. El sol se ha ido. La mañana se endurece en la pared.

Crema de champiñones. Cuenco. Cuchara. Sorbo. Frío. ¡Oh!

La segunda ley de la termodinámica introduce el concepto de calor. *Grosso modo*, no se puede transferir calor de un cuerpo de menor temperatura a un cuerpo de mayor temperatura. Hay calor, incluso un iceberg genera cierta energía térmica, pero no es el lugar donde calentarse las manos.

Tu cuerpo ahora está frío y ya no me servirá de abrigo.

Tengo que calentar la crema.

¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? ¿De cómo nos presentó un amigo que pensó que íbamos a caernos bien? ¿De que quedamos para dar un paseo unos días después porque nos había dado corte hablar durante la cena con el amigo? Yo no hacía más que mirarte con disimulo: cejas, pestañas, pómulos altos, labios carnosos y vacilantes. Vacilantes porque te aturullas delante de la gente y hablas poco. Brazos largos y fuertes sobre la mesa. Dedos de pianista. Por la forma en que partías el pan me di cuenta de que tus dedos sabrían hacer muchas cosas.

No sé si tú me miraste.

Durante aquel paseo, experimentamos ese fenómeno que reconocen los amantes que aún no son amantes: no se tocan, pero sienten la electricidad. La energía ocupa el espacio que los separa. La chispa. El baile. El movimiento. La onda-partícula que está en todas partes y en ninguna, porque nada más lo está. La sensación de extrañeza de esos primeros momentos es habitual y única. Es inútil intentar recuperarla. Quizá se deba a que no somos sólidos. El cuerpo nos libera del cuerpo.

Si alzo la mano hacia tu cara, siento su radiación. Siento tu campo de energía. Eres más que tu ser bidimensional. Se me ocurren ahora estas cosas porque quiero lo que llegaba después, aunque fuera una ilusión: el contacto con tu piel durante horas.

Tocarte. Deja que te toque. Lo curioso es que nunca lo hacía, no porque fuéramos célibes o tuviéramos fobia a los gérmenes, sino porque la solidez es una ilusión. Estamos hechos de átomos, y los átomos no son alegres bolitas que chocan unas con otras como si la vida fuera una mesa de billar mal construida, no son «unidades». La mejor manera de describirlos es como esferas de probabilidad, un bullicioso colectivo de electrones, neutrones y protones. Los electrones son al mismo tiempo partículas (¡estoy aquí!) y ondas (¡atrápame si puedes!). Mi nube de electrones no puede tocar tu nube de electrones porque no hay bordes

definidos.

Los átomos que no tienen espacio entre sus bordes nubosos que-en-realidad-no-son-bordes han pasado a formar parte de una molécula. Siguen sin tocarse porque se han convertido en lo mismo. ¿Es lo que ocurre cuando las parejas se fusionan? ¿Es lo que nos ocurrió a nosotros?

Y más tarde, mucho más tarde, cuando la familiaridad y la cotidianeidad se convirtieron en parte de nuestro patrón, no se perdió nada, solo hubo un cambio. El patrón cambió porque nosotros lo cambiamos. La energía disponible permaneció constante.

Esta vez el patrón ha cambiado porque tú lo cambiaste. No tuviste elección. La muerte pone fin a las elecciones. Y aun así, tú estabas listo para morir (tan cansado y delgado...), pero yo no para tu muerte. Por primera vez en mucho tiempo, no caminábamos al paso. Fue una sacudida. Lo noté en la espalda.

No es que no me guste la soledad. Me gusta. Lo que no me gusta es no estar contigo. Los días que quedan hasta que lleguemos —hasta que llegue— al primer aniversario de tu muerte se me hacen insoportables.

Me pregunto por qué me resultó fácil despedirme de ti durante dos años cuando aceptaste aquel trabajo en el extranjero, consciente de que nos escribiríamos y hablaríamos por teléfono, pero apenas nos veríamos. Aquello fue mucho antes de que existiera Zoom, cuando el e-mail se llamaba webmail y parecía texto cortado y enviado por un acosador que odiaba la puntuación. Descubrimos que hablar por teléfono nos entristecía. Nunca sabíamos qué decir porque cada cual vivía una vida que no podía compartir con el otro, así que dejamos de llamarnos y acordamos que solo nos escribiríamos.

Antes de los viajes aéreos era habitual estar separado de los seres queridos durante meses y años. Destinos en el extranjero, el servicio militar, misiones, expediciones, la marina mercante, la emigración. Una

deuda incobrable podía empujar a un hombre a huir en tren hasta un puerto donde subirse a un barco que lo llevara lejos. Un corazón roto era la manera más rápida de ver mundo. La gente se despedía sin saber cuándo volvería a ver a su amado, o si lo haría alguna vez.

No me refiero a la guerra, ni al miedo que acarrean las guerras, sino a la vida normal. Cuanto más nos remontamos en el tiempo, más se amplía la distancia. En el siglo XVIII, el viaje más rápido desde Plymouth, en el Reino Unido, hasta Sídney, en Australia, duraba un centenar de días. Con los elementos en contra, podía alargarse hasta cuatro meses. Llega. Escribe una carta. Meses después esa carta alcanza su destino. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que tuviste noticias? Puede que casi un año.

Cuando el *Mayflower* emprendió su travesía por el Támesis en 1620, en busca de una nueva vida en el Nuevo Mundo, los viajeros soportaron diez semanas de sermones diarios, mareos y galletas saladas antes de avistar Cape Cod.

La gente, con una esperanza de vida inferior a la nuestra —personas que a menudo morían en la cincuentena—, concebía tanto la distancia como la separación de una manera distinta a la nuestra. Todos los viajes son viajes en el tiempo.

Así que trato de vivir esta ausencia tuya como una separación larga. Debo cuidar la casa y el jardín, y lo hago lo mejor que puedo. Te gustaban el orden y la pulcritud. Cuidarse no es tan sencillo. Lavadoras, duchas, comidas. ¿Para qué? Prácticamente ya no tengo nada limpio que ponerme.

Una separación. Aun así, no fantaseo con volver a estar juntos; además, sería raro si ocurriera, ¿no crees? No soy la única persona a la que has querido. No te rías de mis celos. No pasa nada, no me importa tu animado pasado. De hecho, es lo suyo. La vida está para vivirla, como decías siempre que me enfurruñaba. Aunque me gustaría saber una cosa: ¿quiénes vuelven a estar juntos? ¿El más allá es poliamoroso?

Si existiera un más allá, o cualquier otro tipo de continuación, incluso un nuevo inicio, ¿los muertos no podrían entablar nuevas relaciones? Y en el caso de que fuera que no, ¿por qué? ¿El afecto es

solo algo biológico? No me lo creo. No me lo creo porque las máquinas sintientes están a la vuelta de la esquina y no serán entes biológicos. Y nosotros entablaremos relaciones con ellas. Los circuitos se conectarán entre ellos: mi placa base, porque yo también soy un ser eléctrico, y la placa base de la máquina. La anhelada «chispa» se referirá a algo mucho más específico.

No, escúchame, ¿por qué no podría ser que, si existiera una vida después de la muerte, conocieras a otra persona?

De primeras, la idea no me hace gracia. Pero quiero que seas feliz.

No nos separamos. Te fuiste porque llegó a por ti lo único que es tan poderoso como el amor: el ángel de la muerte. La muerte es un punto final.

No. No lo es. Te quiero más allá de tu muerte.

Me apetece un té. No hay leche. Voy a la tienda. Deambulo por los pasillos, ¿por qué siempre están cambiando las cosas de sitio? La vida ya es bastante dura para perderla buscando dónde está la leche. Es absurdo que las estanterías se repongan a diario y tú nunca vayas a volver.

—¡No te vayas!

—¿Cómo?

—Disculpe, no era a usted.

—¿Está bien?

—Sí, es que acabo de perder a alguien.

—¡Vaya! Mis condolencias.

La mujer caribeña que atiende la caja no parece sentir vergüenza ajena por mí. Es amable y eso ayuda. El hombre trajeado que hace cola detrás no aparta la mirada de su cesta de la compra, agobiado, como si unas patatas fritas, unos cereales, un curri de microondas y una cerveza fueran a salvarle de una interacción humana incómoda.

No tiene de qué preocuparse. No quiero interactuar con ningún humano. La cabeza se me había ido al pasado, eso es todo, porque la mente apenas tiene control sobre el presente, o mejor dicho, apenas le

interesa. Siempre estamos vagando por el pasado o el futuro. El presente es un lugar inhóspito.

Salgo de la tienda. Llevo suficiente comida para uno. Tu pasaporte ya está anulado. Tus cuentas corrientes están canceladas. Otras personas llevan (la mayoría de) tu ropa. He vendido tu coche, odio el cambio automático. El otro día tuve que escribir FALLECIDO en una carta. La devolví al buzón de correos. ¿Para qué siguen enviándolas? Ya no necesitarás más tarjetas de crédito.

Aun así, no puedo dejar de pensar en ti. Si nunca hubieras existido y no pudiera dejar de pensar en ti —si fueras un producto de mi imaginación con el que estuviera teniendo una relación personal intensa—, me pondrían en tratamiento. Me encerrarían por demente. La verdad es que sí, da un poco de vergüenza.

La época del brazalete negro era más fácil. Servía para decir: puede que me comporte raro, dadme un respiro, dadme tiempo. El duelo lleva su tiempo.

Estoy de luto. Descubro que pasar el luto significa vivir con alguien que ya no está.

El rugido del motor de una moto. Coches con las ventanillas bajadas y la radio a todo volumen. Niños en bicicleta, gritando. Un perro ladrándole a una ardilla. El camión de reparto que pita marcha atrás. Una mujer cansada que le habla en un tono demasiado alto a su hijo. El niño llorando. Todos con sus móviles, sus auriculares, viviendo en un mundo alternativo. De camino a casa, otra tienda de la calle que cierra. LIQUIDACIÓN TOTAL.

Me parece bien. Que desaparezca todo. Los coches, la gente, los artículos a la venta. Que todo se reduzca a polvo bajo mis pies y cielo sobre mi cabeza. Fuera la música de fondo. Que se funda la imagen. Que no quede nada que se interponga entre nosotros. ¿Te veré caminando hacia mí al final del día? Como hacías antes, como hacíamos los dos, cuando volvíamos del trabajo. ¡Hey! ¡He ido a comprar leche! Levanto la vista, nos vemos, primero a lo lejos y luego cerca. Tus andares. La caída de tus hombros. El modo en que llevas tu bolsa, con sumo cuidado, como si estuviera llena de agua. Tu energía

en forma humana. La figura atómica de tu amor.

LIQUIDACIÓN TOTAL HASTA FIN DE EXISTENCIAS.

Hace tiempo que llegó a su fin.

En casa, de noche. La luna llena en pleno apogeo. Me desplazo a través de mercurio, un camino plateado que se mueve cuando me muevo, un líquido que se comporta como un sólido. Un metal blando.

Compramos juntos esta vieja casa. Un día estabas cavando y desenterraste una enorme bomba industrial de hierro colado que contenía una válvula flotando en mercurio. Extrajimos el mercurio y lo guardamos en un tarro de cristal. A veces jugábamos con él, algo poco consciente y saludable, lo sé, pero era hermoso, fascinante, y procurábamos no respirar los vapores.

El mercurio se amalgama con otros metales como el oro, la plata, el estaño y el cobre, una cosa se convierte en otra. Es un tipo escurridizo. Llamado azogue. Apreciado por alquimistas y dentistas. Puede usarse para extraer oro del mineral de hierro o para obtener la amalgama de plata de los empastes. Tóxico y seductor.

También es el mensajero de los dioses. Y el planeta que orbita a mayor velocidad alrededor del Sol, a ciento setenta mil kilómetros por hora.

Mercurio suele dominar en aquellas parejas cuya vida en común no siempre es un camino de rosas y a menudo tiene su lado bueno y su lado malo. Lo nuestro no era sencillo. Tú eras un peligro y yo soy una persona difícil. Tú eras infiel y yo soy de ideas fijas. Decías que habías encontrado oro cuando me conociste, pero te encantaban las aleaciones que podían romperse —el oro se disuelve en mercurio igual que la sal se disuelve en agua, aunque en realidad no se pierde nada.

La muerte, en cambio, es una realidad distinta. Te has disuelto. ¿En qué? En el tiempo, en el espacio, en ese recipiente con fugas que yo soy y que también se disolverá en el tiempo, en el espacio. Número 80 de la tabla periódica, ya no estás. Sin embargo, antes de asumir mi papel de persona sufrida —el superviviente del brazalete dorado que siempre

estuvo al pie del cañón y que ahí sigue—, soy consciente de que el mercurio posibilita la extracción de oro de minerales de calidad inferior. Tú sacaste lo mejor de mí.

Esta noche, cuando he entrado por la puerta, te he visualizado en la cocina, haciendo tostadas. Te encantaban. Te volvías y me ofrecías una, untada con mantequilla y queso de cabra.

—Sí, gracias, William. Me muero de hambre.

—No comes nada. Pon a hervir un poco de pasta.

Llené la cazuela grande de agua. La semana pasada preparé pesto porque es lo que solíamos hacer hacia el final del verano, cuando la albahaca ya se caía de tanto peso y empezaban a asomarle espigas peluditas. Las arrancabas con tus largos dedos y distribuías las hojas en montañitas perfectas mientras yo machacaba los piñones. Te he sonreído desde el otro lado de la cocina. Llevabas esa camisa pesada de lino sin cuello que aún sigue en el armario. Tienes buen aspecto, no estás delgado ni cansado, no estás en la recta final. Sí, no le diría que no a una copa de vino. No he probado el alcohol desde que moriste. No quiero darme a la bebida.

—¡Oh, por todos los cielos, Simon!

—¿Es ahí donde estás? ¿En el cielo?

—Abre la botella de vino y ralla el parmesano, anda.

Sé que no estás en la cocina. Sé que esta conversación no es real, pero algo está ocurriendo. La luna brilla a través de las claraboyas, como si observara lo que sucede, y voy a poner música. Lo único que oigo en estos días silenciosos es el tictac del reloj.

Cuido la casa y el jardín, pero no puedo ser ambos, tú y yo. Tengo que dejarte ir. Estoy suplicándote que te quedes conmigo, que seas real, que estés aquí, suplicándote como jamás lo habría hecho si me hubieras dejado por otra persona. Soy yo quien vive igual que si hubiera muerto: no como, no bebo, no duermo, no trabajo. Cuando se llevaron tu cuerpo del catafalco, me fui contigo, enterré mi corazón con el tuyo.

Me llevo la mano al pecho. Todavía late.

—¿Sabes?, he pensado en suicidarme —dije—. Todavía queda bastante morfina. Mentí a los del hospital al decir que se había acabado. Tengo la sensación de que morirse es más sano, más amable, la mejor manera de dejar de vivir en esta casa encantada.

—La casa no está encantada —dijiste—. No estoy aquí. No salgas al encuentro de la muerte como si fuera un coche a toda velocidad.

Qué pulcro eres. Qué perfecto. La entropía mide el grado de perturbación de un sistema, pero de los dos, el perturbado soy yo. Me ha caído sopa en la pechera de la camisa.

Mi amor, odiarías verme así.

Puse los espaguetis en la cazuela, es una de esas cazuelas modernas con un colador aparte para escurrir el agua. Se te daba bien la cocina. Decías que cuando uno se tomaba algo en serio debía contar con las mejores herramientas que pudiera permitirse. De joven ahorraste para comprar un cuchillo. Todavía sigue afilado.

Me da tiempo a ducharme mientras se cuece la pasta. Agua caliente. Camisa limpia. Aún queda una, y es tuya. Es la que llevas puesta, o la que llevarías si fueras un fantasma, aunque ¿para qué quieren ropa los fantasmas si no tienen cuerpo? ¿Es para que podamos verlos?

—¡Simon! No hay ningún fantasma. ¡No estoy aquí!

—Tienes razón, William, no te preocupes, no voy a poner la mesa para dos, pero la voy a poner para mí. ¿Ves? Se acabó lo de comer la sopa en un cuenco sobre las rodillas.

No voy a superar lo tuyo. No quiero superarlo. No eres una valla alta y con pinchos que me impida el paso al resto de mi vida, pero la cuestión es que tengo ante mí el resto de mi vida, lo más valioso que poseo, y la habría dado con gusto en lugar de la tuya. Aunque esa variable no estaba en la ecuación. Honrarte es continuar vivo. Amarte es continuar vivo.

La pasta humea en el plato. Mi primera comida decente y caliente en no quiero saber cuántas semanas.

Me prometiste que me enviarías una señal, si podías, y no hay día

que no haya pensado en esa promesa mientras busco la dichosa señal y olvido lo que yo te prometí cuando me miraste a los ojos y vi que tu luz se apagaba igual que las estrellas se desvanecen al alba.

Te prometí que viviría. Y no una vida a medias, no una vida asediada por fantasmas, no una sombra de vida.

Lo digo en voz alta, como si estuvieras aquí, en la cocina, conmigo, igual que antes. La música... Voy a poner música, ¿qué te apetece oír?

Estoy buscando algo de Rickie Lee Jones cuando la radio se ilumina. Es un amplificador de válvulas que restauré. Sé que los circuitos eléctricos son poco fiables, pero no está encendida. Se calienta. Emite un zumbido. ¿Qué hora es? Más de medianoche. ¿Llevo hablando contigo todo este rato?

Tengo la sensación de que los dos habitamos el mismo cuerpo.

Lo que ocurre con las útiles leyes de la termodinámica es que dejan el amor fuera de la ecuación. No puedes transferirme energía —yo estoy caliente y tú frío—, pero las válvulas se han encendido y abro las manos delante de ellas como si se tratara de una hoguera.

No puedo explicarlo. Pronuncio tu nombre, una y otra vez, y se funde con el pronóstico del tiempo en el mar que anuncia la radio, como si fueras un lugar muy lejano con su propio clima. Una isla imaginaria. Una coordenada para mí.

Y más tarde, en la cama, mirando la farola por la ventana como si mirara un faro, siento que se me cierran los ojos. ¿Esa es tu mano en mi frente? No puede ser, pero lo es.

El país desconocido

«Se espera una baja atlántica a doscientas millas al oeste del sur de Rockall de 972 milibares a medianoche».

Simon y yo estábamos escuchando la predicción marítima. Yo no podía hablar, pero aún me llegaban las palabras. «Sole. Lundy. Fastnet. Mar de Irlanda».

Me sostenías la mano. Notaba tu intenso calor sobre mi piel. Mientras escuchaba lo que conocía tan bien y la radio recitaba nuestro ritual de todas las noches, las palabras empezaron a entrecortarse. Dejaron de ser palabras para convertirse en sonidos. Luego, tu mano presionó la mía, como si trataras de sacarme del agua tirando de mí, los sonidos retrocedieron como la marea, y al final solo quedó el rumor profundo del mar, como cuando te pones una caracola en la oreja. Estaba en el fondo del océano, por debajo del pronóstico marítimo.

—¿William? ¿William?

Ni luces, ni ángeles, ni trompetas, ni túneles, ni parientes, ni amigos levitando y acudiendo a darme la bienvenida. Mi nombre. Lo único humano que me quedaba.

Sentí que me cerrabas los ojos.

Soy un cadáver. Una zona especial. Un hábitat protegido para insectos necrófagos. Como dijo Linneo en 1776: «Tres moscas pueden consumir el cadáver de un caballo en el mismo tiempo que un león».

Me alegro de que sea invierno.

Acordamos que me enterrarían. Siempre que sea sin ataúd, los entierros resultan buenos para el suelo. Cada kilo seco de mi masa corporal devolverá 32 g de nitrógeno, 10 g de fósforo, 4 g de potasio y 1 g de magnesio a la madre tierra. Es lo mínimo que puedo hacer. Ha sido buena conmigo. Descansaré sobre mimbre, el cual se irá descomponiendo más rápido que yo.

Los enterradores bajaron el ataúd ayudándose de correas. Simon lanzó al hoyo la última rosa del invierno.

¿Me imaginas con la ropa llena de moho y el cuerpo trasegado por una vida que no es la mía?

No importa. He partido. Se acabó la función. Como actor, cabía suponer que lo aceptaría bien. Déjame que te diga una cosa: cuesta un poco acostumbrarse a la muerte, tanto a los muertos como a los vivos.

Aun así, me sorprendió ver que Simon visitaba a una médium. La buscó por internet. Leyó las reseñas. Cinco estrellas. Madam Sheila.

Ella le dijo que ahora soy un ser de luz.

Simon es ingeniero eléctrico. Es un gran aficionado a las radios de antes de los transistores, esos chismes con válvulas de vidrio que se encienden y brillan con fuerza. Sabe que el cuerpo humano es un circuito eléctrico... y sabe lo que ocurre cuando no hay corriente.

Lo sabe todo el mundo. En reposo, por término medio un ser humano genera cien vatios de electricidad; en teoría, uno es su propia bombilla.

Yo me he fundido.

Simon se sienta a oscuras muchas noches y mira por la ventana mientras el sol se pone. En invierno, se pone muy pronto, pero él sigue sentado en el mismo sitio, con un cuenco de sopa entre las rodillas que apenas toca. Ojalá pudiera decirle que la vida es lo único que tenemos. ¡Enciende la luz! ¡Acábate la sopa!

Dicho esto, a mí nunca me gustó la sopa. Pero ¿y Madam Sheila?

No es exactamente una impostora. Cree que recibe mensajes del más allá y que está en contacto con un espíritu guía llamado coronel Boot.

Nada más lejos de la realidad. Se le da bien contar cuentos, y punto. Aunque también es cierto que todos nos dedicamos a lo mismo, a eso de contar cuentos sobre nuestras vidas. Auténticas invenciones.

El problema son los mentirosos.

Madam Sheila no es una mentirosa. No pretende embaucar a nadie en beneficio propio. Así que no puedo juzgarla por contar una historia sobre una historia sobre una historia, remontándose hasta donde quiera uno. Por lo visto, el coronel Boot participó en la guerra civil estadounidense. En el bando unionista. A saber por qué querría alojarse con Madam Sheila en un apartamento enmoquetado sobre las vías del tren.

Ay, Simon, no estés triste. Te veo ahí sentado, en los escalones de piedra de ese edificio municipal, retorciendo mi bufanda una y otra vez entre las manos. Los agujeros de polilla representan esa bufanda tanto como la lana. Muchas veces la verdad está encerrada en lo que se omite, en esos huecos. ¿Es eso lo que nos permite la historia? ¿Nos ofrece un agujero por el que asomarnos a ella?

Siempre me han gustado las esculturas de piedra llenas de espacios huecos de Barbara Hepworth. De hecho, son más bien piedras a las que se les ha dado forma alrededor de un agujero. El agujero es lo que importa. Rodeado de piedra, se vuelve invisible. Vemos lo que ve Dios. La capacidad para asombrar de la nada.

La nada está hecha de nada. El vacío está lleno.

¿Qué está ocurriéndome?

¿Puedo decirlo así? Cuando algo ocurre, ocurre en el tiempo, y yo me encuentro fuera de él.

Por lo que sé, me descompongo. Soy una amalgama. Un compuesto. Un puzle volcado cuyas piezas han quedado repartidas por el suelo. No mi cuerpo, todos somos conscientes de lo que está sucediendo bajo tierra. No, no hablo de mi cuerpo. Ni de mi personaje ni mi trama. Me condenso en párrafos, frases, letras. Letras sueltas.

Todos los alfabetos que usan los seres humanos se remontan al

alfabeto fenicio. Lo que sucede con los alfabetos es que se adaptan. Veintidós eran las letras que tenía entonces, y mira lo que hemos hecho con veintidós letras.

Estoy regresando a mi condición de alfabeto.

¿Significa eso que acabaré reciclado? No reencarnado, pero a lo mejor hay un hogar que puede aprovechar el buen material que tengo/tenía. Quizá no todo yo sea carne de vertedero.

«Nací en 1632, en la ciudad de York, en el seno de una buena familia, aunque no de la región, pues mi padre era un extranjero de Bremen que inicialmente se asentó en Hull».

No, no soy yo, es Robinson Crusoe. Un personaje ficticio. Yo no soy un personaje, ni ficticio ni de ninguna otra clase, porque ya no soy una historia que pueda seguir contando. Si la conciencia es una propiedad emergente de la mente, entonces las dos deben desvanecerse al mismo tiempo. No recuerdo cuándo nací, ni cómo se llamaban mis padres, quienes, según el mito, deberían estar el uno al lado del otro para recibirme, los dos como en sus mejores tiempos.

Mi madre era alcohólica y mi padre un animal. Eso sí lo recuerdo. Un niño pequeño forma palabras sencillas con letras de madera.

YO es una palabra sencilla, pero se tarda una eternidad en encontrar otras que la acompañen. Tenía una versión de biblioteca de mí mismo, un bonito ejemplar de tapa dura de ese YO que el público podía tomar prestado y leer. Así ellos se convencían de que me conocían y yo me sentía seguro.

En otra parte, en un cajón, estaba el YO que iba escribiendo, discretamente y a solas. Tal vez no se tratara tanto de una novela de aventuras como de una de misterio, porque ¿qué nos resulta más misterioso que nosotros mismos?

Más tarde, tuve una suerte que no merecía y conocí a Simon. Le conté varias historias bastante buenas, lo entretuve, creé el personaje que creí que le gustaría, pero un día dijo:

—Me gustas, pero no puedo quererte hasta que descubra quién eres en realidad.

—El país desconocido —contesté, incómodo, para ganar tiempo.

Me hizo sentir como si fuera disfrazado. Un impostor. Es difícil salir de tu escondite.

—Veo que te he provocado cierta comezón —dijo—. Comencemos por ahí.

Cogió un boli y escribió la palabra COMENZAR. COMEZÓN. Luego me preguntó qué palabra seguiría.

Le quité el boli. Escribí: TÍMIDO.

Y luego, agarrándolo con fuerza: NERVIOSO. Otras palabras fueron menos transparentes: PEZ DE COLORES.

Aunque quizá llevaba demasiado tiempo dando vueltas y más vueltas en mi pecera. O quizá sentía que estaban examinándome. O puede que estuviera rompiendo el revestimiento de agua en dirección a tus manos, extendidas hacia mí.

—O igual es que quieres que te alimente —dijo Simon.

Nos reímos. Empezamos de nuevo. CONFIANZA.

Desprenderme de la coherencia era incómodo. Tener una historia, la que sea, es mejor que no tener ninguna, y durante un tiempo no la tuve. La que le había contado a Simon era representable, pero inservible. Empezamos una mejor, mejor porque era auténtica.

Y ahora, por lo que parece, vuelvo a encontrarme en esa situación tan confusa. Olvido, me desarmo, me desprendo. Un hombre sin una historia que contar.

¿Una historia sin un hombre para contarla?

En el *Poema de Gilgamesh*, Gilgamesh va en busca de su querido amigo Enkidu tras el fallecimiento de este. En vida habían sido inseparables. Todas las noches, en el bosque de los Cedros, Enkidu construía una casita para que Gilgamesh durmiera en ella mientras él, «como una red, se tumbaba en la entrada».

Una red es básicamente agujeros. Mira en qué estado se encuentra mi cuerpo. Empiezo a parecer mi bufanda.

De todas maneras, mi estado sólido era una ilusión. Simon, siempre tan científico, más partidario de los hechos que del pensamiento

mágico, me contó que un cuerpo humano medio está compuesto por cerca de 6,5 octillones de átomos. (Eso son veintisiete ceros; gracias, Simon).

Y los átomos son en su mayor parte espacio vacío. Un espacio vacío energético, pero vacío. Nunca he sido una persona sólida.

Pero estaba vivo. Es decir, tenía certeza biológica.

A medida que me desintegro, cada vez recuerdo menos, sé menos, soy menos, mi vida no pasa en imágenes ante mí, se desvanece. Soy una luz en medio del mar. Soy una estrella que desaparece al alba. Intento seguirme, pero no puedo. Una cosa está clara: sea lo que sea la muerte, no es una continuación del yo —de mi yo— de la misma manera en que imaginaba la vida cuando vivía.

El yo es como un traje para acudir a reuniones. Ya no lo necesito.

Puede que al final la conciencia no sea una propiedad emergente de la mente/cerebro.

Puede que la conciencia exista igual que existe el espectro luminoso. Piensa en ella como parte del espectro de la realidad: ni es única ni está inconexa. Parece que sigo siendo consciente, aunque aquello de lo que soy consciente está cambiando.

Lo que no ha cambiado es lo que siento por ti, Simon. Pero ¿de qué te sirve eso ahora?

Simon está deshecho, a oscuras con su cuenco de sopa, porque no soy un objeto permanente. Una verdad que todos sabemos pero que ninguno aceptamos.

El amor necesita un objeto. Todos necesitamos alguien a quien querer. Y entonces, tarde o temprano, llega la muerte.

Soy un icono borrado. Pero no estoy en la papelera.

Y tampoco me he unido al infinito aún. ¿Dónde diablos estoy?

Todavía no he visto ninguna señal del infierno. Cruzo los dedos, si es que me queda alguno.

En tanto que estoy en todas partes, estoy con Simon. Lo he seguido por toda la ciudad, he impedido que lo atropellara un autobús, lo he

llevado a comprar algo de comer. La cajera ha sido amable con él. Eso ayuda.

Estamos en la cocina, y quiero llamar su atención, pero nada de lo que hago surte efecto. ¿Cómo es posible que toda esa gente que publica en internet vea fantasmas y Simon no me vea a mí?

No cree en los fantasmas, ¿será eso?

Le hago compañía hasta medianoche. Ahora cada uno tiene su propio tiempo, pero sé que supuestamente la medianoche es mi hora.

Es cuando se aparecen los fantasmas.

Me detengo al pie de la escalera. Me atraviesa, y al hacerlo se pasa la mano por el pelo, como si hubiera sentido algo. Le toco la cara. La tiene mojada. Está llorando.

En el dormitorio, se desviste como siempre. Primero los pantalones y luego la camisa, sin desabrochar, por la cabeza, como un niño pequeño. Me enamoré de su cuerpo suave y menudo la primera vez que lo vi, y sigo enamorado de él.

Simon, acuéstate, no tengas miedo. Estoy aquí.

No se acuesta. Da vueltas por la habitación. Va al cuarto de invitados, donde fallecí. Hacia el final, coincidimos en que sería demasiado doloroso para él que yo siguiera en la cama que habíamos compartido durante tanto tiempo. Se merece tener mejores recuerdos. ¿Recuerdas la primera vez que vine aquí? ¿Recuerdas cuando me mudé? ¿Recuerdas que me cediste tu lado de la cama porque yo prefería dormir en el izquierdo? ¿Recuerdas mi brazo encima de ti?

Abre la puerta de la habitación de la muerte. Me llama. Le contesto. No me oye.

El colchón está desnudo. Las cortinas corridas. La silla que solía estar junto a la cama está pegada a la pared. Los libros que habíamos desperdigado por todas partes, mientras los leíamos juntos, están ahora en una pila ordenada. El radiador, apagado. Simon se estremece. Con delicadeza, lo empujo para que salga de la habitación. Le cojo la mano. Levanta la vista.

—¿Eres tú, William?

—Sí.

No me oye.

—Sigo convencido de que vendrás, noche tras noche —dice.

—Estoy aquí.

—Ojalá pudiera hablar contigo.

—Estás hablando conmigo.

—Sé que hemos llegado a la última página. ¿Por qué sigo pasándola?

Se mete en la cama, dobla las rodillas, las rodea con los brazos, hunde la cabeza en ellos. Solloza.

Estoy tan cerca... Estoy tan lejos...

Las horas nocturnas se acumulan como el agua de lluvia en un cubo. El tiempo gotea muy despacio. Duerme mal, mira el reloj cada vez que se despierta. A veces se vuelve hacia mí y me pregunto si no estaré más cerca de él durante el sueño que durante el día. El cuerpo dormido imita la muerte. La extraña calma inconsciente de la noche. Yo velo tu sueño. No puedo protegerte, pero estoy aquí.

Al día siguiente, le dice a una amiga: «Anoche soñé con William. Soñé que estaba conmigo».

La amiga es una buena amiga, pero se siente incómoda. Le dice que son cosas del duelo y que dejarme ir forma parte del proceso. Tiene razón, pero lo cierto es que Simon soñó conmigo porque yo estaba con él.

Sin dejarse desanimar, lo anota. Escribe: «Dormiría todo el día si creyera que así puedo estar con él». Y a continuación: «En el sueño no pasaba nada salvo que estábamos juntos».

Intento contactar con él de día, pero no puedo competir con las fuerzas de la vida. Es un día radiante, atareado, apremiado y apremiante. Creo que la mejor posibilidad de estar juntos se presenta cuando se encuentra ligeramente dormido, de madrugada, durante la fase REM, en

la que ocurren los sueños. En ese momento puedo entrar en él, como si fuera una habitación con una ventana abierta, una ventana abierta a la noche por la que el tráfico entre los vivos y los muertos se produce sin impedimentos. Los fantasmas no necesitan la noche, solo el descenso de la conciencia que la noche concede. La indefensión de la mente.

El médico le receta pastillas para dormir. En realidad, son anestésicos en forma de pastilla. El Ambien lo deja KO, lo sume en el olvido. No sueña. Se despierta agobiado por la ausencia de sueños, por no haber soñado conmigo.

Los amigos están preocupados. ¿Está perdiendo el juicio? Estoy muerto, la descomposición ha convertido mi cuerpo en un festín. Mientras tanto, Simon apenas come.

Un día, dando un paseo, ve a un joven con un gato encaramado al hombro. Por primera vez, algo le produce curiosidad. Durante un momento, me olvida. Se sientan juntos en un banco y Simon acaricia al gato. El gato se porta bien con él, se frota la cara en su mano y a Simon parece sorprenderle haber tocado algo que no resulte doloroso.

El joven le explica que el gato es un animal de apoyo emocional. Antes de tenerlo, tomaba antidepresivos. Se van, el hombre y el gato, y Simon los observa mientras se acaricia la mano de manera inconsciente. Intento tocarlo, pero solo siente una brisa en el cuello. Me pregunto si existirán los fantasmas de apoyo emocional.

Esa noche no se toma los somníferos. Le cuesta dormirse, pero al final lo hace, y más tarde, a altas horas, la mente de Simon se abre y me cuelo por el resquicio.

Por la mañana, empieza a desayunar de nuevo.

Y eso se convierte en nuestra rutina. Siempre es el mismo sueño. Estoy acostado, con un brazo encima de él. Soy el cuerpo sano que recuerda. Cosa extraña, porque yo no lo recuerdo en absoluto. Recuerdo a Simon recordándome a mí. Él es el canal libre. Yo me recuerdo cada vez menos. Tengo la sensación de estar desapareciendo. Estoy aquí porque le quiero. Sigo aquí porque me quiere. Pero no durará.

¿Qué has dicho, Simon?

En este lecho empapado de noche lo que busco contigo es el valor para enfrentarme al día. Para que cuando llegue la luz, me vuelva hacia ella. Nada más sencillo. Nada más difícil. Y por la mañana, nos vestiremos juntos y nos iremos.

Es nuestra última noche. Soy tenue. Soy la última fila de letras de la tabla del oculista. Apenas me veo.

Simon está en la cocina, y al menos hoy acompaña la sopa con pan. Soy una amalgama de descargas eléctricas. Un cortocircuito. Esta certeza me proporciona la última idea que tendré nunca... y lo último que le diré a Simon. La antigua radio de válvulas que arregló está en la encimera de la cocina. Voy a provocar interferencias. Voy a envolverla con mi totalidad, como si arrancara un coche viejo con unas pinzas.

Un resplandor tenue... y el aparato vuelve a la vida. Empieza a emitir un zumbido. Si el amor necesita un objeto, es este. ¡Simon! Deja el cazo de la sopa y mira hacia aquí.

Está sintonizada la BBC Radio 4. Son las 12.48 a. m. «Y ahora el pronóstico marítimo emitido por el Servicio Meteorológico a partir de la Agencia Marítima y de Guardacostas a las 00.48».

Simon se queda mirando la radio.

Cuando estábamos en casa, siempre escuchábamos la predicción marítima antes de irnos a dormir. El lenguaje es una nana.

«Viking. North Utsire. South Ursire. Fortties. Cromarty. Forth. Tyne. Dogger. Fisher. Bahía alemana...».

Treinta y una zonas marítimas. Un límite estricto de trescientas ochenta palabras.

Simon se acerca a la radio y extiende las manos hacia las válvulas, que están calientes y encendidas. Vibran como una cuerda de chelo.

«Rockall. Malin. Hébridas. Viento del suroeste fuerza 8 a temporal fuerza 10 virando al oeste, vendaval fuerza 9 aumentando a rachas fuerza 11. Lluvia y chubascos tormentosos. Ligeros hasta moderados».

La entonación es regular y modulada. El lenguaje, rúnico. «Baja atlántica de 988 milibares esperándose de 975 en las islas Feroe para la

medianoche de hoy».

Es un poema modernista de uso cotidiano. Es un canto cambiante. En la cama, de noche, con las luces bajas, el mundo parece tranquilo y ordenado, su cualidad cambiante forma parte de su previsibilidad. Parece que todo fuera a seguir igual para siempre. Que nosotros vayamos a estar aquí, esta noche, y la de mañana, con las luces bajas, escuchando el parte del tiempo en el mar.

Simon se ha quedado quieto, como si hubiera oído su nombre a lo lejos. Tiene la cabeza ladeada, igual que un perro que capta una voz que conoce.

Abre las manos y se las calienta con las válvulas, que ahora están encendidas del todo, como si la luz, el calor y el sonido penetraran en su cuerpo. En la cocina a oscuras, sus manos brillan.

Estoy a su lado; es decir, estoy a su lado con una forma que no reconozco. ¿Es una forma? Eso supondría dimensionalidad, y no la poseo. Lo que parecía pérdida de memoria, una especie de demencia astral, ha pasado. Me espera algo, pero no sé qué será... Oh, ¿has oído?, todavía utilizo esa gramática tan práctica del pasado, el presente y el futuro, cuando solo es algo orientativo que no ha de tomarse a pies juntillas (por cierto, tampoco tengo pies), una manera de tratar el sinsentido del tiempo.

Pero, Simon, el tiempo es real para ti, y ahora viajas a través de él sin mí. No estaré esperándote al otro lado porque creo que no hay ningún otro lado, ni ningún yo, y que en este «país desconocido de cuyos límites ningún viajero regresa» no hay fronteras; es un por los siglos de los siglos, y puede que algo que fuiste tú y algo que fui yo sucedamos —es la mejor palabra que se me ocurre—, sí, quizá sucedamos de nuevo, juntos otra vez, en lo extraño de... ¿Lo extraño de qué? No se me ocurre la palabra. ¿Lo dejamos en lo extraño?

En lo extraño nada es como esperábamos que fuera —lo que nos dijeron que esperáramos—, ni olvido ni gloria. Ni hogar ni infierno. Lo extraño posee una especie de fuerza electromagnética, tan poderosa

como lo era la gravedad, y tira de mí. Hacia dónde, lo ignoro. Lejos de lo que veo con claridad.

Lejos de ti.

Estoy aquí porque te quiero y eso no se olvida ni se pierde ni disminuye ni se debilita ni se desvanece. No necesita puntuación. Ni explicación.

El amor no me abandona, pero yo sí me abandono a mí, y te abandono a ti. Lo siento.

En el resplandor que deja la radio apagada, estoy tan cerca de Simon que me siento dentro de él, de su pulso, de su latido, de su sangre, de su sudor. Puedo atravesarlo porque no es sólido. En sus partículas y particularidades, es lo mismo que eres tú, espacio vacío y puntos de luz. Tampoco se diferencia tanto del lugar en el que estoy. No se diferencia tanto de estar muerto. Estar muerto significa comprender la rareza de la solidez; es decir, el engaño de la solidez. La historia cambia, pero no termina.

Ya no tengo recuerdos. Lo que hiciera a lo largo de mi vida lo he perdido. Mi historia se ha completado. Ya no hay felicidad ni dolor. La última parte terrestre de mí se desvanece en el reflejo de un cristal. La imagen más clara que puedo ofrecerte es la de una constelación. No una cosa. No una estrella. Una congregación de luz en movimiento.

Simon está diciéndome algo. No le entiendo porque he perdido el lenguaje. Lo veo gesticular, se responde a sí mismo, está emocionado, está cocinando. La cocina está empañada. Va a abrir una botella de vino. Lo veo muy delgado, y hambriento. Continúa hablándole a la radio —a la parte de atrás de la radio— mientras las válvulas brillan y zumban. Es la primera noche que vuelve a ser él.

Más tarde, cuando llega la hora de irse a la cama, Simon sube llevándome puesto como una red de seguridad. Lo envuelvo por completo. No dejaré que se caiga. Tumbado, continúa con los ojos abiertos, fijos en la farola de fuera. Se los cierro con delicadeza, con la misma delicadeza con que cerró los míos. Lo tapo con lo último que

queda de mí, y le quiero, y se duerme.

Canterville & Cock

De pequeño, la atracción de feria que más me gustaba era el tren de la bruja.

¿Te acuerdas de cómo eran? ¿Antiguamente? La fachada negra decorada con fantasmas y arañas. El hombre de la capa negra y el sombrero de copa que rompía las entradas, los vagones con forma de ataúdes. Y sin tiempo para respirar, las carcajadas siniestras cuando las puertas se abrían de par en par, los murciélagos que revoloteaban alrededor de tu cabeza. ¡Grita ahora!

Mi atracción favorita empezaba con un bandazo que te descoyuntaba los huesos al tomar una curva cerrada y sin visibilidad, donde un esqueleto que brillaba en la oscuridad levantaba su brazo osificado.

El túnel se llenaba de niebla. Había un descenso brusco espeluznante que no parecía tener fin, directo a la laguna oscura, cuyo lecho estaba iluminado con rostros sonrientes. La barca ataúd continuaba su viaje, pasaba junto a brujas y fantasmas, por delante de castillos encantados con torres que se recortaban contra los relámpagos, lápidas agrietadas y chorreantes, una mano que salía de la tumba para agarrar la proa.

Lo peor de todo eran las cortinas de telarañas que de pronto cubrían la barca. El aliento frío en tu rostro y el inesperado cambio marcha atrás, durante un segundo silencioso, justo cuando creías que ibas a atravesar de golpe las destartaladas puertas de madera para salir a la bendita luz del sol.

¿Alguna vez has deseado tanto ver la luz del sol?

De pequeño, vaciaba calabazas para hacer faroles de Halloween. La

noche del truco o trato yo era el que pasaba más miedo de todos.

De adolescente me hice gótico a muerte, dormía entre sábanas negras y andaba por ahí a la luz de las velas. Mi lectura nocturna eran historias de fantasmas.

De estudiante, me di cuenta de que podía sacar bastante dinero realizando visitas guiadas por lugares misteriosos mientras le contaba a la gente historias escalofriantes de asesinatos y venganzas de ultratumba. Nadie cree en esas cosas, pero todos quieren creer en ellas.

Así es como puse en marcha Canterville & Cock, Ilusionistas. Una maldición no es más que una ilusión, pero muy llamativa. Por entonces resultaba más fácil que ahora encontrar edificios antiguos a la espera de ser restaurados, así que aprendí a montar espectáculos sorpresa, aprovechando al máximo el abandono y la atmósfera fría del lugar. Es increíble lo que puede conseguirse con unas sábanas, unos maniquíes, un actor con peluca y una vela, y un poco de música de fondo.

En la actualidad, sobre todo organizo fines de semana inmersivos. El patrocinador alquila un castillo o una gran casa donde se supone que hay un fantasma, y los invitados pagan por comer, beber, no dormir nada y vivir una versión del tren de la bruja por el castillo, de noche, y a pie. Matarlos de miedo y pasarlo bien. Nosotros ponemos el tablero de güija, que lleva un imán por debajo para que pueda mover el vaso tirando de un cable cuando me siento a la mesa. Después de cenar, mi socio, con su voz grave, lee historias de M. R. James junto al fuego.

Una parte clave de la experiencia es que los invitados vistan ropa de época. Ni vaqueros ni zapatillas de deporte. Vestidos en el caso de las mujeres y trajes en el de los hombres, el estilo dependerá de la temática del fin de semana.

Este fin de semana nos encontramos en un elegante caserón del siglo XVII en el que se celebran fiestas durante todo el verano para clientes que quieren probar la buena vida. El Downton Abbey de los contables. En invierno, la familia pija-pero-tiesa quiere organizar fines de semana con fantasmas.

El único problema es que no los hay.

Por supuesto, los fantasmas los proporcionamos nosotros, es nuestro trabajo, pero siempre viene bien disponer de una historia de terror auténtica en la que basarnos. Buscamos antepasados emparedados, esposas agraviadas, niños de rostro demacrado que arrastran un osito de peluche, un tío alcohólico que halló un triste final.

En esta familia, por lo visto todos han muerto plácidamente mientras dormían.

Soy un profesional, y carecer de un verdadero fantasma no es más que la oportunidad de inventarte uno; al fin y al cabo, los fantasmas en sí son una invención, ¿no? Una de mis piezas favoritas es la historia del fantasma de Cock Lane. En 1762, la gente hacía cola noche tras noche para pegarse sustos en una pensión de mala muerte cerca del mercado de carne de Smithfield, en Londres. Una habitación encantada y una niña poseída se habían hecho tétricamente célebres a causa de unos ruidos y golpecitos. Al final se descubrió que era una farsa, pero despertó el interés de todo el mundo, duques y fontaneros por igual, y proporcionó a farsantes como yo la base perfecta sobre la que trabajar.

Mientras la familia divagaba sobre todos los antepasados que estaban criando malvas, salió a la luz que sí había existido un pequeño escándalo en la familia: una estadounidense, una tal Pamela, se había largado con uno de los hijos, allá por 1962. El hijo había regresado cerca de un año después, casado con una encantadora jovencita inglesa. Fin de la historia.

Aun así, pensé, podría estar bien un fin de semana de temática sesentera. Perritos calientes y cócteles, corbatas estrechas y mocasines. Un episodio de *Mad Men*.

Con fantasma incluido.

—¿Quién es el fantasma? —preguntó la familia.

—¡Ella! Pamela.

Me decanté por una historia estilo señorita Havisham: una mujer plantada por su amado, una mujer que nunca fue capaz de superarlo. Se suicidó tirándose del puente de Brooklyn. Ahora, su fantasma habita el ala este.

—Pero ¿por qué iba a molestarse Pamela en viajar desde Brooklyn para venir a Berkshire?

Tuve que explicarles que la distancia es irrelevante para los fantasmas.

No es que lo sepa seguro, claro, y es cierto que las historias de fantasmas tienden a situarlos cerca de sus hogares, pero ¿por qué no innovar en el género?

—¿Pamela tenía habitación propia en esta casa?

—De vez en cuando se alojaba en un cuarto de invitados, pero casi siempre estaba en el jardín, intrigando y fumando.

—Entonces usaremos el jardín, y el humo.

—El fantasma que fume lo que quiera, pero los huéspedes no.

Acepté sus condiciones y nos dispusimos a recrear la habitación de Pamela. No tenía por qué ser realista, bastaba con que diera el pego. Pesadas maletas de cuero con correas y etiquetas, unos cuantos vestiditos en el armario, un martini, sin terminar, en la mesita de noche. Al final, escogimos la habitación que se encontraba justo encima del comedor, así podríamos dar golpes en el suelo durante la cena, antes de que empezara el recorrido nocturno.

Llamé a una de las actrices con las que solemos trabajar para que encarnara a Pamela tal como habría sido en los sesenta. Optamos por el paquete Jackie Kennedy completo: casquete, guantes blancos, traje rosa. Estaba fantástica. Pamela era rubia, pero nuestra chica no quiso teñirse el pelo. No importaba. Los fantasmas pueden llevar el pelo como quieran.

La primera noche no pudo haber ido mejor. Diez parejas, muy metidas en su papel con el vestuario. Algunos incluso imitaron un acento americano espantoso. Todas habían leído la malhadada historia de amor en la página web.

Vestimos a los camareros para que parecieran salidos directamente

de una cafetería americana e iniciamos la velada agasajando a los invitados con tomates cherry rellenos de atún, cóctel de gambas y martinis, a los que siguieron pollo a la King y ensalada Waldorf. El pudin de chocolate se reservó para después de la visita guiada. Es importante que todo el mundo esté más que medio borracho antes de que empiece la diversión, así que el vino corrió a raudales.

Hacia el final de la cena, mi cómplice aporreó con fuerza el suelo del dormitorio de Pamela.

—Ha llegado el momento de convocar a los muertos —anuncié.

(Siempre visto frac negro y corbata blanca independientemente de la temática. Soy el maestro de ceremonias).

Tras apurar sus copas, los asistentes a la velada ocuparon sus asientos alrededor del tablero de güija. La mesa es uno de mis elementos de atrezo preferidos. El tablero en sí es un círculo de letras negras con la imagen de un coche fúnebre tirado por caballos en el centro. Crea la atmósfera adecuada.

Bajamos las luces. Las verdosas que utilizo dan una tonalidad cadavérica a la tez más saludable. Los invitados ya habían empezado a intercambiar miradas entre ellos, un poco nerviosos.

Pedí a las personas reunidas alrededor de la mesa que se cogieran de las manos y cerraran los ojos. A una mujer se le escapó una risita.

—¿HAY ALGUIEN AHÍ? —pregunté con voz solemne.

—Sí, yo —dijo uno de los hombres. Más risitas.

Probé de nuevo:

—Da un golpe para decir que «sí» y dos para decir que «no».

Se oyó un golpe al instante. (Lo hago con un pedal, como el de los bombos).

Inspiraciones bruscas. Ya eran míos.

—¿Podrías decirnos tu nombre?

¡PUM!

La mesa guardó silencio. Les pedí a dos de las mujeres que colocaran el índice sobre el vaso, que estaba boca abajo. Preparé el cable magnético. El vaso empezó a deletrear: P. A. M. E. L. A.

—¡Hostia! ¡Hostia! ¡Hostia! ¿Puedo ir a por una copa?

Me puse muy serio.

—Nadie debe abandonar la mesa durante la sesión.

»¡Pamela! —dije bien alto—. ¿Te comunicas desde el más allá?

¡PUM!

—¿Podrías enviarnos una señal de que te comunicas desde el más allá?

La radio del carrito de las bebidas se puso a funcionar a todo volumen. Las Supremes cantando «Where Did Our Love Go?» (1964).

—Alucinante —dijo una mujer, la que vestía como Elisabeth Moss.

Aproveché mi ventaja.

—¿Quieres decirnos algo, Pamela?

Esta vez pedí que dos hombres pusieran las manos sobre el vaso. Los hombres son más difíciles de impresionar cuando se trata de apariciones. A trompicones y con brusquedad, el vaso se desplazó entre las letras y deletreó D. E. S. C. O. N. S. O. L. A. D. A.

—¡Oh, qué triste! —dijo otra de las mujeres, la que vestía como Cher cuando hacía dúo con Sonny—. ¿Cómo podemos animarte, Pamela?

A. L. C. O. H. O. L., deletreó el tablero, cosa extraña porque yo no había utilizado el imán. Imaginé que sería una broma de los hombres y temí que aquello se saliera de madre. Decidí recuperar el control.

—Que todo el mundo se dé la mano, dejemos que el vaso se mueva solo —ordené. Usando el imán, deletreé: D. O. R. M. I. T. O. R. I. O.

—¡Vaya con la chati! —dijo el tipo que había acudido vestido como Don Draper.

Señalé que no se trataba de una invitación, sino de una instrucción.

—¡Señoras y señores! Guiados por nuestra visitante espectral, propongo que iniciemos el Tour de Pamela.

En ese momento, las luces tenues que iluminaban el tablero de güija se apagaron del todo y nos quedamos completamente a oscuras. Nadie se atrevió a moverse. Uno de mis ayudantes, sin hacer ruido y sin que nadie pudiera verlo, abrió el frasquito de perfume. Chanel N.º 5.

Con el rostro empolvado de blanco y vestido de enterrador, otro miembro del equipo entró con una bandeja llena de velas encendidas que se distribuyeron entre el grupo. Conmigo a la cabeza, dejamos la planta baja y nos dispusimos a ascender la escalera de roble, en la penumbra.

Había colocado a uno de mis secuaces, disfrazado de armadura, en un sitio estratégico. En su debido momento, el visor se alzó y expulsó un humo rojo.

Las mujeres chillaron.

—Reconozco que todo esto es para entretenerles, pero ¿sabrían distinguir lo que es ilusión de lo que es real? —dije.

—¿Y usted? —preguntó el hombre que iba de doctor Strangelove.

El grupo recorrió el largo camino hasta el dormitorio de Pamela, justo a continuación del ruidoso tictac de un reloj que no hacía más que resaltar el silencio. Me detuve un instante frente a la puerta.

—Este era el dormitorio de Pamela. Pueden entrar.

La habitación estaba como si Pamela acabara de dejarla: la colcha caída, la novela en la cama, el martini casi intacto en la copa y una colilla de Sobranie Black Russian en un cenicero. Unas medias sobre una silla. De nuevo, nos asaltó la fragancia a Chanel. Había un frasco con pulverizador en el tocador.

Encima de la cómoda, en un tocadiscos con un estuche verde azulado, la aguja rascaba el vinilo, adelante y atrás, al final del disco que Pamela, según cabía suponer, había estado escuchando hacía poco.

Cuando el grupo acabó de entrar, las cortinas de la ventana empezaron a moverse ellas solas y se acampanaron ligeramente hacia el interior de la habitación. Era uno de nuestros efectos preferidos, que conseguíamos con unas pequeñas máquinas de viento colocadas detrás de cada cortina.

—¿Habéis visto eso? ¡Por Dios!

La mujer que creía ir vestida como Marilyn Monroe estaba impresionada.

—Pamela nos está pidiendo que miremos por la ventana —dije.

Aparté las cortinas con gesto teatral, lo que me permitió ocultar las pequeñas máquinas de viento.

Unos cuantos invitados se acercaron a la ventana y echaron un vistazo al jardín.

—¿Ven algo?

—No.

Un reloj dio la hora.

Y acto seguido se oye un grito considerable.

—¡La veo! Es Pamela.

Todo el mundo se agolpa en la ventana. Nadie busca una máquina de viento. Mi actriz está paseándose arriba y abajo mientras fuma un cigarrillo. Una neblina (hielo seco) la envuelve.

—Es alucinante.

—¿Puede oírnos? ¡Eh, Pamela!

Por descontado, no obtienen respuesta; ella sigue caminando, de un lado a otro. Es una lástima que no lleve la cabeza bajo el brazo, impresiona más, pero eso solo lo ofrecemos en los espectáculos de los Tudor.

Antes de que alguien empiece a hacer demasiadas preguntas, el enterrador llama a la puerta para anunciar que el postre está servido.

Contentos y borrachos, los invitados lo siguen y vuelven junto al fuego para oír historias de fantasmas y disfrutar del pastel de chocolate. Yo cierro la marcha hasta la escalera (tengo que asegurarme de que ninguno se me despiste por ahí) y me despido de ellos. Toca recoger.

Tarareando, llego a la habitación de Pamela.

Sentada en la cama, con las piernas cruzadas, hay una mujer rubia vestida con pantalones Capri y una blusa blanca. Está descalza.

—¿Quién es usted?

—Lo mismo podría preguntarte yo.

—Yo soy Paul, de Canterville & Cock, Ilusionistas.

—¿Eres tú el que ha montado todo esto? —Con un gesto de la mano señala la habitación—. ¿Y lo de ahí fuera?

Se levanta y mira por la ventana.

—Si se refiere al Tour de Pamela...

—Yo soy Pamela.

—Eso es imposible, está muerta.

—Desde luego que lo está. La mató él.

—¿Quién?

—El hijo de papá con el que me fugué. Hugo. El pequeño de la familia, el niño mimado. ¿Te puedes creer que sigue vivo, en una casa

de campo, en Bournemouth? He ido a visitarlo, y he hecho que ocurrieran algunas cosillas: aparición de ectoplasma, fallos eléctricos, ruidos espantosos en plena noche... Es tan tonto que ni se entera. Morirá pronto, y entonces sí que haré de su vida un infierno.

No supe qué decir, así que no dije nada.

Pamela puso en marcha el disco. Es decir, vi que la aguja se alzaba y descendía, y podía ver a Pamela, pero su mano no agarró el brazo del tocadiscos, porque nada más rozarlo los dedos se volatilizaron en el aire como por arte de magia. (¿Te has fijado en que solo en las historias de fantasmas la magia se convierte en arte?).

—Si está muerta, entonces ¿qué hace aquí? —le pregunté cuando empezó a bailar al ritmo de la música.

—Tú me has llamado.

—¡Yo no he hecho nada semejante!

—Yo te di la ocurrencia del fantasma de Pamela... estaba a tu lado haciéndote pensar en mí. Llevaba días siguiéndote.

(La idea no me entusiasmó).

—Cuando diste con mi historia, ¡fue genial! Pude visibilizar-me.

—¿Visibilizar-se?

—¿Cómo lo llamarías tú?

—Lo llamaría ilusionismo. Me dedico a eso.

—Lo creas o no, Paul, soy Pamela. En agradecimiento por haberme invitado este fin de semana, interpretaré a Pamela para ti, es decir, seré yo misma durante el resto de la visita.

—Venga ya, esto es absurdo —protesté—. ¿Es de la familia?

—Debería, y lo habría sido si él, ese parásito inadaptado, no me hubiera tirado por el balcón de Miami.

—Según me contaron ellos, usted se marchó con un vendedor de coches de New Jersey.

—Tuve una aventura, nada más. Quería un Corvette. Pero a Hugo tendría que haberle dado igual. No sabía que era de los celosos. Tampoco era para matarme. Además, él ya había conocido a su inglesita. Una chica tan animada como una dosis doble de Valium.

—¿Ella también está en Bournemouth?

—Oh, no. Está por ahí, en el mar. Lo que quede de ella. Ya me ocupé de eso.

—¿La mató?

—Le indiqué el camino correcto. El que llevaba al borde del acantilado.

Decidí que era hora de ir a buscar algo de beber.

—Me muero por una copa —dijo Pamela, y luego añadió, leyéndome la mente—: Deletreé A. L. C. O. H. O. L. en esa tontería tuya de la güija, lo sabes muy bien.

Por primera vez en toda aquella conversación, me inquieté.

Dejé a Pamela bailando «Strangers in the Night» (1966). Cuando compré el vinilo de 45 r.p.m., en eBay, para ponerlo en el tocadiscos de maleta, pensaba que Pamela aún seguiría viva, seguramente conduciendo su Corvette por New Jersey. Pero resulta que había muerto en 1964. ¿Qué estoy diciendo? Esa mujer no es Pamela. Esa mujer no es un fantasma.

Me apresuré a bajar. Oí a Joe leyendo historias de terror con su vozarrón. Me daba tiempo a comer un trozo de pastel y tomarme un brandy.

Estaba disfrutando de la comida cuando Melvin, el dueño de la casa, entró para felicitarme por la magnífica velada. Le di las gracias y le pregunté cómo sabía que Pamela se había fugado con un vendedor de coches.

—Oh, está todo en las cartas que Hugo le enviaba a su madre. Por lo visto, al final resultó que Pamela era un poco ligera de cascos.

Estaba a punto de advertirle que no era muy aconsejable hablar de una mujer en esos términos cuando una sopera de gran tamaño que había en la mesa auxiliar a su espalda cayó al suelo con gran estrépito. El hombre dio un respingo y se golpeó el pie con la silla.

—Pero ¿qué demonios? ¿Esto es cosa tuya, Paul?

No era cosa mía. Se la había lanzado Pamela. Estaba sentada en el aparador, con sus pantalones capri y descalza. Aunque era mucho más

menuda que en el dormitorio. ¿Lo del tamaño es algo aleatorio para los fantasmas? O sea, ¿por qué tendría que seguir midiendo un metro cincuenta y siete después de muerta?

Absorto en mis cavilaciones, no había contestado a Melvin, quien me fulminaba con la mirada mientras daba saltitos. Tenía que concentrarme.

—Melvin, te pido disculpas, pero te aseguro que lo de la sopera no ha sido uno mis efectos especiales.

—Eso espero, joder —masculló, sirviéndose un copazo de brandy—. Bueno, nos vemos por la mañana. Si es que puedo caminar.

Se fue a la pata coja.

Pamela vino a sentarse a mi lado.

—Es un baboso. Puedo decirte con seguridad que engaña a su mujer. En esta familia todos están cortados por el mismo patrón.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi saliendo a dar un paseo a caballo para encontrarse con una mujer. Lo hicieron de pie.

—La verdad es que no quiero saberlo.

—Para una mujer no tiene ninguna gracia hacerlo de pie. No hay fricción.

—¡Pamela!

Se echó a reír.

—Al menos me llamas por mi nombre. ¿Eso es que ya crees en mí?

No contesté.

—Veo que has recuperado tu tamaño original.

—Ah, sí. La gravedad. Ahora ya no es un problema. Puedo estirarme... —Y se estiró hasta que los rizos rubios flotaron bajo la luz del techo—. Y puedo encogerme. —Se encogió—. Paul, si estuvieras en el espacio, tu cuerpo se estiraría más y más.

—Sí, pero no se encogería. Simplemente se desintegraría.

—Vale, quizá no me refiera a la gravedad-gravedad. Pero como floto... —Se puso a flotar—. Digamos que a una especie de gravedad.

—¿Los fantasmas no están sujetos a las leyes de la gravedad?

—Exacto, así es. No tenemos masa.

—Te has tomado la molestia de informarte —dije.

—Llevo setenta años haciendo trabajo de campo. Además, se conoce a un montón de gente interesante cuando te mueres. Físicos y cosas así. He conocido a Robert Oppenheimer.

—¿El tipo de la bomba atómica?

—El mismo.

—¿Y a Einstein?

—¡No, no! ¿No lo sabes? Se supone que trabajas en esto, ¿no sabes estas cosas? Fantasmas solo son aquellos que han tenido una muerte violenta. Asesinatos, suicidios, bajas de guerra, ejecuciones, accidentes espantosos, una enfermedad incluso. Robert Oppenheimer se quitó la vida. Esos somos los que seguimos por aquí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Hasta que podamos irnos.

Yo sí que estaba deseando irme. Por lo que oía, la velada frente al fuego se acercaba a su final.

—Pamela, me voy a la cama.

—Nos vemos mañana, Paul.

Y desapareció. Alargué la mano hacia el espacio que ocupaba instantes antes. ¿Es la palabra correcta? Me refiero al caso de los incorpóreos. Lo sea o no, el espacio vacío recién vaciado estaba tan frío como el hielo.

Me quedé tumbado en la cama mirando el techo. ¿Por qué seguimos con los ojos abiertos, aunque no veamos nada?

Solo había dos opciones: A) Yo había perdido la chaveta. B) Pamela es un fantasma.

Al día siguiente, me levanté temprano, mucho antes que los invitados, a fin de preparar la pasarela para la levitación espectacular de la noche. La estrecha plataforma de acero inoxidable está formada por tramos y recorre toda la terraza. Parecerá que Pamela —Pamela mi actriz, quiero decir— camina en el aire. El hielo seco ocultará el sencillo montaje que hay detrás de la ilusión. Hoy la terraza estará

cerrada y no podrá verse ni desde la casa ni desde los jardines.

Es noche de barbacoa. Perritos calientes, hamburguesas y mazorcas de maíz. Jarras de negroni, cerveza helada y, más tarde, sorbete. Luego, cuando los invitados hayan bebido lo suficiente para bajar la guardia, comenzará la sesión. Esta noche, «Pamela» les pedirá que vayan al jardín. Y nada más acabar la levitación, unos fuegos artificiales nos permitirán retirar rápidamente todo rastro de la pasarela.

Para la hora de las historias, y del brandy, Pamela habrá acabado. Habrá una Pamela en un tren de regreso a Londres y la otra Pamela, espero, se desmaterializará.

Sí, esa es la palabra adecuada. Los fantasmas se materializan y desmaterializan. No se visibili-zan. A lo mejor jugaba con el lenguaje para seguir sintiéndose joven. Joven y muerta.

Mientras Pamela se des-visibilice, que haga lo que quiera con la gramática.

El día transcurrió sin noticias de Pamela. Empezaba a pensar que se había visto arrastrada de vuelta a través del portal del tiempo como un Don Juan rubio y trans al final de la ópera.

¿Los muertos controlan sus idas y venidas?

Me había dicho que no pudo materializarse hasta que, de algún modo, lo hice posible, pero si lo había hecho posible yo, ¿también podía des-posibilizarlo?

La motivadora idea me tuvo entretenido hasta que llegó la hora de encender las barbacoas. Habíamos alquilado una fantástica máquina de discos Rock-Ola. Estadounidense, con doscientos éxitos de los sesenta. Estaba de espaldas a ella, calentando los panecillos en el minihorno, cuando empezó a sonar la música a todo volumen. Los Beatles, «Can't Buy Me Love» (1964).

Me di la vuelta. La Rock-Ola lanzaba destellos de neón y Pamela —levitando ligeramente— estaba estudiando con detenimiento el menú de canciones.

—¡Hola, Pamela! ¿No habías muerto ya cuando salió *A Hard Day's Night*?

Se volvió hacia mí, sonriendo con dulzura. Ese día, podía ver la

máquina de discos del otro lado a través de ella.

—Pamela, hoy tienes un aspecto un poco más transparente...

—Lo sé, cielo. Estoy baja de energía.

Parecía que le faltaba un brazo.

—¿Los fantasmas tienen problemas con los niveles de energía?

—Oh, sí. Y hace falta un montón para visibilizar-se.

—Se dice materializarse.

—No seas pelma, Paul. Y menos ahora, con lo que me está costando.

Era mi oportunidad.

—Si tanto te cuesta, ¿por qué no desapareces? No hace falta que andes por aquí, ¿no?

—Tengo un plan —dijo—. Y ya que estoy aquí, será mejor que aproveche. Ni te imaginas lo aburrido que es estar muerto.

Melvin cruzó el patio renqueando.

—Buenas, Paul. Hablando solo otra vez, ¿eh?

—¿Qué tal el pie?

—Hinchado. Esta mañana iba a salir a montar a caballo. Con un amigo.

—Ya te he dicho que engaña a su mujer —dijo Pamela.

—¿Te quieres callar?

—¿Disculpa? —dijo Melvin, poniéndose más rojo de lo que ya era.

—No te decía a ti, Melvin, perdona.

—¿Estás bien de la cabeza, Paul? Puede que eso del ilusionismo te esté pasando factura.

(¿Ilusionismo?).

Pamela había ido flotando hasta detrás de Melvin y su cabeza asomaba por encima de la de él. Empezó a hacer muecas. Me entró risa. Melvin no lo encontró gracioso.

—Hazme caso, te convendría ir al médico —dijo.

—Es posible —contesté, y luego añadí (¿por qué lo hice?)—: ¿Se la pegas a tu mujer, Melvin?

Su cara lo dijo todo. La expresión fue variando a la misma velocidad que el clima en una isla: incredulidad, conmoción, terror y finalmente ira.

—¿Quién ha estado chismorreando? ¿La criada? ¡Ahora mismo la despido!

—Me lo ha contado Pamela.

—¡Pamela! No seas imbécil, Paul. No creo en los fantasmas, pero sí en que eres un entrometido. Un entrometido muy listo —apuntó Melvin —. Y si le dices una palabra a mi mujer...

—Ella lo sabe... —intervino Pamela.

—Lo sabe... —repetí.

Salvado por el negroni. En ese momento, algunos invitados se acercaron con sus cócteles en la mano mientras me saludaban con la otra. A todo el mundo le caen bien los magos. A Melvin no le quedó más remedio que sonreír. Al fin y al cabo, quien paga manda. Mientras se alejaba cojeando, me señaló meneando un dedo corto y manchado de algo.

—¡Te arrepentirás!

—¡Qué hombre más antipático! —dijo Pamela—. Como toda la familia. No te preocupes, cielo. No olvides que tengo un plan.

—¿Tienes pensado visitar Bournemouth? —pregunté.

—Hay tiempo de sobra —aseguró Pamela.

Supongo que en eso tiene razón.

La barbacoa fue un éxito. Comida, bebida y ninguna materialización sobrenatural. Bueno, una. Mientras estaba sentado, exhausto, en un banco, sin haber comido nada desde el mediodía, un perrito caliente flotó frente a mi boca dirigido como un torpedo. No había señales de Pamela. Hasta que oí su voz:

—Estoy reservando energías, Paul. ¡Venga, hombre, come!

Le di un mordisco. Mastiqué. El resto del perrito se acercó un poco más.

—Otra vez.

Nadie me había dado de comer desde que tenía unos cuatro años. Cuando hube terminado, Pamela me limpió la boca con una servilleta de papel.

Caía la noche.

—Hora del tablero de güija —dijo—. ¡Qué ganas!

Los invitados se sentaron alrededor de la mesa. Se encendieron las lámparas verdes. Se respiraba expectación en el ambiente. Había preparado el cable magnético, pero tenía el presentimiento de que no iba a necesitarlo.

—¡Pamela! —dije—. ¿Tienes algo que decirnos?

¡PUM!

—Dos de ustedes, quienes sean, ¿podrían colocar el índice sobre el vaso, por favor, para que el espíritu de Pamela pueda hablarnos?

Al instante, el vaso empezó a dar vueltas por el tablero con un zumbido. Creía que Pamela iba a prenderle fuego.

A. S. U. S. I. N. A. D. A.

—¿A Susi nada?

—¿Quién es Susi? —preguntó la mujer vestida de Brigitte Bardot.

—Ni idea.

—Ah.

—¡Esperad! ¡Vuelve a moverse! ¡Me está tirando del brazo!

A. S. A. S. I.

A. S. E. S. I. N. A. D. A.

Silencio.

No sé qué me poseyó. (Sí que lo sé).

—¡Pamela! ¿A quién han asesinado?

A. M. I.

Todo fueron murmullos alrededor de la mesa. Una orquesta y coro completos de hostia, hostia, hostia, hostia, hostia.

—¿Quién lo hizo, Pamela?

H. U. G. O.

Caras horrorizadas entre los invitados.

—¡En el folleto dice que Pamela dejó a Hugo!

—Todas las familias tienen secretos —apunté—. ¡Pamela! ¿Dónde está Hugo ahora?

Oí su voz susurrándome al oído.

—¿Cómo se deletrea Bournemouth?

Antes de que pudiéramos proseguir, Melvin irrumpió en la sesión. Encendió las luces del techo.

—¡Basta! ¡Se acabó! ¡Hasta aquí hemos llegado! ¡No os he contratado, panda de charlatanes, para que vayáis difundiendo calumnias sobre mi familia! Pamela era una pelandusca, una cazafortunas. Mi tío abuelo Hugo es un santo. Un santo que vive junto al mar, en un hogar asistido, sin hacer daño a nadie. ¿Cómo te atreves?

Los invitados se quedaron callados, estupefactos.

—Creo que es hora de salir al jardín —anuncié—. Puede que Pamela vuelva a dar un paseo.

Mientras todos se levantaban, agradecidos, y salían, le dije a Melvin:

—Si quieres que pidan que les devuelvan el dinero, sigue así.

Pareció sorprenderse. Hay personas en este mundo que creen que pueden decir y hacer lo que les plazca sin consecuencias. Melvin era una de ellas.

—Ya me ocuparé de ti después —dijo.

Yo también salí. Mis ayudantes habían llenado la terraza de hielo seco y la Pamela actriz «levitaba» a la perfección. Uno de los invitados se acercó a darme ánimos.

—Un gran espectáculo. Y un gran fin de semana. ¡El giro de guion de esta noche con lo del asesinato me ha parecido un golpe maestro!

—Gracias —dije—. Melvin es de esas personas que se lo toman todo de manera literal. Le falta imaginación.

Se oyó un alarido entre los espectadores. La Pamela actriz avanzaba por la pasarela, pero el sombrerito se había separado de su cabeza y levitaba a cerca de un metro por encima de ella. No era cosa nuestra, sino de la otra Pamela, aunque ni siquiera yo podía verla. Mi actriz estaba aguantando el tipo. Cuando llegara al final de la pasarela, el hielo seco la envolvería mientras ella bajaba la escalera y se escondía en la casa. Luego, en la parte de atrás, para que los invitados tuvieran que dar toda la vuelta al edificio, encenderíamos los fuegos artificiales. Pero lo que ocurrió fue que cuando mi Pamela se volvió para lanzar una última mirada heladora profirió un grito que nos heló la sangre a todos. La otra Pamela la había iluminado como si se tratara de una electrocución personal. Un rayo salió disparado de su cabeza.

Crucé el césped a la carrera, salté el murete y atravesé el hielo seco

entre toses. La Pamela actriz estaba incorporándose, lívida, que es como te quedas después de electrocutarte. Tenía la cara tiznada. Toda ella humeaba. Sin pensarlo, le enchufé un manguerazo. Crepitó.

Despacio, la ayudé a levantarse y la llevé adentro. Los fuegos artificiales retumbaban fuera.

—Te pagaré el doble —dije.

Se llevó la mano al pelo.

—Ha pasado algo.

Y tanto. Su melenita lisa se había convertido en una permanente de caniche.

—Te pagaré la peluquería —añadí.

—Es la última vez, Paul. Ya te lo dije cuando me cosiste la cola de sirena encima y tuvimos que ir al hospital a que me la quitaran. Esta vez lo digo en serio.

—Lo siento de veras.

A sus pies estaban formándose charcos negros.

Lamentablemente, tuve que dejarla con mi ayudante porque Melvin había reaparecido. Me indicó que me acercara con cara de pocos amigos.

—Quiero hablar contigo, Cock.

—Yo soy Canterville...

—¡Cock! ¡Canterville! ¡Os vais a enterar igual!

Melvin me llevó por un pasadizo desierto; es decir, por un pasadizo que debería haber estado desierto. En realidad, una luz fantasmagórica lo llenaba de la presencia de Pamela. Sabía que se trataba de ella.

El pasadizo conducía a un pequeño patio interior rodeado de altos muros. Unos ventanucos con barrotes nos vigilaban por encima de nuestras cabezas. Melvin descolgó de la pared un par de esos guantes de boxeo típicos de las comedias. Eran de un rojo vívido y estaban acolchados. Se los puso y empezó a golpear el puño derecho en la palma izquierda.

—Voy a darte una lección, Cock.

—Canterville.

Dio un paso hacia delante y me propinó un puñetazo. ¡Zas! Tal cual.

Me tambaleé. A continuación, un gancho de izquierda. ¡Zas! Creía que me había roto la mandíbula.

—¡Paul! —exclamó Pamela—. ¡Tú tranquilo! ¡Copia mis pasos! ¡Sigue mis pies!

Aparecieron dos pies descalzos e iluminados. Melvin trató de pegarme de nuevo mientras maldecía. Me lanzó un puñetazo, erró, lanzó otro, erró. Me tambaleé y me golpeó en el hombro.

—¡Paul! ¡Presta atención! ¡Más rápido! ¡Izquierda! ¡Izquierda! ¡Izquierda! ¡Izquierda!

Seguí los pies. ¿Pamela había sido entrenadora de boxeo en su vida anterior? Frustrado porque no lograba alcanzarme, Melvin fue a darme un cabezazo, lanzando un rugido. Cerré los ojos. Y entonces oí un grito espantoso, largo, demasiado largo, pero cada vez más débil, como si Melvin estuviera alejándose. Que era lo que hacía.

Paf. Como una piedra al caer en un pozo.

Abrí los ojos. Era un pozo. Estaba asomado a un conducto estrecho, de paredes inclinadas. Un agujero negro.

—Vuelve a poner la tapa, ¿quieres, Paul? —dijo Pamela—. Por eso no he sido visible en todo el día. He gastado toda mi energía en quitar la tapa. Es de hierro colado.

—¿No deberíamos buscar ayuda?

—¿Para qué? Está muerto.

—¿Estás segura?

—¡Si lo sabré yo!

En eso tenía razón. Arrastré la tapa hasta cerrar el pozo.

—Pero ¿por qué has matado a Melvin y no a Hugo?

—Oh, a Hugo le quedan cuatro días. Me dejé caer por Bournemouth mientras estabais disfrutando de vuestra barbacoa y le escondí la alarma antipánico, esa cosa que lleva colgada al cuello. Luego le puse la zancadilla cuando salía arrastrando los pies para dar de comer a los pájaros. Está tendido en el suelo, sin poder hacer nada, detrás de la puerta esmerilada del jardín.

—¿Y si tomamos algo?

Pamela y yo volvimos dentro, a la cocina. Preparé dos martinis y los

coloqué uno al lado del otro.

—Podría haber dejado que Melvin te matara, ¿sabes? Me lo planteé.

—¿Que me matara?

—Sí, así te tendría para mí sola.

Estaba sentada en la mesa de la cocina, con las piernas cruzadas.

—En cambio, Paul, decidí darle un respiro a su pobre mujer. No se merece a Melvin. Además...

—¿Además?

—Ahora la casa tendrá una historia de fantasmas de verdad. Un pozo encantado.

—¿Melvin regresará?

—Ya lo creo. Está furioso.

—Espero que no te dé problemas.

—Sé cómo tratar a tipos como Melvin.

Asentí mientras daba un sorbo al martini.

—¿Sabes, Paul? No soy una mujer que viva lamentándose. Ni siquiera por lo del balcón de Miami. Pero me habría gustado que nos conociéramos antes. Cuando estaba viva.

—Si yo no había nacido...

—Ya. Eso es lo malo del tiempo. Las cosas nunca suceden cuando deberían. Un desastre. Eso es lo único bueno de estar muerto. No tienes que volver a preocuparte del tiempo.

Me sonrió. Una sonrisa bonita y radiante. Y luego empezó a desaparecer, comenzando por los pies.

—¿Adónde vas, Pamela?

—Parece que me estoy yendo, ¿verdad?

Ya era invisible de cintura para abajo.

—¿Volveré a verte?

—No lo creo, Paul, pero estaré por aquí.

Solo quedaban el cuello y la cabeza.

—Pamela, a mí también me habría gustado que nos hubiéramos conocido antes.

La sonrisa radiante.

—Volveré a por ti. Cuando te llegue la hora.

—¿Y si muero plácidamente mientras duermo?

Oí que los invitados se acercaban a la cocina en busca de galletas. Lo único que quedaba de Pamela era su sonrisa.

—Me aseguraré de que no sea así. ¡Hasta la vista, Paul!

Me incliné para besarla. Sentí un hormigueo eléctrico en los labios. Los invitados ya estaban en la cocina.

Pamela se había ido.

J. W. 3: Todos los fantasmas que no vemos

Ya he dicho antes que cuando era niña vi partir el espíritu de mi abuela.

Poco después de que la enterráramos dignamente, pero antes de que la lloráramos como era debido, mi abuelo instaló a su amante en la casa.

Tenían pensado casarse. Cosa que no sirvió de consuelo a mi madre, y dado que vivíamos todos bajo el mismo techo, la tensión se respiraba en el ambiente. Ahora entiendo que el trauma de mi vida con los Winterson no tuvo nada que ver con las conmociones repentinas, sino con el trauma diario de nuestra locura.

Alice, la amante, trabajaba en un pub por las noches: era una camarera rubia de los sesenta, con botas y el pelo cardado. Como detalle estrafalario, también llevaba unas gafas estilo años cincuenta de montura gruesa que le daban un aire un poco marciano, una mezcla entre Brigitte Bardot y Austin Powers a la caza de ofertas.

Como si lo de trabajar en un pub no fuera lo bastante malo para la abstemia señora Winterson, el segundo empleo era aún peor. Alice se anunciaba como médium. Era una vía de comunicación con los muertos.

Mi madre creía en los espíritus, pero no en comunicarse con los muertos. ¿Qué iba a hacérsele si los fantasmas se aparecían? Pero lo de invocarlos estaba prohibido; además, cuando ocurría, la cosa nunca salía como se esperaba —véase si no la historia de la adivina de Endor que aparece en la Biblia, en el Primer Libro de Samuel.

A Alice le daba igual lo que pensara la señora Winterson. Dedicaba su tiempo libre a invocar y poner a prueba a un equipo de parientes fallecidos que estuvieran dispuestos a contestar cualquier pregunta sobre cualquier tema, pero que sobre todo dejaran caer cuánto bien le hacía Alice al abuelo y lo mucho que se alegraban por su nueva vida juntos.

Aunque estas cosas eran previsibles, otras resultaban extrañas.

Ventanas que se abrían y se cerraban solas. Golpetazos y portazos en los momentos más inesperados, sin ningún agente humano obvio de por medio. Fragancias florales que inundaban las habitaciones; aunque no de rosas, sino de mimosas, la planta que más odiaba la señora Winterson.

La manifestación más extraña de todas era un ruido de restregones, como si alguien estuviera fregando el suelo de rodillas con un cubo y un cepillo. Solía oírlo cuando entraba en la cocina por las mañanas. Tenía la costumbre de bajarme de mi cama con barandilla para explorar la casa a solas. Aún prefiero estar sola a primera hora de la mañana.

La señora Winterson no tardó en hartarse de fragancias, golpetazos, fregoteos y exhortaciones a la felicidad, especialmente de esto último. La felicidad no era una emoción en la que confiara. Decidió que Alice era muy capaz de ocuparse del abuelo —hacerle la comida, limpiar, lavarle la ropa, etcétera—, así que abandonamos la casa unifamiliar, con tres lados ajardinados y la parte de atrás apoyada en la ladera, y volvimos a nuestra casa adosada en la que apenas había espacio para moverse, situada en una calle larga, interminable, con una ciudad abajo y una colina arriba.

Seguramente eso era lo que Alice quería que sucediera. No sería la primera persona que usara una invasión espectral —real o inventada— para reorganizar una casa.

La nuestra carecía de cuarto de baño interior. El aseo estaba en el patio, junto a la carbonera, y en los dos sitios había un montón de arañas negras, aunque ese no era su color natural. En los años sesenta, el carbón lo teñía todo.

Nuestra cocina contaba con un fregadero de piedra que tenía un calentador encima, un horno de gas que dejaba la carne cruda o como el carbón, y una alacena espaciosa. No había nevera. No podíamos permitírnosla, aunque allí hacía tanto frío que nunca la necesitamos.

Además de arañas, también había ratones. A puñados. La señora Winterson pensaba que los ratones solo pululaban por las viviendas de clase baja (como la nuestra), pero ella no era de clase baja, así que se negaba a reconocer que teníamos ratones. Cada vez que veía desaparecer un borrón gris detrás de la alacena, la señora Winterson decía: «Ectoplasma».

Mi familia ponía verdadero empeño en llamar a las cosas por otro nombre. Mientras no se llamara a algo por su nombre, no era real. Todos conocemos esos cuentos de hadas donde nombrar equivale a tener poder. Si llamas a ese hombrecillo de fantasía por su nombre, su poder es tuyo. Rumpelstiltskin. Tanta paja. Tanto oro.

A menudo, en la vida, preferimos no saber, no nombrar, o renombrar y desnombrar. No son ratones (tenemos frío, somos pobres, vamos sucios). Son ectoplasmas. Somos especiales.

El ectoplasma, en biología celular, es la pared periférica del citoplasma, pero no era eso lo que pululaba por nuestra cocina. A finales del siglo XIX, los médiums empezaron a emplear el término para describir la manifestación física de la energía espectral. A menudo, ellos mismos lo escupían en forma de fluidos —cosa bastante desagradable—, pero prácticamente podía aparecerse en cualquier parte.

La señora Winterson culpaba de todo tipo de contratiempos domésticos al ectoplasma, tanto si se atascaban las cañerías como si había interferencias en la tele.

Viviendo así, en medio de una pobreza degradante y un orgullo desmedido, arropados por una fe que dependía de lo sobrenatural para sostener la piedra angular de su verdad, ¿qué íbamos a hacer sino esperar encuentros sobrenaturales?

Mi padre me contó que de joven, siendo soldado durante la Segunda Guerra Mundial, una vez regresó de permiso, en 1941, para ir a ver a

su madre a Liverpool. Se le escapó el último autobús y estaba agotado para seguir caminando, así que en una hilera de casas evacuadas buscó dónde pasar la noche. Un soldado al que no conocía se le acercó y le mostró una que estaba vacía. Entraron juntos. Mi padre arrancó una cortina polvorienta, se envolvió en ella y se echó a dormir en un sofá desvencijado. Recuerda que el hombre asintió con la cabeza y le sonrió. Dijo que se llamaba Stephen.

A la mañana siguiente, lo despertó un policía. Todas las casas de la hilera habían sido bombardeadas menos la suya. Mi padre estaba tan cansado que no se había enterado de nada. Estaba acostumbrado a dormir bajo el sonido de las bombas y las balas. Se puso a buscar a Stephen, pero no encontró señales de él.

Más tarde, en el pub, le preguntó a la gente. ¿Stephen? Sí, vivía en esa casa, en la que mi padre había pasado la noche, pero Stephen había muerto en 1940.

¿Qué conclusión podría extraerse? Viví mi infancia con tanta intensidad en más de un plano que soy incapaz de desenmarañar los hilos de la realidad y la imaginación. Si la realidad y la conciencia forman parte de lo mismo, sospecho que son inextricables. Nuestros antepasados aceptaban que la realidad se componía de capas, tanto visibles como invisibles. Quienes creen en un dios continúan experimentando la realidad a distintos niveles, o piensan que lo hacen.

Los humanos ven menos del uno por ciento del espectro electromagnético. Es lo que llamamos la luz visible. No vemos las ondas de radio, los rayos gamma, los rayos X, la luz ultravioleta. Nos las arreglamos bien; nuestro error consiste en renombrar la luz visible, lo que vemos, como realidad.

Hay mucho más de lo que se ve a simple vista.

APARICIONES

Aire enrarecido

En el Oberland bernés de Suiza se encuentran las famosas pistas de esquí de Mürren. A Mürren no puede accederse por carretera. Hay que ir en tren hasta Lauterbrunnen y tomar el teleférico.

Allí, tres picos te observan desde las alturas: el Eiger, el Mönch y el Jungfrau. Los británicos empezaron a frecuentar Mürren en 1912.

Ese fue el año en que el capitán Scott murió en el Polo Sur. Se habló mucho de él entonces, de su heroísmo y su sacrificio, de cómo los británicos debían soportar la carga de su imperio, medio mundo coloreado de rosa como una lata de salmón.

Y entonces llegó la guerra.

Cuando los británicos volvieron a dejarse ver por Mürren corría el año 1924. Arnold Lunn apareció con su padre, sir Henry, un pastor metodista que había fracasado en su intento de convertir a los indios de Calcuta y, en contrapartida, había decidido evangelizar a los británicos y predicar la gloria de los Alpes.

Fue el joven Arnold quien se enamoró del esquí y estableció la modalidad alpina como un deporte de competición, en lugar de, simplemente, la forma más rápida de llegar al pie de la montaña.

En 1928, Arnold y varios amigos subieron a la cumbre del Schilthorn, que descuella sobre Mürren, y descendieron esquiando los catorce kilómetros que los separaban de Lauterbrunnen y que erizaban el vello, arrancaban las cejas, revolvían las tripas, destrozaban las rodillas,

aturdían la mente y aceleraban el corazón. Disfrutaron tanto de la experiencia que repitieron. Y una vez más. Denominaron a aquel descenso el Inferno.

Y todos los años el mundo llega para repetirlo.

Mis amigos y yo no somos mucho de Inferno. Somos, en cambio, un grupo heterogéneo que con el comienzo del nuevo año aparcamos nuestras vidas en distintas partes del globo para encontrarnos y recordar viejos tiempos. En el pasado fuimos compañeros de trabajo o de universidad, o vecinos, hasta que alguno se mudó a otro lugar. Las esposas y los maridos no están invitados a la escapada. Es un club de amigos. No es Meta ni TikTok. No subimos fotos a Instagram. No mantenemos mucho contacto el resto del año.

Pero mientras sigamos vivos, por Año Nuevo estaremos aquí, en Mürren, sin falta. Nos alojamos en el hotel Palace y celebramos nuestra primera cena el 3 de enero.

Fue después de una de ellas, excelente, a base de trucha y patatas, sentados frente a un crepitante fuego de leña, tomando café, brandy o ambas cosas, cuando alguien propuso que contáramos historias de fantasmas, historias reales: sucesos sobrenaturales que nos hubieran ocurrido.

Mike era así: un tipo que se salía de lo corriente, con voracidad por todo lo nuevo. Desde el año anterior, dijo, había estado indagando en lo paranormal.

Cuando le preguntamos por qué, nos contó que todo había empezado aquí, en Mürren. Muy bien, ¿y por qué no nos lo había dicho antes?

—No sabía si hacerlo, creía que os reiríais de mí.

Ya nos estábamos riendo de él. ¿Quién cree en fantasmas aparte de los niños y las ancianas? Mike se inclinó hacia delante con una mano en alto para detener el torrente de pullas y comentarios sobre cazafantasmas y su afición a la bebida.

—No estaba borracho —replicó Mike—. Era de día. Todos ibais ya en los telesillas camino del eslalon. Yo decidí esquiar campo a través para aclararme la cabeza; ya sabéis que el año pasado mi matrimonio no iba muy bien.

Se había puesto serio. Lo escuchamos.

—Estaba solo —prosiguió—, iba bastante deprisa, pero en el paso que quedaba por encima de mí vi a alguien a una altura de vértigo, como esquiando sobre una cuerda floja. Me detuve, le hice señas con los brazos y lo llamé a gritos, pero él siguió adelante. Era como si el aire lo transportara. Volví a ponerme en marcha y me dije que después, en el bar, intentaría encontrar al tipo que esquiaba a semejante altura. Y entonces, al cabo de una hora más o menos, no muy lejos de allí, volví a verlo. Parecía que buscaba alguna cosa.

»Fui hasta él para ayudarlo. Le pregunté: "¿Has perdido algo, amigo?".

»Me miró. Nunca olvidaré esa mirada: los ojos de un azul lechoso, como el azul de los primeros rayos de sol sobre la nieve. Me preguntó qué hora era. Se lo dije. Me contó que había perdido el piolet. Pensé que tal vez fuera geólogo, ¿sabéis?, la mochila que llevaba parecía de profesional.

»Iba vestido de una manera muy rara, como si acabara de salir de casa con lo puesto y se hubiera calzado los esquís. Jersey de lana grueso, de esos trenzados, ya sabéis, nada de microfibra reflectante. Llevaba botas de nieve, pero eran viejas, de esas de cuero con cordones largos que había antes. Y los esquís... Os juro que no os miento: eran de madera, ¿podéis creerlo?

»Pero no era solo el aspecto. Tuve la sensación de que veía a través de él, como si estuviera hecho de cristal o hielo. Él no parecía notar el frío, pero me hizo sentir frío a mí. Me eché a temblar. Daba la impresión de no querer compañía, así que me alejé un poco; luego me volví y allí ya no había nadie.

Lo habíamos escuchado en silencio. Y entonces todos quisimos meter baza. Cada uno tenía su propia teoría; aquí a veces hacen exhibiciones de esquí antiguo, de ahí los esquís viejos, la ropa pesada y demás. Y Mike reconoció que aquel día estaba cansado y bastante colocado. Cosas del aire.

Nada de cuanto se expuso contemplaba la posibilidad de que se tratara de un fantasma. Mike negó con la cabeza.

—Os digo que vi algo. Llevo todo el año intentando entenderlo. No tiene explicación. Un hombre aparece de la nada y luego vuelve a la nada.

Mientras discutíamos, uno de los gerentes del hotel, Fabrice, se acercó, nos ofreció unas copas de cortesía a cuenta de la casa y nos preguntó si podía sentarse con nosotros.

—Es la noche de los fantasmas, Fabrice —le dijo Mike—. ¿Alguna vez ha oído hablar de eso por aquí?

Empezó a narrar la historia otra vez desde el principio, como un borracho en un bar lloriqueando por su chica. Sí, estaba bebido, pero vi que también estaba nervioso. Yo prefería una noche más tranquila, así que me levanté y me excusé. Necesitaba aire fresco. Cuando se llega aquí, cuesta un poco habituarse. El fuego y el brandy me habían adormecido, pero no quería acostarme aún. Salí, con la intención de dar un paseo alrededor del hotel.

Me gusta mirar atrás cuando salgo de espacios llenos de gente. Me gusta la sensación de cine mudo que desprenden. Solía hacerlo cuando era jovencita: observaba a mis padres y a mis hermanas sabiendo que no podían verme. En ese momento, envuelta por aquel aire frío y estrellado, miré dentro y vi a mi grupo, a mis amigos riéndose animados. Sonreí para mí. Esto es lo que significa tener amigos: esta ligereza, esta satisfacción.

Justo entonces, mientras los miraba, otro huésped cruzó la biblioteca. No me sonaba. Al final acabas reconociendo las caras más habituales. La suya era la de alguien joven y de facciones marcadas. Tenía buen porte. Y a juzgar por la ropa, era británico. Llevaba pantalones de lana, camisa caqui y corbata corta bajo una chaqueta de tweed entallada. El estilo intemporal que a los británicos se les da tan bien. No dirigió siquiera una mirada a nuestro grupo; cogió un libro de una de las estanterías y se esfumó por una puerta abierta en los paneles de la pared. La biblioteca emula un club de caballeros de cien años atrás, cuando el hotel abrió. Todo cuero, madera, calidez, libros, cuadros de animales, fotos antiguas enmarcadas, periódicos.

Volví adentro; los otros se divertían, pero a mí seguía sin apetecerme

el jolgorio. Obedeciendo a un impulso, seguí al joven por donde se había ido. El hotel había hecho algunas ampliaciones hacía poco; aquella debía de ser la parte nueva.

Sin embargo, cuando crucé la puerta en pos del desconocido comprendí que me encontraba en la parte más vieja del establecimiento. Debía de tratarse de la zona reservada al servicio, porque nunca la había visto.

Atisbé sus piernas desapareciendo por una escalera estrecha. ¿Por qué fui tras él? No es que pretendiera ligar con él ni nada por el estilo, pero aquí siempre experimento una especie de libertad... o más bien temeridad. Es el aire. Sí. Aquí el aire es radiante; como inhalar luz.

En lo alto de la escalera, un leve resplandor salía por la pequeña puerta de una habitación situada bajo los aleros, como si la hubieran añadido en el último momento. Dudé. Por el resquicio de la puerta semiabierta vi al hombre, sentado de espaldas a mí y pasando las hojas del libro. Llamé. Él se volvió. Empujé la puerta para acabar de abrirla.

—¿Ha traído el agua caliente? —preguntó. Enseguida se dio cuenta de su error.

—No se disculpe —dije—. Soy yo quien le está importunando. Estoy con ese grupo de abajo tan ruidoso.

El joven parecía desconcertado. Era ancho de espaldas y larguirucho, con complexión de remero o escalador. Se había quitado la chaqueta de tweed. Llevaba los pantalones sujetos con tirantes. En camisa y corbata, resultaba conmovedoramente formal y vulnerable, al modo formal y vulnerable de los ingleses.

—Iba a ponerme a leer un rato este libro sobre el Everest —dijo—. Voy a ir dentro de unos meses. Entre, por favor. Se lo ruego.

Entré. Aquella no se parecía en nada a las demás habitaciones del hotel. En la chimenea ardía un discreto fuego y había un diván individual contra una pared. Una jarra y una palangana sobre una mesilla de noche. Una pesada maleta de cuero descansaba a medio vaciar en mitad de la habitación, coronada por un par de pijamas de rayas. Dos velas goteaban en la repisa de la chimenea. Junto a la ventana, en un escritorio con una silla a juego, vi una lámpara de

aceite, y cerca de la chimenea, un sillón de terciopelo rosa. No parecía haber instalación eléctrica.

El joven siguió mi mirada.

—No soy rico. Las otras habitaciones son mejores. Bueno, seguro que ya lo sabe. Pero esta es acogedora. ¿Quiere sentarse? El sillón es bastante cómodo. Por favor, ¿señorita...?

—Me llamo Molly. Hola. —Y le tendí la mano.

—Sandy —contestó él—. Debe de ser estadounidense.

—¿Por qué?

—No tiene acento americano, pero parece muy segura de sí misma.

Me reí.

—Sabía que estaba molestando... Ya me voy.

—¡No! Por favor, se lo ruego... Ay, no sé dónde tengo los modales. Siéntese junto al fuego. Vamos, tome asiento, por favor.

Hurgó en una mochila que parecía estar hecha de lona y cuero, con numerosos bolsillos, y sacó una petaca.

—¿Le apetece un poco de brandy?

Sirvió dos cantidades generosas en los únicos vasos que había a mano, y que contenían su cepillo de dientes y dentífrico.

—Nunca había visto esta parte del hotel. Es muy pintoresca. Imagino que no la han restaurado. ¿Forma parte de la recreación histórica?

Sandy volvía a parecer desconcertado.

—¿Histórica?

—Sí, ya sabe, los juegos que hacen... lo de esquiar al estilo de Arnold Lunn y todo eso.

—¿Conoce a Arnold Lunn?

—He oído hablar de él. ¿Quién puede alojarse aquí y no conocerlo?

—Sí, es todo un personaje, ¿verdad? ¿Y conoce su relación con Sherlock Holmes?

No, de eso no tenía noticias, pero vi que él sí y que quería contármelo. Parecía una persona animosa y entusiasta. Se inclinó hacia delante y se arremangó la camisa. Tenía la piel blanca como la nieve.

—Al anciano sir Henry, el padre de Arnold, le encantaban las aventuras de Sherlock Holmes; se las leía junto al fuego por las noches;

siempre decía que se habían escrito para leerse en voz alta, y estoy de acuerdo. En cualquier caso, Conan Doyle estuvo en el Oberland bernés con sir Henry, en uno de sus circuitos alpinos, y el escritor andaba muy alicaído, porque quería matar a Sherlock Holmes para consagrar su vida a la investigación de lo paranormal. ¿Puede creerlo? ¡Investigar lo paranormal! Y dejar de escribir las dichosas historias de detectives.

Sandy negó con la cabeza y se rio ante la idea. Dio un largo trago al brandy y sirvió un poco más en los dos vasos. Tenía las manos masculinas más blancas que he visto nunca, grandes y fuertes.

—Es agradable disfrutar de compañía —comentó.

Le sonreí. Era muy atractivo.

—No sabía que Arthur Conan Doyle creía en lo sobrenatural.

—Ah, sí, se convirtió al espiritualismo. Tenía una fe absoluta en él. El caso es que, aunque disgustado por ver desaparecer a Sherlock Holmes, sir Henry quería ayudar a su amigo y le dijo: «Lanza a Holmes a las cataratas de Reichenbach». Conan Doyle no había oído hablar de ellas ni tenía idea de dónde estaban. Sir Henry, gran experto en los Alpes, lo llevó a las cataratas, y Doyle supo que había encontrado la solución. Y así fue como Holmes y Moriarty murieron. Me gusta mucho ese relato, *El problema final*.

—Si hay que irse —dije—, mejor hacerlo a lo grande. Así hasta se puede orquestar un retorno.

Su expresión cambió. Dolor y miedo. Se puso en pie de golpe. Parecía estar hablándole a alguien.

—¡Sujétate a la cuerda! ¿Me oyes? ¡Sujétate!

Me quedé atónita.

—Disculpe, Sandy, pero ¿de qué habla?

Se pasó la mano por la cabeza.

—Lo siento, estoy divagando. O sea, lo que quiero decir es que los ingleses preferimos vivir bien a vivir muchos años.

—¿De verdad?

—Fueron muchos los hombres, demasiado jóvenes para combatir en la guerra, que nunca se perdonaron no haber hecho el sacrificio supremo... Esos muchachos estaban dispuestos a embarcarse en

cualquier empresa, ir a cualquier sitio, hacer cualquier cosa.

—¿Por qué iba nadie a arriesgar la vida sin necesidad?

—¡Por la gloria! ¿Por qué otra cosa iba a arriesgar uno su vida? ¿A qué otra cosa podría aspirar un hombre? —Guardó silencio unos instantes mientras pensaba—. Sin duda para las mujeres es diferente.

—¿Porque damos a luz?

—Alguien debe cuidar de los niños. Aunque ahora que las mujeres pueden votar me pregunto qué ocurrirá.

—¡Ejercer los derechos democráticos no interfiere en el cuidado de los hijos!

—Supongo que no. Nunca me he planteado la vida desde el punto de vista de una mujer.

Por lo general, me habría indignado, pero algo en él, auténtico y sincero, no invitaba a ofenderse.

Miró el fuego.

—¿Le gustaría acompañarme a esquiar mañana? Conozco algunas rutas interesantes. Tiene aspecto de poder realizarlas.

Sonreí.

—Me lo tomaré como un cumplido. Sí, ¿por qué no? Será un placer. Tan solo acláreme una duda, Sandy, por favor: cuando habla de la guerra, ¿se refiere a...?

—La Gran Guerra.

—Una guerra inhumana. Pero eso ocurrió hace mucho.

Sandy arrugó el ceño y asintió despacio. Luego clavó en mí los ojos como dos láseres azules.

—¿Cree en el más allá?

—En absoluto. ¿Y usted?

Se quedó callado. Me gustaba su aire serio. No había consultado el móvil ni una sola vez. Y leía libros. Antiguos. Me había fijado en el que había tomado prestado, que seguía abierto en el pequeño escritorio, donde él lo había dejado.

—No es una cuestión de creer —dijo al cabo—. Lo que creamos o no es indiferente. Al final, las cosas son como son.

No quería enzarzarme en un debate sobre lo que ocurre cuando

morimos, de modo que cambié de tema.

—Así que va a escalar el Everest...

Su rostro reflejaba el resplandor del fuego. Asintió con entusiasmo.

—Sí. Es una expedición británica oficial. Estoy a cargo de las bombonas de oxígeno, nada sofisticado. No confío en llegar a la cumbre, pero es un honor que me hayan seleccionado. Todos los demás tienen mucha más experiencia que yo. Siempre me han fascinado las montañas, la naturaleza. Montañas frías. Naturaleza fría.

»De niño devoré cuanto encontré sobre el capitán Scott y la Antártida, y sobre el tramposo de Amundsen.

Alcé una mano.

—¡Eh! Amundsen empleó perros, no ponis, por eso llegó antes. No hizo trampas.

Sandy apuró de un trago su brandy.

—Para empezar, Amundsen nunca debió desafiar a Scott. Nuestra expedición era científica. Amundsen buscaba la gloria.

Me encogí de hombros.

—Bienvenido al mundo moderno.

—Fue una hazaña indigna. Yo no quiero ser indigno.

—¿Por qué quiere escalar el Everest?

—Mallory dio una respuesta insuperable a esa pregunta: «Porque está ahí». ¿Sabe cuando...? Espero que sí... Confío en que lo entienda: cuando la sientes, nunca debes rehusar la llamada.

Sandy miraba por la ventana. Parecía tan blanco, distante e imponente como una estatua de mármol.

Me estremecí. Quizá fuera por el fuego que se extinguía, o porque el brandy me había sofocado y enfriado la cara, o tal vez por la luna resplandeciente que se colaba a través de la ventana iluminada tras las cortinas descorridas. Lo observé, aquellos dedos largos y finos, aquella mandíbula cuadrada. A aquel chico podrían haberlo esculpido en roca lunar.

—¿Cuántos años tiene, Sandy?

—Veintiuno. No puedo hacerle la misma pregunta porque es descortés preguntar la edad a una dama.

—Tengo cuarenta.

Sandy negó con la cabeza.

—Es demasiado atractiva para tener cuarenta años. Espero que no le importe que la llame «atractiva» en lugar de «guapa».

No me importaba lo más mínimo.

—Partiré hacia el Himalaya en abril, vía Darjeeling, y después iré a un monasterio situado al pie de la montaña, Rongbuk. Nos alojaremos allí. Los monjes creen que la montaña, el Everest, canta. Que la música es demasiado aguda para que nuestros oídos la capten, pero algunos maestros budistas sí pueden oírla.

—Eso es un poco demasiado místico para mí.

—¿Sí? Cuando está en Mürren, ¿no se siente un poco aturdida?

Asentí con la cabeza.

—Bueno, sí, pero es por la falta de oxígeno. Es algo fisiológico. Es...

Sandy me interrumpió.

—La gente se siente aturdida en la montaña porque el mundo sólido se desmaterializa. No somos los objetos dimensionales que creemos ser.

—¿Es usted budista?

Impaciente, negó con la cabeza. Comprendí que estaba decepcionándolo. Volvió a intentarlo, clavó sus ojos en mí. Esos ojos... Se acuclilló a mi lado, de manera que su cara quedó a menor altura que la mía.

—Cuando estoy escalando comprendo que la gravedad existe para protegernos de nuestra levedad, de la misma manera que el tiempo es lo que nos escuda de la eternidad.

Mientras hablaba, el estremecimiento se transformó en escalofrío. Algo gélido penetró en mí. La temperatura descendía. Tenía las manos entumecidas. Entonces vi que había hielo en el cristal de la ventana, por dentro.

Sandy miraba ahora más allá de mí, como si hubiera olvidado que yo estaba allí. Y advertí algo extraño en sus ojos: no parpadeaban.

Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono de terrible desesperación:

—Nunca pretendí evitar el fuego arrollador de la existencia. No es la

muerte lo que hay que temer, sino la eternidad, ¿comprende?

—Creo que no, Sandy.

—La muerte... es una salida, ¿sí? Por mucho que la temamos, ¿no supone un alivio saber que habrá una salida?

—Nunca he pensado en la muerte.

Se puso en pie con brusquedad y se acercó a la ventana.

—¿Y si le dijera que la muerte no es una salida?

Yo también me levanté. Necesitaba moverme para entrar en calor.

—No soy creyente —dije.

—Lo descubrirá. Cuando llegue el momento, lo descubrirá por sí misma.

Me dio la impresión de que ya era de madrugada. ¿Cuántas horas habían pasado? No vi ningún reloj en la habitación. Miré el mío. El cristal estaba roto.

—Está roto, ¿verdad? —dijo Sandy. Su voz sonaba remota, como si le hablara a otra persona—. Debería llevarlo en el bolsillo.

—Le habré dado un golpe.

—¡Esa maldita roca! La montaña se descompone.

—¿Qué montaña? ¿El Eiger?

—¡El Eiger no! El Everest. ¿El nombre no le parece un chiste malo? *Ever Rest*. «Descanso eterno». No en esa roca despiadada e implacable. Ni descanso, ni sueño, vientos de doscientos cuarenta kilómetros por hora si tienes la desgracia de toparte con ellos... y allí arriba la desgracia te persigue. Y los británicos lo llamaron «Descanso eterno»... ¿Cree que pensaba en los muertos?

—¿Quién, Sandy? ¿Quién pensaba en los muertos?

—Sir George Everest. Porque no creerá que fueron los tibetanos o los nepalíes quienes le pusieron ese nombre a una montaña del Himalaya, ¿verdad? La Royal Geographical Society la bautizó así en 1865 en honor al topógrafo general de la India, sir George Everest. Él objetó, lo cual le honra; dijo que su apellido no podía escribirse ni pronunciarse en hindi. Para los lugareños, el Everest siempre será la Madre Sagrada.

—Extraña madre que mata a tantos hijos —dije.

—Hay lugares sagrados —repuso Sandy—, lugares a los que no

deberíamos ir. No lo supe hasta que nos alojamos en el monasterio de Rongbuk.

—¿Ya ha estado allí? —pregunté—. Creía que iba a ir dentro de unos meses.

Se pasó los dedos por el pelo.

—Sí, sí, cierto. ¿Qué hora es? Ya se ha puesto el sol.

Parecía confundido. Decidí proceder al estilo británico, como si no hubiera pasado nada.

—Los chinos destruyeron el monasterio original durante la Revolución cultural, en el 74, ¿no?

Sandy no me escuchaba. Rebuscaba en la mochila, con su gran cuerpo encorvado sobre ella como si fuera el de un niño. Su voz sonaba cansada, desesperanzada:

—He perdido el piolet.

Supe que tenía que irme de allí. Me dispuse a ponerme el abrigo. Pero mis pies apenas se movieron. Tenía más frío de lo que creía. La habitación estaba congelándose lentamente.

Se emblanquecía. Los tonos cálidos de la madera pulida se habían decolorado, como un hueso al sol, como un cuerpo abandonado en la ladera de una montaña. El fuego se había apagado; las propias cenizas formaban una montaña, gris e inútil. Las cortinas parecían láminas de hielo enmarcando la ventana escarchada.

¿Qué está pasando? Me llevé la mano a la nuca: estaba húmeda. Fría y húmeda. En el sillón de terciopelo rosa aparecían manchas de agua. Mientras Sandy seguía arrodillado buscando el piolet, en un gesto entre la plegaria y la desesperación, vi que en su camisa caqui había copos de nieve. Aterrador. Hermoso. ¿Cómo podía ser ambas cosas?

Había empezado a nevar dentro de la habitación.

—¡Sandy! Coge la chaqueta. ¡Vamos! ¡Ven conmigo!

Sus ojos eran de un azul tan claro...

Se levantó viento... dentro de la estancia, igual que la nieve.

Las ráfagas alzaban una y otra vez la tapa de la maleta de cuero que descansaba en el suelo. La habitación entera volaba. El viento apagó las velas de la repisa de la chimenea. La lámpara de aceite seguía

encendida, pero la nítida llama titilaba, y el dióxido de carbono empañaba el interior de la tulipa de vidrio.

Qué aire tan enrarecido el de esta habitación... El viento sopla, pero no hay aire.

Sandy estaba ahora de pie junto a la ventana.

—¡Sandy! ¡Vamos!

—¿Puedo besarte?

Qué absurdo. Estamos a punto de morir y quiere besarme. No sé por qué, pero me acerqué a él. Posé una mano en su pecho, me puse de puntillas; él bajó la cabeza. Nunca olvidaré el tacto de sus labios, el frío abrasador de sus labios. Cuando abrí la boca, solo un poco, él inhaló como si yo fuera una botella de oxígeno, eso imaginé.

Inhaló. Sentí que los pulmones se me contraían por la fuerza con que el aire me abandonaba. Sandy tenía una mano en mi cadera, delicada, sin ejercer presión, fría, muy fría. Mis labios también ardían...

Me aparté para respirar y mis pulmones se inflaron tras el esfuerzo. Sandy estaba algo menos pálido, una nota de color salpicaba sus mejillas.

—¡Sujétate a la cuerda! —gritó, frenético.

Llegué a la puerta. Tuve que tirar de ella con las dos manos para conseguir abrirla debido a la nieve que se había apilado contra ella. Medio corrí, medio me precipité escalera abajo, tropezando en la oscuridad. Pese a ello, encontré el camino de vuelta a la parte principal del hotel. Tenía que pedir ayuda.

El bar había cerrado. La biblioteca donde nos habíamos reunido después de cenar estaba vacía. Hacía ya mucho que el fuego se había apagado. La atravesé corriendo y salí al vestíbulo. El encargado del turno de noche se encontraba tras el mostrador. Pareció sorprendido al verme.

—¿Dónde están todos? —pregunté.

El hombre arqueó las cejas y abrió las manos.

—Son las cinco menos veinte de la mañana, señora. Todos los clientes duermen.

No puedo haberme ausentado tanto tiempo. Pero no era momento de

discutir.

—El joven que se aloja en la parte antigua del hotel... la nieve está entrando... va a morir congelado.

—No hay nadie en la parte antigua del hotel, señora.

—¡Sí! La puerta que hay al final de la biblioteca... ¡Se lo mostraré!

El encargado cogió las llaves y la linterna y me acompañó. Atravesamos la biblioteca y llegamos a la puerta encuadrada en los paneles de madera. Giré el pomo. La puerta no se abrió. Volví a intentarlo una y otra vez, a la fuerza.

—¡Ábrala! ¡Ábrala!

El hombre posó con suavidad una mano en mi brazo.

—No es una puerta, solo tiene una función decorativa.

—Pero al otro lado hay una escalera. Una habitación... ¡Le estoy diciendo la verdad! ¡He estado ahí!

El hombre negó con la cabeza, sonriente.

—Si le parece, volveremos a probar por la mañana. ¿Quiere que la acompañe a su habitación?

Cree que estoy borracha. Cree que estoy loca.

Me fui a mi habitación. Las cinco. Me acosté sin sueño, y dormí a ratos hasta bien entrada la mañana. Cuando desperté, el sol se colaba por las lamas abiertas y me daba en la cara. Oí el ruido y el bullicio de los grupos de esquiadores. Sentía un dolor insoportable. Me llevé los dedos a la boca. Me levanté y fui al baño. Me miré en el espejo: morados y agrietados.

Tenía los labios congelados.

Pasó otra hora hasta que estuve preparada para bajar. Me senté a escribir los acontecimientos de la noche anterior, que recordaba con total nitidez, sin asomo de duda. Necesitaba volver a esa habitación. Necesitaba saber la verdad.

Me duché, me cambié, me unté los labios con vaselina y me encaminé hacia la recepción. Algunos de mis amigos aguardaban ya en el vestíbulo con los esquís.

—¡Eh! ¿Qué te pasó anoche? ¡Desapareciste sin más! ¡Te enviamos varios mensajes! ¿Has conocido a alguien?

Risas.

Mike también estaba allí.

—¿Has visto un fantasma?

Más risas.

—He pasado la noche con un hombre...

—¡Lo sabíamos! ¿Es rico? ¿Guapo?

—Mike... ¿me acompañas, por favor? Anoche crucé esa puerta de ahí.

Nos acercamos juntos hasta ella. Una vez más, intenté abrirla. El pomo giró. Pero debía de estar cerrada con llave. Mike me tocó el brazo.

—¡Calma! Eso no es una puerta. Es falsa. Solo está para darle un aire antiguo a la biblioteca.

Sabía que Mike tenía razón, así que le hice salir conmigo y rodear el hotel hasta donde debía estar la ventana de la habitación, si es que había una ventana.

Pero no la había. Ni ninguna habitación. Solo el muro. Balbuceaba como una tonta. El beso. La cuerda. El Everest. El chico iba a escalar el Everest. Justo entonces la expresión de Mike cambió.

—Vamos a hablar con Fabrice —dijo.

Fabrice estaba en su despacho, rodeado de papeles y tazas de café. Acabó de hablar por teléfono y escuchó atentamente mi historia. Nada de cuanto le conté pareció sorprenderlo. Cuando terminé, me llevé los dedos a mis agrietados labios. Él asintió con la cabeza, dirigió una mirada fugaz a Mike y luego volvió a mirarme.

—No es la primera vez que se ha visto a ese joven en la montaña, pero sí la primera que se le ve en el hotel. La habitación que describe... sí, existió, hace más de cien años. Reconozco que es algo que usted no podía saber, aunque... Espere, le enseñaré las fotografías.

Fabrice extrajo un álbum encuadernado en cuero de la librería que se alzaba detrás del escritorio. En cada hoja había una fotografía esmeradamente sujeta con esquineras de cartulina.

—Como puede ver, este es el hotel Palace en la época en que empezaron a ponerse de moda los circuitos alpinos. —Una partida de hombres con sus esquís de madera, en fila delante de los aleros

cubiertos de nieve. Fabrice fue señalándolos, uno a uno, con el bolígrafo—: Sir Henry Lunn. Su hijo, Arnold Lunn...

—¡Ese! —lo interrumpí—. ¡Ese otro! ¡Es Sandy!

—*Voilà!* —dijo Fabrice—. Ese es el señor Andrew Irvine. ¿Le suena el nombre?

Negué con la cabeza.

—¿Andrew Irvine? —La voz de Mike era débil y entrecortada—. ¿El tipo que escaló el Everest con George Mallory?

Fabrice asintió.

—El mismo. Era joven, apenas un muchacho. El 8 de junio de 1924, Irvine y Mallory intentaron hacer cumbre una última vez y ya no regresaron. A diferencia de Mallory, el cuerpo de Irvine nunca se encontró.

—Irvine estuvo aquí —dije.

—Como pueden ver. Se alojaba en el hotel, en una habitación de tercera clase. Era un joven extraordinario. Había nacido en 1902. Excelente mecánico e ingeniero. Se dice que Mallory lo escogió como compañero para la ascensión mortal porque era el único que sabía reparar los equipos de oxígeno.

—¿Cómo murió?

—Nadie lo sabe. El cuerpo de Mallory no se encontró hasta 1999. Todavía tenía la cuerda atada a la cintura.

De pronto veo a Sandy en la ventisca.

—¡Sujétate a la cuerda! —me oigo decir.

—¿Disculpe? —se extraña Fabrice.

Guardamos silencio. Los tres. Mirando la fotografía.

—El piolet de Irvine apareció en la montaña en 1933 —dijo al cabo Fabrice—. No ha habido más pistas desde entonces. Pero si algún día dan con su cuerpo, y ya saben, con todo esto del calentamiento global quizá quepa esa posibilidad, llevará una cámara colgada del cuello, y los de Kodak dicen que es probable que se pueda revelar el carrete. Podríamos descubrir si Mallory e Irvine alcanzaron la cima del Everest.

¿Qué había dicho Sandy? «Nunca debes rehusar la llamada».

Seguirla equivalía a vivir en un aire enrarecido. A dar un mal paso en

la montaña, a ir y no volver.

Metí las manos en los bolsillos. Noté la superficie rugosa del cristal roto del reloj. Lo saqué y lo dejé en el escritorio.

—Qué extraño... —dijo Fabrice—. Encontraron el reloj de Mallory con su cuerpo, en un bolsillo, roto. Puede que se le rompiera en el momento en que el tiempo se detuvo para él.

—Me he topado con esto —dijo Mike—. Léelo.

Me tendió su iPad.

> La alegría es, después de todo, el fin de la vida. No vivimos para comer y ganar dinero: comemos y ganamos dinero para poder disfrutar de la vida. Ese es su sentido y su finalidad.
>
> George Mallory, Nueva York, 1923

La nieve cae alrededor de ellos. El cielo es un manto extendido sobre sus rostros. En sus ojos, las viejas estrellas brillan frías y lóbregas, en cielos diferentes.

Fuente con leones

Ese invierno la niebla parecía vapor.

Lluvia eterna. El frío cálido y el calor frío rendían la ciudad a una visión extraña y espectral de sí misma. Los edificios descollaban sobre la bruma. En las calles, la gente se materializaba de la nada, demasiado cerca, demasiado repentinamente, sus voluminosos cuerpos envueltos en capas de ropa de abrigo como momias viajeras, y luego, igual de repentinamente, desaparecían, deshilachándose, o eso parecía, en vendas grises de niebla. Miras atrás y no queda ni rastro.

Los sonidos llegaban amortiguados e inesperados; sin pistas visuales, una sirena, el ladrido de un perro, los gritos de un niño brotaban de ninguna parte y regresaban a ninguna parte.

Aun conociendo el camino, era fácil pasar por alto el cruce donde tenías previsto girar. Las vías públicas se convertían en pasajes de nubes. Los callejones estaban sellados por la bruma, como custodiados por espectros. Los remolinos de niebla se lo llevaban todo, una coreografía de lo moviente y lo sólido.

A través del ventanal de la cafetería se veían las rejillas del sistema de calefacción subterráneo regurgitando niebla como si fuera leche gris. Seguía unos patrones, espirales intencionadas a punto de dejar un mensaje justo antes de desvanecerse. Aquella caligrafía fantasmagórica tenía una nota triste, como si los muertos intentaran decirnos algo que no podían decir, como si el lenguaje se hubiera alejado volando de su significado, dejando tras de sí solo señales, susurros, gestos.

Judith trazó su nombre en el vidrio del ventanal, pagó el café y se

fue. Al mirarlo desde fuera lo vio escrito del revés, como letras en un espejo mágico. Pero es que la vida se había vuelto del revés, pensó, en el sentido de que la niebla imposibilitaba percibir cualquier movimiento frente a ella. La ciudad era un mar blanco inabarcable y todo en ella flotaba en agua.

Había ido a trabajar en bicicleta, como de costumbre. Ni los faros ni la chaqueta impermeable reflectante la hacían visible, si acaso un poco menos invisible. Había seguido el ritmo de los demás ciclistas hasta que tuvo que doblar a la izquierda para llegar a su destino.

Aquella tarde salió antes para volver a casa andando. Se le había pinchado una rueda. Cruzaría el parque. Por el parque no estaba permitido circular en bicicleta.

La niebla había devuelto el parque a la formalidad monumental de sus orígenes decimonónicos. Las estatuas de hombres ilustres olvidados hacía tiempo adquirían importancia renovada como asistentes de navegación. Girar a la derecha en lord Palmerston. El templete de la música, ya en desuso, destacaba por su veleta, un gallito de forja que parecía flotar en el aire, posado en una percha invisible. El reloj de sol de los Doce Apóstoles señalaba la salida oriental.

Repleto de senderos y macizos de arbustos, la atmósfera de lugar de ejercicio saludable para los pobres necesitados del parque se había relajado en los últimos años e incluía una zona de juego infantil, otra para perros, una pista de skateboard, bancos relucientes y un quiosco de café. Todo ello quedaba oculto por la bruma baja, y ese día lo único que podía verse eran primeros planos de píceas y la adusta verja que rodeaba la rosaleda, destinada a disuadir a cualquiera incluso de pensar en cortar una rosa. Judith miró las flores que sobrevivían al invierno, todas blancas y, en aquella neblina, luminosas, o eso le pareció. Desde niña había frecuentado el parque con su madre. Siempre se detenían a contemplar las rosas y después iban a la fuente.

El triunfal corazón del parque era una fuente ornamental de piedra tallada y plomo, cuyo borboteo ostentoso se filtraba por entre la niebla, metálico y distante.

Judith caminaba por el sendero central, una avenida flanqueada de

píceas que parecían soldados. A medida que se acercaba al rugido del agua, la niebla se levantó un poco, y Judith pudo ver la fuente con claridad, con sus leones imperiales arrojando chorros al estanque ancho y profundo que se extendía a sus pies.

En la plaza donde se encontraba la fuente no había nadie, salvo una mujer ataviada con un abrigo largo y gris, a juego con el color del emplomado. Era alta. Estaba de espaldas a Judith. Observaba inmóvil el agua.

Es mi madre, pensó Judith; se le aceleró el corazón, al igual que el paso, y sonrió.

—¡Hola! —la llamó—. ¡Hola!

La mujer no se volvió.

Judith se detuvo a unos metros de ella; el sudor frío de su desconcierto resbalaba bajo las capas de ropa. ¿Recordaba, cómo no iba a recordarlo, que su madre estaba muerta?

La niebla regresó en un remolino, y cuando Judith llegó a donde había visto a la mujer, allí no había nadie. Miró al frente, pero apenas atisbó más allá de los chorros de los leones. Se retiró la capucha y dejó que la bruma húmeda le envolviera la cabeza. No tenía sentido forzar los ojos para ver aquello que no podía ver.

Siguió andando, piernas largas, la capucha caída, el cabello humedeciéndose en mechones lacios alrededor de las orejas y la boca. Se preguntó si habría dejado atrás a la mujer que no era su madre.

Hacia ambos lados partían senderos desiertos, pero la única persona a la que vio fue un hombre que se encaminaba hacia ella con un terrier invisible que ladraba junto a los invisibles talones de su dueño. El ruido del tráfico la informó de que enseguida alcanzaría la calle principal, que discurría al otro lado de los imponentes portalones de hierro forjado del parque.

Estaba de vuelta en el mundo real, con su comida rápida, sus comercios y sus ristras de tenaces autobuses en los semáforos. Subió al 36 y pronto estuvo frente a la puerta de su casa.

La puerta. ¿Alivio? ¿Temor? ¿Placer? Raras veces una puerta es solo una puerta.

La de su apartamento, situado en un sótano, la reconfortó. Su propio espacio. Su manera de hacer las cosas. Por primera vez en la vida, no compartía piso con amigos que no le caían bien o con un amante al que no amaba. Su madre le había dejado algo de dinero. Era como vivir dentro de ella otra vez, esos lejanos nueve meses en que la vida está a salvo y la puerta al inicio del tiempo todavía está cerrada. En el útero no hay tiempo.

Tampoco hay tiempo en la tumba, pensó Judith mientras entraba. Hacía nueve meses que su madre había muerto. El fin de semana le llevaría flores.

Debía de haber sido una alucinación. Es fácil ver lo que no está ahí. ¿Qué había visto? A una mujer alta con un abrigo gris. Su madre no era la única mujer alta que vestía de gris. Sin embargo, qué propio de ella detenerse a contemplar los chorros de agua cayendo en el estanque. Le gustaba prestar atención a las cosas. Había enseñado a Judith a permanecer quieta en un mundo que se movía demasiado deprisa. «No somos ratones —decía a menudo—. No hay por qué corretear».

Pero ya no estaba.

Judith cruzó el recibidor y fue directa a la cocina, situada al fondo. Todo estaba exactamente como lo había dejado: el plato y la taza del desayuno sin fregar, el correo sin abrir. Ofertas especiales de cosas que ni eran especiales ni eran ofertas.

Cruceros, mantas eléctricas, un gato hidráulico pegado a un hombre sonriente con casco. Una carta de la compañía de seguros. Ya le echaría un vistazo después.

En el salón, se sorprendió. Encima de la mesa baja estaban su chaqueta reflectante y la bolsa del trabajo. Las había dejado en la oficina al ver que no podía reparar la bicicleta. La rueda había quedado inservible debido al bache.

¿Qué hacían sus cosas ahí? ¿Cómo habían llegado?

Judith se sentó en el sofá y las miró. ¿Estaba perdiendo la razón? ¿Las había llevado ella misma hechas un rebujo y había olvidado lo que

estaba haciendo, aturdida aún por el espejismo de su madre?

El sudor frío en el cuerpo... Había deseado que fuera verdad, lo había deseado tanto... que al final había creído que era su madre.

Un shock, y justo cuando pensaba que empezaba a superar su muerte. En el trabajo, los compañeros se habían mostrado pacientes y amables, pero no era la madre de ellos la que había muerto, y después de uno o dos meses la vida tenía que continuar, así que Judith se comportaba con toda la normalidad de que era capaz, ocultando su dolor como un secreto.

En el trabajo la apreciaban, era diligente, buena compañera, pero no tenía amigos íntimos. En otra época habría pasado inadvertida. Una mujer soltera... ¿cómo solían llamarlas? ¿Solteronas? Una mujer sola. Señorita lo que fuera. Anónima. Nunca importunada. Respetada. Tal vez profesora, o misionera. Ahora todo el mundo debía tener un grupo de amigos por el bien de su salud mental y una pareja por el bien de su autoestima. Ella era una persona solitaria.

Había alguien a quien podía llamar: a su amiga Emma, del trabajo, que tenía una copia de las llaves de su casa y vivía cerca. ¿Qué le diría? ¿«Creo que he visto a mi difunta madre»?

El teléfono no estaba en la chaqueta. Pasó por las habituales fases del pánico: manos como de dibujos animados y movimientos mecánicos volviendo a los bolsillos ya revisados tres veces; luego se le ocurrió mirar en la bolsa que no recordaba haber llevado a casa. El teléfono estaba allí. Apagado. Con la pantalla resquebrajada.

Se le debía de haber roto al tropezar en el bache. Sí, ahora lo recordaba. Había hecho un viraje brusco y la bolsa había golpeado la pared de al lado. El alivio de encontrar el teléfono se enturbió ante la constatación de que tenía que haberse llevado todo aquello de la oficina sin ser consciente de ello.

Por un momento, sintió miedo. Llamó a Emma.

—¿Hola? ¿Hola?

No hubo respuesta. La segunda vez saltó el contestador automático.

Decidió ir a comprar algo de comer. No tenía hambre, pero estaba inquieta. Al salir a la calle vio un ramo de flores al pie de la puerta. No

estaban allí cuando había llegado, de eso sí que no le cabía duda. Lo recogió: un ramo suelto de rosas blancas. Pensó en las rosas del parque. Aquellas eran rosas autóctonas, no africanas compradas en el supermercado. No había remitente ni tarjeta.

Las llevó adentro y las puso en la jarra de la cafetera tras llenarla con agua del grifo. Ya las arreglaría más tarde.

¿Qué era ese extraño pitido? Sutil, monótono. Tal vez un detector de humos que se estaba quedando sin pilas. Eso también podía esperar.

En la cocina había un espejo. Siempre se echaba allí un último vistazo antes de salir volando para el trabajo: nada de pedacitos de huevo duro ni restos de café. Ahora, en el espejo, Judith vio su cara y el pelo completamente mojado del paseo. Fue el corte en la frente lo que la dejó atónita. Profundo. Ancho. Se llevó los dedos a la cabeza, con cuidado. No dolía. Había sangre seca a ambos lados del corte. ¿La caída? Sí, la caída, pero ¿por qué no le habían dado una tirita en el trabajo? ¿Por qué no lograba recordar lo que había ocurrido después del accidente? ¿Había sufrido una conmoción cerebral? Iría a que se lo miraran. Se sintió más segura: eso explicaba la imagen de su madre y lo de sus cosas en el salón; sin duda, sufría algún tipo de daño transitorio. Un traumatismo leve. Compruébalo para quedarte tranquila. Iría al hospital.

Siempre había caminado deprisa; al principio, de niña, para alcanzar a su madre, que andaba por delante a grandes zancadas, y luego, cuando le crecieron las piernas, porque ese era su ritmo natural. En otra vida, como la señorita lo que fuera, podría haber sido exploradora. Igual que Isabella Bird, la única mujer del parque, y no en forma de estatua, sino de placa conmemorativa por su labor misionera en la India.

Su madre le había contado todo sobre Isabella Bird. Pero esa noche Judith no pudo volver a cruzar el parque; estaba cerrado a esas horas, de modo que siguió adelante, más deprisa de lo habitual, o esa era su impresión, hasta la entrada del hospital.

No había vuelto allí desde la muerte de su madre. Aquella noche,

después de dejar su cuerpo, con una sábana sobre su rostro ajado, se había quedado bajo el porche de la puerta principal. Un porche que ofrecía cobijo sin confort.

Moderno, impersonal, no era más que una marquesina con mucha corriente de aire sobre las puertas automáticas de vidrio. ¿Cuántas horas permaneció allí? No lo sabía. Un conductor de ambulancia le dio una taza de té. No se lo tomó, solo lo sostuvo entre las manos para calentárselas, mientras el calor iba disminuyendo de manera gradual, de la misma manera que había sentido disminuir el calor de la mano de su madre, cada vez más fría, hasta que al final una enfermera le había pedido amablemente que se marchara. Tenían que llevarse el cuerpo.

Llevárselo. Lo que importa ya no está. El cuerpo se transforma en una efigie. Qué difícil es dejar ir. Deseó que su madre hubiera muerto en casa. La casa de campo al final del camino de tierra. Demasiado arriesgado. Demasiado lejos. Su hermano había tomado la decisión. Los médicos le habían hecho caso a él. Tenía autoridad, como una de las estatuas del parque. No estaba en el hospital cuando su madre murió.

Vendieron la casa. La mitad para cada uno.

Judith entró en el hospital. Mostrador de recepción. Personas esperando en fila para registrarse. Vaciló. Nadie parecía reparar en ella. Se llevó la mano a la cabeza. Le dio la impresión de que ya estaba bien. No se sentía aturdida. Tenía la mente blanca y resplandeciente, como el sol en la nieve.

Fue a los servicios. Ante el espejo, se apartó el pelo de la frente. No había ningún corte. Ningún resto de sangre. Era la de siempre. Con el pelo seco. Debía de haber sido la pésima iluminación de la cocina, alguna manchita de sangre, nada por lo que montar un drama, y sí, había estado conmocionada, pero ya había pasado. Se iría a casa y por la mañana volvería al trabajo para recuperar la bicicleta.

Salió con paso apresurado. Directa a las puertas automáticas y a la noche. Mientras caminaba, alejándose del fulgor blanco del hospital por la calle principal, estaba a punto de bordear el parque cuando vio que

el portalón de hierro estaba abierto.

¿Por qué no atajar por él? Tal vez fuera peligroso, pero se sentía invencible. Y feliz; sí, esa era la palabra. Feliz.

El parque estaba desierto. Apretó el paso por el camino central, dejó atrás la rosaleda y prosiguió hacia la fuente, con sus leones mudos y huraños en esos momentos, y los caños apagados por la noche.

Se detuvo un instante a mirar el agua quieta y profunda, un espejo negro en el que no se reflejaban las estrellas. Ni siquiera veía su cara. Solo agua. Alargó una mano para romper la superficie, pero en lugar de hacerlo la posó encima, rozándola, preguntándose si podría caminar sobre ella. Los seres humanos precisan de la gravedad para caminar. Cada paso es un acto de resistencia que nos propulsa hacia delante.

Judith alzó la mirada. El portalón del parque estaba cerrándose. Muy despacio. Sin sacudidas. Debía de estar conectado a un temporizador. Tenía que apresurarse.

Llegó a casa enseguida.

En cuanto puso un pie en su interior tuvo la sensación de que no estaba sola. De que había alguien en el apartamento. Debería haberse asustado, pero no fue así.

—¿Hola? ¿Hola? —dijo tras dudar un instante.

No hubo respuesta. No oyó nada. Dejó la puerta de la calle abierta y se dirigió al salón.

Su madre estaba sentada en el sofá.

Se miraron. Llevaba el largo abrigo gris. Judith había pedido que la enterraran con ese abrigo. Era su favorito: caro, de hacía años, usado a diario, envejecido, igual que había envejecido ella, pero elegante, con un poco de vuelo. Ahora el abrigo seguía siendo viejo, pero su madre no. Tenía buen aspecto. Sonrió a Judith. Luego se puso en pie y se marchó. Fue como un único sonido en un teclado, sin pasos, un movimiento breve y fluido. La puerta principal se cerró con un suave clic.

Judith corrió hacia ella. Corrió a la calle. No había nadie. Era tarde. ¿Qué hora era? Al parecer no llevaba el reloj puesto.

En el de la cocina vio que pronto serían las doce.

¿Ya? ¿Adónde va el tiempo? ¿Adónde va el tiempo cuando ya lo hemos consumido?

¿Estaba dormida? No lo sabía. No soñaba. Era consciente de un sonido obstinado pero intermitente, un pitido regular y sutil. Maldito detector de humo.

Recuperó el conocimiento, más que despertarse, aterrada por no poder respirar. Tenía la boca abierta, inhalaba, y el pánico la abandonó. Estaba calmada.

Por la mañana, salió camino del trabajo sin cambiarse de ropa. La niebla se había disipado. Por completo. El día era de una claridad alpina. Seguramente por eso tenía tanto frío. Estaba aterida. Los dedos blancos.

En el parque, la gente se saludaba animada. La fuente estaba repleta de pájaros dándose un baño. Judith siguió andando, se inclinó sobre la verja de la rosaleda y cortó una rosa. La llevó a la placa conmemorativa de la obra misionera y la dejó allí para Isabella Bird. A su madre le gustaría. Su madre. ¿Dónde estaría ahora?

El día anterior, la visión de su madre la había angustiado y confundido; en ese momento le parecía algo natural. A pesar del frío, estaba mucho mejor que entonces. Hoy es un buen día.

Judith llegó a las oficinas donde trabajaba. Su bicicleta no estaba atada donde siempre, en los anclajes del aparcamiento.

¿Se la habían robado? Buscó alrededor. Nada.

En la parte de atrás del edificio había un contenedor. Judith vio la rueda de su bicicleta asomando por la tapa, en un ángulo extraño. ¿Quién la había tirado a la basura? Una Peugeot antigua. Se puso de puntillas y la sacó. La bici era bastante ligera.

La apoyó contra la pared. Las dos ruedas estaban torcidas, y el cuadro, partido en dos. Solo los pedales y el sillín seguían intactos. ¿Todo eso por un bache? No era de extrañar que la hubieran tirado. Pero ¿quién la había tirado? ¿Y dónde estaba ella en ese momento?

En un gesto inconsciente, se llevó la mano a la frente. Notó la

hinchazón bajo la piel. Empezó a explorar la geografía de su cabeza. Parecía haber una hendidura en la nuca, una fisura. Era la primera vez que reparaba en ella.

Tenía sangre en las manos, pegajosas, y una sustancia similar a la gelatina. Oía voces, pero no lo que decían.

Entonces recordó lo ocurrido.

Circulaba tranquilamente por su carril, sin adelantar, no demasiado deprisa. Luego esperó en el semáforo, donde solía doblar a la izquierda. A su lado rugía un camión articulado, cuyas ruedas llegaban a la altura de su manillar. No importaba. Los vehículos tenían que seguir recto. El giro a la izquierda solo era para los ciclistas.

El semáforo cambió. Judith lo vio entre la niebla solo porque se encontraba justo debajo. Cuando ella giró, el camión también giró, primero la cabina y luego el remolque.

Judith alzó la mirada hacia la cabina, que ya estaba doblando en el cruce. Apretó el ritmo para superarla. No había espacio. El conductor no podía verla, no la vio, ni siquiera notó el ligero golpe contra las ruedas dobles mientras el camión al completo efectuaba el giro prohibido a la izquierda.

Aplastando a Judith contra la pared.

No tenía espacio donde caer. No cayó. El camión siguió avanzando lentamente —la gente gritaba porque la calle era muy estrecha—, hasta que se quedó atascado.

Judith sintió que alguien le desabrochaba el casco de ciclista. Partido por la mitad. Después nada más.

Se alejó del contenedor y dio la vuelta al edificio hasta la entrada de las oficinas. Vio que Emma salía, hablando por el móvil. Judith se alegró de verla y se acercó a ella.

—¡Hola! ¡Hola!

Emma no la oyó, estaba concentrada en la conversación telefónica. De pronto, se sentó en un escalón. Lo único que Judith alcanzó a oír fue la palabra «cuándo». Cuándo ¿qué?, pensó.

Vio que Emma lloraba.

Estaba a punto de ir a consolarla cuando notó una mano en el

hombro. Se volvió. Era su madre. ¿Qué hacía allí?

—Eso mismo debería preguntarte yo —dijo su madre. Sonreía.

Emma se puso en pie. Colgó. Volvió adentro.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Judith a su madre.

—Una hemorragia cerebral.

—¿Quién ha sufrido una hemorragia cerebral?

—Tú.

—Fui anoche al hospital —dijo Judith—, pero estaba bien.

—Te llevaron al hospital en ambulancia ayer por la mañana, después del accidente —le explicó su madre—. Estás en coma. Intentan salvarte.

—Pero ¡anoche volví andando! Y estuve en casa.

—Tu espíritu abandonó tu cuerpo —insistió su madre—, has estado paseándote por tu propia vida. Por eso puedes verme. Te mueves entre la vida y la muerte.

—¿La muerte? —Judith se sentía aturdida—. ¿Y mis cosas? La bolsa, el teléfono... Las llevé yo a casa, ¿no?

—Fue Emma quien las llevó a tu apartamento.

—¡Tengo que hablar con ella! Que me lo explique.

—No te oirá —dijo su madre—. No puede oírte.

—¿Por qué no me hablaste de todo esto cuando te vi? —preguntó Judith.

—Nada es definitivo hasta que lo es, ni tan siquiera lo es la muerte.

—¿Puede verme alguien?

—Nadie.

—Pero anoche, en el hospital...

—Cuando anoche llegaste al hospital, comprendiste que no serías capaz de regresar a tu cuerpo. Pero seguías viva, tu corazón latía. Tu corazón sigue latiendo.

Judith se llevó una mano al pecho. No notó nada.

—El pitido. Sigo oyendo un pitido.

—Es el monitor cardiaco.

Judith se quedó callada.

—Esta mañana tenía mucho frío.

—Es normal... cuando comienza la muerte.

—¿Qué ocurre después?

—A tu cuerpo le ocurrirá lo que les ocurre a todos.

—¿Y a mí?

—Por eso estoy aquí.

Su madre le tendió una mano, como cuando Judith era pequeña. Una mano cálida y firme.

Se alejaron juntas de la ciudad, de las calles, viajaron a campo traviesa. Se desplazaban deprisa. ¿O acaso era que todo lo demás se movía despacio?

Enseguida divisaron un páramo que se alzaba por encima de la ciudad como un vigía. Ascendieron la una al lado de la otra, cogidas de la mano, por el camino agreste, igual que lo habían hecho en infinidad de ocasiones.

Judith sabe lo que verá al llegar a la curva: la casa de piedra al borde del barranco que desciende hasta el río, donde la corriente se estrecha y su ímpetu hace rodar cantos negros y brillantes. ¿Quién la construyó allí? ¿En un equilibrio tan precario? Es como si un pájaro hubiera dejado caer la semilla de una casita que arraigó y creció.

Desde la cerca, Judith alcanza a verlo todo. El césped segado, aunque no al ras. Los rosales podados con esmero para formar un seto en el margen del camino. Junto a la puerta principal hay un bidón de agua y una lata colgada de una cadena. En el pequeño jardín, dos manzanos, uno a cada lado del sendero que lleva a la puerta. Las tejas de pizarra están cubiertas de musgo, verdes.

—¿Seguimos viviendo aquí? —preguntó Judith.

Miró a través de la ventana. En la cocina ardía un fuego. Su gato, Tibbles, se había encaramado a la mesa.

—Hasta que estemos preparadas para partir —contestó su madre.

—¿No tuvimos que venderla?

—Lo que vendimos fue una copia de edición limitada. Cualquiera puede comprar una, pero eso no significa que posean la auténtica. Este siempre será nuestro hogar.

—Hasta que estemos preparadas para partir —repitió Judith.

—Sí —dijo su madre—, hasta entonces.

Judith posó una mano en la cancela de madera, que no cedió.

—Si entras, ya no podrás volver atrás.

Judith asintió con la cabeza.

—No quiero volver atrás.

Empujó la cancela, que se abrió sin dificultad. La franquearon juntas.

Judith se volvió, solo un segundo, sin saber por qué. La cancela estaba a más de un kilómetro, y seguía alejándose, como un muelle cuando el barco se hace a la mar. Pero ¿qué rumbo habían tomado?

El cielo era absoluto y omnipresente, rollos de tela negra prendidos con estrellas. El rugido debía de provenir del torrente de agua de detrás de la casa.

¿O era el tiempo mismo lo que oía, cayendo incesante hacia su fuente?

No, eso era demasiado grandioso. La muerte era más pequeña de lo que había creído. ¿O era la vida la que era más pequeña? Una ciudad en préstamo y arriendo. Un parque con estatuas. Una fuente con leones.

El lado nocturno del río

Mi historia comienza una noche de otoño en Londres. El río Támesis. El muelle de Westminster. Esperando un barco.

En la cuenca oriental del Támesis se encuentra el pub ribereño más antiguo de Londres, The Prospect of Whitby. Un barco carbonero homónimo, que transportaba carbón marino de Newcastle a Londres, solía anclar allí. En el viaje de vuelta, la visión en lontananza de Whitby, en la agreste y rocosa costa inglesa, era la garantía para los marineros de que su hogar no estaba ya lejos. El hogar se encuentra en nuestro interior tanto como en el exterior. Una imagen que guardamos en la memoria. A algunas personas les gusta decir que cuando morimos volvemos al hogar. Pero es un hogar extraño. Nunca lo visitamos hasta que lo hacemos, y cuando lo hacemos, nunca regresamos.

No soy la persona más sociable del mundo. Prefiero pasar la noche en casa con mi gato que ir a una fiesta.

Asistir a esa fiesta era obligatorio. Nuestra empresa había sido adquirida por un magnate estadounidense, y a los que aún conservábamos el empleo nos habían prometido una experiencia para estrechar lazos con nuestros nuevos compañeros. Aquello tenía todos los visos de ser tan divertido como una comida navideña con la familia política.

Tengo que trabajar para vivir, así que me uní a la cola impostando una sonrisa y mostré mi carnet de identidad al subir a bordo.

Nos habían dispuesto en parejas, como animales arreados hacia un arca de Noé equipada con wifi. Eran parejas aleatorias; el único criterio que se había seguido era que no conociéramos a la persona con la que nos habían emparejado. Una cita rápida para desesperados. No se me da bien la charla banal. Antes de cruzar la pasarela, el atractivo y ambicioso empleado de Ventas ya había decidido que yo no era nada en lo que le apeteciera malgastar sus dotes comerciales. Fuimos los últimos en embarcar, y mientras esperábamos, uno de los marineros pasó corriendo a nuestro lado procedente del muelle y me dio una palmada en la espalda. Noté la palma de la mano de lleno entre los omoplatos. Aunque no me dolió, me pareció una intrusión. Miré atrás y por un instante contemplé la idea de escabullirme. Pero era demasiado tarde. Estábamos en la cuerda roja. Hora de subir a bordo.

Mi pareja se excusó de inmediato para ir a hablar con su jefe. Me pareció perfecto. Había hablado de sí mismo durante dieciocho minutos sin preguntarme siquiera cómo me llamaba; de hecho, me había comunicado mi nombre tras leerlo en mi chapa acreditativa:

—¡Tú eres Linda!

Como si fuera un descubrimiento que yo necesitara saber.

Vivo sola. Lo prefiero.

Pedí una copa en la barra y me fui a un escalón, algo por encima del bullicio, con buenas vistas a mis nuevos colegas. Fue un alivio dejar que las microconversaciones y los chistes malos se arremolinaran bajo mis oídos como una corriente de agua. En las fiestas me siento sumergida. Chapoteo para emerger de mis profundidades, pero no sé nadar. Me quedaré aquí, agarrada al pasamanos. A salvo.

Tenía la sensación de que me observaban. No seas tonta. ¿Quién va a estar mirándote? Las estadounidenses iban vestidas como supermodelos, con tacones de aguja. Es un montón de gente en un mismo lugar, nada más. Ojos por todas partes, evaluando a la competencia. Recorrí la sala con la mirada, ansiosa. Conozco a varias personas. Está bien. Respira hondo. No debería tomar cócteles. Pero no

puedo quedarme aquí sin una copa en la mano y sin nadie con quien hablar. No quiero hablar con nadie.

Respiro hondo de nuevo, pero el aire se atora antes de llegar a los pulmones. ¿Estoy teniendo un ataque de pánico? Me balanceo, la sala se ladea, huele a agua salada. Un barco en el mar. Todo está oscuro.

En esta oscuridad, solo visible para mí, lo veo alzarse amenazadoramente entre la multitud. Un hombre joven. Inmóvil. Mirándome igual que mira un animal. Pálido y delgado. El pelo negro le cae sobre las hombreras de una chaqueta de estilo marinero con botones dorados. Debe de ser un miembro de la tripulación. Estoy segura de que es el tipo que me ha dado la palmada en la espalda al subir al barco.

No sonríe. Solo me mira. Hace una seña hacia la proa del barco.

Sin saber por qué, le seguí.

Pasé entre la multitud como si fuera invisible; nadie se detuvo a hablar conmigo. Llegué a una escalerilla metálica de diez peldaños, según conté, que conectaba la cubierta inferior con la superior, donde había varias personas apoyadas en la barandilla, riendo, divirtiéndose, contemplando el discurrir del río.

¿Qué me ocurre? ¿Qué es este miedo helador que me invade? Quiero irme, pero no puedo bajar del barco.

Lluvia. Gotas negras. Negra noche. Me estremezco. Debería volver adentro. A las luces. Al calor.

La luz y el calor están detrás de mí. Delante solo hay oscuridad y frío.

La figura del hombre se detuvo frente a mí, de espaldas.

Me di la vuelta para marcharme, pero entonces oí que decía, sin moverse del sitio:

—Me llamo Jonathan. Me dijeron que vendrías.

—Hemos venido todos —contesté—. Es una fiesta.

Se giró por fin y me miró, o más bien miró a través de mí; esa fue la sensación que tuve. Sus ojos azules y acuosos tenían un brillo malévolo. Vi que estaba empapado. Como si se hubiera caído por la borda.

—¿Quién ha venido? Aquí no hay nadie —dijo.

Miré a mi espalda, conteniendo la respiración.

No había estrellas. Ni sonido alguno. Ni movimiento. El barco estaba vacío, balanceándose en la oscuridad.

—Deprisa —dijo—, tenemos poco tiempo.

—¿Quién eres?

No contestó. Se adelantó un paso y me agarró del brazo. Llevaba guantes de cuero negro que estaban hinchados de una forma grotesca. Deduje que era a consecuencia del agua. Por donde me tenía agarrada, un agua salada y fétida empezó a correrme por todo el brazo, como si rezumara del cuerpo de aquel hombre.

Me resistí. Él era fuerte. Forcejeé con mayor ímpetu. El tipo me agarró aún con más fuerza y tiró de mí.

—¿Qué haces?

—He venido a por ti —dijo.

Un traqueteo en la escalinata metálica que tenía detrás rompió el hechizo. Oí un ruido ensordecedor, como un disparo. Me llevé las manos a las orejas. Entonces, como por milagro, gente a la que conocía empezó a ascender en tropel a la cubierta superior.

—¡Eh, Linda! Qué pasada de fuegos artificiales, ¿verdad?

El barco volvía a estar lleno, volvía a bullir de vida, y mis colegas se apiñaban a mi alrededor, alegres y achispados mientras nos deslizábamos bajo el puente de la Torre, iluminado como un fortín de juguete.

Una amiga de Contabilidad vino hacia mí. Parecía perpleja.

—¿Qué le ha pasado a tu chaqueta? ¡Está empapada!

Como aturdida, me escurrí la manga, que goteó. No había ni rastro del joven pálido.

En alguna parte he leído que cuando tenemos miedo los oídos solo perciben ruidos lejanos y fuertes; no oímos las conversaciones próximas. Así que no tengo ni idea de lo que me dijo nadie mientras el barco navegaba hacia The Prospect of Whitby.

La taberna se encuentra justo en la orilla del río; unos escalones bajan hasta el agua para que las lanchas puedan desembarcar. En el pasado tuvo otros nombres: The Pelican y, antes aún, The Devil's Tavern.

En otros tiempos también hubo una horca.

Pero esa noche el pub estaba alegremente iluminado y las mesas llenas de comida, por lo que al poco rato estaba disfrutando de unos *fish and chips* con conocidos y secando la chaqueta en un radiador tras decidir que no comentaría nada de lo que había pasado. ¿Qué había pasado? Un borracho. Un tarado.

Irritante. Normal.

Me levanté para ir a pedir otra copa a la barra. Había entrado en calor y estaba más tranquila. Mientras esperaba, con gente delante y detrás de mí, noté que alguien apoyaba el cuerpo entero contra el mío. El cuerpo empapado.

¡ALÉJATE DE MÍ!

—¡Linda! ¿Qué te ocurre?

Es mi amiga Lisa. Me pone una mano en la espalda y enseguida me aparta de la barra.

—¿Qué has estado haciendo? —pregunta—. Tienes la espalda mojada. ¿Ese imbécil te ha tirado la copa encima?

—Sí, seguramente —contesté—. Creo que me voy a casa.

Fui a buscar la chaqueta al radiador. La manga seguía húmeda, pero allí donde había empezado a secarse vi cercos de sal. Cristales. ¿Sal? El Támesis es un río de agua dulce. Le di la vuelta. La chaqueta no es nada del otro mundo, cuero rojo barato con un forro que abriga. En la espalda, entre los hombros, vi la huella de una mano. Como una quemadura.

—Es donde me tocó —le comenté a Lisa.

Ella me miró.

—¿Quién te ha tocado? Eso no es obra de nadie, Linda. Mira, eso es del cuero.

—Antes no estaba.

Lisa cree que estoy borracha, o algo peor.

—Vamos fuera un momento a que te dé el aire.

Nos dirigimos a la puerta trasera. Noto los ojos del joven fijos en mí.

—¿Quién es ese? —le pregunté a Lisa—. Aquel de allí, el chico pálido de la chaqueta azul marino.

Y me vuelvo para mirarlo. Y no hay nadie en la sala aparte de

nosotros dos. El pub tiene un aspecto muy deteriorado. Está en penumbra. El revestimiento de madera está lleno de arañazos.

La pintura del techo se cae a desconchones. Un ventanuco redondo da a un patio frío y húmedo. Una mesa larga ocupa casi todo el espacio. Con bancos a ambos lados y una vela en un candelero. Sobre la mesa hay una cuerda enrollada. No una cuerda cualquiera. Una soga.

La puerta se abre. La puerta se abre a la nada. Negro. Más allá. Vacío. Es Lisa sacudiéndome el brazo.

—No estás bien, Linda. Salgamos, ven.

Fuera, bajo la farola, hay un par de personas fumando. Parece que todo ha vuelto a la normalidad.

—¿Quién es? Está muy pálido.

Lisa negó con la cabeza.

—Ni idea. Todos están pálidos. Demasiadas horas sentados delante de una pantalla.

—¿Te importaría traerme el bolso? —le pedí—. Es de loneta marrón, tipo cartera. No quiero volver a entrar.

Lisa cruzó la puerta batiente que daba paso al ruido y las luces del pub.

Quiero irme de aquí, me digo a mí misma. ¿A qué hora se suponía que partía el barco?

—El barco parte ahora.

Oigo la voz. No es la primera vez que la oigo esta noche.

El patio trasero de The Prospect of Whitby está vacío. Me doy la vuelta, giro una y otra vez, una y otra vez, como una figurita en una caja de música. Aquí no hay nadie.

—Aquí no hay nadie. —Es la voz de Jonathan.

¿Estoy volviéndome loca? ¿Quién está contestando a mis pensamientos?

No sé por qué no volví directa al pub. Tenía la mano en la puerta. En lugar de entrar, presa del pánico, intenté huir.

Junto al establecimiento hay un callejón lateral que lleva al Támesis.

Lo enfilé, casi a oscuras, sola.

Debe de estar bajando la temperatura. Bruma. Niebla suspendida

sobre el agua. Veo nuestro barco cabeceando con suavidad. Siento un alivio inmenso. Podría ir a sentarme dentro y esperar allí a los demás. Nadie me echará en falta.

Lo oigo junto a mi oído, esta vez tan cerca que se me eriza la piel.

—Eso es verdad. Nadie te echará en falta.

El hombre pálido llamado Jonathan está detrás de mí. Me rodea con los brazos. Intento zafarme, pero él es más alto y corpulento. Cuando aprieta su cuerpo contra mí, no es un cuerpo normal, no hay músculo, no hay fuerza. ¿De qué se trata?

Asqueada, de pronto lo sé: Jonathan está empapado.

Forcejea conmigo, me empuja, me da patadas, medio carga conmigo hacia el barco vacío.

—¡Ese no es nuestro barco!

Pero él ya está desamarrando el ancla y empujando con un remo para alejarnos del embarcadero. Mientras se mantiene ocupado, me levanto del suelo de la cubierta en la que he caído. Miro alrededor, frenética, en busca de una salida.

El barco es negro, está calafateado, una embarcación abierta, sucia y en un estado deplorable de otros tiempos. Hay alguien al timón haciendo girar una gran rueda de cabrestante. Cuando me acostumbro a la oscuridad, distingo una hilera doble de figuras sentadas. Sus brazos accionan los remos con pesadez.

La mayoría de los remeros llevan ropa que no corresponde a mi época: chalequillos, botas pesadas, capotes, chaquetas ajadas que cubren camisas sin cuello, gorros en las rodillas.

—¿Quiénes sois?

Nadie me contesta. En el extremo de una de las hileras de figuras mudas hay una chica. Lleva unos vaqueros de campana, un pañuelo anudado en la frente, collares de cuentas, un chaquetón de borreguito, mugriento pero reconocible.

—¿Qué ocurre aquí? —le pregunto.

—Estamos atrapados —contesta.

—¿Atrapados? ¿Cómo? ¿Qué os tiene atrapados?

—Esto es un barco de pesca de arrastre. Y nos arrastra a nosotros.

—¿Adónde vamos?

—Adonde vamos siempre.

—No te entiendo...

—Al lado nocturno del río.

La embarcación estaba ya en el centro del Támesis y se dirigía al este, lejos de las luces de Londres y rumbo a la oscuridad infinita.

—¿Cuánto tiempo llevas en este barco? —le pregunté.

—Desde mi cumpleaños, el 3 de junio de 1972.

—¿1972?

—Sí. ¿En qué año estamos?

No contesté. Miré a los demás, mayores que ella y aún más extraños. Me acerqué a una mujer envuelta en un chal.

—¿Qué hace usted en este barco?

No respondió. Soy una persona apacible. Aun así, me incliné sobre ella y la sacudí por un hombro. La mujer siguió sin responder ni alzar la mirada. Volví a zarandearla.

—¡CONTÉSTEME!

Su forma —no puedo llamarlo «cuerpo»— se desmoronó bajo mi mano. Cayó hacia delante; solo quedó un montón de ropa podrida.

Retrocedí para alejarme de aquel bulto desplomado a mis pies y me sentí atrapada por la fuerza húmeda del joven pálido.

—Tú ocuparás su lugar —dijo—. ¡Siéntate! ¡Rema!

Lo golpeé con tanta fuerza que me di de bruces contra la cubierta.

Mi puñetazo no había encontrado resistencia. Y sin embargo, él se agachó y tiró de mí para levantarme. ¿Qué era ese ser tan sólido y tan saturado de agua un instante y al siguiente tan etéreo como el aire?

—¿Adónde nos llevas?

Él esbozó su sonrisa vacía.

—No hay destino. No hay llegada. No hay final de trayecto.

Eché a correr apartándolo a un lado, y sin saber apenas lo que hacía, me abalancé sobre la silueta impasible que manejaba el timón. Intenté que la nave virara hacia la orilla. Pero por mucho que la empujara, aquella figura regresaba al instante a su posición.

—¿Estás vivo o muerto? ¡Déjame verte la cara!

Una enorme capucha le tapaba la cabeza. Siguió mirando adelante. El joven pálido me dio un empellón.

—¡Ve a tu puesto! ¡Rema!

—¿Por qué no me habla? ¿Por qué no muestra su cara?

Jonathan clavó sus ojos en mí.

—¿Y si no tiene cara que mostrar?

El joven retiró la capucha del marinero de un tirón. Allí no había nada. La figura, sin cabeza, siguió gobernando el barco. Jonathan volvió a cubrirla y la capucha adoptó de nuevo el contorno de una cabeza masculina.

Aturdida, petrificada, me tambaleé hasta mi puesto y empecé a remar. Pronto tuve las manos resbaladizas y doloridas. Sentí que mi ser —sea lo que sea— se disolvía. Sentí que se convertía en mi equivalente acuoso. Me ahogaba. Desaparecía. Mi mente era como una esponja. No podía pensar. No podía ser.

De modo que esto es la muerte.

Este es el sueño del que no hay despertar. Aun así, debo permanecer despierta. No puedo abandonarme. Debo recordar mi nombre. Di tu nombre. Otra vez. Otra vez. Otra vez.

Alcé la mirada. La luna había horadado las nubes. La luna. El río. Eran cosas reales en el mundo real. Aquel barco de la muerte seguía estando en el mundo real. Pero pronto nos adentraríamos en el espacio de las sombras del que no hay retorno posible. Comprendí que el barco disponía de un permiso limitado para navegar en el tiempo, para reunir a otros como yo y regresar a los mares vacíos de la negra eternidad.

Jonathan estaba de pie en la proa con el marinero inmóvil. A mi alrededor, a mi lado, solo oía el subir y bajar de los remos. La altura de la borda dificultaba ver algo por encima de ella, pero lo que mis ojos no alcanzaban a ver lo percibía mi cuerpo. El frío. El silencio espectral, la luna que ya empezaba a desvanecerse. Estábamos doblando la escollera, cruzando el umbral.

Ahora o nunca.

Dejé el remo en el escálamo. Me levanté. Para mi horror, vi agua brotando de mis piernas como si fuera sangre. Agua negra. Avancé

chapoteando mientras mi cuerpo se disolvía. Me dirigí con sigilo a la borda. Salté.

Se oyó un alarido rabioso e iracundo. Jonathan se asomaba por la borda con un garfio cuya punta enganchó mi camisa. Estaba pescándome. Sentí cómo tiraban de mí. Pataleé con todas mis fuerzas, me retorcí mientras intentaba nadar.

Pero la camisa tenía que acabar desgarrándose, ¿no? Doblé un poco la espalda, con el gancho en las costillas, y la tela se rasgó. Nunca olvidaré su mirada de odio.

Me había liberado.

El agua era profunda y fría. Nadé sin mirar atrás, temerosa de lo que pudiera ver; el barco, viniendo a por mí. Mudo y mortal.

No sé cuánto tiempo pasó. Braceé en la oscuridad. Al fin, en lo alto, volví a ver la luna, y esa esfera lejana me pareció una amiga. No sé cómo llegué, semidesnuda y trémula, a la lodosa orilla del río, tras la retirada de la marea. No sé cómo conseguí ayuda, pero aquella noche alguien me salvó.

Según cuentan, caí por la borda, borracha, y la corriente del Támesis me arrastró. Tuve suerte de salir con vida.

Tengo suerte de estar viva.

Investigué sobre el emplazamiento de The Prospect of Whitby y descubrí numerosas historias siniestras, pero ninguna que explique la mía. ¿Qué instinto violento y qué temor, qué fin malvado urgió a Jonathan a arruinar la vida de otros como habían arruinado la suya?

Descubrí que un hombre llamado Jonathan Strong había sido ahorcado por contrabando en 1838. Su cadáver fue arrojado al Támesis.

Aún me despierto pensando que mana agua de mi cuerpo. Aún me duermo sin estar segura de dónde empiezo y dónde acabo.

Antes creía que el mundo era tierra firme con límites definidos. Antes creía que la vida y la muerte eran estados diferenciados.

Ahora sé que todo es líquido, poroso; en absoluto sólido.

Doy rodeos para evitar el Támesis. En algún lugar, en la oscuridad y la lluvia, sin luna, inmóvil, está Jonathan.

J. W. 4: El futuro de los fantasmas

Existe una teoría que me gusta y que explica por qué el siglo XIX es tan rico en relatos de fantasmas y apariciones: el envenenamiento por monóxido de carbono de las lámparas de gas.

La iluminación de las calles y las casas dependía de la combustión de gas de hulla, que forma hollín y es tóxico. Desprende metano y monóxido de carbono. En el exterior, las llamas titilantes de los faroles de gas enviaban monóxido de carbono al aire, un aire que a menudo quedaba atrapado a ras de suelo en los callejones estrechos y los patios diminutos de los pueblos y ciudades de la era industrial. En el interior, las ventanas cerradas para protegerse del frío impedían que el oxígeno llegara a aquellos que trasnochaban a la luz de una lámpara.

El envenenamiento por inhalación de niveles bajos de monóxido de carbono produce asfixia, mareo y paranoia, así como sensación de temor y alucinaciones. ¿Qué lugar mejor donde alucinar que en las ya oscuras y tenebrosas calles del Londres victoriano? ¿O en los interiores cargados y sofocantes de Nueva Inglaterra?

Los fantasmas abundaban, pero ¿eran reales?

«Real» es una palabra engañosa. Ya no es un término tridimensional cimentado en los hechos. ¿Lo fue alguna vez? Vivimos en un mundo material, pero esa no es nuestra única realidad. Soñamos despiertos, imaginamos. Todo lo que alguna vez ha existido empezó como una idea en la mente de alguien. El mundo inmaterial es portentoso y profundo.

No hay que ser creyente o creativo o científico o tener sensibilidad artística para comprender que el mundo y cuanto contiene son más que

una experiencia en 3D. Para comprender hasta qué punto es cierta esta aseveración, solo hace falta acceder al sistema. Cada vez con mayor frecuencia, pasamos nuestros días mirando pantallas, comunicándonos con gente a la que nunca conoceremos. Los jóvenes que han crecido con internet consideran ese escenario más significativo que la vida en el mundo «real». En China existe un grupo más y más nutrido de personas que se autodenominan «bidimensionales», porque su vida laboral, social y amorosa, sus compras, la información que reciben, todo ello ocurre al margen de la interacción física con los demás. Algo que se hará más evidente y extraño cuando el metaverso ofrezca una alternativa a la realidad.

Permíteme hacerte una pregunta: si mantuvieras una amistad con alguien a quien nunca has visto en persona, ¿cómo sabrías que no está muerta? ¿Y si la comunicación prosiguiera sin mayor problema? ¿Y si continuarais quedando en el metaverso, como siempre?

Ya existen aplicaciones capaces de recrear a seres queridos que han fallecido y lo hacen con tal precisión que estos pueden enviarte mensajes y correos, e incluso hacer llamadas de voz. Si antes entrabais en el metaverso en forma de avatar, no hay motivo para que el avatar «muerto» no pueda continuar. Esta extraña evolución fue lo que me inspiró a la hora de escribir los relatos de DISPOSITIVOS. Ciertamente, la tecnología va a influir en nuestra relación con la muerte. En teoría, no es necesario que muera nadie. En teoría todo el mundo puede ser resucitado. Podemos ser nuestra propia aparición.

A los humanos nos aterra la muerte. ¿Nos permitirán los avances tecnológicos evitar sus consecuencias psicológicas? ¿O propiciarán una nueva manera de que nos volvamos locos? Me refiero a apartarnos del mundo de los sentidos para trasladarnos al metaverso.

Y ¿acaso importa? Si el *Homo sapiens* se encuentra en un periodo de transición, como así lo creo, la biología no será nuestro próximo gran reto. Ya estamos haciendo cuanto podemos para huir de nuestra existencia biológica: la mayoría de la gente apenas utiliza el cuerpo que tiene, y muchos estarían encantados de liberarse de cuerpos que solo les producen asco y frustración.

Quizá estemos avanzando inexorablemente hacia la vida y el mundo inmateriales que, según dicen los creyentes, son la verdad suprema. Esta vez no tendremos que morir para alcanzarlo: nos introduciremos en el metaverso.

Existen numerosos relatos de terror sobre espíritus malignos que se hacen pasar por quienes acaban de morir. Me pregunto si los espíritus, de la clase que sean, se infiltrarán en el metaverso... Lo digo con intención jocosa, pero ¿cómo sabríamos si un ser del metaverso tiene entidad biológica o no?

¿Por qué no iban los fantasmas a hackear el metaverso? Sin duda, a ellos les parecería un entorno más familiar y fácil de manejar. El metaverso existe, pero al mismo tiempo no ocupa un espacio físico. Los fantasmas existen (tal vez), pero no tienen entidad física. La realidad tangible está quedándose desfasada.

Una vez que la estricta frontera entre el mundo «real» y otros mundos desaparezca —y eso es lo que el metaverso pretende conseguir—, estar vivo será lo de menos. Cuando el cuerpo físico se convierta en algo accesorio, ¿qué ocurrirá con los fantasmas?

Un fantasma es el espíritu de un difunto. Un avatar es un gemelo digital de una persona viva. Ninguno es «real».

Un metaverso encantado. ¿Por qué no?

En cierto sentido, en el de Platón, el materialismo trata sobre la copia física. Es impresionante, pero no deja de ser una copia.

En otras palabras, vivimos en una gran tienda de juguetes y confundimos la sustancia con la sombra. La sustancia no es lo que podemos tocar y sentir —y sabemos que en realidad no estamos tocando o sintiendo nada—, eso es una ilusión. La sustancia podría no ser en absoluto material.

Shakespeare lo planteó así: «¿De qué estás hecho tú? ¿De qué sustancia / que millones de sombras extrañas te acompañan?» (soneto 53).

No quiero entrar ahora en el neoplatonismo de Shakespeare —que es alrededor de lo que giran esos versos—, pero sí en el hecho de que la potencia informática y la inteligencia artificial nos han dejado a miles

de millones de nosotros preguntándonos qué es real, en el sentido desfasado de la palabra. Esto solo se acelerará y se volverá más extraño cuando accedamos al metaverso, un mundo virtual con gemelos digitales en nuestro mundo, o, si lo prefieres, al contrario.

«¿De qué estás hecho tú? ¿De qué sustancia?».

Estas preguntas podrían ir dirigidas a un humano. O a un transhumano. O a un poshumano. O a un avatar. O a un fantasma.

Agradecimientos

Gracias a todos los que han trabajado en este libro: a mis editores, Michal Shavit de PRH en el Reino Unido y Elisabeth Schmitz de Grove Press en Nueva York. Son muchos a los que debo mi agradecimiento: diseñadores, maquetistas, correctores, y a mi increíble equipo de edición dirigido por Rowena Skelton-Wallace. Gracias, Laura Evans, por batallar con los interminables cambios del manuscrito.

Gracias a mi agente, Caroline Michel, y sus colegas de PFD. Traer un libro al mundo requiere un gran esfuerzo.

Y gracias a Substack, con quien comencé a explorar algunos de estos temas e historias como su escritora residente en noviembre de 2021.

Trece modernos cuentos de terror: una mezcla escalofriante, provocadora y divertida de relato gótico, metaverso y autoficción, con el inconfundible sello de «la mejor escritora viva en inglés» (*Evening Standard*).

Nuestras vidas digitales e hiperconectadas tienen al alcance milenios de conocimiento, pero ¿qué sabemos del mundo de los fantasmas? Nosotros hemos cambiado, pero ellos no: simplemente se han adaptado y han encontrado innovadores caminos para abordarnos. Habitan en nuestras aplicaciones informáticas y deambulan por el metaverso del mismo modo que antes se escondían en casas tenebrosas, empeñados en difuminar los límites entre la vida y la muerte y siempre a la caza de nuevas formas de comunicarse, de rondar nuestros recuerdos, de vengarse o de asumir el control de nuestra vida.

Con un inigualable manejo de los códigos de la narrativa gótica y acompañadas de sus lúcidas reflexiones, Jeanette Winterson nos brinda trece modernas historias de fantasmas. Algunas son ficción, y otras pueden no serlo.

La crítica ha dicho:

«La mejor escritora viva en lengua inglesa».
Evening Standard

«Winterson dinamita categorías, vocabularios y convenciones tristes. Una escritora maravillosa».
Marta Sanz, *Babelia*

«Cuando leo a Winterson siento con certeza que estamos en el umbral de algo nuevo, de algo bueno».
Nuria Barrios

«Jeanette Winterson arroja una mirada feminista a la revolución de la inteligencia artificial».
Charlotte Cripps, *The Independent*

«Winterson es convincente, está magníficamente informada y escribe en un estilo ligero y coloquial trufado de pequeños chistes [...] y referencias a la cultura popular».
Patricio Pron, *Babelia*

«Una novelista estupenda».
Gonzalo Torné, *La Lectura (El Mundo)*

«Siempre apasionada y provocadora».
New Statesman

Nacida en Mánchester e hija adoptiva de una pareja muy humilde, **Jeanette Winterson** creció en un entorno donde escaseaban los libros y abundaba el fervor religioso. A los dieciséis años se fue a estudiar a Oxford, donde viviría su primera aventura amorosa con otra mujer. A los veinticuatro publicó *Fruta prohibida* (Lumen, 2017), que ganó el Whitbread Award a la mejor primera novela y fue llevada al cine. En 1986 apareció *La pasión* (Lumen, 2007), a la que siguieron *Espejismos* (1989; Lumen, 2006); *Escrito en el cuerpo* (1992; Lumen, 2017); *Art & Lies* (1994); *Art Objects* (1995); el libro de relatos *El mundo y otros lugares* (1998; Lumen, 2015); *Powerbook* (2000); *La niña del faro* (2004; Lumen, 2005); su extraordinario libro de memorias *¿Por qué ser feliz cuando puedes ser normal?* (2011; Lumen, 2012); *La mujer de púrpura* (2012; Lumen, 2013); *Días de Navidad* (2016; Lumen, 2018); *Frankissstein* (2019; Lumen, 2019), que fue candidata al Premio Booker; *12 bytes. Cómo vivir y amar en el futuro* (2021; Lumen, 2022), y, ahora, *Días de fantasmas* (2023; Lumen, 2023). En 2019 Winterson fue escogida escritora del año por la revista Harper's Bazaar.

Título original: *Night Side of the River. Ghost Stories*

Primera edición: octubre de 2023

© 2023, Jeanette Winterson
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Laura Martín de Dios, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Richard Vergez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-2631-4

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Días de fantasmas

Introducción

Dispositivos

- App-arición
- Vuestra casa y hogar
- El fantasma en la máquina
- J. W. 1: Encuentros extraños

Lugares

- El cuarto de invitados
- Un abrigo de piel
- Botas
- La puerta
- J. W. 2: Sin explicación

Personas

- Una historia de fantasmas sin fantasmas
- El país desconocido
- Canterville & Cock
- J. W. 3: Todos los fantasmas que no vemos

Apariciones

- Aire enrarecido
- Fuente con leones
- El lado nocturno del río
- J. W. 4: El futuro de los fantasmas

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Jeanette Winterson

Créditos